

Krysten
Ritter

LA HOGUERA

Krysten
Ritter

LA HOGUERA

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Índice

Prólogo

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Prólogo

En mi último año en el instituto, cuando Kaycee Mitchell y sus amigas se pusieron enfermas, mi padre propuso un puñado de teorías.

—Lo de esas chicas me da muy mala espina —afirmó—. No augura más que problemas. —Se tomó como una cuestión de fe que estaban recibiendo un castigo. Para él, se merecían lo que les estaba sucediendo.

La primera fue Kaycee, lo cual tenía su lógica. Ella fue la primera en hacer todo: en perder la virginidad, en probar el tabaco, en organizar una fiesta.

Kaycee se paseaba por delante de sus amigas igual que un macho alfa al frente de su manada de lobos. En la cafetería, decidía dónde quería sentarse y las demás la imitaban; si se comía el almuerzo, las otras también; si se ponía a jugar con la comida que tenía en la bandeja o se comía solo una bolsita de gominolas, sus amigas hacían lo mismo. La más odiosa y a la que más se oía era Misha, pero la líder era Kaycee.

De modo que cuando cayó enferma, las chicas de los cursos superiores de Barrens High no sentimos ni horror, ni turbación ni preocupación.

Sentimos envidia. Todas abrigamos secretamente la esperanza de que después nos tocara a nosotras.

La primera vez que sucedió fue durante el debate de la cuarta hora de clase. Todo el mundo tenía que participar en unas elecciones fingidas. Kaycee consiguió pasar tres rondas de votaciones primarias. Se le daba bien representar el papel de político, de persona convincente y dotada de talento para mentir con ingenio rápido. Ni siquiera estoy segura de que ella misma supiera cuándo estaba diciendo la verdad y cuándo no.

Estaba de pie frente a la clase, pronunciando un ensayado discurso de campaña electoral, cuando de repente fue como si alguien le cortase el hilo que unía la voz con la garganta. Siguió moviendo la boca, pero se había suprimido todo el volumen. No salió ni una palabra de ella.

Por espacio de unos segundos, pensé que a quien le estaba pasando algo era a mí.

Entonces Kaycee se agarró al podio con las dos manos y se quedó con la

boca abierta, inmóvil, como si se hubiera atascado y estuviera emitiendo un grito mudo. Yo estaba sentada en la primera fila —nadie quería sentarse nunca en aquellos pupitres, así que los tenía siempre a mi disposición— y Kaycee estaba a escasos metros de mí. Jamás olvidaré la expresión de sus ojos: era como si de pronto se hubieran transformado en dos túneles.

Derrick Ellis gritó algo, pero Kaycee no le hizo caso. Se le veía la lengua detrás de los dientes, y un chicle de color blanco encima de ella. Algunas personas se rieron —debieron de pensar que se trataba de una broma—, pero yo no.

Yo había sido amiga de Kaycee, su mejor amiga, cuando las dos éramos pequeñas. Solo era la segunda vez en mi vida que la veía asustada.

Empezaron a temblarle las manos, y entonces fue cuando cesaron las risas. Todo el mundo se quedó callado de pronto. Durante largo rato no se oyó ninguna otra cosa que el tintineo contra el podio de un anillo de plata que siempre llevaba puesto.

A continuación, el temblor se le extendió a los brazos. Puso los ojos en blanco y se derrumbó. Al caer, arrastró el podio consigo.

Recuerdo que me puse de pie. Recuerdo que la gente gritaba, recuerdo que la señora Cunningham se arrodilló y le levantó la cabeza a Kaycee, y recuerdo que alguien dijo que había que impedir que se tragase la lengua. Alguien fue corriendo a buscar a la enfermera. Otra persona más estaba llorando, no recuerdo quién, tan solo recuerdo que se la oía gimotear desconsoladamente. Por extraño que parezca, lo único que se me ocurrió hacer fue recoger los apuntes de Kaycee, que se habían caído al suelo, y ordenarlos de nuevo procurando que las esquinas quedasen bien alineadas.

Después, súbitamente, se le pasó. Por lo que pareció, el espasmo abandonó su cuerpo, igual que una marea que se retira. Abrió los ojos. Parpadeó y se incorporó. Su expresión era de ligera confusión, pero no de desagrado, al vernos a todos congregados alrededor de ella. Para cuando llegó la enfermera, ya se la veía normal otra vez. Insistió en que tan solo había sufrido un momento de debilidad porque no había comido. La enfermera la sacó del aula, y mientras tanto ella miraba atrás continuamente, como para cerciorarse de que todos contemplásemos cómo se marchaba. Y la contemplamos, vaya que si lo hicimos. Era de esas personas que uno no puede evitar contemplar.

Todos nos olvidamos del incidente. O fingimos olvidarnos de él.

Luego, tres días más tarde, sucedió otra vez.

La carretera estatal 59 se convierte en Plantation Road tres kilómetros después del desvío que lleva a Barrens. No es difícil pasar de largo el viejo letrero de madera, incluso en medio del paraje descolorido que tiene alrededor. Ya hace varios años que, en los viajes que hago por carretera de Chicago a Nueva York, consigo pasar por delante sin experimentar un sentimiento de ansiedad. Aguanto la respiración, cuento hasta cinco y expulso el aire. Dejo atrás Barrens sin que ocurra nada, sin que surjan de la oscuridad de la vegetación antiguos espectros con la intención de estrangularme.

Es un juego al que jugaba de pequeña. Cada vez que me sentía asustada o que debía bajar a la caseta que teníamos en el viejo patio trasero de la casa, que se hallaba sumido en la oscuridad, ningún monstruo, ningún asesino armado con un hacha, ninguna figura deforme salida de una película de miedo podría atacarme si aguantaba la respiración. Aguantaba la respiración y corría a toda velocidad hasta que, con los pulmones a punto de estallarme, volvía a estar de nuevo sana y salva en casa y con la puerta cerrada. Incluso le enseñé dicho juego a Kaycee cuando las dos éramos pequeñas, antes de que empezáramos a odiarnos.

Me da vergüenza decirlo, pero todavía practico ese juego. Y lo cierto es que me funciona.

La mayoría de las veces.

A solas, encerrada en el cuarto de baño de una gasolinera, me froté las manos hasta que la piel se me agrieta y empieza a caer un hilillo de sangre por el desagüe. Es la tercera vez que me lavo las manos desde que crucé la frontera del estado de Indiana. En el espejo abollado del lavabo, mi rostro se ve pálido y distorsionado, y los recuerdos de Barrens vuelven a reverdecir igual que una planta tóxica.

Esto no ha sido una buena idea.

Abro la puerta del cuarto de baño y regreso a mi coche entornando los ojos bajo el sol de las primeras horas de la mañana.

Al llegar al desvío, paso por delante del cadáver de un ciervo cubierto de

moscas. Tiene la cabeza todavía intacta, por improbable que sea, y casi resulta agradable a la vista, con la boca abierta en un último suspiro. Es imposible saber si ha muerto atropellado por un automóvil o alcanzado por una bala perdida. Lo normal es que los ciervos que mueren en la carretera sean recogidos enseguida por un ciudadano ejemplar que los sube a su viejo cacharro y los convierte en cecina de venado. A los diecisiete años yo choqué contra un ciervo con mi antiguo Ford Echo, y lo recogieron a él antes que a mí. Sin embargo, este otro, sin saber por qué, sigue estando aquí sin que nadie se haga cargo de su cadáver.

En Barrens, la caza es una actividad importante, la más importante, de hecho. Está integrada en la cultura del lugar. Si es que se puede denominar así. La temporada de caza no empieza oficialmente hasta que llega el invierno, pero todos los años los críos se escabullen con unas cuantas latas de cerveza, una linterna y la escopeta de su padre, y salen a buscar un ejemplar de buen tamaño o a ver cómo pastan una cierva y sus cervatillos. Y, después de unas cervezas, se ponen a disparar a todo lo que se les cruza por delante.

Mi padre me llevaba con él a cazar; nuestras actividades de padre-hija normalmente incluían una visita al taxidermista. Las paredes de nuestra casa estaban adornadas con cabezas de ciervos, coyotes y osos, a modo de trofeos. Me enseñó a pisar el cuerpo de los faisanes abatidos mientras él les retorció el pescuezo con una mano. Recuerdo cuánto lo fastidió que yo me echase a llorar cuando lo vi matar el primer ciervo, recuerdo que me obligó a poner las manos sobre el cuerpo del animal, todavía caliente, y recuerdo cómo brotaba la sangre a golpes por el agujero que le había arrebatado la vida. «La muerte es bella», me dijo mi padre.

Mi madre también fue bella una vez, hasta que el cáncer de huesos hizo lo que tenía que hacer. Le arrancó todo el cabello, le transformó el cuerpo en un saco de huesos y músculos, le fue devorando las células una por una. Después de que ella falleciera, mi padre me dijo que su muerte finalmente había sido una bendición y que debíamos sentirnos agradecidos, porque el Señor la había elegido a ella para que formara parte de su rebaño en el cielo.

Dejo Plantation Road para tomar la ruta 205, que termina cambiando de nombre para pasar a llamarse Main Street, profundamente sorprendida por el olor a estiércol de vaca que se percibe en medio del calor. Estamos a mediados de junio, a finales del curso escolar; en cambio, la sensación es de pleno verano. El campo está de color marrón bajo el sol. Otro kilómetro más y me encuentro con un letrero totalmente nuevo: «Bienvenidos a Barrens,

población 5.027 hab.». La última vez que vine por aquí, hace ahora diez años, el número de habitantes era apenas la mitad que el de ahora. Main Street es, como su nombre indica, la calle principal, pero incluso en un tramo de quince kilómetros cruzarse con otros tres vehículos ya se considera tráfico denso.

Cuento los postes de teléfono. Cuento los cuervos que están posados en los cables. Cuento los silos que se distinguen a lo lejos, ordenados de forma que parecen puños. Convierto mi vida en números, en contabilidad. Llevo diez años viviendo en Chicago. Llevo tres siendo abogada. Después de ejercer seis meses en un gabinete privado, obtuve un empleo en el CDM, el Centro para la Defensa del Medioambiente.

Tengo un futuro, una vida, un apartamento limpio y luminoso en Lincoln Park con varias decenas de estanterías y ni una sola Biblia. Me veo con mis amigos en los bares del centro, en discotecas y tugurios en los que las bebidas llevan ingredientes como lila y clara de huevo. Tengo amigos, punto. Y también novios, si es que se los puede llamar así. Todos los que quiero, sin nombre, indistinguibles, hombres que entran y salen de mi cama y de mi vida y se atienen a mis condiciones.

La mayoría de las noches, ya ni siquiera sufro pesadillas.

He jurado muchas veces que nunca volvería a casa. Pero ahora pienso de otra manera. Cualquier libro de autoayuda dirá que uno no puede desembarazarse sin más de su pasado.

Barrens echó raíces en mí. Pero si quiero que desaparezcan definitivamente, he de arrancármelas yo misma.

Main Street. Lo que antes era la iglesia —un edificio de hormigón de una sola planta, sin ventanas, al que acudíamos los domingos hasta que mi padre llegó a la conclusión de que el pastor estaba interpretando las Escrituras a su antojo, furioso en particular porque daba la impresión de ser demasiado liberal con los gais— ahora es una hamburguesería. La biblioteca a la que me llevaba mi madre de pequeña a escuchar cuentos en la actualidad luce un cartel que dice «Bufé oriental de Johnny Chow». Cuando yo era pequeña, no teníamos ningún restaurante con mesas para sentarse.

Sin embargo, hay muchas cosas que siguen igual: el rótulo de neón del bar de veteranos de guerra continúa parpadeando, y el local de Mel's Pizza, adonde iba de vez en cuando con mi bicicleta después del colegio para comprarme una porción de pizza, todavía está en funcionamiento. Son

muchos los lugares que podría haber recuperado intactos de mi memoria: el taller mecánico de Jiffy; la tienda de repuestos del automóvil de Jimmy; la tienda de porno *Tentaciones*, venida a menos, cuyo propietario era el padre de Kaycee Mitchell. Quién sabe, a lo mejor sigue siendo el propietario. Pero veo que tiene el tejado nuevo, y también un letrero eléctrico. De modo que el negocio ha ido en aumento.

Descubro un cuervo posado en un cable telefónico, y después otro anidando un poco más adelante. «Un cuervo indica pena, dos son diversión...»¹.

Más allá de Main Street ya nada es lo mismo: apartamentos recién construidos, una tienda de muebles, un restaurante italiano que anuncia en el escaparate que cuenta con un bar de ensaladas. Todo me resulta desconocido, excepto el almacén de chatarra y, justo pasado este, el autocine al aire libre. Lugar de innumerables fiestas de cumpleaños con niños de la escuela dominical, e incluso de una deprimente cena de Acción de Gracias que celebramos justo después de enterrar a mi madre. Lo que nos hacía famosos, antes de la llegada de Optimal Plastics.

Más cuervos posados en un poste. Procuro no contarlos, pero es una costumbre demasiado antigua, demasiado arraigada. «Tres, cuatro, cinco, seis. Siete es un secreto, oculto en un rincón». Un asesinato de cuervos.

El hecho de estar otra vez aquí ya me está causando esa opresión en el pecho, esa sensación de tener un nudo en la garganta. Agarro el volante con más fuerza. Al llegar al primer semáforo en rojo —el único semáforo en rojo que hay en todo Barrens— contengo la respiración y cierro los ojos. «Contrólate».

El conductor que está detrás de mí toca el claxon: el semáforo se ha puesto en verde. Piso el pedal del acelerador con una energía un poco excesiva y salgo disparada hacia el cruce. Al distinguir de repente un conocido cartel de color anaranjado en mi visión periférica, acciono el intermitente sin pensar y doy un volantazo para meterme en el aparcamiento del Donut Hole, que, al igual que el autocine, no ha cambiado nada.

Apago el motor. Me quedo unos instantes sentada, en silencio. Transcurridos unos segundos sin el aire acondicionado, empieza a hacer demasiado calor. Debemos de estar a unos veintisiete grados, mucho más que en Chicago. El aire está cargado de humedad y resulta sofocante. Me quito la chaqueta de cuero y agarro mi bolso, que está en el suelo del asiento del pasajero. No me vendría mal una botella de agua.

Justo cuando estoy abriendo la portezuela del coche, se detiene a mi lado un Subaru de color azul. Clava los frenos en el último instante y me hace dar un respingo. El conductor toca el claxon dos veces.

Me apeo del coche, molesta porque este tipo haya aparcado tan pegado a mí, y entonces me doy cuenta de que la mujer que va dentro del Subaru me está sonriendo y saludando frenéticamente con las dos manos. Me señala el Donut Hole, y dispongo de una fracción de segundo para decidir si no sería mejor que regresara a Chicago y me olvidara de todo esto. Pero de repente me quedo paralizada. En algún punto del proceso, mi instinto de luchar o escapar se ha transformado en el instinto de «quédate inmóvil, hazte invisible, espera a que pase».

Es Misha Dale. Más rubia, con más peso, todavía guapa, con su estilo pueblerino. Y sonriente. Yo antes veía su sonrisa en sueños... del mismo modo, supongo, que los peces que habitan en el fondo del mar deben de ver en sueños el embudo largo y negro de las fauces de un tiburón.

Misha a los doce años, diciendo a todas sus amigas que me bombardeasen con los panecillos del almuerzo cuando me veían cruzar el comedor. Misha a los catorce, metiendo el fémur de algún animal en mi taquilla y afirmando que era uno de los huesos de mi madre, diciendo en voz baja que yo guardaba restos humanos en mi congelador, un rumor que alcanzó tal popularidad que finalmente me hizo una visita el sheriff Kahn para ver si era cierto. A los quince organizó una campaña de recaudación de fondos para que yo pudiera tratarme el acné. A los dieciséis publicó en la Red una petición para que me expulsaran de clase durante una temporada.

Una sádica de hermosa sonrisa. Ella, Cora Allen, Annie Baum y Kaycee Mitchell se cebaron en mí durante varios años, engordaron y se hicieron fuertes nutriéndose de mis desgracias, disfrutaron de lo lindo cuando en el penúltimo curso del instituto intenté tragarme medio frasco de analgésicos y tuve que pasar una semana en el hospital psiquiátrico de Mercy, un hecho que mi padre siempre se negó a reconocer y del que no hemos hablado jamás.

«La próxima vez, te ayudaré», me susurró Misha en el pasillo cuando por fin regresé a las clases.

Unas chicas terribles. Demoníacas.

Y así y todo, yo les tenía envidia.

—No me lo puedo creer. Ya me había enterado de que a lo mejor volvías por

aquí. —Su mirada se ha suavizado, pero su sonrisa es la misma: afilada y ligeramente torcida—. ¡Menudo coche! Se ve que te ha ido muy bien. —Me estrecha brevemente contra sí, con un solo brazo. Huele a tabaco mentolado y al fuerte perfume que usaba para enmascarar dicho olor—. ¿No te acuerdas de mí? Soy Misha Jennings. Bueno, Dale —se corrige, a la vez que menea la cabeza—. Tú me conociste con el apellido Dale. Dios mío, ha pasado mucho tiempo.

—Sí que me acuerdo de ti —contesto. Siento que me invade el pánico, con la rapidez con que uno enseña los dientes. Así que se había enterado de que yo iba a venir, pero ¿cómo? ¿Y por quién?

—¿Ibas a entrar aquí? —me pregunta indicando por señas el Donut Hole—. En este último año han añadido un montón de variedades distintas, y todo gracias a Optimal, supongo. Últimamente hemos tenido una verdadera explosión demográfica, por lo menos para lo que es normal en Indiana.

Lo de Optimal lo dice para que yo pique, no tengo ninguna duda. Pero esta vez no es ella la que consigue mantenerse a salvo en tierra firme.

—Sí —respondo—, iba a entrar.

—Mi preferido sigue siendo el de mermelada. —También se le ha suavizado la voz. Se la nota sinceramente contenta de verme—. ¿Sigues en contacto con alguien de la antigua pandilla?

Dudo un instante, porque sospecho una trampa. Pero ella no parece percatarse de mi titubeo. No existe ninguna «antigua pandilla», por lo menos ninguna de la que haya formado parte yo. Me limito a negar con la cabeza y a acompañarla al interior del establecimiento. Me fijo en que, en el momento de abrir la puerta, se asegura de pasar por delante de mí.

El Donut Hole es lo que su nombre indica, un sitio donde despachan donuts, pero además ofrece un surtido verdaderamente variopinto de artículos de droguería y nuestro «museo» de historia, un rincón en el que hay folletos a disposición de los clientes. Incluso hay una pequeña biblioteca, gratuita y no oficial: coges un libro y dejas otro. Este olor especial a ambientador artificial, a guías de viaje viejas y mohosas y a productos de panadería es como el cañón de un arma que me dispara de nuevo hacia el pasado.

—Debe de resultar divertido volver después de tanto tiempo —comenta Misha. Pasa de largo el mostrador de los donuts y se dirige hacia una pared de productos farmacéuticos en la que un letrero escrito a mano anuncia sin mucha autoridad: «No se venden medicamentos, ni Suboxone ni Sudafed».

Misha coge un antiácido, un champú infantil, una crema para el cuerpo

con aroma a lilas y una caja de pañuelos de papel; todo tan normal, tan doméstico, tan impropio de la joven cruel que durante años hizo de depredadora conmigo.

—Yo no lo llamaría precisamente divertido. —Para mí es más bien un error, sobre todo estando aquí de pie en el Donut Hole, delante de Misha—. Estoy aquí por trabajo.

Como veo que no me pregunta qué clase de trabajo, sé con seguridad que ya se ha enterado.

—Pues a mí sí me parece divertido que hayas vuelto —replica. Su tono es cálido, pero no puedo evitar sentir una oleada de nerviosismo. Las diversiones de Misha siempre fueron de las que hacían sangre—. Tu padre debe de alegrarse de tenerte en casa después de todo este tiempo. Precisamente el verano pasado estuvo trabajando en nuestra valla, después del paso de ese tremendo tornado. Hizo una labor fenomenal.

No tengo ganas de hablar de mi padre. Decididamente, no tengo ganas de hablar de él con Misha. Emito un carraspeo.

—¿Así que te casaste con Jonah Jennings? —le pregunto con una cortesía que espero que ella sepa interpretar, acertadamente, como falsa.

Pero Misha se limita a reír.

—Con su hermano Peter.

Esta nueva Misha resulta imprevisible. Es como si las normas del pasado hubieran sido reescritas y yo todavía estuviera aprendiendo a jugar con ellas. Lo único que sé de Peter Jennings es algo que leí en el *Tribune* cuando llevaba uno o dos años en la universidad: que lo habían detenido por traficar con heroína.

Misha juguetea con el estante de las revistas.

—Me resistí todo lo que pude, pero él fue muy persistente. —Titubea solo una fracción de segundo, y agrega—: También tenemos una niña. Se llama Kayla, está en el coche. Ahora, cuando salgamos, la saludaremos.

Incluso aquí dentro, con el aire acondicionado en marcha, la sensación que tiene una es la de estar metida dentro de una boca cerrada.

—Qué calor hace —me quejo. Misha no es un asunto que me concierna, ni ella ni su niña. Así y todo, no puedo evitar preguntarle—: ¿Seguro que se encontrará bien?

—Oh, solo está echando una siesta. Si intento despertarla, se pondrá a chillar como una descosida. Dios, qué cosas estoy diciendo. Cuesta trabajo creerlo. Te lo juro, diez años pasan en un parpadeo y no son en absoluto lo

que una creía que iban a ser. —Me mira como si ambas compartiéramos un secreto—. ¿Sabes que ahora trabajo en el instituto de Barrens? Ya llevo unos años siendo vicedirectora.

Esto me deja de piedra. Misha odiaba el colegio casi tanto como yo, si bien por razones distintas. A ella las clases le parecían una incomodidad, y los obligatorios deberes para casa no eran sino una distracción de la costumbre de dejarse toquetear por los chicos del equipo de fútbol americano.

—No tenía ni idea —contesto, aunque en realidad me gustaría preguntarle cómo es posible algo así. Claro que Barrens, un instituto minúsculo del que cada año salen unos sesenta alumnos, seguramente no atrae a la flor y nata del profesorado—. Felicidades.

Misha le quita importancia con un gesto de la mano, pero se la ve complacida... y también orgullosa.

—Dios se ríe de los planes que hacemos los seres humanos. ¿No es eso lo que dicen?

No sé distinguir si está bromeando.

—Pensaba que a ti no te iban todas esas cosas de la religión. En el instituto odiabas a los beatos.

Pero, naturalmente, no era cierto: solo me odiaba a mí.

La sonrisa de Misha se esfuma de pronto.

—En aquella época era joven. Todos éramos jóvenes. —Baja la barbilla y me mira a través de unas pestañas pintadas con rímel—. Ahora todo eso ya es agua pasada. Además, aquí la estrella eres tú. La chica que se fue.

Es mentira, por supuesto. Tiene que serlo. Misha me torturaba a mí, torturaba a mi familia, se recreaba en hacerme llorar. Yo no me lo inventé. No podría haberlo inventado. En una ocasión me dejó una cuchilla pegada con cinta adhesiva a mi pupitre junto con una nota que decía: «Hazlo ya». Que yo sepa, eso no es agua pasada. Propagó rumores, me humilló, ¿y por qué? Yo no tenía amigas, no representaba ninguna amenaza. En aquella época, apenas era siquiera persona.

Aun así, me toma del brazo y no hago ademán de soltarme.

—No me vendría mal un café con hielo. ¿Qué me dices?

—No —respondo. Abro la puerta de los refrigerados y, aferrada al tirador para afianzarme en el sitio, observo fijamente las hileras de botellas de agua. Seis botellas, una al lado de la otra. Tres en cada fila, salvo en la última, que tiene solo una. Esa es la que escojo—. Solo quiero agua.

En realidad, me apetecería decirle: «Deja de tocarme, siempre te he

odiado», pero quizá es este el poder que tiene Misha, como la bruja de *La sirenita*: te roba la voz.

Contemplo cómo se prepara un café helado. Estoy intentando buscar una manera de excusarme, de decirle: «Adiós, que tengas una vida muy mediocre, espero no volver a verte mientras viva», cuando de improviso ella salta:

—Sabes, Brent sigue preguntando por ti de vez en cuando.

Me quedo petrificada.

—¿Brent O’Connell?

—¿Quién si no? Ahora es un pez gordo de Optimal. El director regional de ventas. Ha seguido los pasos de su padre, y desde entonces no ha hecho más que ascender.

Brent pertenecía a una de las familias más ricas del pueblo, lo que para Barrens significa tener un aro para jugar al baloncesto, una piscina desmontable y dormitorios separados para él, su hermana mayor y sus padres. Su padre iba a trabajar con corbata, y su madre era como Carol Brady: gran sonrisa, cabello rubio, aspecto limpiísimo. Brent empezó a trabajar en Optimal nada más salir del instituto. Mientras que los demás chicos obtuvieron primeros trabajos como empleados de una gasolinera o reponedores de la tienda de comestibles, o incluso barriendo establos en una de las granjas de los alrededores, Brent entró en Optimal para un período de prácticas.

—Continúa soltero. Es una lástima, ¿a que sí? —Misha remueve lentamente su café, como si fuera un experimento de química y una equivocación al mezclar el azúcar y la crema fuera a hacer volar el local entero por los aires. Un azucarillo. Remover. Dos azucarillos. Remover. Tres. De repente suelta—: Siempre estuvo enamorado de ti, no sé si lo sabes.

—Brent está con Kaycee —digo a toda velocidad. No tengo ni idea de por qué he utilizado el tiempo presente: llevo cinco minutos en el pueblo y ya me está invadiendo el pasado—. Quiero decir que estaba.

—Estaba con Kaycee, pero le gustabas tú. Lo sabía todo el mundo.

Brent O’Connell era uno de los chicos más populares de Barrens. Lo que está diciendo Misha no tiene sentido.

Excepto...

Excepto por el beso, el único beso, la noche de la graduación. Un primer beso casi exactamente igual que el que yo siempre había soñado: un día de junio insólito de tan caluroso, casi propio para ir a bañarse; un penetrante olor a humo en el aire; Brent saliendo de entre los árboles protegiéndose los ojos de la luz de mi linterna con la mano. Cuántas noches había recorrido yo el

bosque que había detrás de mi casa para ir hasta el borde del pantano, con la esperanza de tropezarme con él de aquel modo, con la esperanza de que se fijase en mí.

Fue tan perfecto que nunca tuve la seguridad de no habérmelo inventado, como hice con Sonya, una niña de piel oscura y piernas largas y delgadas como las de un potrillo que vivía en el desván de nuestra antigua casa, cuando yo era pequeña, y que jugaba conmigo a cambio de que yo le diera hojas y ramas que le traía del bosque; cuando mi madre descubría el desván todo lleno de hojas podridas y de escarabajos, yo le explicaba que aquella niña era una antigua hada. Y como los juegos que inventé cuando murió mi madre, para hacerla volver. Salvar de un salto las grietas de la acera, naturalmente, pero también otras cosas. Si fuera capaz de aguantar la respiración hasta que hubieran pasado cinco coches... Si fuera capaz de sumergirme hasta el fondo del pantano e introducir un dedo en el cieno... Si hubiera un número par de cuervos posados en el poste de teléfonos, un número cualquiera que no fuera el diez.

Misha pone con cuidado la tapa de su vaso de café helado presionando los bordes con el dedo pulgar.

—¿Por qué? —me pregunta. Utiliza un tono tan natural, tan amable, que estoy a punto de no percatarme.

—¿Disculpa? —La verdad es que por un segundo no entiendo lo que me quiere decir.

Por fin levanta la vista. Sus ojos tienen el azul despejado de un cielo de verano.

—¿Por qué crees tú que le gustabas tanto a Brent?

Aprieto la botella de agua con tanta fuerza que dejo los dedos marcados en el plástico.

—No... No lo sé —farfullo, y después agrego—: No le gustaba.

Misha continúa sonriendo.

—Tal vez fuera por esa melenaza tuya.

Acto seguido, de forma inesperada, alarga una mano para darme un ligero tirón a la cola de caballo. Al ver que yo me aparto, ríe como si se sintiera avergonzada.

—Quizá venían de ahí todas esas gilipolleces, que Kaycee quisiera que hiriésemos tus sentimientos —sigue diciendo Misha—. La verdad es que Kaycee era una chiflada.

—Era tu mejor amiga —señalo, haciendo un esfuerzo para seguir la

conversación, para no verme atrapada en el fango de mis recuerdos.

—También fue tu mejor amiga, durante una temporada —replica—. Ya te acordarás de cómo era aquello. Kaycee me daba un miedo de muerte.

¿Podía ser verdad lo que estaba diciendo? Cada vez que me acuerdo de esa época, el rostro que suelo ver es el de Misha, sus dientes arrojados y sus ojos grandes y azules, la cara de placer que ponía cada vez que me veía llorar. Misha era la cruel, la pitbull, la que tomaba las decisiones. Cora y Annie eran las discípulas: seguían a Misha y a Kaycee en actitud reverencial, como si fueran sus hermanas pequeñas.

Kaycee era la más guapa, la que todo el mundo adoraba. Nadie podía negarle nada. Yo tampoco era capaz de negarle nada cuando éramos amigas. Kaycee era el sol, y no había más remedio que orbitar en torno a ella.

Ahora que era diez años mayor y llevaba diez años liberada de ser su mejor amiga, Misha daba la impresión de encontrarse cómoda.

—Brent va a alegrarse muchísimo de verte otra vez, aunque ahora juegues en el equipo contrario. Porque —agrega al ver mi expresión— es así, ¿no? ¿Habéis venido para cerrar Optimal?

—Estamos aquí para cerciorarnos de que el agua no entraña riesgos —replico—. Ni más ni menos. No vamos contra Optimal. —Pero para los habitantes de Barrens, esta distinción no va a cambiar mucho las cosas.

—Pero tú estás dentro de esa asociación, ¿no es cierto?

—Sí, el Centro para la Defensa del Medioambiente —respondo—. Veo que las noticias viajan deprisa.

Misha se inclina un poco más hacia mí.

—Gallagher dice que van a cerrarnos el agua del grifo.

Sacudo la cabeza en un gesto negativo.

—Gallagher lo ha entendido mal. Algo así sucedería muy en última instancia. Hemos venido únicamente a examinar los sistemas de eliminación de residuos. —Hay una cosa que enseñan en la Facultad de Derecho mejor que ninguna otra: cómo hablar sin decir absolutamente nada.

Misha lanza una carcajada.

—Y yo creyendo que eras una abogada elegante. ¡Y resulta que en vez de eso eres fontanera! —Menea la cabeza—. Pero me alegro de saberlo. Optimal ha sido una bendición para nosotros, no te haces ni idea. Durante una temporada creímos que este pueblo estaba transformándose en polvo.

—Ya me acuerdo —le digo—. Créeme.

De pronto, una súbita punzada de dolor le arruga la frente y le frunce los

labios. Y por espacio de largos segundos da la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo para quitarse algo que le bloquea la garganta.

Luego vuelve a aferrarme la mano. Me sorprende que se acerque otro poco más, tanto que incluso me es posible distinguir la constelación que le forman los poros de la cara.

—Tú sabes que solo eran bromas, ¿verdad? Todas las cosas que hacíamos. Todas las cosas que dijimos.

Adivino que Misha está tomando mi silencio como una afirmación. Me da un apretón en la mano, breve y rápido.

—Antes me preocupaba de vez en cuando que pudieras volver a casa. Me daba miedo. Pensaba que a lo mejor volvías buscando... —De repente se interrumpe, y yo siento un intenso frío en la nuca, como si alguien se hubiera inclinado hacia mí para decirme algo en susurros.

Kaycee. Estoy segura de que iba a decir «a Kaycee».

—¿Buscando qué? —le pregunto, intentando a propósito emplear un tono natural, al tiempo que hago girar un expositor de gafas de sol baratas y observo cómo absorben el sol con sus lentes polarizadas.

Ahora, la sonrisa de Misha es cerrada y constreñida.

—Venganza —responde simplemente. Esta vez me sostiene la puerta abierta y me permite que pase primero.

La niña de Misha está agitándose en el asiento trasero del coche. Nada más ver a su madre, empieza a gimotear. Mientras Misha acude a desabrocharle el cinturón, yo dejo escapar una bocanada de aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Esta es Kayla —me dice, al tiempo que la pequeña rompe a llorar.

—Es preciosa —digo yo, lo cual es cierto. La niña tiene los ojos de su madre; el pelo, que sorprende por lo abundante, es, en cambio, tan rubio que casi resulta blanco.

—¿A que sí? Menos mal que no ha heredado el color de pelo de Peter. El Ninja Pelirrojo, así lo llaman en el trabajo. —Misha acuna a su hija en brazos para que deje de llorar. No sé por qué, pero no logro conciliar la imagen de Peter Jennings, un joven de mentón romo y mirada de idiota, con esta niña. Pero supongo que es lo que ocurre siempre con los niños pequeños: que no heredan la fealdad de sus padres hasta que se hacen un poco mayores—. Sabes, tú vas a ayudarnos a que la gente nos sitúe en el mapa, dado que eres una abogada de éxito y vives en Chicago, nada menos. Lo vas a hacer muy

bien.

Esto último es mitad un cumplido, mitad una orden. El significado profundo es: «No nos jodas».

—Tienes que venir a cenar a casa. Por favor. ¿Te quedas con tu padre? Todavía tengo el teléfono. —Se da media vuelta y vuelve a abrochar a Kayla al asiento de atrás—. Y si necesitas cualquier cosa mientras te instalas, házmelo saber. Lo que sea.

A continuación, antes de que yo pueda responderle que no tiene por qué molestarse, y que por nada del mundo pienso quedarme en mi antigua casa, se sube al automóvil. En cuanto desaparece, siento como si una mano invisible me hubiera liberado las cuerdas vocales.

«Jamás necesitaré nada de ti.

Jamás te pediré nada.

Siempre te he odiado».

Pero ya es demasiado tarde. Misha se ha ido, y no ha dejado más que una nube de humo del tubo de escape que queda flotando en el denso aire del verano, distorsionándolo todo, hasta que ella también se desvanece.

¹ Tomado de una rima tradicional infantil, *One for Sorrow*. Según una antigua superstición, el número de cuervos que uno ve determina si tendrá mala suerte o no (*N. de la T.*).

En el último año del instituto, Misha y Kaycee empezaron a enfermar. Les temblaban las manos, ese fue su primer síntoma. A continuación les tocó el turno a Cora Allen y Annie Baum. Perdían el equilibrio incluso estando de pie sin moverse. Se olvidaban de dónde estaba su aula o de cómo se iba al gimnasio. Y fue como si hubiera enfermado también el pueblo entero, como si Barrens estuviera cayendo con ellas al interior de un pozo oscuro.

¿Y qué era todo? Una broma. Una travesura. Lo hacían simplemente porque les apetecía. Porque deseaban recibir atención. Porque podían.

Durante unos meses fueron famosas, por lo menos en el sur de Indiana. Pobres chicas pueblerinas, olvidadas de todos. Las madres de Misha y de Cora acudieron a la televisión local y, justo antes de que Kaycee se fugara, incluso se habló de que concederían entrevistas en las grandes cadenas. Alguien del *Chicago Tribune* estuvo intentando relacionar la enfermedad de aquellas jóvenes con otros ejemplos de contaminación industrial. Pero cuando se desveló que todo había sido un embuste de las chicas, la historia perdió popularidad rápidamente, y por lo visto nadie les hizo ningún reproche, al menos ninguno que durase mucho. «Solo buscaban un poco de atención». Así fue como lo contaron los periódicos.

Sin embargo, yo las creí. Y hay una parte de mí que nunca ha dejado de creer que su enfermedad no era fingida, la parte que me ha hecho formularme preguntas todo el tiempo acerca del medioambiente y de la conservación, que presentó la reclamación inicial ante el CDM y se aferró a ella con la misma intensidad, pequeña pero dolorosa e insistente, de un pellejo en un dedo.

Cuando me trasladé a vivir a Chicago, tiré a la basura toda mi ropa vieja en cuanto me pude permitir comprarme otra nueva. Cambié mi estilo, por simple que fuera, por lo que vi en los escaparates de Magnificent Mile. Pasé mi acento por la cuchilla, eliminé mi forma de pronunciar las vocales al modo del Medio Oeste y le dije a la gente que provenía de las afueras de Nueva York. Los domingos los dedicaba a dormir la resaca, nunca rezaba a no ser que fuera para pedir que se despejase el tráfico y dejé de llamar a casa.

Hice todo lo que estaba en mi mano para olvidarme de Barrens.

Pero cuantos más esfuerzos hacía, más sentía la sutil atracción de algún recuerdo medio borrado, la insistencia de algo que no había sabido ver o hacer. Un mensaje que no había logrado descifrar.

En ocasiones, cuando regresaba a casa después de haber tomado demasiadas copas —o quizá demasiado pocas— volvían a mi mente los recuerdos de Kaycee, de las tardes que pasábamos haciendo puntería y lanzando piedras a las enormes setas que crecían en el bosque, de mi perro Castaño, y de las convulsiones de un pueblo vencido por la enfermedad.

Tal vez quise creer que había una respuesta, una razón que explicara por qué ella hizo lo que hizo.

Tal vez simplemente quise creerla, porque después de todo este tiempo no lograba entender cómo fue posible que me embaucara de aquella forma.

Por más veces que jurase que iba a dejar de hacerlo, una y otra vez volvía a formularme las mismas preguntas. «¿Por qué?». Era capaz de desembarazarme de casi todo, excepto de aquella pregunta. «¿Por qué?». Kaycee, Misha, el embuste. «¿Por qué?». A veces transcurrían uno o dos meses; otras veces transcurrían solo semanas. Perdía horas investigando a Optimal, peinando pequeños retazos de informaciones triviales que en Barrens equivalían a noticias. En su mayor parte era material de relaciones públicas de Optimal: nuevas viviendas, un nuevo centro para la comunidad, un nuevo fondo para becas de estudios. Tanto investigar a lo largo de los años, y nunca dio como resultado algo que fuera de utilidad.

Hasta que, seis meses atrás, apareció algo.

Las ciento veinte hectáreas de terreno que posee Wyatt Gallagher se hallan delimitadas en su totalidad por una valla medio caída, hecha con troncos de madera. La sequía ha causado estragos; la hierba se ha vuelto marrón, y el polvo me tapa el parabrisas. En cuanto me meto por el camino de entrada para coches, oigo ladrar a varios perros atados a una cadena. Sabía que el CDM pensaba alquilar viviendas para el equipo de abogados, pero no tenía ni idea de que íbamos a alojarnos en la granja de Gallagher. Claro que tampoco me sorprende, teniendo en cuenta que Gallagher es el primero que presentó una reclamación acerca del pantano.

Si se toma en cuenta que Gallagher no tiene teléfono móvil, por no mencionar la mísera conexión wifi, es un milagro que dicha reclamación lograra rebasar los confines del pueblo.

En cuanto vi el correo, de inmediato consulté las actas de la última reunión del ayuntamiento para leer a fondo la queja que había presentado Gallagher. No había sido solo él: unas cuantas familias más se le habían sumado y habían expresado preocupación acerca del agua. Examinando detenidamente aquellas actas, me sentí igual que Alicia entrando por el agujero del conejo; de pronto me encontré con reclamaciones más antiguas, informes olvidados de decenas de residentes de Barrens, problemas y quejas que iban ascendiendo en espiral y se unían a la cólera expresada por Gallagher. Solo con revisar las actas escribí cuatro páginas de apuntes.

Y por primera vez en diez años, por primera vez en toda mi vida, quizá, tuve la sensación de que el mundo entero se había detenido. Tuve la sensación de que todo había enmudecido para susurrar la leve promesa de una respuesta.

Puse a Gallagher en contacto con la sección del CDM que correspondía a Indiana. Existen procedimientos, protocolos, caminos diseñados para sacarnos de la maraña de nuestros miedos y nuestras sospechas. Pero el equipo de Indiana, que todavía estaba lidiando con un parón en la legislación estatal respecto de un proyecto de ley sobre energías limpias que debería haber sido aprobado dos años antes, recurrió a nosotros buscando apoyo.

De modo que heme aquí.

Detengo el coche en la hierba, al lado de un granero recién pintado, identificable como nuestro cuartel general solo gracias al destartado Camaro de Joseph Carter, que luce en el parachoques la ubicua pegatina de COEXISTE. Hay varios automóviles más que me resultan conocidos, y algunos otros que no: Estelle Barry, uno de los socios más antiguos, nos dijo que vendrían varios becarios voluntarios de Loyola.

Meto la botella de agua ya vacía en dos vasos de café usados de la gasolinera y arrojé todo al suelo del asiento del pasajero.

—Williams, llegas tarde. —Es el saludo que recibo de Joe al penetrar en el gigantesco granero, donde el equipo ha instalado unas mesas plegables, varios armarios archivadores y un embrollo de ordenadores cableados hasta una única regleta de enchufes. El suelo es una maraña de cables y suciedad, tabloncillos alabeados y moqueta barata de la que se compra por metros.

—Tío, son las nueve y dos minutos.

Joe y yo fuimos contratados al mismo tiempo en la oficina de Illinois. Él es con mucho mi mejor amigo, aunque antes me cortaría una mano que reconocérselo a la cara. Fuimos hippies juntos. Hemos pasado incontables

noches cenando comida china bajo el brillo de una lámpara fluorescente, con profundas ojeras de cansancio. Celebramos juntos nuestras tres primeras Navidades como abogados. Siempre he tenido la impresión de que Joe, al igual que yo, no estaba muy unido a su familia; recuerdo que me quedé estupefacta y sentí un poco de envidia cuando el año pasado anunció que iba a tomarse unas vacaciones para irse a Florida con su familia.

—Me gusta ese estilo matinal con el pelo revuelto. Te sienta bien. —Joe me conduce hacia una mesa plegable colocada al fondo—. Me trae recuerdos de la Facultad de Derecho.

—Más bien te trae recuerdos del fin de semana pasado —le replico, y él hace una mueca como diciendo: «¿Quién, yo?». Acumula novios con la misma facilidad con que los rincones acumulan polvo. Cosas que pasan—. Veo que estás de buen humor.

—Quizá sea que el aire del campo va conmigo —dice, estirando los brazos como si nunca hubiera visto tanto espacio abierto. Me pregunto por qué diablos estará tan vivaracho a esta hora tan temprana, después del largo viaje en automóvil que ha hecho desde Indianápolis. Joe se niega a dormir en uno de los pocos moteles o casas de alquiler que hay en Barrens, con la excusa de que en Indiana un varón negro y gay está más perdido que un consolador encima de la mesa de la cena. Así que ha preferido ir y venir todos los días.

—A lo mejor es por el agua —apunto, y mi sugerencia le hace reír. No es el único que anda revoloteando lleno de energía, impulsado por algo más que cafeína. Es por el proyecto nuevo, el equipo nuevo. Estos estudiantes de Derecho con la cara llena de granos todavía creen que vamos a cambiar el mundo: ahora un vertido de petróleo, luego un pantano contaminado, después una fuga de un gasoducto.

—Eh, tíos —exclama Joe en voz alta—. Esta de aquí es Abby Williams en persona. La que ha estado saturando vuestra bandeja de entrada en estas dos últimas semanas.

El equipo de investigación es más bien modesto: un asociado de primer año y unos cuantos estudiantes de Derecho voluntarios que miran con los ojos muy abiertos. Juro que una de las chicas da la impresión de no haber acabado todavía el instituto. Eso es el CDM: la práctica del Derecho sobre un presupuesto ajustado. La buena lid siempre es un trabajo mal pagado.

—Me parece que el término correcto es *preparando* —le digo a Joe.
Joe no me hace caso.

—Abby —continúa, dirigiéndose al resto del grupo—, como todos sabéis, es la otra jefa del equipo, aparte de mí. Pero en realidad es el motivo de que estemos todos aquí, de modo que cuando dentro de unos días ya no soportéis vuestra vida, echadle la culpa a ella. —Y acto seguido me mira a mí agitando las pestañas al tiempo que yo le hago una mueca.

Reconozco en los miembros del equipo las imágenes en miniatura que me envió Estelle Barry cuando nos estaba dotando de personal. Está Raj, el asociado de primer año, recién salido de Harvard. Y a los becarios ya les estoy adjudicando apodos: Flora, una alegre chica californiana vestida con una camiseta de estampado de flores; Portland, un *hipster* con barba que lleva un traje de franela demasiado a medida para ser auténtico. Los becarios son como los rollos de una noche: una puede fingir que recuerda uno o dos nombres, pero el resultado nunca justifica el esfuerzo.

Flora se pone en pie de un salto. Desea demostrar que ha hecho los deberes.

—Hasta el momento hemos encontrado todas las actas de las reuniones del ayuntamiento de los cinco últimos años, antes de que se convirtieran al sistema digital —informa—. Hay varias familias que ya empezaron a presentar quejas en... esto... —Mira sus apuntes, y de repente se ruboriza hasta las orejas—. Hace ya tres años. —Se remete el pelo por detrás de las orejas—. Revisaremos estas reclamaciones, una por una —agrega antes de volver a sentarse.

—¿Y en la actualidad? ¿Qué es lo que tenemos, además de lo de Gallagher? Gallagher es uno de los principales terratenientes que hay en Barrens y en los alrededores, su granja lleva aquí desde mucho antes de mi época, y utiliza el pantano para el riego. Según los apuntes que envió Joe, debido a la sequía de estos dos últimos años se ha visto obligado a depender de él más que nunca. Cuando perdió cosechas enteras de maíz y de soja, empezó a sospechar que estaba ocurriendo algo malo con el agua, una sospecha que surgió después de que varios vecinos se quejaron de que las tuberías despedían un olor extraño, y también de sufrir inflamaciones en la piel y dolores de cabeza.

—Media docena de personas han firmado la reclamación que presentó él en el ayuntamiento. Al parecer, nuestras mejores opciones son una familia de apellido Dawes y un tal Stephen Iocco.

—¿Media docena de reclamaciones? El tribunal se partirá de risa y nos expulsará de la sala. —Joe está quedándose corto. Más bien nos echarán con

una patada en el culo.

Flora tiene cara de sentirse incómoda.

—Optimal es la empresa que más trabajo da a los habitantes de Barrens —dice—. Cuesta mucho persuadir a la gente.

—Este pueblo vive de esa empresa —apunto, acordándome con un sentimiento de inquietud de lo que me ha dicho Misha: «Ahora juegas en el equipo contrario». Me temo que la mayoría de los habitantes de Barrens juegan en el lado contrario al nuestro—. Ese va a ser nuestro principal obstáculo.

Todo el mundo asiente, pero todos los miembros del equipo lucen una fina pátina de ciudad, o por lo menos de alguna urbanización de las afueras de una ciudad, y no alcanzan a entenderlo.

Cuando yo era pequeña, por las mañanas el aire estaba saturado de una película de cenizas de plástico; cada vez que inhalábamos, respirábamos productos químicos de Optimal, y aquella niebla química confería al sol diferentes matices de tonalidades anaranjadas y rosadas. Los oídos nos pitaban a causa del continuo estruendo de algo que estaba construyendo Optimal: nuevos andamios, nuevos almacenes, nuevos hangares, nuevas chimeneas. Yo almorzaba en una biblioteca escolar recién construida con una donación de Optimal, y me iba a casa en un autobús escolar adquirido por Optimal, ensamblado con piezas fabricadas por Optimal, y acudía a bailes, concursos de tartas y barbacoas patrocinados por Optimal. Mi padre tenía razón: en efecto, había alguien más grande que nosotros, alguien que nos vigilaba, alguien que incluso decidía los colores del cielo y la textura del aire que respirábamos. Recuerdo el momento en que se levantó el esqueleto de la planta de producción. Yo solía curiosear por los alrededores del pantano para jugar en la obra y dejar mi nombre escrito en el óxido de las tuberías de desagüe, cuando la casa entera olía a enfermo y daba la impresión de ir a encogerse y caerse encima de mi cabeza.

—Un pueblo que vive de una empresa —repite Joe—. Qué evocador.

—¿Cuándo va a enviar técnicos el LPM? —pregunta Raj. Incluso él habla en tono deprimido. El Laboratorio de Pruebas Medioambientales está especializado en el suministro de aguas limpias, y se concentra sobre todo en la contaminación por metales pesados. Por desgracia, es uno de los pocos laboratorios de fiar que hay en el Medio Oeste, y el tiempo de espera es de varios meses.

—La semana que viene —le responde Joe—. Pero no deberíamos contar

con tener resultados sobre el agua antes del mes de julio.

—Si es que los tenemos en ese mes —digo—. ¿Qué otra cosa podemos investigar? ¿Qué me decís del incremento de los casos de cáncer?

—¿En estos últimos años? No. —Solo en nuestro sector hay razones para desilusionarse de que el cáncer no avance tan rápido.

—Optimal vino aquí hace veinte años —señalo.

—¿Y esperas que nos remontemos a esa fecha? No tenemos personal suficiente. Además, ya sabes cómo funcionan estos hospitales. Resulta más fácil que las ranas críen pelo, y la mitad de lo que se consigue es restringido.

—Son datos. Aun cuando más tarde no resulten admisibles, no habrá sido un desperdicio. Por lo menos deberíamos hacer un sondeo entre los médicos locales.

Así es como trabajamos: con rapidez adelante y atrás, empujando y retrocediendo. Cuando conocí a Joe, me dijo que la botella de agua que yo estaba bebiendo era una fuente de sustancias químicas nocivas, y yo le dije que era un capullo. Desde entonces, somos amigos.

Decido forzar mi ventaja:

—¿Y qué pasa con los casos antiguos que os he enviado yo? ¿Hay algo interesante en ellos?

—¿Te refieres al caso Mitchell? —La que ha hablado ha sido Flora. Brillante, por supuesto.

—Los Mitchell, Dale, Baum y Allen fueron los primeros demandantes —tercia Portland. No pierde oportunidad de conseguir puntos a su favor. Me cae bien este chico—. Al parecer, sus hijas, cuatro, todas adolescentes, enfermaron de gravedad. Sufrieron temblores, problemas de visión, episodios de desmayos. Cuando la cosa se extendió, presentaron una demanda civil y...

—Exacto. Y después la retiraron. —Joe vuelve a dejar el montón de apuntes encima de su mesa—. Fue un fraude. Simplemente unas crías que intentaban hacerse ricas gracias a la indemnización de una empresa. —Acto seguido, sin avisar, se gira hacia mí—. ¿No es cierto, Abby?

Maldito sea Joe. Siempre está pleiteando.

—Eso fue lo que dijeron. —Pienso en Kaycee intentando recoger su lápiz en una clase de dibujo, y fracasando en el intento. Pienso en sus amigas revoloteando por los pasillos como si fueran insectos—. Había mucha atención centrada en ellas. Una de las chicas desapareció del pueblo poco después. Las otras retiraron las demandas. Yo soy originariamente de Barrens —explico dirigiéndome a un grupo de caras inexpresivas, pronunciando lo de

«originariamente» como si después hubiera ido pasando por, no sé, París, Santa Mónica y Río de Janeiro—. Fui a clase con las chicas que enfermaron.

—Pero hubo una auditoría. —Este comentario es de Raj, nuestro asociado de primer año. Por la cortesía distante con que se tratan Joe y él, sospecho que posiblemente follan juntos después del trabajo—. Vino una persona de la Agencia de Protección del Medioambiente y pasó un mes haciendo pruebas. Optimal las superó todas. Y desde entonces también ha superado todas las revisiones.

—Aun así, es una coincidencia bastante grande, ¿no te parece? —digo yo con naturalidad, como si fuera una idea que no se me había ocurrido antes.

—Pero es que no es una coincidencia —interviene de nuevo la alegre Flora—. Antes de que Optimal se instalara en Barrens, durante diez años tuvieron las oficinas centrales en Tennessee. En aquella época se llamaban Associated Polymer. Imagino que esa sigue siendo la empresa matriz. A principios de la década de 2000 un grupo de demandantes acusó a Associated Polymer de realizar vertidos ilegales. La empresa prefirió pagar antes que pelear el caso, aunque en todo momento negaron haber hecho nada malo. — La verdad es que esta chica está esforzándose mucho para obtener un sobresaliente. Es imposible no querer a los alumnos destacados.

—Si no habían hecho nada malo, ¿por qué pagaron? —pregunta Portland.

—En estos diez años Optimal ha estado muy cerca de rozar la línea en varias ocasiones —dice Joe al tiempo que rebusca entre un fajo de papeles como si estuviera examinando sus apuntes. Pero es puro teatro. Joe tiene una memoria fotográfica, o casi—. Infracciones laborales, inspecciones de Hacienda, hasta un caso de discriminación. Pero nada ha cuajado. Nadie quiere presionarla demasiado, dado que está aportando mucho dinero.

—Ahí tienes la política de los pueblos pequeños —le digo.

Flora retoma el asunto por donde lo dejó:

—Bueno, así es como se les ocurrió a las chicas la idea de exprimir a la empresa. Es lo que dijo una de ellas, Misha Dole.

—Misha Dale —la corrijo.

—Eso no nos ayudaría ahora, a no ser que podamos demostrar continuidad —apunta Joe—. Si queremos investigar Optimal a fondo, necesitamos convencer a alguien de que existe un motivo para ello. Eso implica contar con testimonios y afidávits de personas que estén experimentando síntomas en este momento. Y también implica descartar otras causas. No quiero arriesgar el culo solo para descubrir que lo que tenemos son unos cuantos

chinchas y un viejo loco que desea tomarse la revancha.

—Tienes que comprenderlo. —Mi voz levanta eco entre las viejas vigas del techo, y hace que algo se lleve un sobresalto. Un pájaro. Aunque no alcanzo a ver qué clase de pájaro—. Aquí, nosotros no somos los héroes. Somos el enemigo.

—Ah, pues fenomenal —sonríe Joe—. Los malos siempre son los que mejor se lo pasan. Vamos a trabajar. —Da una palmada, y el pájaro levanta el vuelo y pasa como una exhalación por encima de nosotros en dirección a la puerta, que está abierta. Flora deja escapar un chillido.

—No es más que un cuervo —le digo, y después, sin poder evitarlo, agrego—: Los cuervos tienen una memoria increíble. Además, son capaces de distinguir caras humanas. Son como los elefantes, nunca olvidan.

—No me extraña que siempre den la impresión de estar enfadados —añade Joe. Levanto la vista y veo que está alzando una ceja en dirección a Raj. Está claro: están follando.

Ocupo la mesa vacía y me pongo a examinar los apuntes que nos ha dejado Gallagher: notaciones detalladas, casi jeroglíficos, de cambios sufridos en el pH del suelo, crecimiento de bacterias desconocidas, fracaso de cultivos por razones inexplicables.

Hay una cosa que de inmediato me salta a la vista: Gallagher ha prestado declaración acerca de una mujer apellidada Dawes que afirma que su hijo sufre sarpullidos desde hace una temporada. Pero si han estado utilizando el agua de un pozo particular, como hace la mayoría de las familias de Barrens, es una mala noticia para nosotros. Si la contaminación se encuentra en el agua del subsuelo, va a resultar mucho más difícil relacionarla con un único origen. Y siempre existe la posibilidad de que el caso entero sea un fraude desde el principio, y de que algunos de los vecinos estén olfateando por ahí a ver si consiguen una indemnización, lo mismo que intentaron Kaycee y sus amigas hace diez años.

Para el resto del equipo, esto es simplemente otro caso más. Para mí, es una oportunidad de hacer frente por fin a los demonios. De sacar a la luz los secretos desagradables. Ojalá pudiera decir que estoy aquí para hacerles justicia a los que no tienen voz, a los que no tienen poder, de igual modo que en otra época yo misma no tuve poder. Ojalá pudiera decir siquiera que me gustaría que los malos pagasen por lo que han hecho.

Pero simplemente quiero saber la verdad, sin sombra de duda, de una vez y para siempre. A lo largo de estos diez años, me han retumbado sin cesar las mismas preguntas en la cabeza, y tan solo la verdad logrará acallarlas definitivamente.

A las seis en punto tiro la toalla. Las líneas impresas han empezado a volvérseme borrosas. Joe recoge al mismo tiempo que yo, y mientras observo cómo va metiendo papeles en una cartera grande de cuero, me pregunto qué opinará de este lugar. Ya he intentado explicarle otras veces de dónde soy, con detalles poco importantes y en líneas generales. Ambiente rural, apartado, grandes espacios abiertos, veinte minutos de trayecto para comprar una barra de pan... Pero no sé si ahora me verá de manera distinta, rodeado de un leve olor a paja y a estiércol, en medio de hectáreas y hectáreas de terreno sin habitar.

Los perros de Gallagher están haciendo horas extras, y empiezan a ladrar en cuanto Joe y yo salimos del granero para cerrarlo con llave. Unos cientos de metros más allá, el horno que hay detrás de la granja está esparciendo un olor a carbón en el aire de la tarde. Gallagher debe de estar en casa.

—No me vendría mal tomarme una copa. ¿Habrá algún karaoke cutre por aquí? —Joe me da un codazo, y deduzco que intenta compensarme por haberme obligado un rato antes a confesar que soy oriunda de este pueblo. Esa es una de las cualidades por las que Joe se hace querer: que, fuera del horario, siempre se siente culpable por hacer bien su trabajo—. Podrías hacerme una visita guiada por tu antiguo patio de juegos.

—Estoy demasiado fundida —le respondo, lo cual es cierto a medias, y tengo que ir a ver a mi padre, un tema en el que ni siquiera deseo entrar con Joe—. Además, ¿no tienes que volver a Indianápolis?

—Eres una aguafiestas. —Cuando sale del trabajo, hasta le cambia el tono de voz. En cierta ocasión se lo señalé, y me contestó que a mí también me cambiaba.

—Fíate de mí, el Carrigan's no es tu sitio.

Joe se despide de mí con la mano y se sube a su coche alquilado. Cuando arranca levantando una nube de polvo, doy media vuelta y me voy.

Me duele la cabeza de tanto cavilar sobre datos antiguos y nuevos. Las pautas son como la verdad: te hacen libre, pero antes te provocan una endiablada migraña.

El cielo se encuentra en esa fase intermedia en la que el día y la noche se pelean formando un tumulto de azules, anaranjados y rosas, con el canto de los grillos como banda sonora. A esta hora del día, Barrens está precioso: los campos aparecen envueltos en una neblina. Así es como actúa la belleza en Barrens, surgiendo de repente cuando uno menos se lo espera, dándole un susto.

Un vivo recuerdo me lleva directamente a la presa del pueblo. Aquí pasaba mucho tiempo de pequeña, sobre todo en verano, cuando el nivel del agua estaba bajo y la corriente se enroscaba en torno a mis tobillos. Siempre estaba helada, pero eso no parecía tener importancia. Si hacía buen tiempo, el lugar podía estar muy animado. Los críos cogían cangrejos, se columpiaban con cuerdas, flotaban ayudándose de neumáticos, mientras los pescadores, protegidos con botas que les llegaban hasta el muslo, probaban suerte con las truchas recién incorporadas.

Hoy no se divisa ni un alma. El nivel del agua está alto y la superficie se ve muy agitada, seguramente me haría volcar. Cierro los ojos e imagino que de todas formas me meto. Imagino la impresión del agua fría, el peso súbito de todo ese líquido, la fuerza de la corriente semejante a una larga fila de manos que me aferran intentando hundirme. Doy un traspié hacia atrás y a duras penas consigo recuperar el equilibrio.

De repente oigo a alguien reír a lo lejos y me vuelvo. Son dos niñas, la una morena y la otra rubia como el maíz, que corren entre los árboles cogidas de las manos, removiendo polvo y piedrecillas con cada zancada.

El tiempo me desgaja del presente, y de pronto esas dos niñas somos Kaycee y yo, corriendo felices y con las rodillas despellejadas.

La niña morena pierde una sandalia, se suelta de su amiga y se vuelve para recuperarla. De repente me descubre a mí, y en su semblante se dibuja un gesto de recelo. Me mira como si fuera a decirme algo, pero su amiga la agarra de nuevo de la mano y vuelven a echar a correr. Expulso el aire, no sabía que estuviera aguantando la respiración.

Antes la veía en todas partes. Justo el año pasado, en el tren, agarré a una chica. Me abrí paso a codazos entre los pasajeros que abarrotaban el vagón y conseguí aferrar la correa de su bolso un momento antes de que se apease.

—Kaycee —le dije jadeando, hasta que ella se volvió, y entonces vi que era demasiado joven. Tenía la misma edad que Kaycee cuando se fugó, no la que debería tener en la actualidad.

En una ocasión, hacia el final del último año en el instituto, la encontré de

rodillas en el cuarto de baño, la taza del váter salpicada de sangre. Repetía sin cesar la misma frase, una y otra vez, y yo me quedé allí de pie, deseando sentir que por fin se había hecho justicia conmigo, pero lo único que sentía era pánico y un profundo miedo. Si aquello había atacado a Kaycee, ninguna de nosotras estaba a salvo.

Kaycee extendió una mano hacia mí, pero no como si quisiera tocarme. Era como si estuviera buscando a tientas en la oscuridad algo a lo que asirse. «¿Qué me está pasando?». De pronto sufrió una convulsión, y se volvió de nuevo hacia la taza del váter para vomitar.

Recuerdo que pensé que aquella sangre era demasiado roja.

Recuerdo que, más adelante, pensé: «¿Cómo se puede fingir algo así?».

Sé adónde se supone que voy, pero me hago un poco más la remolona y termino entrando en el aparcamiento del Sunny Jay's: el sórdido supermercado/tienda de licores al que antiguamente acudían todos los alumnos del instituto a comprar alcohol sin carné de identidad. Incluida yo misma. Al otro lado de la calle, lo que antes era un descampado que se utilizaba informalmente como vertedero secundario ha sido despejado, irrigado y convertido en un parque infantil. Hay unos cuantos niños lanzándose por un tobogán de plástico de color rojo vivo y otros dándose impulso en un columpio supermoderno, mientras sus padres languidecen a la sombra. Un cartel de gran tamaño colocado en la valla metálica dice: «Optimal te cuida». No es lo que se dice muy sutil.

Echo el freno de mano y prácticamente me lanzo a la carrera hasta la puerta del establecimiento. Voy derecha a la exigua sección de vinos y me pongo a buscar las cutres cajas de color rosa de vino de uva zinfandel, y también los vinos Yellow Tail y Carlo Rossi. Estoy a punto de retirar de la estantería un malbec, que no tiene mala pinta pero está cubierto de polvo — con esto resulta difícil equivocarse—, cuando de repente oigo a alguien que me habla a mi espalda.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. —Al darme la vuelta se me resbala la botella. A duras penas consigo sujetarla.

En Barrens hay muchas cosas que no he olvidado nunca, muchas cosas que no puedo olvidar. El olor de las granjas avícolas en verano. La sensación de encontrarme atrapada en un sitio que no es el mío, o en un cuerpo que no es el mío, o las dos cosas. El negro azabache de las noches, el silencio.

Sin embargo, hay una cosa que sí he olvidado: que en este pueblo uno no puede ir a ninguna parte sin tropezarse con alguien. Es una de las primeras cosas de las que se libera uno en la ciudad, la sensación de que te vigilan, te observan, te ven; la sensación de ir rebotando como una bola de billar entre caras y lugares conocidos, sin encontrar nunca la salida. Primero Misha, y ahora...

—Si necesita cualquier cosa, no tiene más que decírmelo.

Dave Condor, al que todo el mundo nombraba por el apellido, regresa a la caja registradora, a seguir contando dinero. El pelo le oculta a medias el rostro. Tiene algo que siempre me puso nerviosa, incluso ya me ocurría estando en el instituto. A lo mejor se debía a que siempre fue una persona muy callada, fluida, como si hubiera acabado de venir al mundo con un suspiro.

Vuelvo a dejar la botella en la estantería y doy un par de pasos en dirección a la puerta, lamentando ya haberme desviado de mi ruta. Seguramente mi padre diría que esto ha sido mi castigo por querer tomar una copa.

Antes de que pueda salir de la tienda, Condor levanta la vista.

—Ese vino es bastante viejo, no se encuentra en buen estado. Por aquí la gente es más de cerveza y de otro tipo de alcohol —me dice—. Usted no es de aquí, ¿verdad?

No me ha reconocido. Es todo un logro. Esbozo una sonrisa.

—¿Por qué lo dice? —pregunto con curiosidad auténtica. Quizá, después de todo, sí que es posible quitarse la roña de pueblo.

Pero Condor se limita a encogerse de hombros y sonreír.

—Conozco a todas las chicas de Barrens. Sobre todo a las que son guapas.

—No lo pongo en duda —replico, y me mira entornando los ojos, como si me estuviera viendo a través de un filtro de humo.

Me acuerdo de todas las historias que contaban de Condor en el instituto. Tuvo problemas por traficar con marihuana —me acuerdo de eso— y abandonó los estudios cuando le faltaban pocos meses para graduarse, estando yo todavía en el penúltimo año. Recuerdo que un día Annie Baum se plantó delante de él, el mismo año en que dejó embarazada a su novia, Stephanie. «Bueno, Condor —le dijo—, tengo entendido que te gustan las putas». Lo dijo en español porque el padre de Stephanie era de Ecuador. Condor se levantó sin responder nada, recogió su mochila y salió.

La palabra *puta* era seguramente la única palabra de español que Annie Baum memorizó en toda su vida.

Pero había algo más, algo que tenía que ver con el *Juego*. Nunca me enteré bien del todo. Condor era una persona escurridiza, siempre se escabullía por los resquicios antes de que uno pudiera aprisionarlo en un sitio. No era popular, pero tampoco era odiado por nadie. Vivía fuera del sistema. Incluso las historias que se contaban de él cambiaban de dirección y

rebotaban de nuevo hacia nosotros antes de que hubieran tenido tiempo de solidificarse. Supuestamente, Brent O'Connell y sus amigos fueron a casa de Condor y le propinaron una paliza de campeonato. ¿Fue por algo que le hizo a Kaycee? ¿O que intentó hacerle? Ocurrió después de que muriese Becky Sarinelli, eso lo sé con seguridad. Y también recuerdo que Condor y Becky Sarinelli eran amigos.

Eso es lo que recuerdo por encima de todo lo demás: que Condor siempre andaba metido en problemas. O que siempre andaba tropezando con problemas.

Se pone de pie y me pregunta:

—¿Desea algo que se pueda beber?

Sale de detrás del mostrador y atraviesa la tienda en unas pocas zancadas. Todavía conserva esa extraña gracilidad al moverse, aunque tiene la constitución de un agricultor, todo hombros y brazos, y unas manazas toscas.

—Este no está mal. —Cuando alarga la mano para coger una botella del último estante, se le sube un poco la camiseta y deja ver un tatuaje que le cruza todo el torso: un par de alas—. ¿Le gusta el burdeos?

—Me gusta el vino —respondo—. Me lo llevo. —Voy detrás de él hasta la caja registradora. No llevo encima dinero en efectivo, así que le entrego mi tarjeta. Al ver que mira el nombre con gesto de perplejidad, le digo impulsivamente—: La verdad es que sí nos conocemos. Soy Abby Williams. Iba un curso por detrás de ti en el instituto, y estábamos en la misma clase de español.

De forma inesperada, Condor rompe a reír.

—¡Ahora me acuerdo de ti! —dice—. De modo que sí eres de aquí.

—Originariamente.

—Pues me sorprende que te acuerdes de mí. En esa época yo nunca iba a clase. La mayoría de las veces me saltaba las clases para irme a fumar a los árboles que había detrás de la cancha de fútbol. De ahí que este sea ahora mi reino. —Abre los brazos para indicar la tienda, las estrechas estanterías repletas de alcohol barato, un pasillo entero dedicado a las botellas más pequeñas, destinadas a los alcohólicos que solo pueden permitirse beber de a poquito. Pero no parece estar resentido—. Bueno, ¿y qué te trae de nuevo a este encantador pueblecito?

—Estoy trabajando en un caso. Ahora soy abogada, me dedico al derecho medioambiental.

—Así que has alcanzado el éxito, ¿eh? Me alegro por ti. —No sé

distinguir si lo dice en serio o no.

—La verdad es que todavía estoy aprendiendo —replico, no para quitarle importancia al asunto, sino únicamente con la intención de aclarar.

—Aun así, saliste de aquí. Ya es algo, ¿no? Es mucho. —Esta vez, sé que lo dice en serio—. Toma. —Me entrega la botella sin marcar el precio en la caja registradora—. De mi parte. Un regalo de bienvenida a casa.

—No tienes por qué hacerlo. —En el momento de ir a coger la bolsa, mi mano entra en contacto con la de él, y algo se transmite entre nosotros, una fugaz transferencia de calor y de química.

Ese es el problema que tienen los instintos: que se equivocan completamente.

—Quiero hacerlo.

—Pues gracias. Es muy... amable por tu parte —contesto, al tiempo que agarro la bolsa y me dirijo hacia la puerta a toda velocidad.

—Eh, Abby —me llama cuando ya casi he salido de la tienda—. No actúes como si no nos conociéramos. Nunca me olvido de una cara bonita. — Su sonrisa es ancha y tal vez, solo tal vez, genuina.

Y en este preciso instante me doy cuenta de que tengo un problema.

Cuando falta algo más de un kilómetro para llegar a la casa de mi padre, la carretera se estrecha y se convierte en un camino de grava, tan familiar que consigue que diez años se transformen en una insignificancia. Oigo el crujido que hacen las piedrecillas contra el coche mientras unas aves —en esta ocasión se trata de gallinazos— picotean un cadáver que hay en el camino. Aprieto el claxon y levantan la cabeza; me miran con esos ojos suyos, caídos y de gesto inexpresivo, y a continuación remontan el vuelo.

Es solo una cena, me recuerdo a mí misma. Algo simple. Rápido. Mi padre no tiene poder sobre mí. Es tan solo una persona, aunque una persona terrible. En el mundo hay muchas personas malvadas, y a veces son nuestros propios padres. Pero él no puede leerme la mente, no puede ver mis pecados, como yo creí en otra época.

De todos modos, no puedo eludirlo.

Al igual que ocurre con otras muchas viviendas de los alrededores, el hogar de mi infancia es una modesta casa de dos alturas plantada en una parcela de tierra situada en medio de la nada. Eso no tiene nada de extraño, no hay nada de siniestro en su tejado a dos aguas ni en sus paredes de tablones, no hay nada de peculiar en el porche de hormigón ni en el pequeño jardín que amarillea al sol.

Aun así, tengo la sensación de que la casa se precipita hacia mí, y no al contrario. Como si estuviera deseosa de acogerme en su interior. Como si estuviera esperándome.

Por primera vez en casi diez años, estoy en casa.

Apago el motor y, para matar el tiempo, para ganar unos pocos segundos, juego con el pelo, el cual llevo recogido en lo alto de la cabeza. Casi nunca llevo la melena suelta, y a estas alturas ya me llega hasta la mitad de la espalda. Cada pocos meses agarro yo misma las tijeras y me recorto las puntas. Siempre he querido cortármelo a lo chico, siempre he jurado que iba a hacerlo. Incluso varias veces he ido a la peluquería, y al sentarme en la silla y ver las tijeras me ha entrado el pánico. Mi padre siempre me decía que mi cabello era la única cualidad que tenía, y de alguna manera esa idea pasó a

convertirse en el cabello en sí. Esa idea y el recuerdo de mi madre pasando los dedos por mi melena, de la raíz a las puntas, haciéndome trenzas para que después el pelo cayera formando ondas. No sé por qué, pero tengo miedo de estar fea si no llevo el pelo largo. Y todavía peor: tengo miedo de que si me corto el pelo estaré eliminando ese recuerdo de mi madre, uno de los pocos buenos que me quedan. Tengo miedo de perderla de nuevo; pero esta vez será culpa mía.

Me apeo del coche y espero unos instantes, contemplando la línea de los árboles del bosque. Varias hectáreas de terreno que llegan hasta el pantano, terreno público, y mi oasis particular cuando era pequeña. Intento acordarme de cuándo fue la última vez que vi a mi padre, pero me llega una confusión de imágenes: su mano apretándome la garganta, aquella ocasión en que encontró un tanga en mi cajón de la ropa interior y me obligó a llevarlo puesto alrededor del cuello durante una semana, a la hora de la cena. Los momentos de bondad, extraños, sorprendentes y casi más dolorosos que el maltrato físico: flores recogidas para mí en una taza junto a la cama, un viaje sorpresa a un parque de atracciones de Indianápolis para celebrar mi cumpleaños, el día que me ayudó a enterrar a Castaño cuando lo encontré frío y rígido en el bosque que había detrás de la casa, con las encías todas llenas de vómito ya seco.

Cuando me marché del pueblo, cuatro días después de cumplir los dieciocho y dos días después de graduarme, me fui hacia el oeste, a Chicago, con el corazón en un puño y dos maletas en el coche, segura a cada momento de que Dios me mandaría un rayo del cielo como castigo. «Solo estás a salvo en Barrens». Durante más de la mitad de mi vida creí que si abandonaba el barco acabaría en el infierno. Como si marcharme de Barrens fuera el pecado más horrible que cabía imaginar. Pero luego comprendí que el infierno estaba en el propio Barrens, y que merecía la pena correr el riesgo con tal de marcharse de allí.

Subo por el sendero sintiendo la grava bajo los pies. Descubro el comedero para pájaros que construí cuando tenía ocho años. Hay un parche de tierra en el que la hierba no llegó a recuperarse de la piscina para niños que hubo allí durante muchas temporadas. También están las viejas campanillas que colgó mi madre del porche, tintineando suavemente. Siento una punzada de dolor al recordar que las hizo ella misma, con latón y madera pintada. Todavía hay una cruz de madera, un tanto desconchada, clavada con chinchetas en la puerta principal.

Huele a leña chamuscada, a verano. Pero por debajo de los olores ya familiares de la hierba, la tierra y la leña quemada que siempre amé flota otro olor distinto, fuerte y penetrante. Conozco ese olor. Cañaverales. Podredumbre.

Es el olor de la sequía. El pantano se encuentra a menos de un kilómetro de aquí, si no se ve es por culpa de los árboles.

Entro en la casa y encuentro a mi padre en el pequeño cuarto de estar, inundado por el resplandor azulado de la televisión, que me recuerda la sensación de estar bajo el agua.

Mi padre está empequeñecido. Empequeñecido y avejentado. La impresión que me produce verlo casi me hace tambalearme. Siempre fue un tipo corpulento, alto no, pero sí una persona de esas que se adueñaban de una habitación solo con entrar en ella, y con la musculatura desarrollada de tantos años trabajando al aire libre, reparando tejados, haciendo labores de carpintería o excavando en las granjas de por aquí. Las pocas veces al año que hablamos por teléfono, así es como lo imagino al otro lado de la línea.

Ahora, sus músculos parecen haberse derretido y transformado en pliegues de piel fina y grisácea, semejante a una sábana que le cubre los huesos. Parece un cadáver cubierto de polvo. Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos tardan unos segundos en enfocarse.

Por un instante me quedo aterrorizada. Mi padre tampoco me ha reconocido.

Pero luego se agarra a los brazos del sillón y se obliga a sí mismo a incorporarse.

—No pasa nada, papá. No te levantes. —Me inclino hacia él y dejo que me abrace. No recuerdo cuándo fue la última vez que nos abrazamos.

—Cariño. —Me da una palmada en el hombro y me roza la mejilla con sus labios resecos. Su voz suena débil, y su palabra de saludo, ese «cariño», no lo utilizaba desde que yo era muy pequeña—. No había perdido la esperanza de que vinieras algún día.

—Pues claro, papá. Ya te dije que iba a venir —respondo.

—Ha pasado mucho tiempo... —Cierra los ojos y se reclina en su sillón, como si incluso ese pequeño esfuerzo físico lo hubiera agotado.

Resisto el impulso de pedirle perdón. Él sabe por qué no he venido antes. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo está al corriente de su malhumor, sus accesos de cólera, su lúgubre estado de ánimo. Después del fallecimiento de mi madre, durante varias semanas, todo lo que yo hacía provocaba su furia. Y

después, con la misma rapidez, se replegaba sobre sí mismo y dejaba de hablarme, hacía como si yo no existiera. En cambio, todo lo que hacía él estaba bien, porque había «encontrado al Señor». En el pueblo, se servía de la religión como si fuera una armadura, y de alguna manera así lograba ser intocable. En casa, la blandía como un arma.

Todo el mundo lo sabía, y al mismo tiempo nadie lo veía, nadie decía nada. En la ciudad, todo el mundo es anónimo, pero en un pueblo en el que todo el mundo se conoce se necesita poseer una habilidad especial para mirar hacia otro lado cuando uno está viendo una cara conocida.

Aquí no ha cambiado nada, aparte de la suma de una única foto —una que envié tras graduarme en la universidad— clavada con chinchetas por encima de la repisa de la chimenea. La vajilla de porcelana de mi madre expuesta en el aparador. La pintura de Cristo crucificado en un rincón del comedor. Un televisor de los antiguos con un reproductor de vídeo —Dios, un reproductor de vídeo— justo enfrente del sillón de mi padre. Una fina capa de polvo cubriéndolo todo. Y las zapatillas de mi padre, las mismas que tenía hace diez años, casi desgastadas por completo. Es como si el tiempo se hubiera detenido el día en que yo me fui.

No sabía qué esperaba encontrarme al venir a esta casa. Las Navidades pasadas mi tía Jen —hermana de mi padre, cuatro años mayor que él— me mandó una nota después de pasar por aquí. Ella fue la que me informó del deterioro de mi padre. Según ella tenía alzhéimer, aunque, por supuesto, mi padre se negó a acudir al médico.

«No son más que cosas sin importancia —me dijo mi tía—. Olvida dónde dejó las llaves, tiene cambios de humor, se cae muy a menudo, pero todavía nos conoce».

—¿Qué tal el viaje? —Su voz suena vieja, gastada y debilitada, y provoca en mi interior una inesperada punzada de lástima.

—Bien. En la 83 el tráfico estaba parado, pero solo duró media hora más o menos. —Diez años, y estamos hablando del tráfico. Se hace un silencio largo e incómodo, y yo me esfuerzo en buscar algo que decir. ¿De qué hablábamos antes? ¿Hablábamos siquiera?

Por instinto, cuento mentalmente los pasos que hay hasta la puerta de la casa: veintitrés. Trece hasta la puerta de la cocina que da al patio de atrás. Diecisiete hasta la escalera, en caso de que necesitara salir huyendo hacia mi habitación.

Mi antigua habitación. Porque esta ya no es mi casa. Esta no es mi vida.

—He hecho cena —dice mi padre, casi con orgullo. Esta vez consigue levantarse del asiento y, apoyando todo el peso en una sola mano, busca ansioso su bastón—. Ahora necesito este trasto.

La verdad es que no sé qué se supone que debo decir, así que esbozo una media sonrisa contenida y voy detrás de él hasta la cocina. Avanza con lentitud, encorvado sobre su bastón, y el hecho de verlo así me confunde más todavía. Otra vez, de forma repentina y espontánea, me asalta ese sentimiento: tristeza, lástima, el deseo de arreglar las cosas. Estaba preparada, pero para esto no. De pronto me invade otro miedo diferente, el miedo de que voy a tener que aprender una vez más a sobrevivir en presencia de este hombre, a encontrarme a mí misma. El miedo de que me haga amarlo otra vez y luego me decepcione, y yo tenga que aprender una vez más a dejar de amarlo.

Mi padre ha hecho una lasaña («desde cero —me dice—, no es de esas que venden congeladas»), y siento otra punzada de dolor al imaginarlo moviéndose penosamente por la cocina apoyado en su bastón, cortando cebolla con una sola mano, poniendo las capas de salsa y de queso. Además, es una lasaña vegetariana. Aunque las señales de la enfermedad son visibles —no recuerda cómo se llaman las manoplas para agarrar las ollas, y en una ocasión menciona a mi madre empleando el tiempo presente—, no se le ha olvidado que yo no como carne.

De improviso me pregunto si se acordará de la noche en que, sentados a la mesa, le pregunté si sabía lo que le había sucedido a Bubsy, el conejito que tenía yo como mascota. Yo tendría unos cinco años. Mi madre se quedó mirando fijamente su plato, con los ojos turbios a causa de la enfermedad y los medicamentos.

«Acabas de comértelo», me respondió mi padre. Desde entonces no he sido capaz de soportar la carne.

Me lavo las manos con un agua tan caliente que se elevan volutas de vapor en dirección al techo.

Comemos la lasaña mayormente en silencio. Justo hemos acabado de cenar y ya estoy fregando los platos a mano, cuando de pronto caigo en la cuenta de que no hemos bendecido la mesa.

¿Se le habrá olvidado?

Noto que se me empieza a acumular el sudor bajo las axilas.

Mientras yo friego, mi padre se queda dormido frente al televisor. Tomo una colcha a cuadros —una colcha que hizo mi madre— y se la echo por

encima. Se remueve ligeramente y me agarra del brazo con tanta fuerza que casi dejo escapar un grito de forma irrazonable. Asustada.

—Me alegra que hayas vuelto —me dice—. Me alegra que estés aquí.

De repente me entran ganas de llorar. Esta es la peor jugarreta de todas.

—Solo he venido de visita, papá. —Hago un esfuerzo para que no se me quiebre la voz. Después de tantos años. ¿Cómo se atreve? Lo único que tenía yo era la rabia, lo único en lo que siempre he podido apoyarme.

¿Cómo se atreve a quitarme eso también?

Estamos solo en el segundo día de trabajo, y ya ha implosionado la potencial demanda civil. Por la mañana descubro que dos de nuestra media docena de reclamaciones, la de Dawes y la de Iocco, han sido retiradas. Rich Iocco es el entrenador del equipo local de la liga infantil, y cuando Optimal se enteró de que estaba pensando en hablar con nosotros, desaparecieron de forma misteriosa los fondos destinados a adquirir uniformes y un autobús para jugar partidos fuera del pueblo.

Lo cual quiere decir que podríamos haber dado con algo o que podríamos estar yendo rectos contra un muro de ladrillos.

Por desgracia, ambas posibilidades no se excluyen la una a la otra.

Envío a Portland a hablar con algún médico del pueblo, a que se deje caer por los hospitales y se haga amigo de las enfermeras; un trabajo brutal y a menudo infructuoso, pero es un chico que está de buen ver, y con su barbita hace que la gente se sienta cómoda. Flora y él peinarán el pueblo casa por casa, intentando ver la posibilidad de recabar apoyos. Hay un puñado de granjas que encabezan la lista de consumo de agua por hectárea, de modo que les digo que empiecen por ellas; si alguien ha de estar preocupado por el suministro de agua, es la gente cuyo sustento depende directamente de él. Los agricultores no reciben las subvenciones de Optimal, y por lo tanto es posible que resulte más fácil convencerlos. Mi trabajo consistirá en ir a ver a Carolina Dawes, cuyo hijo ha estado quejándose de sarpullidos.

A Joe y Raj les toca empollarse los datos. Hace dos años, Optimal subcontrató a la empresa IBC Waste para que se hiciera cargo de la eliminación de sustancias peligrosas y del protocolo medioambiental.

Dicho de otra forma: le pasó la responsabilidad a otro, genial.

—Aunque demostrásemos que Optimal está vertiendo uranio en las piscinas para niños, Optimal señalaría con el dedo a IBC —dice Joe.

No son ni las nueve y media, y mi estado de ánimo ya está cayendo en picado. Respiro hondo.

—Así que vamos a tener que demostrar que Optimal conocía el asunto directamente. Vamos a tener que demostrar que ellos eran los que manejaban

todo.

Joe lanza un suspiro.

—Hurra. Dos casos por el precio de uno. Siempre me han encantado las ofertas de dos por uno.

Carolina Dawes vive en una cabaña de caza reconvertida, ubicada en un lugar que parece a todas luces un error de cálculo: justo al lado de un vertedero, ahora extinto, a un tiro de piedra de la orilla del pantano. El único vehículo que hay en la entrada está subido en cuatro ladrillos. Me veo obligada a maniobrar con el coche por detrás de él. Se trata de un Geo Tracker comido por el óxido y tan lleno de tierra que resulta imposible saber qué color tenía originalmente. Alguien ha escrito «Lávame» con el dedo en el parabrisas trasero. De lo más original.

En cuanto pongo el pie en el porche, empieza a ladrar como loco un perro chihuahua, pegando el morro a la puerta de rejilla y brincando sin cesar. Una mujer lo hace callar con una voz.

—¡Chucky! ¡Cállate! —le dice. Un segundo después abre la puerta con tanta fuerza que me hace retroceder de un salto—. Disculpe. Este perro mío se pone como una fiera.

Es una mujer gordísima, vestida con un pantalón de licra verde azulado, de lunares, y una camiseta enorme que lleva el logo de Carhartt a la altura del pecho. Toda ella despidе humo de tabaco, a modo de fina neblina.

—¿Señora Dawes? —pregunto.

—¿Qué es lo que quiere? —No lo dice en tono hosco, sino como si sintiera verdadera curiosidad.

—Soy Abby Williams. Trabajo para el Centro para la Defensa del Medioambiente. —Esto no significa nada para ella, obviamente—. Hace unos días, un miembro de nuestro equipo estaba yendo de puerta en puerta y usted le mencionó que había tenido problemas con el agua que...

—No dije tal cosa. —Por un segundo se me cae el alma a los pies, hasta que agrega—: Lo que dije fue que mi hijo Coop ha tenido unos sarpullidos. Al principio pensé que era tiña que le habría contagiado alguno de los otros críos, pero cuando fui a la clínica el médico dijo que no era tiña. Me preguntó qué detergente utilizaba para lavar la ropa y de dónde nos llega el agua, de modo que sumé dos y dos.

—¿Su hijo se baña alguna vez en el pantano? —le pregunto, y sufre un

acceso de tos que casi se ahoga.

—No sabe nadar. —Se da unos golpes en el pecho para soltar lo que quiera que se le ha quedado atascado ahí—. Perdón. Yo he trabajado quince años para Optimal, de ahí me viene esta tos. —A continuación enciende un cigarrillo.

—¿Por eso se marchó? —le pregunto.

—No me marché. Me despidieron.

Se me cae el alma a los pies. Cualquier abogado defensor que se precie hará añicos la versión de esta mujer, dirá que está buscando vengarse y sacar dinero. Así y todo, persisto. Me cae bien Carolina Dawes, con su pantalón de licra de lunares.

—Ustedes utilizan agua de un pozo, ¿no es así? —le pregunto, y ella arruga la cara en torno al cigarrillo, como si estuviera intentando ser absorbida por él y no al revés.

—Deberíamos —me contesta—. Pero tal como han ido las cosas... Este es el tercer año seguido que sufrimos sequía... —Deja caer la ceniza al porche con gesto de enfado—. Así que supongo que no hacemos nada malo por intentar tener un poco de agua gratis.

De repente lo entiendo todo. Las tuberías de PVC, las mangueras colgadas en el patio de atrás como si fueran cuerdas de tender la ropa: está tomando agua del pantano.

—Pero ahí fue cuando Coop empezó a tener todos esos problemas, cuando decidimos darle un descanso al pozo...

—¿Tiene usted fotografías de esos sarpullidos? —le pregunto, y ella apaga el cigarrillo aplastándolo contra la barandilla al tiempo que exhala una larga columna de humo.

—Puedo darle algo mejor —responde. Acto seguido, vuelve la cabeza y grita—: Coop. ¡Coop! Sé que me estás oyendo, así que mueve el culo y ven aquí. Es un poco tímido —añade, al tiempo que alguien comienza a moverse en la oscuridad, detrás de la puerta de rejilla—. Y todos esos picores y tonterías no ayudan precisamente, qué quiere que le diga. Vamos, Coop. No pasa nada. Esta señora tan amable ha venido a ayudarnos.

Lentamente se acerca a la luz un niño pequeño, de cinco o seis años. No esperaba que fuera tan guapo: ojos grandes y azules, cabello rubio, facciones perfectas. Un auténtico querubín. Tiene una mitad de la cara en sombra, y la otra mitad resplandece bajo el sol.

Se acerca a la puerta y pone una mano en la rejilla. Luego gira la cabeza y

apoya la cara, y el sol hace visibles las escabrosas úlceras en carne viva que tiene en la mejilla, el mentón y el cuello, que no son sino las marcas de haberse rascado con desesperación hasta arrancarse la piel.

—Me pica —es todo lo que dice.

¿Qué es lo que recuerdo?

La figura de Kaycee Mitchell estrechándose hasta formar una sombra alargada que va avanzando por la carretera, golpeando el maíz con una estaca, haciendo salir a los ratones de campo, llenando el camino de una nube de bultos oscuros que corretean de un lado para otro.

Misha Dale sonriendo de oreja a oreja, de pie junto a los lavabos del cuarto de baño cuando salía yo de uno de los retretes. A punto estuve de volver a entrar. Sentí deseos de desaparecer con el agua de la cisterna. «¿Sabes que actualmente los feos pueden operarse? —me dijo, ladeando la cabeza—. Apuesto que hasta podríamos recaudar fondos». Kaycee estaba pintándose los labios con trazos muy gruesos. Inesperadamente, se volvió hacia mí. «También operan a los tontos —dijo dirigiéndose a Misha—, pero ya te informaré cuando aparezca una cura para las zorras». En sus ojos había una chispa de advertencia cuando me miró, el mensaje sutil de que me largase de allí.

Kaycee apoyada en una valla, fumando un cigarrillo, con su silueta recortada contra los focos deslumbrantes del estadio de fútbol americano. El humo, la manera en que se elevaba en volutas, como si tuviera preguntas que formular.

«Dios no existe, nos lo hemos inventado nosotros». Fue una frase que le salió impulsivamente a Kaycee a mitad del último año en el instituto. En clase de historia. Llevaba las uñas muy afiladas, pintadas de blanco. Cuando volví la cabeza para mirarla, me costó trabajo reconocerla.

Kaycee a solas en el estudio de dibujo, ya acabada la clase, trabajando en un lienzo enorme, dando amplias pinceladas de color rojo y negro, pintando como si estuviera cortando algo, como si el color fuera sangre que brotaba.

Y, por último, Kaycee inclinada sobre la taza del váter en un cuarto de baño de la cuarta planta. La puerta del retrete entreabierta. Un fuerte olor acre flotando en el aire. «Vete —me dijo cuando intenté acercarme. Volvió la cabeza, y vi que tenía toda la boca manchada de sangre de un color rojo vivo. Y entonces lo vi: sangre en los dedos, sangre en el váter. Restos de vómito en

el pelo—. ¡Déjame en paz, pirada! —Pero en vez de irme me quedé allí de pie. Ella volvió a vomitar, casi fuera de la taza del váter. Esta vez, cuando me miró, tenía los ojos muy abiertos y en ellos había un gesto de desesperación, como si fueran heridas—. ¿Qué está pasando? —susurró—. Por favor. ¿Qué me está pasando?».

Si en el agua hay ahora contaminantes químicos —tóxicos que están causando erupciones a Cooper Dawes y que hacen que salga un olor desagradable por los grifos de las casas—, es posible que los hubiera hace diez años, cuando Kaycee Mitchell empezó a desmayarse en medio de una clase. Regreso a la idea de que tal vez Kaycee Mitchell estaba enferma de verdad. De que había una verdad oculta por debajo de las mentiras.

Si es así, no me vendría mal contar con el testimonio de Kaycee, sobre todo ahora que los Dawes y los Iocco están dando marcha atrás. Me invade una oleada de emoción al pensar que por fin voy a contar con una excusa para ponerme en contacto con ella, pero no tengo ni idea de dónde está.

Y por primera vez en diez años, vuelve a mí la misma pregunta con toda su fuerza: ¿Por qué huyó? Misha no huyó. Ni tampoco ninguna de las otras chicas. ¿Fue simplemente que Kaycee estaba buscando una excusa para desaparecer?

Ya la he buscado otras veces. ¿Cómo no iba a hacerlo? En Facebook he encontrado cientos de personas con el nombre de Kaycee Mitchell, pero ninguna de ellas era la auténtica. En cierta ocasión, a altas horas de la noche, la que era entonces mi compañera de piso entró en tromba por la puerta, bebida, y me sorprendió examinando fotos de rubias desconocidas. «¿Quién es la tía buena a la que te estás tirando?», me preguntó. Yo cerré el ordenador de golpe, con tanta fuerza que casi le arranqué las uñas de cuajo. Después de aquello, nunca más volvió a pasearse en toalla por delante de mí; se llevaba la ropa al cuarto de baño y se vestía nada más salir de la ducha.

¿Cómo iba a poder explicárselo a ella cuando ni siquiera era capaz de explicármelo a mí misma? Lo único que sé es que Barrens rompió algo en mi interior. Alteró las agujas de mi brújula y cambió el sur por el norte y las mentiras por verdades, y viceversa. Y lo que le sucedió a Kaycee en el último curso —lo que les sucedió a todas sus amigas, que empezaron a caerse al suelo, a desmayarse, a olvidar las cosas— es el imán que constituye el centro de dicha brújula. Si quiero abrigar esperanzas de volver a encontrar el camino a seguir, he de averiguar hacia dónde apuntaba la verdad todo el tiempo.

¿Hacia dónde huiste, Kaycee Mitchell?

En el estado de Indiana hay cuatro tiendas de porno y seis clubs de *striptease* que llevan el nombre de Tentaciones. Solo en Gary hay ya tres. Por suerte, en Barrens solo hay uno.

Cuento los anillos por números primos. Uno. Tres. Cinco.

La madre de Kaycee se fugó incluso antes de que ella y yo nos hiciéramos amigas, en primer curso. Aquella fue una mala temporada para el *crank*, y su madre consumía. Su padre, un conocido alcohólico, era propietario del 99 por ciento de la tienda. A mí no me gustaba ir a casa de Kaycee cuando estaba su padre, y me daba la sensación de que a ella tampoco. Por eso éramos tan íntimas de pequeñas: nos reuníamos en el bosque y prácticamente vivíamos allí, metiendo los pies en el borde del pantano, jugando a que el agua era un espejo que nos transportaría a un mundo diferente.

Cuando estábamos en primaria, Frank Mitchell abrió una tienda de porno, la misma que vi desde mi coche al entrar en el pueblo. Todo el mundo estaba seguro de que también vendía marihuana, y paquetes de seis latas de cerveza que sacaba de un frigorífico escondido detrás de una pared de revistas *Playboy* antiguas.

Contesta el teléfono, y poco me falta para colgarle.

—Mitchell's. —Según la página web, el nombre oficial del establecimiento es Tentaciones, pero nosotros siempre lo hemos llamado Mitchell's, sin complicarnos más. Imagino que él adoptó dicha costumbre.

—Sí, hola, señor Mitchell. —Noto un sentimiento de incomodidad justo en el centro del pecho. Este es uno de esos hombres que llevan pintado «Precaución» en la cara, siempre al borde de un ataque de mal genio, como si fuera a perder los estribos en cualquier momento y pudiera ponerse a chillar, a golpear o a hacer algo peor.

Su voz suena áspera por el teléfono, como si se hubiera tragado un puñado de grava. Aun así, yo mantengo un tono jovial.

—Me llamo Abby, y soy una antigua amiga de Kaycee. —En cuanto menciono el nombre, la respiración de Mitchell se detiene un momento, y después se reanuda—. He venido al pueblo a pasar unos días, y quisiera saber si usted podría decirme cómo ponerme en contacto con ella. Me encantaría recuperar la relación.

—No —me contesta de forma tajante, explosiva. Luego sigue un silencio

tan largo que miro a ver si no me habrá colgado—. No tengo ni idea de dónde está esa muchacha. Llevo casi diez años sin hablar con ella.

Kaycee lleva casi una década sin hablar con su padre. Pues eso que tenemos las dos en común.

—¿No tiene un teléfono? ¿Un correo electrónico?

—Se largó porque quería estar sola, de modo que la dejé sola —me dice en tono cortante, como si me retase a que le dijera que se equivoca—. Si usted era tan amiga suya, ¿cómo es que no tiene una forma de contactarla?

—Señor Mitchell, espere un momento —le digo yo antes de que pueda colgarme. Contemplo con los ojos entornados el sol poniente y le pregunto —: ¿Se acuerda usted de cuando Kaycee se puso enferma, de cuando estaba en el instituto? ¿Puede contarme algo de aquella época?

Otra pausa, y a mí se me empieza a acelerar el pulso. Al otro extremo de la línea no se oye nada.

—¿Qué es usted? —me dice—. ¿Una periodista o algo así?

—No —respondo—, solo una amiga.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Abigail. —No le doy el apellido—. Soy de Barrens, como le digo. Simplemente, tenía unas cosas que preguntar a Kaycee y esperaba que ella aceptase hablar conmigo.

Otro largo silencio.

—¿Señor Mitchell? —digo—. ¿Sigue ahí?

—Sigo aquí. —Se aclara la garganta—. Por lo que a mí respecta, Abigail, puede usted irse a hablar con Kaycee al puto infierno.

La casa que he alquilado se halla enclavada detrás de una peluquería del pueblo, no lejos del lugar en que en cierta ocasión, de pequeña, trabajé de canguro. Cuando yo era pequeña, el pueblo lo formaban principalmente Main Street, que era también la ruta 205, y las tres calles oficiales que la cortaban: la Primera, la Segunda y Maple. Aparte de eso, todo lo demás eran carreteras comarcales sin nombre que todo el mundo denominaba según las personas y los negocios que había en ellas: el camino de la granja de los Simmons, la ruta del Vertedero. Pero desde que llegó Optimal, el pueblo fue ensanchándose poco a poco, y le fueron creciendo grupos de viviendas nuevas, tiendas donde vendían aparejos de pesca y señales de STOP. La única agente inmobiliaria que logré encontrar me dijo impulsivamente, sin pensar, que Barrens estaba en medio de una eclosión inmobiliaria, por lo cual, según ella, tan solo había podido encontrarme dos casas para alquilar, y la otra era una cabaña reconvertida, situada detrás de un matadero.

Justo cuando estoy saliendo del coche, el agudo canto de los grillos se ve interrumpido por una risa infantil. Ha sonado al otro lado de la calle, frente a otra vivienda casi idéntica, es la risa de una niña que está jugando con un hula-hoop en el camino de entrada para vehículos. Guapa, de pelo largo, sonriente.

En el silbido del viento me parece captar una voz que susurra, y me vuelvo. Una chica rubia está cerrando la peluquería con llave, y por un segundo imagino que, después de todo, Kaycee Mitchell ha vuelto al pueblo, o que en realidad nunca se fue. Debe de haber notado que yo la estoy observando, porque se vuelve, me lanza una mirada de pocos amigos y agarra el bolso con más fuerza.

Pero me doy cuenta de que Kaycee ha dejado huella en todo lo que hay en Barrens. Al desaparecer, se aseguró bien de no marcharse nunca. Kaycee es una mancha en los postes de teléfono, que antiguamente rebosaban de carteles en los que se suplicaba información acerca de ella. Kaycee es una sombra en las gradas del estadio de fútbol, en las que una vez se sentó para ver jugar a Brent y tomarse una cerveza Newport mientras Misha y Cora se

contoneaban en las bandas laterales con sus trajes de animadoras. Kaycee está en el pantano y en el cielo, se pasea por los pasillos del instituto, estoy segura, con el maquillaje todo corrido, llevando en la mano un pañuelo manchado de sangre.

De todas ellas, Kaycee fue la única que alguna vez mostró compasión hacia mí. En ocasiones, incluso me mostraba bondad. Casi como si de vez en cuando le vinieran a la mente breves vislumbres del pasado, de la amistad que nos había unido.

Pero también era capaz de ser cruel. Recuerdo cuando se cayó de la silla de su pupitre, que estaba al lado del mío. Cuando fui a ayudarla, casi me mordió la mano. No lo digo en sentido metafórico: de hecho, estuvo a punto de pegarme un bocado en los dedos, igual que hacen los perros.

Y luego ocurrió lo de Castaño, y el collar de perro que me dejó en la taquilla. Fue uno de sus últimos gestos. Retorcido, cruel, incomprensible. Casi tan horrible como cuando lo mató.

A la niña se le resbala el hula-hoop de la cintura, y hace un ruido que me devuelve de pronto al presente. Da un saltito para recuperarlo con el brazo y vuelve a recogerlo con el codo.

Vuelvo a meterme en el coche para recoger mi bolso del asiento del pasajero, y en ese momento oigo una voz de hombre que exclama:

—¡Hannah! Hora de irse a la cama.

Me apeo otra vez del coche y me cuesta creer lo que estoy viendo: es Condor. Su silueta se recorta contra el resplandor de la farola.

—¿Abby? —dice entornando los ojos. La niña, Hannah, se vuelve y me mira fijamente. En la cara de Condor se dibuja una sonrisa—. ¿Me estás siguiendo?

—Por lo visto, es más bien al revés. —Cierro el coche de un portazo y me subo un poco más el bolso al hombro.

—No lo sé. —Indica a la pequeña con un gesto—. Hannah y yo llevamos mucho tiempo viviendo aquí. —Hannah intenta esconderse detrás de él, y él le pone una mano sobre la cabeza—. Este pueblo es pequeño. —No sé distinguir si eso lo considera bueno o malo—. Esta es mi hija, Hannah. Adelante —la anima al ver que no me saluda—. Es vergonzosa —se excusa.

—No pasa nada —digo—. He visto lo bien que se te da el hula-hoop, Hannah. Me has dejado impresionada.

Este elogio me granjea una sonrisa cauta.

—Gracias —contesta la pequeña.

—La semana que viene va a participar en un concurso de hula-hoop —anuncia Condor.

—Papá... —protesta ella con gesto enfadado—. No es un concurso, es una competición —aclara con gran desdén, y Condor me mira como diciendo: «Ya sabes cómo son los críos de hoy día»—. Hay un trofeo y todo —sigue diciendo Hannah—. Podría enseñarte, si quieres.

—Ah, no, ni hablar. Ya me conozco tus trucos. —Agarra a Hannah por los hombros y la obliga a girarse en dirección a la casa—. Se acabó lo de darme largas. Esta artista del hula-hoop se va directa a la cama. Vete arriba, yo subo dentro de un minuto.

—Encantada de conocerte, Hannah. —Me despido de la pequeña con la mano, y ella echa a correr hacia el interior de la casa y cierra al entrar—. Una niña encantadora —comento.

Condor se encoge de hombros.

—Es una niña difícil, pero creo que me la quedaré.

Va vestido con una camiseta que deja ver los tatuajes, está descalzo y lleva los vaqueros enrollados a la altura de los tobillos. Da la impresión de oler bien, de resultar agradable al contacto, y de pronto visualizo sus manos recorriéndome todo el cuerpo.

Peligroso.

—Así que somos vecinos, ¿eh? —dice Condor.

—Durante una corta temporada —me apresuro a contestar. Antes de que pueda arrepentirme del tono de voz que he empleado, echo a andar hacia la puerta. Voy a seguir el ejemplo de Hannah—. Buenas noches.

—No creía que tú fueras de las que se acuestan temprano —dice Condor antes de que consiga cruzar.

Odio que alguien me cale tan deprisa. Me vuelvo y lo miro de frente.

—Ha sido un día muy largo.

—Entonces he acertado, ¿no?

—Eres un poco chulito —replico.

—Por cierto, ¿qué tal el vino? —me pregunta cuando ya he alcanzado la puerta—. ¿Te ha gustado?

—Ni idea —le respondo, y a continuación, sin poder evitarlo, añado—: ¿Te apetece averiguarlo tú mismo?

Justo en ese momento reaparece Hannah en una ventana de la planta de

arriba, y grita:

—¡Papá! ¡Ya estoy!

—Un minuto, cariño. —Condor sonrío—. Voy a acostar a Hannah y después me paso por tu casa. No puedo permitir que una dama beba sola.

Entro en el oscuro cuarto de estar y me dejo caer en el sofá bajo y tapizado con una tela a cuadros maldiciendo la casa, como si esta fuera la idiota que acaba de invitar a Condor a tomar una copa, y no yo. Estoy acostumbrada a los espacios estrechos, a habitaciones que dan directamente a otras habitaciones, a pisos demasiado pequeños para necesitar siquiera un pasillo, pero esta casa me pone nerviosa porque no es mi espacio. Y todavía peor es el desorden de objetos que ha decidido conservar el propietario; entre todos deberían contribuir a proyectar una imagen de las personas que antes vivían aquí, pero no hay nada que cuente su historia, tan solo hay basura y caos.

Rápidamente me pongo una camiseta informal, una que me deja un hombro al descubierto y enseña el tirante del sujetador. Me lavo los dientes y las manos. Me las lavo otra vez.

Entro en la cocina para sacar unas copas, pero los armarios están tan desorganizados como todo lo demás. En el fondo de uno de ellos hay restos de heces de ratones.

Condor llama a la puerta principal de la casa tan suavemente que casi no le oigo. Trae una caja de galletas saladas y una cuña de queso cheddar.

—Son las favoritas de Hannah —comenta señalando la caja de galletas—. No se lo digas.

—¿Te vale con unas jarritas? No he podido encontrar copas de vino.

Vamos al cuarto de estar y Condor se acomoda en el sofá. Yo agarro una silla destartalada y la sitúo enfrente de él. Él sirve vino para los dos mientras me cuenta que existe un método para abrir una botella empleando un zapato. Me habla del supermercado, de sus vinos preferidos, de la basura que ve Hannah en la televisión, de lo mucho que le gusta ir a cazar los fines de semana. La mayor parte de ello no es nada sorprendente. Alardea de tener una puntería magnífica, y luego suelta una carcajada.

La primera copa me hace entrar en calor, la segunda me desinhibe, y la tercera, que llega cuando ya casi nos hemos terminado la botella, me hace fijarme mejor en Condor: en su mandíbula, en la forma en que se le arrugan los ojos cuando sonrío, en la manera en que utiliza las manos. En su labio

inferior, perfecto para morderlo.

—¿Qué pasa? —me dice, y en ese momento caigo en la cuenta de que estaba mirándolo fijamente—. ¿Por qué me miras así?

—No te miro de ninguna forma. —Me levanto a toda prisa para que no vea que me he puesto colorada, y paso a la cocina. De todos los objetos que ha dejado el propietario, uno de ellos es una botella de Johnny Walker escondida debajo del fregadero—. Quiero decir... solo estaba imaginando cómo sería vivir aquí. Nada más.

—¿Es que no vivías aquí antes? —me pregunta. Ni parpadea cuando pongo el whisky encima de la mesa.

—Me refiero a la actualidad —contesto. Estoy medio borracha, y mañana tengo un montón de trabajo. Pero de todas formas ya es demasiado tarde. Ya era demasiado tarde cuando Condor me llamó desde el jardín de su casa—. ¿Cómo es vivir aquí, en la actualidad?

Condor se inclina hacia delante y deja caer las últimas gotas de vino en mi copa. Después se pone a hacer girar la botella, ya vacía, entre las manos.

—Yo no he vivido únicamente aquí —dice en un todo diferente—. Me llevé a Hannah y me trasladé a vivir a la costa de Florida cuando su madre y yo nos... —De pronto se interrumpe, y le cruza una sombra por el semblante que le borra del todo la sonrisa.

Abre la botella de whisky y sirve dos copas. Cuando levanta la vista, su expresión se ha vuelto irreconocible.

Y una vez más, vagamente, me vienen a la memoria los rumores: algún problema que hubo en el instituto, algo que hizo Condor.

—No pasa nada —dice encogiéndose de hombros—. Supongo que todavía estoy furioso por ello. Hannah es la mejor niña del mundo, y su madre no quiere saber nada de ella. Por las drogas —aclara en respuesta a una pregunta que yo no he formulado—. Sufrió un accidente, y a raíz de eso se enganchó a los analgésicos. Ahora está en Indianápolis. O estaba. Hace unos años estuvo haciendo rehabilitación. Todavía tiene derecho de visita. —Condor mira su copa con el ceño fruncido.

—Lamento haberte preguntado. —Una vez más, no es precisamente lo más adecuado que se puede decir.

—Te creo. —Ha vuelto la sonrisa ladeada de Condor. Me entran ganas de decirle que eso no era lo que quería decir, pero no puedo. Además, ¿de qué sirve?—. Las cosas están mejor ahora que mi hija ya es lo bastante mayor para entenderlas. Yo soy muy sincero. Hannah sabe que su madre es

drogadicta, que está enferma, que no es culpa suya. —Desvía el rostro—. En fin. Ya sabes, errores de juventud. Nunca acabamos de superarlos del todo.

—Espero que eso no sea verdad —replico, y mi comentario le hace reír.

—¿Qué me dices de ti? —me pregunta recostándose de nuevo contra el sofá—. ¿Qué se siente al volver a casa después de todo este tiempo?

—En realidad no estoy volviendo a casa —contesto, como si me hubiera acusado de algo—. Solo he venido por trabajo.

—Aun así. Debe de sentirse algo raro al ver en qué han cambiado las cosas...

—Y en qué no han cambiado —lo interrumpo, y él enarca las cejas. Ya estoy más que un poco borracha, y es una sensación maravillosa. Todas las dudas y las incertidumbres están difuminándose. Condor está aquí, y los dos sabemos cómo funciona esto, y hasta ese momento no hay que hacer más que continuar.

Condor deja su copa en la mesa. En el silencio, se toca la cicatriz que tiene en el labio.

—¿Qué te ocurrió ahí? —le pregunto.

Condor se limita a encogerse de hombros otra vez.

—Otro error de juventud.

Levanto mi copa.

—En ese caso, brindemos por los errores de la juventud.

Él sonríe despacio.

—Y por los de la edad adulta —dice.

—Por supuesto —digo yo—. También por los de la edad adulta.

Tiene sabor a whisky cuando se inclina y me besa. Y, mucho tiempo después de que se haya ido de la casa, a mí aún me sigue ardiendo la piel.

Tengo un sueño inquieto, plagado de pesadillas que parecen más bien recuerdos y que se superponen unas a otras. Aunque continúo empapada en sudor, estoy tiritando. Llevo toda la vida siendo así: teniendo demasiado calor o demasiado frío, llamando demasiado la atención o resultando demasiado sosa, siendo demasiado alta, o demasiado delgada, o demasiado lo que sea. Mi madre decía que yo era igual que Ricitos de Oro, que iba probando las cosas de Papá Oso y de Mamá Osa. Cuando algo resultaba perfecto, lo llamaba la «Osa Mediana». Me despierto, y durante unos segundos me parece percibir en la habitación el olor de mi madre, su colonia, sus manos.

Entro en el cuarto de baño y me toco el labio inferior, por si Condor hubiera podido dejar alguna marca en él. En cambio, el burdeos sí que me ha dejado una mancha negra. «Puntos débiles». Estas palabras me vienen de pronto a la mente. Condor besa exactamente tal y como yo esperaba, como necesítándolo. Y sin embargo, la cosa no pasó de ahí. En cuanto empecé a desabrocharle el cinturón, me detuvo.

«Espera —me dijo—. Debería irme a casa».

Me doy una ducha, me visto —observo que el cielo se ha vuelto plomizo y gris— y empiezo a desenredarme el pelo pensando en los puntos débiles. Ser abogada se parece un poco a ser médico, pero al revés: buscas los daños e intentas agrandarlos, intentas presionar, profundizar más, abrir las heridas, igual que cuando yo recorría el bosque buscando tierra blanda, lugares en los que pudiera enterrar fácilmente mis pertenencias, cosas que no quería que encontrara mi padre, como la colilla que Kaycee y yo compartimos en quinto curso, la primera y única vez que he probado el tabaco, o el reluciente estuche de colorete con espejo, obviamente robado, que me regaló ella por mi cumpleaños.

Carolina Dawes me ha confirmado que estábamos en lo cierto respecto del agua, pero su testimonio no es suficiente. No es creíble, y sin ninguna duda Optimal podrá demostrar que Coop está entrando en contacto con diversas sustancias que podrían ser las causantes de su irritación cutánea. Y la imagen pública de Optimal es tan resistente como los plásticos que fabrica. Aun así,

tiene que haber un punto débil, una fisura, una grieta que yo pueda abrir ejerciendo un poquito de presión.

Por suerte, en Barrens solo hay un Brent O'Connell, y por lo visto es muy madrugador.

El café Woody's está justo vaciándose de la clientela del desayuno cuando llego yo, una hora más tarde. Me miro por última vez en el espejo retrovisor antes de apearme del coche. Mi melena morena y ondulada —un rasgo positivo que he heredado de mi madre— ya se ha esponjado por efecto de la humedad, pero tengo la expresión viva y despierta, y, cosa sorprendente, no se me nota en absoluto la resaca. Si bien no soy guapa, al menos no me parezco en nada a la chica que era cuando él me conoció.

El cielo se está oscureciendo, y me pregunto en qué momento se cansarán las nubes de retener la lluvia y decidirán soltarla.

Antes de que tenga oportunidad de abrir la puerta del local, esta se abre desde el interior y aparece Brent O'Connell, sonriente y haciéndome señas para que pase. Esperaba que a lo mejor hubiera engordado o que se hubiera quedado calvo; sin embargo, está exactamente igual que en el instituto: ojos azules, pelo rubio, un tipo del montón, pero convertido en un adulto. Lo único que ha cambiado en él es la ropa. Ha abandonado los vaqueros rotos y las camisetas con cuello en pico de nuestros años de instituto por un pantalón *sport* y una camisa con cuello.

Y aunque yo llevo unos vaqueros sencillos y una americana decente, de pronto me invade una ola de pánico: es puro teatro, y él se dará cuenta. Esto va a abrirse por las costuras.

Me acuerdo de su piel, tibia a pesar de que el agua del lago que le goteaba del pelo estaba helada. Me acuerdo de haber oído voces a lo lejos, del olor a pintura reciente y a humo de leña. Me acuerdo de que me acarició el pelo y después se marchó, sin decir nada, llevándose un dedo a los labios. Chist.

—Abby Williams —me dice—. Hay que ver, estás fantástica.

—Ya, en comparación con lo de antes, todos estamos estupendos — respondo, y Brent se echa a reír. Me contengo para no decirle que él también está estupendo, y no porque no sea cierto, sino precisamente porque lo es. Al mirarlo con un poco más de detenimiento, observo que sí está cambiado. Conserva su atractivo, pero más suave, más accesible. Sus músculos se han relajado y se le nota lo bastante cansado para ser auténtico.

Sacude la cabeza en un gesto negativo.

—Si hubiera sido más listo en el instituto... —Real, falso, inventado. A lo mejor en Barrens todo el mundo tiene dificultad para distinguir la diferencia —. Venga, entra antes de que nos caiga el chubasco encima.

Tengo que ladearme un poco para pasar por su lado, y durante unos instantes percibo su olor a champú, y eso me trae a la memoria aquella noche en el bosque y las gotitas de agua que aún tenía en la piel por culpa del pelo mojado, después de besarme.

Lo sigo hasta una mesa con sofás que hay en el rincón, me siento y de inmediato tomo una carta y me aferro a ella como si fuese un salvavidas. En el instituto, el café Woody's era enorme: cuando no había fiestas, ningún sitio al que ir o en el que comprar cerveza, o no había dinero para comprarla, todo el mundo acudía al Woody's porque aquí te rellenaban gratis la taza de café. Se sentaban al lado de los viejos que jugaban a las cartas en su mesa habitual y de los grupitos de chicas que se habían juntado para compartir un plato de patatas fritas. Yo solía venir sola, después de que se hubieran marchado todos, solo para no estar en casa. Huele a aceite de la freidora y a sirope de arce, como siempre.

—¡Bueno! —Brent se inclina hacia delante, como si no soportara que hubiese distancia alguna entre nosotros—. ¿Qué se siente al estar en casa después de todos estos años? ¿Está todo como tú lo recordabas?

—Pues no sé qué decirte, dado que he pasado la mitad de mi vida procurando no acordarme —replico, y él lanza una carcajada. Como es natural, Brent no tiene modo de saber lo mucho que me he esforzado en olvidarme de Barrens. Y el estrepitoso fracaso que he cosechado.

Aparece la camarera, y por la forma en que le sonrío a Brent deduzco que este continúa siendo el mejor partido del pueblo. Agacho la cabeza y finjo estar concentrada en leer la carta.

—¿Te gustan las tortillas? Aquí hacen las mejores de todo el pueblo. Dos tortillas *western*, por favor —pide Brent—. Y dos cafés. No te importa que pida por ti, ¿no? —Su tono de voz es seductor, simpático, alegre.

Cierro la carta de golpe.

—Yo voy a tomar solo unos huevos revueltos. Y no quiero café, mejor un té. —En cuanto se marcha la camarera, empiezo a dudar de por qué he actuado así. Lo único que sé es que no quiero que Brent se ponga tan contento.

O a lo mejor sí, y eso tampoco puedo permitirlo.

Si le ha parecido que he querido llevarle la contraria, desde luego no lo demuestra.

—Eres de decisiones fuertes —dice—. Sabes, eso es algo que siempre me gustó de ti, que fueras tan independiente. Tú nunca actuabas igual que los demás.

«Estaba demasiado ocupada en huir de los demás», he estado a punto de decir, pero me contengo. Brent solo intenta ser amable. Pero se trata de Brent.

—Debes de estar preguntándote el motivo de que quisiera verte —le digo.

—Venga, Abby. No has estado tanto tiempo fuera. Ya sabes cómo funciona este pueblo. No llevabas aquí ni cinco minutos cuando Misha ya lo lanzó a los cuatro vientos.

Esa idea remueve una antigua ansiedad, la de haber pasado años siendo una diana colocada en un campo lleno de flechas.

—¿De modo que todavía eres amigo íntimo de Misha?

—Nos hicimos amigos íntimos después de... —Deja la frase sin terminar y se pone a jugar con su café, a dar vueltas a la taza entre las manos—. Supongo que esa clase de vínculos une bastante. ¿Sabes que ahora Misha es la vicedirectora del instituto?

Sigo sin hacerme a la idea a ese respecto, pero afirmo con la cabeza.

—Me lo ha dicho.

—Y le va muy bien. —Emite un carraspeo, de repente se le nota violento—. En fin, sé que no has vuelto al pueblo para recordar antiguas andanzas. Sé por qué motivo habéis venido tú y tu equipo, y con mucho gusto os ayudaré en lo que pueda. Creo que te lo debo, ¿no?

—¿Me lo debes? —Se me acelera el pulso—. ¿A qué te refieres?

Por un segundo se queda sin palabras. Cambia de postura en el sitio, y al hacerlo el vinilo del sofá rechina ligeramente, como el cuero de un zapato nuevo.

—Los adolescentes pueden ser unos auténticos capullos. Sé que fuimos unos capullos. Yo lo fui. Y también Misha, y Kaycee, y los demás. Sinceramente, no tengo ni idea de por qué. —Se pasa una mano por el pelo y este vuelve a colocarse solo en el sitio. Por un instante me viene a la mente el cabello de Condor, tan desordenado—. Lo que intento decir es que... —Me mira fijamente, como si me estuviera viendo por primera vez—. Es que lo siento.

Es una disculpa tan llana, tan simple, que me deja sin palabras.

«Estaba con Kaycee, pero le gustabas tú —me dijo Misha en el Donut

Hole—. Esa melenaza tuya...».

—No es necesario que me pidas perdón —le digo. De repente me siento furiosa: Misha, mi padre, Brent. Todos ellos están distorsionando mis recuerdos, me están haciendo dudar de cosas que siempre he considerado ciertas.

—Ya lo sé. Pero es que quiero pedirte perdón.

Brent quiere que yo le diga que no pasa nada, pero no pienso decírselo. Me niego. Decido ir directa al grano.

—¿Así que estás en Optimal desde que terminaste el instituto? —Odio que pueda pensar que he venido a resolver mi pasado, o por lo menos la parte de mi pasado en la que intervino él.

—Bueno, ya sabes que mi padre pasó varios años en la empresa... En mi último curso de instituto ya estuve trabajando en ella de becario. Luego empecé a cargar camiones. Era mucho más divertido de lo que pueda parecer. Mi primo Byron tenía allí un amigo... Más o menos me tomó bajo su protección..., y desde entonces he ido ascendiendo por el escalafón. —Remueve su café con cuidado, igual que hizo Misha, añadiendo los azucarillos de uno en uno—. La verdad es que para mi padre Optimal fue la salvación, cuando dejó la bolsa de trabajo del sindicato de carpinteros. No sé muy bien qué habría hecho. No se olvidó nunca. Optimal le salvó la vida. Los hombres necesitan tener un buen trabajo.

—Las mujeres también —replico al instante.

—Las mujeres también, por supuesto.

Se me hace difícil continuar molesta cuando él me está sonriendo de ese modo.

—Optimal le ha hecho mucho bien al pueblo —digo con cautela—. Si hemos venido aquí es para asegurarnos de que no le haya causado ningún mal.

Brent ríe con sorna.

—Me han dicho que Gallagher está encendido. —Llega la camarera con la comida, y él finge no darse cuenta de cómo lo perfora con la mirada—. ¿Te acuerdas de aquella ocasión en que le pegó un tiro a Grant Haines? Lo alcanzó en la rodilla. Grant tuvo que dejar el equipo. —Menea la cabeza en un gesto negativo—. «¡Malditos Coyotes!» —exclama imitando bastante bien al viejo Gallagher.

—Creía que en realidad le había rozado la oreja.

Brent se encoge de hombros, como si lo considerase un detalle sin

importancia.

—Verás. Te estoy contando esto porque en realidad me importa una mierda. Mi abuelo era agricultor, y a mi padre no le gustaba ninguna otra cosa que no fuese su rifle del 44 y su caña de pescar. Nadie se preocupa por Barrens tanto como yo. —Menea la cabeza y picotea su tortilla—. Gallagher es un anarquista que anda buscando un motivo. Un amante de las teorías de la conspiración. Dispara al azar a todo lo que se mueve, y lo digo en sentido literal. Pero esta vez ha errado el tiro. Optimal está limpia. Hemos tenido un montón de auditorías, y las hemos superado todas. Con creces.

—Sin embargo, Optimal pagó una indemnización... —empiezo.

—Eso fue cuando estaba en Tennessee —me interrumpe Brent.

No parpadeo.

—Ha recibido mucha mala prensa. Rumores de infracciones de todo tipo: de corrupción, de irse a la cama con políticos locales, de pagar a gente para que mirase hacia otro lado.

—La mala prensa no es un estatuto jurídico —me replica—. Y los rumores no son pruebas. Todas las empresas tienen mala prensa, Abby, bien lo sabes tú.

Es un hábil cambio de dirección, y puede que se crea de verdad lo que dice.

Decido sacar toda la artillería. Si lo que queremos es eliminar las malas hierbas, lo mejor es apuntar a la raíz.

—He estado examinando el caso de Mitchell. —Observo atentamente su reacción, pero apenas pestañea—. En aquella época, tú estabas con Kaycee. Debes de tener alguna opinión al respecto.

—Alguna opinión. —Repite la palabra como si yo le hubiera pedido dinero—. No tengo ninguna opinión. Se lo inventaron todo. Típico de Kaycee: primero actuar, y nunca pensar. Estaba desesperada por llamar la atención. Me dio lástima.

Me disgusta que a Kaycee le resultara tan fácil escabullirse y que en Barrens todo el mundo estuviera tan dispuesto a dejarla marchar, aun cuando hubiera mentido. Sobre todo si había mentido.

—¿Has hablado con ella? —le pregunto a Brent.

—No. Ni siquiera me dijo que pensaba irse. No tenía ni idea.

—Entonces, ¿tú no hablaste con ella en absoluto, después de que se marchase?

Brent y Kaycee estuvieron juntos casi dos años, que en el instituto es una

eternidad. Y sin embargo, en el caso de ella, cuando se marchó fue como si se desprendiera completamente de su vida anterior, de igual modo que uno se quita un abrigo.

—Misha sí habló con ella, una o dos veces —dice Brent vagamente. Esta vez su sonrisa es muy tenue—. Dejó bien claro que su objetivo era evitar hablar con ninguno de nosotros.

—¿Y no dijo por qué? —pregunto—. Yo nunca entendí qué era lo que perseguía. ¿Por qué razón mintió haciéndose la enferma?

Brent niega con la cabeza y su tono de voz adquiere un filo inesperado, de tan duro:

—Pensaba que habías venido para investigar a Optimal. No me digas que también eres detective.

—Ella fue la reina del último curso. Se pintó todo el cuerpo para la graduación. —Recuerdo que en nuestro último día de clase vimos un trazo de pintura, en forma de cometa, que dejó la mano de Kaycee en la pared cuando se desmayó; incluso estando enferma, necesitaba pintarse y ser adorada por todos—. No daba la impresión de estar a punto de fugarse.

Brent dobla su servilleta con todo cuidado. Cuando levanta la vista, se le nota agotado.

—Todo lo que hacía era puro teatro. No solo lo de estar enferma, sino también... otras cosas. —Se queda unos instantes con la mirada perdida a lo lejos—. Creo que nunca dijo una sola palabra que no fuese una mentira.

Me viene a la memoria el modo en que me miró el día en que encontré a Castaño en el bosque y supe lo que ella le había hecho. «Eso es asqueroso —me dijo levantando la barbilla, como si el objeto podrido fuese yo—. ¿Cómo se te ha ocurrido siquiera algo tan asqueroso?».

Recuerdo lo que sucedió años más tarde, cuando la encontré abrazada a la taza del váter y con un charco de agua mezclada con hilillos de sangre en el suelo. «¿Qué me está pasando?». Realmente asustada. Podría haberlo jurado.

Brent emite un carraspeo y se reclina en su asiento.

—¿Quieres buscar las verdaderas infracciones que se han cometido aquí? Pues investiga lo construido antiguamente, no lo nuevo. ¿Te puedes creer que el instituto prácticamente nadaba en asbesto en nuestra época? Optimal quiso donarle un gimnasio nuevo y convertir el viejo en un auditorio, pero la eliminación de ese material suponía una cantidad de medio millón de dólares. Merecía más la pena construir el nuevo centro para la comunidad.

—Lo que estamos buscando no es asbesto —apunto.

—Lo único que digo es que lo que está jodido es el Barrens antiguo. — Brent levanta las manos en un ademán de rendición—. Optimal le dio un vuelco a este pueblo. Gallagher simplemente está furioso porque su modo de vida se está yendo al garete, y quiere encontrar alguien a quien echarle la culpa.

Ciertamente, Brent O’Connell es muy bueno en lo suyo: es un vendedor nato.

—Puede que tengas razón —le digo. Procuero mantener un tono ligero, informal—. Y también puede ser que estés equivocado. Para eso he venido, para averiguar cuál de las dos cosas es la buena.

—Y yo que creía que solo querías verme a mí —bromea Brent—. Pero hazme un favor: no permitas que Gallagher te arranque una oreja, eres demasiado guapa.

Diez años atrás, se me habría parado el corazón si Brent me hubiera dicho que era guapa; ahora me sorprende al descubrir que me irrita.

—Yo también soy de aquí, acuérdate —le digo—. Sé devolver el disparo.

Llega la cuenta. Brent saca su tarjeta, pero yo me adelanto.

—Invito yo. Por favor. Por haberte robado tiempo.

—Pues tendrás que dejarme que te lo compense —dice Brent, justo en el momento en que golpea el cristal la primera gota de lluvia—. ¿Querrás?

Tardo un segundo en entender que me está pidiendo una cita.

—No estoy segura... —empiezo a decir, pero él no me deja terminar.

—Por favor, Abby. Ha sido realmente estupendo volver a verte. —Parece que lo dice en serio. Yo venía preparada para desviar las balas. Preparada incluso para el encanto de Brent. Pero entre la disculpa, los elogios, el coqueteo, y ahora esto...

Mi cerebro baraja a toda velocidad los recuerdos de la pasada noche: la sonrisa de Condor, el modo en que tamborilea con el dedo pulgar cuando está pensando, sus manos bronceadas por el sol acercándome a él. Brent tiene unas manos blancas y bien cuidadas. Me doy cuenta de la diferencia que hay entre Condor y Brent. Con Condor, la persona de la que no me fío soy yo misma.

—Muy bien, al diablo —digo. Brent O’Connell, el Niño de Oro, *quarterback* de fútbol americano, héroe local, quiere salir conmigo—. Claro, por qué no.

En el rostro de Brent se dibuja una sonrisa.

—Bienvenida a casa, Abby Williams.

El instituto de Barrens, un edificio de hormigón y ladrillo más bien achaparrado, es más pequeño de lo que yo recordaba, y me sorprende hallarlo tan silencioso. Imagino que esperaba encontrarme con la energía y el ruido de inquietos adolescentes rezumando de las ventanas y las paredes, chicos apoyados en el capó del coche fumando marihuana, o empujándose unos a otros contra los contenedores de basura, o hablando a voces por los pasillos. Pero, claro, aún sigue lloviendo, por lo que todo el mundo está en el interior.

—¡Bicho raro! —me parece oír que grita alguien desde lejos, pero no hay nadie. Los limpiaparabrisas rechinan y saltan, rechinan y saltan. Apago el motor a la vez que me pregunto si voy a atreverme a bajarme del coche. Pero hay algo que me atrae hacia este sitio, uno de esos impulsos instintivos. Una corazonada.

Me tapo la cabeza y echo a correr por el aparcamiento en dirección a la entrada principal; el gemido ahogado de las puertas me desgarran por dentro, igual que un cuchillo que me abriera las entrañas.

El instinto de conservación —esa quemazón intensa y profunda que prácticamente me servía de sustento cuando estaba en el instituto— dispara un torrente de adrenalina por mis venas.

Pero aquí dentro también está todo silencioso y tranquilo. Dicen que el olfato es el sentido más unido a los recuerdos; pues bien, este lugar huele a una escalera centenaria que carece de ventilación. De inmediato me siento transportada hacia atrás en el tiempo. Contemplo el largo pasillo vacío. Los alumnos aún deben de estar en la primera hora de clase. También el interior parece más pequeño de lo que yo recordaba. ¿Por qué sucederá siempre eso? El techo me parece más bajo, pero yo he medido siempre lo mismo desde que iba a octavo, así que no se ha debido a que yo haya dado un repentino estirón. Las paredes siguen siendo de color beis, pero también percibo un leve olor a pintura. Deben de haber intentado hacer una reforma. Ha sido perder el tiempo. La maraña de recuerdos se atenúa un poco a medida que voy pisando las baldosas del suelo. Aun así, todo mi cuerpo sigue estando alerta, preparado para pegarse a las oxidadas puertas metálicas de las taquillas si de

repente tuviese lugar una estampida, para ejecutar su antiguo truco de magia y volverse invisible.

Solo unos pocos días después de jurarme a mí misma que jamás pediría ayuda a Misha Dale —Misha Jennings—, he venido aquí a hacer exactamente eso.

En la oficina principal me dicen que la vicedirectora Jennings está ocupada con la madre de una alumna. Todavía me cuesta asimilar que la Misha que antes se llevaba vodka al instituto escondido en una botella de agua sea ahora la titular encargada de formar a los alumnos, y no puedo por menos de preguntarme qué habría opinado Kaycee de esto.

Recuerdo el día en que encontré el collar de Castaño dentro de mi taquilla, la súbita cólera que me invadió, el modo en que Misha me empujó contra las taquillas cuando la intercepté en los pasillos.

«¿Sabes lo que ha hecho Kaycee? —Prácticamente me ahogaba en mi propia rabia—. ¿Lo has sabido todo este tiempo? ¿Pensabas que iba a ser divertido recordármelo?».

Jamás se me olvidará la cara que puso en aquel momento: de miedo. Miedo de verdad, quizá por primera vez en su vida.

«No tengo ni idea de lo que me estás hablando», susurró.

¿Será posible que Misha también fuera otra víctima?

Una secretaria con cara de aburrída me señala una silla plegable y me entrega un ejemplar del manual del instituto. Lo hojeo durante unos instantes, lo que sea con tal de tener las manos ocupadas. Al parecer, no ha cambiado nada: está prohibido beber dentro del edificio, está prohibido fumar, cosas así. Una política de tolerancia cero que yo dudo que se aplique o se haya aplicado alguna vez.

Por fin la madre de la alumna sale del despacho. Con prisas, apretando el bolso contra el pecho. La secretaria me indica que puedo pasar. Aquí, entre los limpios ángulos de ese modesto despacho, rodeada por torres de papeles, Misha casi no parece ella misma.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación —le digo.

Cuando se pone de pie y me da un breve abrazo, veo que lleva un traje de chaqueta y falda que le queda un poco demasiado pequeño. Me concentro en ese fallo visible para contrarrestar la oleada de pánico.

—De nada. El favor me lo haces tú a mí. Por lo menos así puedo hacer un descanso en la rotación de visitas de padres. No comprenden por qué su preciado Jeremy está suspendiendo todas las asignaturas, acudiendo a clase

«por lo menos» un día a la semana.

Me siento en la silla situada junto a su escritorio. A lo mejor está destinada a los alumnos, lo digo porque es notablemente más baja que su sillón. De repente me siento como si fuera una niña, como si debiera pedir perdón por algo que he hecho.

—Veo que el instituto es ahora más grande —le digo directamente.

—Desde luego que sí. Tuvimos que absorber los alumnos de Basher Falls tras la reforma del pueblo.

—Eso debió de suponer una fuente de tensión para los profesores. —Le he robado la táctica a Joe: empezar con unos cuantos balones flojos, continuar con un poco de charla superficial, el equivalente de un sedante. A continuación, cuando ya los tengas relajados, golpéalos con fuerza y sal por piernas.

Misha me ofrece una sonrisa luminosa. El sol que entra por la ventana forma un favorecedor efecto de halo alrededor de su cabeza.

—Por suerte, pudimos contratar profesores nuevos. Y venimos trabajando con donantes locales en un fondo para becas para mejorar la participación en actividades extraescolares.

No sé por qué, pero aunque veo a Misha hablando, me sigue dando la impresión de que estas cosas están saliendo de la boca de otra persona. Como si estuvieran ensayadas.

—Déjame adivinar. ¿Uno de los donantes locales es Optimal?

—El más importante. —Extiende las manos. No se la nota en absoluto contrita—. Como ya te comenté, viene siendo un socio excelente. La verdad es que han ayudado a que este pueblo diera un cambio total. A propósito, ¿qué tal tu visita a Brent? Ya sabes que en Barrens no hay nada más que hacer que meter las narices en los asuntos de los demás —dice Misha en tono de broma.

Ha llegado el momento de entrar a matar.

—Me alegro de que me digas eso —digo—, porque de hecho tengo unas cuantas preguntas que hacerte sobre lo que le ocurrió a Kaycee Mitchell en aquel entonces.

Es como si le hubiera propinado una bofetada. La sonrisa se le borra de inmediato. Transcurridos largos instantes, emite una risa forzada.

—Yo podría haberte ahorrado las molestias —me dice—. No sé nada de Kaycee desde tres semanas después de que se fuera.

—¿Dónde se encontraba en aquel momento? —pregunto.

—¿Por qué te interesa tanto eso? Pensaba que habíais venido a investigar lo del agua.

—Y así es. Pero he pensado que podría sernos de utilidad contar con el punto de vista de Kaycee.

—Ya estamos otra vez. Creía que esa estupidez estaba muerta y enterrada. —Actualmente, a Misha se le da mucho mejor controlar su mal genio—. Todo fue mentira. Ya tengo ese episodio superado con creces.

—Pero la idea de mentir debisteis de tomarla de alguna parte —razono—. Hubo un caso en Tennessee antes de que Optimal cambiase de nombre que...

—La idea se le ocurrió a Kaycee. Y tú sabes tan bien como yo que Kaycee nunca necesitaba un motivo para hacer las cosas. —El tono de voz de Misha se endurece. Vuelve a ser la Misha de antes, cuyo primer impulso instintivo era el de atacar—. Lo último que supe de ella fue que estaba yéndose a Nueva York. Sinceramente, me sentí aliviada. Suena fatal, pero ya estaba harta de sus juegucitos. Estaba harta de seguirle la corriente. Ya sabes cómo era todo.

En efecto, lo sé. Pero, una vez más, le recrimino que me lo haya recordado.

—¿Es posible que Kaycee tuviera otro motivo para huir? —pregunto, y Misha lanza un suspiro como si acabara de darse cuenta de que no le va a resultar fácil desviarme del tema.

—No —contesta—. Kaycee sabía que yo quería quedar libre de toda sospecha de haber inventado aquel asunto. Y también Cora y Annie. En ningún momento creímos que se nos iba a ir de las manos. Pero si hasta la madre de Cora salió en los informativos... —Sacude la cabeza, negando—. Kaycee se escapó antes de que todo el mundo pudiera llamarla embustera. Fue el mejor día de mi vida, lo juro por Dios.

Durante unos segundos me he quedado sin habla. ¿Habría habido alguien a quien Kaycee Mitchell le cayera bien? ¿Alguien que lamentase que se fuera? Pero antes de que pueda preguntarle nada más a Misha, la secretaria asoma la cabeza por la puerta.

—La señora Danning acaba de entregar otro teléfono móvil. Ha sido otra vez Jessica Moore. Viene hacia acá para que se le imponga el castigo.

Misha se levanta con tal rapidez que se golpea la cadera contra la mesa y tira varios bolígrafos al suelo.

—Ya me encargo yo —dice. Luego se gira hacia mí y agrega—: No permitimos traer móviles al instituto. Los devolvemos. Con esta política, se impide que durante las horas de clase los alumnos se distraigan. Y también se

reduce el ciberacoso, aunque lo cierto es que algunos de estos alumnos pasan más tiempo castigados que en clase.

Por primera vez me parece entender el atractivo que puede tener este trabajo para una persona como Misha. Siempre le gustó estar al mando. Debe de sentirse poderosa al imponer castigos y recompensas. Y para esa parte del trabajo, por lo menos, posee dotes naturales.

Un timbre que casi perfora los tímpanos señala el final de la primera hora, un tono idéntico al que en mi época dividía la jornada escolar en clases de cuarenta y cinco minutos. Al advertir que Misha sigue de pie, comprendo que la reunión se ha terminado.

—Me ha alegrado mucho verte, Abby —me dice al tiempo que me da otro abrazo. Mientras su boca está todavía cerca de mi oído, añade en un susurro —: Igual que en los viejos tiempos, ¿a que sí?

Espero a medias sentir sus dientes clavándose en mi yugular, como un vampiro. Pero simplemente me suelta y rompe a reír.

—La próxima vez, te propongo que nos veamos para tomar una copa.

Mientras recorro el pasillo sorteando la riada de alumnos que van saliendo de las aulas, me asalta un recuerdo que estaba agazapado al fondo de mi cerebro y que ahora reclama atención. Nosotros también sufríamos acoso, a nuestro estilo, cuando era la primera época de Facebook, antes de que llegaran Snapchat, Instagram y los trols. Llevaba años sin acordarme del Juego, ni tampoco de los rumores que se propagaron como una nube tóxica, ni de las chicas que eran acosadas en los pasillos, avergonzadas, humilladas, seguidas por una retahíla de siseos. Puta, puta, puta.

Estaba Kelsey Waters, bajo la luz azulada de un sótano, con la ropa interior a la altura de las rodillas y con una enorme mancha de rímel alrededor de los ojos. Estaba Riley Simmons, que se desmayó en el suelo del cuarto de baño tras haber bebido demasiado durante una fiesta. Jonathan Elders le quitó el sujetador y le hizo fotos. Al día siguiente, en el instituto, todos los chicos estaban apiñados viendo las fotos y lanzando risotadas. Jonathan le dijo a todo el mundo que Kelsey era demasiado fea para que nadie quisiera acostarse con ella, y Kelsey se echó a llorar en el comedor al enterarse.

Y luego estaba lo que le sucedió a Becky Sarinelli. Eso fue todavía peor.

Todo comenzó en la concentración que tuvo lugar antes de un partido, al principio del último curso, justo antes de que llegaran la enfermedad, la histeria, las alegaciones, las confesiones..., o por lo menos entonces fue cuando yo me enteré de ello, del Juego.

En los institutos, las concentraciones eran obligatorias. Daba igual que algunos alumnos no tuviéramos una pandilla con la que sentarnos, que nos importaran un pito las concentraciones o la fogata que se hacía después, porque nadie nos pedía que acudiéramos y nadie se percataba si no acudíamos. Nos obligaban a sentarnos en las gradas del estadio, a vitorear a los jugadores y a contemplar cómo las animadoras con minifalda hacían sus bailes mientras los chicos gritaban «chocho» haciendo bocina con las manos.

Bradley Roberts, que era el vicedelegado de la clase, estaba soltando un largo discurso al micrófono acerca del orgullo del instituto, de la importancia de mantenernos unidos, de los Tigres de Barrens, ra-ra-ra.

Y de pronto se oyó un grito agudo y ahogado. El público se agitó, y durante unos instantes imaginé un fuego que subía por las gradas y nos consumía a todos. Un fuego de verdad.

Algunos de mis compañeros de clase se levantaron de sus asientos. Su emoción resultaba excesiva, e hizo que el estómago me diera un vuelco. Aun así, yo también me volví para mirar.

Vi a Becky Sarinelli moviéndose entre las gradas, tropezando con libros, mochilas y tarimas, desesperada, obviamente presa del pánico. Estaba intentando atrapar unas hojas de papel —eran como folletos—, agarraba uno y rápidamente corría a por el siguiente. Pero eran demasiados: decenas, cientos, todos pasando de mano en mano como si los arrastrase una corriente invisible. Algunas personas reían, otras ponían cara de asco.

Bradley carraspeó un par de veces, pero a nadie le interesaba ya lo que estaba diciendo acerca del espíritu estudiantil. El señor Davis echó a andar en dirección al podio.

«¡Silencio! —ordenó—. Silencio todo el mundo. Siéntense». Pero nadie le hizo caso.

Los folletos iban llegando hacia mí. Uno de ellos cayó en el suelo del pasillo, bocarriba. Solo entonces me di cuenta de que no era en absoluto un folleto.

Era una fotografía, ampliada y pixelada. Pero lo bastante nítida para que se viese lo que era.

Becky.

Sentí que se me paraba el corazón.

Estaba tumbada en una cama. Tenía los ojos a media asta y el maquillaje todo corrido. Le habían subido la falda hasta la cintura, y sus muslos, grandes y blancos, relucían bajo el flash de la cámara, tanto que parecía una muñeca de plástico. Tenía la camisa desabotonada y se veía que no llevaba sujetador. Las bragas aparecían retorcidas de cualquier manera, alrededor de las rodillas. Los murmullos sonaban todos al unísono, tal como debería haber sonado el himno de nuestro instituto si las cosas hubieran salido como tenían que salir.

«Puta, puta, puta», canturreaban.

«Basta. —Me entraron gana de chillar—. ¡Basta! ¡No ha sido culpa de ella!». Pero no pude abrir la boca, no pude pronunciar una sola palabra.

«Puta, puta, puta».

Ocho días más tarde su padre la encontró en el cobertizo de las herramientas.

No dejó una nota para explicarnos el motivo. No era necesario.

Durante el resto de la semana evito tanto a Brent como a Condor. A Brent, porque no estoy segura de querer verlo de nuevo, aun cuando le dije que nos veríamos; y a Condor porque ya no quiero más.

Ya de pequeña me atraían los animales que mordían. En una ocasión intenté rescatar a un mapache que, sin saber cómo, se había metido en el sótano de nuestra casa, y casi me arrancó el dedo meñique de un bocado. Todavía conservo la cicatriz. Pero incluso en aquel caso no lloré al ver la sangre ni por la vacuna contra la rabia que me pusieron después, sino porque mi padre, al oír mis gritos, bajó corriendo la escalera armado con un rifle y le pegó un tiro al mapache entre los ojos.

Siempre deseo las cosas que más daño hacen.

De modo que me entrego en cuerpo y alma al caso. Lo que necesitamos en realidad es acceder a los libros de Optimal. Todo acaba siendo siempre una cuestión de dinero: recorte de presupuestos, tuberías que no reciben un buen mantenimiento, revisiones amañadas una vez que los resultados empiezan a llegar desviados, y pago de sobornos para que la gente no lo denuncie. Como Optimal obtiene incentivos de Indiana para mantener su negocio dentro de dicho estado, sus informes trimestrales se encuentran a disposición del público. Pero necesitamos profundizar más. Necesitamos ver el libro de registro, las cantidades cobradas y las pagadas.

Hay personas que pagan. Y hay otras que recaudan.

Hago lo que se me da mejor hacer: papeleo, números, pautas y alteraciones que podrían significar todo o nada. El Ayuntamiento de Barrens ordena hacer análisis del agua una vez al año, y los resultados se archivan según la Ley de Acceso a Datos Públicos de Indiana. Lo cual me sorprende, dado que la mayor parte de la infraestructura tiene setenta y cinco años de antigüedad.

Se están esforzando mucho para dar la impresión de estar limpios. Y eso, muy probablemente, quiere decir que no lo están.

Viernes por la noche, Indiana, crepúsculo. El cielo está azul y rosa, y los chubascos de días anteriores han dejado los campos con un aspecto de frescor. Los cuervos cuyas siluetas aparecen recortadas en los cables telefónicos son demasiado numerosos para contarlos.

Estoy solo a un kilómetro de la peluquería detrás de la cual se encuentra mi casa cuando de improviso me suena el teléfono móvil. Lleva el prefijo de Indiana y es un número que no conozco. Estoy a punto de silenciar la llamada, pero en el último segundo decido atenderla.

—¿Sí?

—¿Abigail Williams? —Es una voz de hombre que no conozco de nada.

—Al aparato —contesto, al tiempo que detengo el coche a un lado y voy cogiendo cuaderno y bolígrafo—. ¿Con quién hablo?

—Soy el sheriff Kahn. Tenemos a su padre aquí, en la oficina...

El estómago me da un vuelco.

—Lo hemos recogido en Main Street. Al parecer estaba confuso e insistía en que aquí tenía que haber un Honky Tonk. Tenía el teléfono de usted en la billetera. ¿Se encuentra en el pueblo?

Cierro los ojos y, en la oscuridad que se forma detrás de mis párpados, veo el antiguo salón de baile Dusty Chap. La música *country* a todo volumen, el olor a patatas fritas y a cerveza, mi madre a mi lado empujando con el trasero a Wynonna o a Travis Tritt, con sus botas de vaquera y el cabello recogido con una pinza en lo alto de la cabeza. Fue una de las cosas más divertidas que hice yo con mi madre, antes de que falleciera. El negocio cerró hace años, cuando yo estaba en secundaria.

—Sí, estoy aquí. Enseguida voy para allá —prometo, al tiempo que doy la vuelta al coche.

Para cuando llego yo, mi padre ya se ha calmado bastante, y al parecer no entiende qué hace sentado en la oficina del sheriff.

—¡Vergüenza debería darle! —exclama dirigiéndose al sheriff Kahn mientras yo intento que se suba al asiento del pasajero. No sé cómo, pero en algún sitio se ha dejado el bastón—. Vergüenza debería darle, por maltratar así a un pobre viejo. No estaba haciendo nada más que ocuparme de mis asuntos, y ha llegado usted y se ha puesto a decir no sé qué sandeces del salón de baile...

—Ese local ya cerró, papá —le digo al tiempo que miro al sheriff Kahn

pidiéndole disculpas.

—Eso ya lo sé, Abigail —me suelta, y por un segundo vuelve a hablar como el padre que yo recuerdo. «No contestes a tus mayores. Vigila esa lengua. Soy tu padre, y harás lo que yo diga»—. Cerró justo después de que falleciera tu madre.

Ya de vuelta en casa, descubro su bastón, gracias a Dios, apoyado al lado de la puerta. A saber cómo se las ha arreglado para moverse por ahí sin él. Sospecho que lo habrá llevado en coche uno de sus vecinos, sin darse cuenta de lo mucho que ha empeorado mi padre. Intento que se tome la medicación, pero él me aparta las manos. Por fin se calma y me permite que yo misma le ponga las pastillas en la lengua. Se queda sentado, en actitud sumisa, con los ojos acuosos, como si debajo de esa piel fina y cubierta de manchas de la edad y de ese mal aliento hubiera un niño atrapado que necesita atención. Le dejo dormir y le prometo que lo llamaré mañana por la mañana.

Me debato internamente entre lo necesitado que veo a mi padre y lo mucho que deseaba vengarme de él. Debería sentirme aliviada. Ahora es un personaje demasiado patético para odiarlo. La verdad es que nunca he planeado una confrontación. La verdad es que nunca he esperado resolver nada de eso. Pero ahora, el hecho de ver esta versión de él y saber en lo más hondo de mí misma que ninguna de esas cosas va a convertirse nunca en una opción es demasiado.

Voy al cuarto de baño y me lavo las manos, me echo agua en la cara y vuelvo a lavarme las manos. Abro el armario y saco unos cuantos Valium de un frasco que lleva escrito el nombre de mi padre en una etiqueta. Pero todavía estoy demasiado alterada para conducir, y cuando salgo al exterior me llega un olor a fuego que viene de allá a lo lejos y remueve antiguos recuerdos: fiestas junto al lago en las que yo nunca estaba incluida; jóvenes cargando con neveras y toallas de playa hasta el bosque; mi padre golpeándome y dándome bofetadas con la mano abierta en aquella ocasión en que intenté escaparme furtivamente.

Oigo a lo lejos las risas y el ritmo de la música. Conozco esos sonidos: están haciendo una hoguera.

Los recuerdos son como el fuego: tan solo necesitan un poco de oxígeno para crecer. Recuerdo que antes yo veía el resplandor de las hogueras desde un poco más lejos de donde está actualmente mi porche trasero. Recuerdo que a veces mi padre encontraba latas de cerveza arrugadas en el bosque, cerca del cobertizo de las herramientas, recuerdo que los chicos más valientes

se acercaban lo bastante para arrojar latas vacías contra la casa, simplemente porque podían, porque estaba allí, hasta que mi padre sacaba el rifle y disparaba a ciegas hacia la oscuridad.

A mí nunca me invitaban, obviamente. Las hogueras eran para la gente de la fiesta...; bueno, para la gente sin más. Aun así, a veces yo me sentaba fuera de la casa y, lo juro, sentía el humo pasando por mi garganta, incluso desde tan lejos.

Obedeciendo un impulso, me ciño un poco más el jersey y echo a andar por el campo en dirección al bosque y a lo que hay más allá —el pantano, el lugar donde comenzó todo—, aunque siento nostalgia de Chicago y del bendito anonimato del rascacielos en el que vivo. Echo de menos estar a varios cientos de kilómetros de mi padre y de todo esto.

En el bosque hace frío y está muy oscuro, y al instante me arrepiento de no haber traído una linterna. El sol se pondrá de un momento a otro. Pero no tardo en distinguir a lo lejos el parpadeante resplandor de la hoguera y el reflejo color plata de las aguas del pantano. Fue aquí, en este bosque, donde Brent me besó.

«No se lo digas a nadie», me dijo en susurros a la vez que me tocaba el labio con el dedo pulgar. Recuerdo que olía a pintura y que se oía cantar a los grillos.

Y de pronto, al aproximarme a la playa, siento que se funden pasado y presente. Como sombras cuyas siluetas recorta el fuego, que se deshacen y se reconstruyen, el Brent de mis recuerdos se transforma en el Brent de verdad, que me saluda a lo lejos.

—¡Abby! —Se desgaja de un grupo de amigos. Capto la mirada de Misha una fracción de segundo antes de que también ella me sonría. Brent me envuelve en un abrazo, con lo cual la pierdo de vista—. Eres toda una sorpresa bajada del cielo.

—Es evidente que estás borracho —respondo, zafándome de él.

Suelta una carcajada.

—Solo un poco. En serio, justo en este momento estaba pensando en ti.

Las personas reunidas alrededor de la hoguera van girando la cabeza y reconozco a varias de ellas del instituto, algunas a las que había esperado no volver a ver jamás. Ya me estoy arrepintiendo de haber venido, pero es demasiado tarde.

—¿Una reunión de la sociedad secreta? —pregunto.

—No tiene nada de secreto —contesta Brent sonriente. Hoy va vestido

con un polo, un pantalón *sport* y unos mocasines. Parece un anuncio de Ralph Lauren, pero en vivo—. He intentado invitarte, pero no me has devuelto las llamadas.

—Lo siento —me disculpo—. He estado muy liada toda la semana.

Brent se encoge de hombros como si supiera que se trata de una excusa.

—No importa, has venido de todos modos. ¿Lo ves? Es una señal. —Me pasa un brazo por los hombros. Decididamente, este chico está desaprovechado.

—Hueles a playa —le digo, aunque lo que quiero decir en realidad es que huele igual que una fábrica de licores.

—Huelo genial. Acabo de darme un baño.

—¿En el pantano? Qué valiente.

—Es cien por cien seguro. Ya lo verás. Es un agua más pura que la de Islandia. —Me hace volverme hacia el fuego y empieza a guiarme a través de los presentes—. Vente para acá, urbanita. Vamos a darte algo de beber. Mucho trabajar y poco divertirse no sienta bien a nadie.

Si no fuera por las calvicies incipientes y las barrigas cerveceras, pensaría que habíamos viajado hacia atrás en el tiempo. Los reconozco a todos: jugadores de fútbol americano y de baloncesto, animadoras y chicas del grupo de baile de competición. Todos ellos me miran ahora con una especial mezcla de recelo y curiosidad. No he visto a ninguno de ellos desde que acabé la secundaria.

Recuerdo a Kaycee pintada con los colores del instituto, de pie, temblorosa, parpadeando a la luz del sol, al tiempo que las chicas empezaban a desmoronarse formando una ola.

Debía de sentirse muy sola, aunque resulta paradójico imaginarla así. Siempre daba la impresión de tenerlo todo, aunque, viendo la situación en retrospectiva, no tenía gran cosa: su madre se había marchado, no tenían dinero, su padre llevaba la tienda de porno y pasaba el fin de semana entero en el bar.

Kaycee era la única que soñaba con estudiar Bellas Artes, la única que soñaba con hacer algo además de casarse y quedarse en el pueblo para tener niños y empezar otra vez el ciclo. Ya incluso de pequeña hablaba de todos los sitios a los que pensaba viajar algún día, la mitad de ellos inventados. En cierto modo, lo sorprendente no es que huyera, sino tal vez que hubiera esperado tanto tiempo.

—No me lo puedo creer —dice una desconocida que sale del grupo

haciendo equilibrios con unas sandalias de cuña que ya resultarían peligrosas aunque estuviera sobria, lo cual claramente no es el caso—. La mismísima Abby Williams. Hay que joderse. De verdad, no me lo creí cuando Misha me dijo que habías vuelto.

Se queda de pie, balanceándose ligeramente y negando con la cabeza, como si esperase que ello la ayudara a enfocar la vista. Pero no consigue sostenerme la mirada, como mucho la fija un poco por encima de mi hombro. Y no tengo ni la menor idea de quién es.

—No te acuerdas de mí —dice con una pronunciación gangosa que termina en una risotada. Luego se inclina hacia Brent, y al hacerlo se le cae parte de la bebida al suelo, lo cual obliga a Brent a apartarse rápidamente para no mojarse—. ¿Abby no se acuerda de mí? Será porque he engordado. —Se vuelve otra vez hacia mí y mordisquea el borde del vaso. De pronto parece una niña—. ¿A que sí? ¿A que es porque he engordado?

—Naturalmente que me acuerdo de ti —me apresuro a decir.

—Entonces dime cómo me llamo. —Se tambalea un poco, recupera el equilibrio y me ofrece una sonrisa con la mirada borrosa.

Antes de que yo tenga que responder, interviene Brent:

—Ven, Annie. Vamos a beber un poco de agua.

Por fin me doy cuenta de que esta es Annie Baum. La que era jefa de las animadoras, una jovencita menuda y de músculos tonificados, ahora está reblandecida por efecto del alcohol y envejecida prematuramente.

Brent la agarra por el brazo, pero ella se zafa inmediatamente.

—¡No me toques! —le dice en tono cortante. Pero cuando Brent levanta las manos en un mudo ademán de disculpa, recupera el tono festivo—. Esto es una fiesta, ¿no? Pues entonces vamos a divertirnos.

Desperdicia más alcohol del que cae en su vaso. Antes de que yo pueda impedirlo, ya me ha puesto un chupito en la mano. Es un vaso de papel como los que se ven en las consultas de los dentistas, por lo que el líquido ya está rezumando a través de sus delgadas paredes.

—¿Qué me dices tú, Brent? ¿Una copa por los viejos tiempos? —Por lo visto, esta idea le resulta graciosa, así que la repite—: Viejos amigos, viejos recuerdos, viejo todo. Somos viejos, viejos.

Antes de que pueda beber un sorbo, aparece Misha y le quita el vaso de la mano.

—Tienes que frenar un poco —dice en tono ligero.

Por un segundo, Annie da la impresión de querer discutir con ella, pero al

final se limita a encogerse de hombros, y se gira hacia mí.

—Misha siempre ha sabido decirme lo que tengo que hacer —afirma—. Las dos. —Supongo que se refiere además a Kaycee. De improviso, da media vuelta y se dirige hacia el resto del grupo.

—¡Tres veces en una semana! No sé cómo he tenido tanta suerte. —Misha se las arregla para que el tono de su comentario quede a medio camino entre sincero y sarcástico. Toca su vaso con el mío y dice—: Salud. Adelante, te lo mereces.

Que me lo merezco... puede ser. Lo necesito, eso sí es seguro. Casi nunca bebo alcohol fuerte, y me alegro de que lo que me ha servido Annie, por lo menos, sea whisky en vez de ron. Así y todo, es whisky del barato, y me quema al bajarme por la garganta.

Brent ha debido de percatarse de mi gesto, porque se echa a reír.

—Deja que te prepare una copa como Dios manda. No, no me digas nada. —Finge analizarme—. A ver... ¿Un vodka con naranja? No, demasiado dulce. Desde luego, ginebra no; demasiado provinciano.

—¿Te crees que vas a adivinarlo?

—No es que lo crea. Es que lo sé. —Me sostiene la mirada un instante más de lo necesario y a continuación se vuelve hacia Misha—. ¿Tú quieres algo? ¿Una ginebra con tónica?

Misha responde con una sonrisa tensa.

—Ginebra y agua con gas —lo corrige.

—Marchando. No te enfrentes en un cara a cara con Misha —dice volviéndose hacia mí y señalando con la cabeza a la otra—. Te ganará por goleada y acabarás debajo de la mesa. O debajo del pantano, como podría ser el caso.

Lo dice en tono liviano, pero por alguna razón Misha se estremece. En cierta ocasión le dije a mi madre que quisiera ser una sirena, y ella me respondió que las sirenas de verdad eran almas de mujeres con el corazón herido, que se habían ahogado. No sé por qué me viene ese recuerdo a la memoria en este momento. Parpadeo, como si de ese modo pudiera ayudar a borrarlo.

Brent da media vuelta y se abre camino hacia el improvisado bar: un montón de botellas de alcohol y bebidas para mezclar desparramadas sobre una manta. Ya empiezo a notar cómo me va haciendo efecto el whisky: me extiende un calorillo por el pecho y suaviza el resplandor de la fogata. Esta noche, Misha se parece más a la Misha que yo recuerdo, vestida con vaqueros

y una camiseta que dice «Tigres de Barrens». Imagino que ese rótulo no tiene tintes irónicos.

—A Brent le preocupaba mucho que quizá no vinieras —me dice animadamente y sin preámbulos—. Yo le dije que no iba a perder la oportunidad de revivir la época dorada. ¿No es eso lo que busca uno cuando regresa a casa?

Noto que me observa a ver cómo reacciono, pero no sé muy bien qué clase de reacción quisiera ver. Se me ocurre que Misha nunca tuvo novio cuando iba al instituto. Tenía multitud de chicos, pero ningún novio. A lo mejor sentía envidia de Kaycee por lo que tenía esta. Otra pregunta que nunca le formularé.

—Puede que sea así para algunas personas. En mi época dorada jamás me habrían invitado. Además, no fue tan dorada. Pero estoy segura de que tú te acuerdas.

Es un golpe bajo, pero bueno, por lo menos ahora estamos en paz.

Sin embargo, Misha responde:

—Me lo merezco.

Me arrepiento de haber dicho nada.

Paseo la mirada por los presentes y observo que no está Cora Allen. Antes iba siempre pegada a Misha como si fuera su sombra.

—¿Sigues viendo a Cora? —le pregunto, en parte para cambiar de tema.

Misha intenta componer una mueca de preocupación, pero no lo consigue.

—No viene mucho —responde brevemente, y luego agrega—: Sinceramente, la jodió bien jodida. Por las drogas.

Antes de que pueda preguntarle algo más, regresa Brent haciendo equilibrios con tres vasos. Entrega uno a Misha, y el mío me lo ofrece con un floreo.

—Salud.

Lo olfateo antes de nada.

—¿Es vodka y agua con gas?

—¿He acertado?

—Esa es una pregunta capciosa. —No puedo evitar sonreír. Se le ve sumamente complacido consigo mismo—. Yo me lo bebo todo.

—Mejor todavía. De ese modo, acertaré siempre.

Toca su vaso con el mío y me sostiene la mirada mientras ambos bebemos. Para cuando se me ocurre incluir a Misha, me doy cuenta de que se ha marchado.

Empiezo a notar la vista borrosa, y también un calorcillo y una cierta flojedad en el cuerpo, como si el muelle que lo conecta con mi cerebro estuviera destensándose poco a poco.

—Eh, cuidado. Tranquila —me dice Brent, y me sostiene para que no me caiga cuando ve que tropiezo con un tronco semienterrado entre la hierba.

—No estoy borracha —protesto.

—No te estoy censurando —replica él, y me atrae hacia sí. Siento el bulto de su cinturón contra mi estómago. Me aparto, porque ya me da todo vueltas.

—¿Te acuerdas de Dave Condor? —le pregunto sin pensarlo antes.

—Claro que sí —responde, pero desvía el rostro—. Aún está en el pueblo. Trabaja en la tienda de licores. Cuando uno se quema, se quema para siempre. —Se tira del cuello del polo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por simple curiosidad —digo para quitar importancia al asunto—. Me tropecé con él por casualidad, eso es todo.

—Mantén las distancias. —Su voz suena como si viniera de lejos—. No es una clase de persona con la que te convenga tropezarte mucho.

—¿Qué ocurrió con él en el instituto? —pregunto—. ¿Por qué le disteis una paliza tus amigos y tú?

Una vez más, sus ojos azules se clavan en los míos. Con esta oscuridad, cuesta trabajo ver su expresión.

—¿Te acuerdas de Becky Sarinelli? —me dice—. Pues ahí tienes la respuesta a tu pregunta.

De todas las cosas que podría haber dicho, puede que esta sea la que menos me esperaba.

—¿Condor fue el que pasó las fotos a todo el mundo?

Brent hace un gesto negativo con la cabeza.

—Condor fue quien las hizo.

El tiempo se hace trizas. Las horas se fracturan en imágenes recortadas.

Estoy sentada en el suelo, con los brazos de Brent alrededor, frente a la hoguera, riendo sin saber por qué.

—Esta noche le estás pegando bien. —La voz de Brent se abre camino por entre la niebla de mi cerebro—. Y me gusta.

—Me gusta —repito, y suelto una risotada. Estoy hecha mierda, demasiado pasada de vueltas para disimularlo. Me apoyo contra el pecho de Brent. Qué fuerte y calentito está. Qué cómodo. Brent me toma la barbilla y

me la inclina hacia atrás, hacia la suya, para preguntarme algo, y de repente estamos los dos el uno apoyado en el otro, besándonos. Pero estoy demasiado borracha para discernir si me gusta o no.

Me aparto de él. En sus ojos se refleja una expresión que no sé interpretar.

—¿No te parece gracioso? —le digo—. Que nos estemos besando. Yo creía que nos habíamos besado en el instituto, y durante todo este tiempo no lo he sabido con seguridad, y resulta que nos estamos besando ahora y ni siquiera sé ya si es que en realidad me lo inventé.

—Yo tenía muchas ganas. Cuando estábamos en el instituto yo tenía muchas ganas de besarte —susurra Brent. ¿Qué quiere decir esto, que lo hizo o que no?

Mis pensamientos divagan hacia Dave Condor, hacia el calor de su boca en contacto con mi piel...

Oscuridad. Luz. Oscuridad. Luz.

Los muslos de Becky Sarinelli resplandecientes bajo el destello del flash.

Las carcajadas de la gente de las gradas. Su foto revoloteando en dirección a mí.

Y después:

Las caras que hay en torno a la hoguera ya no me resultan familiares. Son enormes, están hinchadas como globos. Oigo la voz de Brent como ruido de fondo, hablando sin cesar. No quiere callarse.

Estoy durmiendo y esto es un sueño. Me tumbo, pero el suelo no deja de moverse. Tengo la sensación de ir a bordo de un barco. Intento abrir los ojos.

—No te pasa nada —dice la voz de Brent—. No te pasa nada.

Esta voz es un objeto independiente. Escucharla me produce cansancio. Y me da sueño.

No. Espera. Aquí ocurre algo raro.

Intento incorporarme. El tiempo se ha vuelto denso y lento, como si fuera gel. Me pregunto si no me habrán drogado, pero es una idea que me resulta irreal, como si fuera algo que he soñado. Y entonces me acuerdo: ha sido el Valium, y también más copas de las que soy capaz de contar. La verdad es que en ningún momento se me ocurrió examinar qué cantidad había en cada pastilla.

La playa se ha vaciado de gente. La hoguera ya no está. No es que se haya consumido, es que ha desaparecido. No queda ningún rastro de ella, ni troncos chamuscados ni humo.

De repente oigo un chillido y miro a mi alrededor. Hay una forma oscura

en el agua. Un bote de remos. Conozco esa voz.

Es la de Kaycee.

Me incorporo a toda prisa. Siento la cabeza igual que una bola enorme que está a punto de soltarse de mi cuello.

«Está debajo, está debajo.

Pero no quiere estar ahí».

Unos haces de luz recorren el agua en todas direcciones, y entonces veo a Kaycee, con su hermosa melena abierta en abanico por la superficie y la boca distorsionada en un grito.

No. Espera. No es Kaycee. Kaycee huyó.

Sin embargo, en el agua hay alguien. Una chica. No..., son más. Y una de ellas está pidiendo auxilio...

Intento gritar algo, pero no puedo. Mi visión se divide y vuelve a reconstruirse igual que un caleidoscopio.

«Tenemos que asegurarnos...

De que no respira...

Tenemos que asegurarnos de que no respira...».

Dentro de mí compiten la confusión y el horror. Me invade el vértigo. Siento los brazos y las piernas como si fueran de plomo. Intento gritar, pero mi voz se rompe en multitud de fragmentos que se dispersan por mi cerebro. Vuelvo a estar de rodillas.

Los gritos de la chica reverberan por todo el pantano. Va a ahogarse.

Van a ahogarla ellos.

La oscuridad burbujea a mi alrededor, y cuando abro la boca otra vez para gritar, se filtra en mis pulmones un pánico húmedo que parece agua, y que me arrastra hacia el fondo.

El sueño es una manta gruesa que voy apartando lentamente, en el afán de abrirme paso por la asfixiante niebla. Permanezco así unos instantes, suspendida entre el sueño y la vigilia. Durante un segundo no sé dónde estoy. Todo me resulta desconocido, hasta la maleta cuyo contenido aparece desparramado en el rincón.

Me incorporo, y al momento cobra vida un violento dolor de cabeza. Siento el cuerpo rígido, el corazón palpitante, la boca como si fuera algodón, y noto una sensación de mareo tan intensa que me veo obligada a cerrar los ojos y esperar a que la habitación deje de dar vueltas. No es la primera vez que tengo una resaca, sin embargo esta es distinta: como si la sufriera en todas partes, incluso en la piel.

Finalmente, el mundo se coloca en su sitio: esa maleta es mía, la moqueta sucia y los muebles destartalados se dibujan de nuevo para conformar la silueta de la casa que he alquilado. Por las ventanas se filtra un sol potente..., deben de ser las diez o más. Me duelen muchísimo los pies, y es que están sangrando. Debo de haberme hecho alguna herida con algo, quizá con grava o con cristales rotos. Los trazos de color rojizo que veo en las sábanas demuestran que he estado corriendo mientras dormía.

Hago un esfuerzo para rememorar lo que he hecho en las últimas horas, intento volver sobre mis pasos, pero lo único que consigo es revivir un sentimiento de pánico que inunda todos los recuerdos. ¿Qué habrá sucedido?

Piensa.

Tengo la camisa arrugada y mojada, y huele a sudor. Los vaqueros —los mismos que llevaba anoche— aparecen rotos en multitud de sitios y manchados de arena y tierra. Las botas han desaparecido. Junto a la cama hay un par de zapatos planos, sucios y de color rosa, que no me suenan de nada.

Piensa. Respira. Intenta acordarte.

Un traspíe. Brent apoyando mi pie en sus rodillas y preguntándome si me duele. Fragmentos de botellas de cerveza rotas que relucen como esmeraldas bajo el resplandor de un fuego agonizante.

La playa. La hoguera. ¿Anoche me trajo Brent a casa?

Una repentina náusea, echo a correr hacia el cuarto de baño y llego a la taza del váter por los pelos. Vomito prácticamente nada más que bilis. Me siento un poco mejor, pero solo un poco, y además de manera transitoria. El culpable ha sido el Valium. Eso, y también el haber bebido demasiado deprisa, y luego haber seguido bebiendo aunque todo ya estaba empezando a volverse turbio y distorsionado.

¿Por qué lo habré hecho? Nunca he sido aficionada a tomar pastillas, desde un coqueteo que tuve con las anfetaminas durante mi primer año en el CDM que me llevó a requerir terapia y estuvo a punto de dejarme sin empleo. Así y todo, he tomado Valium en alguna que otra ocasión, pero nunca me ha hecho el efecto de esta noche: es como si me hubieran metido en el cerebro una sierra que ha eliminado todo lo que era importante.

¿Por qué no puedo acordarme?

Piensa.

El agua de la ducha sale helada al principio, mientras me desnudo hasta quedarme en bragas y sujetador, y dejo toda la ropa sucia formando un montón en el suelo. Lanzo una exclamación ahogada al notar el frío, y la impresión desbloquea otro recuerdo: los labios de Brent, fríos y con sabor a musgo, igual que el pantano. Alguien que grita.

«Sujétala. Sujétala. Agárrala por las muñecas».

No. Eso no puede ser. Eso es un recuerdo antiguo, un recuerdo de mi padre intentando que mi madre se tragase las pastillas que se negaba a tomar. «Sujétala —me decía él—. Sujétala». Yo la agarré de las muñecas y sentí la fuerza que hacía con todo el cuerpo, mientras mi padre le abría la boca y le introducía los dedos hasta la garganta, tan adentro que a ella no le quedó más remedio que tragar.

Me froto bien con jabón por todas partes: entre los dedos de los pies, debajo de las uñas, entre las piernas. Me aplico champú en el pelo, aclaro, me lo vuelvo a aplicar.

La ansiedad y el pánico aún no se han ido.

Dejo correr el agua por más fría que salga, cierro los ojos y me quedo de pie, tiritando, hasta que ya no lo soporto más. Veo imágenes que afloran a la superficie igual que los cubitos de hielo: el balanceo adormecedor de una barca en el agua, alguien diciéndome «no deberías haber venido», botellas de cerveza arrojadas al agua por manos que pertenecen a alguien a quien no alcanzo a ver.

No. Está claro que hay alguien gritando. «No. Basta. No».

Sábado, la una de la tarde.

Sin el resto del equipo, nuestro improvisado cuartel general se parece más a lo que era antes: un granero en uso. En el aire flota el olor a paja, a madera vieja que se ha mojado y secado un millón de veces y a maíz para pienso. En el exterior, se oye el graznido de los cuervos y el ronronear de un tractor que cobra vida.

Yo esperaba que el trabajo me mantuviera centrada y me hiciera volver a lo que sea que he olvidado: lo de Kaycee, lo que sucedió anoche, lo del pantano. Pero los recuerdos de Brent atrayéndome hacia su cuerpo mientras nos envolvía el humo interfieren continuamente. Brent apretando sus labios contra los míos. Voces que ríen y bromean al fondo, y el suave chapoteo del agua del lago contra la playa de piedras.

Después de la tercera taza de café y la séptima tableta de analgésico, mi dolor de cabeza se atenúa un poco, por fin, y mi resaca también; vuelve a esconderse en el infierno, o dondequiera que vivan las resacas.

El trabajo siempre me ha servido para centrarme, sobre todo las primeras fases, que consisten en investigar, leer y tomar notas. Es como deshacer una trenza hecha con un millar de hebras e ir colocando cada una en su sitio.

Cuando Optimal se llamaba Associated Polymer y tenía su sede central en Tennessee, pagó una indemnización de resultados de una demanda interpuesta contra ellos por un grupo de doscientas personas que afirmaban que había un vertido de la empresa que estaba ocasionando malos olores, irritaciones cutáneas, dolores de cabeza. Por desgracia, como el caso no llegó a los tribunales, la información pública que existe es limitada. Pero parece lógico que si pagaron la indemnización fue porque sabían que las demandas eran válidas. ¿Por qué, si no?

Aun cuando Kaycee, Misha, Cora y Annie en efecto hubieran fingido haberse envenenado, aunque hubieran fingido tener los mismos síntomas que los demandantes de Tennessee porque esperaban cobrar una indemnización, también parece lógico que pudieron dar con la verdad. Si uno lanza un dardo suficientes veces, en algún momento termina acertando en el blanco.

Pero los cinco años de auditorías respecto a la seguridad y de registro público de datos no arrojan ninguna luz: Optimal ni siquiera ha sido multada nunca. Desde el principio mismo, el alcalde y la corporación municipal del pueblo, compuesta por ocho personas, han venido defendiendo a Optimal como una empresa bien engrasada y totalmente inocente.

Antes de que llegara Optimal Plastics, Barrens se encontraba al borde del

colapso. La gran mayoría de sus habitantes tenían más de 75 años y no trabajaban, o sufrían invalidez, o no estaban en condiciones de moverse. Optimal ha traído nuevamente empleo y gente joven. Ayudó a reconstruir el instituto, que había sufrido graves daños tras una tormenta. Ha aportado dinero para la construcción de carreteras e infraestructuras. Ha inspirado nuevos negocios, nuevas viviendas, nueva vida.

Pero es posible que todo eso lo haya hecho a expensas de las personas más pobres, que son las que siempre sufren más: las que viven más cerca del pantano, o granjeros como Gallagher, que dependen del suministro público de agua para su subsistencia.

Aunque encontrásemos algo contra Optimal, un litigio supondría una pesadilla, sería como procesar al alumno más popular del instituto porque ha robado dinero de la caja de los donativos de la iglesia. Optimal ha estado muy ocupada cortejando a políticos tanto del pueblo como del estado. Las aportaciones, si no las cantidades, figuran orgullosamente anotadas en la página de patrocinios de la empresa, debajo de la liga infantil de Barrens y del fondo para la atención médica a los veteranos.

Indago un poco en una antigua entrevista que se le hizo a un tal Aaron Pulaski, antiguo fiscal del condado de Marion. Dicha entrevista, publicada por un periódico local que tendrá, con suerte, una tirada de varios miles de ejemplares, se centra en el empeño que tenía Pulaski en erradicar empresas corruptas del condado y en garantizar que los impuestos que pagaba Indiana volvieran a Indiana y se invirtieran en crear empresas nuevas en su territorio.

Pulaski menciona Optimal con su nombre, no por infracciones cometidas contra el medioambiente, sino por su práctica de esquivar las leyes sindicales y contratar mayormente a trabajadores extranjeros para sus centros de distribución repartidos por todo el noroeste.

Aun así, algo es algo.

Pero si su oficina llevó a cabo una investigación, esta ha desaparecido del mapa. Y eso me irrita. Lo normal es que la oficina del fiscal del condado anuncie las investigaciones criminales que se inician contra una figura pública o contra una empresa. Y que las anuncie a bombo y platillo.

Una idea empieza a adquirir forma.

«Puntos débiles».

Después de indagar otro poco más, descubro que hace solo seis meses que Aaron Pulaski saltó del puesto de fiscal del estado a un escaño del Congreso estatal, en una plataforma anticorrupción y antisistema que le entregó el voto

con facilidad. Y aunque Pulaski no aparece en la lista de donaciones de empresa de Optimal, una rápida visita a la declaración de ingresos y gastos de la legislatura del estado de Indiana viene a confirmar mis sospechas.

Solo unos meses después de que Pulaski fuera citado en un periódico diciendo que iba a investigar a Optimal por infracciones cometidas en la contratación de trabajadores, y unos pocos meses antes de que obtuviera su escaño en el Congreso, Associated Polymer, la empresa matriz de Optimal, firmó un cheque por valor de cien mil dólares a favor de su campaña.

Un soborno.

Tiene que serlo.

Pero lo más importante es que esto representa para nosotros una fisura por la que meter la cabeza. Vamos a necesitar ayuda, y suerte, y también un tribunal realmente colaborador. Pero Optimal podría entregarnos su dinero incluso antes de que presentáramos una demanda contra ellos, si la alternativa es que nosotros los entreguemos a la justicia.

Una posibilidad remota. Pero por lo menos es una posibilidad. Por fin tenemos algo.

El cuerpo entero me está vibrando todavía con esa palabra: *algo, algo*, cuando Joe abre la puerta empujándola con el hombro. Casi se me había olvidado la insistente duda que me viene carcomiendo toda la mañana: de que anoche sucedió algo terrible junto a la hoguera.

—Es sábado —me dice Joe sonriendo.

—Exacto. ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿No has podido resistirte al mundillo social de Barrens? —le replico. Es una broma... hasta que me doy cuenta, por esa sonrisa que indica sexo reciente, de que probablemente ha pasado el día con Raj. Joe no sabe tener rollos de una noche; la sesión de sexo siempre continúa con un almuerzo en algún restaurante y después una visita a la feria artesanal, y termina en el sofá con un atracón de películas de Netflix. Joe es una de esas personas que no tienen problemas para estar todo el día con gente; no necesita soledad para cargar las pilas, como me ocurre a mí. Él es sumamente maleable y fácil de complacer, y es capaz de sentirse como en casa allí donde vaya.

Algunos de nosotros nos sentimos fuera de lugar incluso cuando estamos en nuestra casa.

—Pensé que tendría mejores posibilidades yendo de puerta en puerta un sábado. —Menea la cabeza en un gesto negativo—. Pero, al parecer, ya llevamos demasiado tiempo aquí para esperar que la gente sea amable con

nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que la mayoría de la gente ni siquiera nos abre la maldita puerta. Por lo visto, no están acostumbrados a que un negro gay se presente en su casa durante el fin de semana. Ha habido un gilipollas, un tal Paul Jennings, me parece, ¿o era Peter?, que ha salido a abrirme la puerta con una escopeta en la mano. No bromeo. Me ha pedido disculpas y me ha dicho que estaba nervioso porque anoche su mujer no volvió a casa. Yo tampoco habría vuelto si estuviera casado con él. Y luego, una tal Joanne Farley ha intentado convencerme de que...

—Espera. —En medio del torrente de quejas que está volcando Joe sobre mí, ha empezado a sonar una alarma. Misha—. ¿Qué es lo que has dicho?

El pulso me late tan fuerte en los oídos que no llego a captar lo que responde Joe.

—Lo más importante —está diciendo— es que ese tipo me cerró la puerta de rejilla en las narices. No sé cómo no me destrozó la corbata. ¡Pues vaya con la hospitalidad de los pueblecitos! —Al ver mi expresión, hace una pausa—. ¿Te encuentras bien?

Malo, malo, malo.

Siento la punzada del pánico.

Anoche, Misha Jennings no volvió a casa.

Pero yo, sí.

Llevando puestos sus zapatos rosas.

Brent vive en el otro extremo del pueblo, más allá de la tienda de fertilizantes y piensos y del nuevo centro comunitario que se está levantando, pasada la zona nueva que se ha construido para lo que en Barrens representa una explosión demográfica. Hace diez años esto era terreno totalmente rural, y ahora está lleno de edificios nuevos, todos iguales, metidos en parcelas lisas como una piedra. Las viviendas son más grandes y de alto nivel en comparación con el resto de Barrens: dos plantas, un césped generoso, un camino de entrada para coches en forma de U.

Brent abre la puerta casi de inmediato. Incluso en vaqueros y zapatillas se le ve compuesto, descansado y sin la menor pizca de resaca. Se diría que cuando ha sonado el timbre de la puerta estaba repasando un catálogo de moda para hombre.

—Hola, Abby. Has sobrevivido. —Me sonrío de oreja a oreja, pero no lo bastante rápido. Durante una fracción de segundo me parece haberle visto hacer una mueca de disgusto. De nuevo me viene a la memoria el cuerpo tirado en la playa..., pero ha sido una pesadilla. Tiene que serlo. Sin duda alguna, si hubiera ocurrido algo malo, si las cosas se hubieran torcido terriblemente en la fiesta, habría señales: caos, tensión, puede que incluso la policía.

A no ser que yo sea la única persona que lo sabe.

—¿Qué ocurrió anoche? —le pregunto. Mi voz suena distante, como si estuviera saliendo de la garganta de otro.

—Pregunta más bien qué fue lo que no ocurrió. —Brent abre un poco más la puerta—. Creo que ya estoy saturado de vodka para el resto de mi vida. Venga, pasa.

Su amabilidad, su coqueteo, esa chispa en los ojos: todo ello me confunde. El pasillo de su casa está limpio. Unas zapatillas de correr colocadas junto a la puerta y con los cordones atados, una llave colgada de un gancho en la pared, debajo de varias fotografías enmarcadas de Brent en diversas épocas de su vida: Brent pescando truchas con su padre, Brent con su uniforme de fútbol americano y haciendo el gesto de pulgares arriba hacia la cámara,

Brent en un maizal mientras un individuo de cabello rizado y vestido con un traje chillón le frota la cabeza con los nudillos.

—No recuerdo cómo llegué a mi casa —confieso. Mi intención es preguntarle inmediatamente por Misha, pero el miedo me cierra la garganta. Brent habla antes que yo.

—¿En serio? Pero si ni siquiera caminabas haciendo esos. —Desvía un instante la mirada para esbozar una sonrisa, esa sonrisa capaz de aplastar a cualquiera que ya tenía en el instituto, aunque en aquella época nunca iba dirigida a mí—. Nos trajo Erickson a los dos. Tiene una ranchera. Te pregunté si necesitabas ayuda para subir, pero me diste la sensación de saber lo que querías.

Ello representa un pequeño alivio. Me daría algo si supiera que Brent ha visto toda mi ropa sacada de la maleta, el desorden de mi cocina, la cama sin hacer. No podría soportar tanta vulnerabilidad.

—Por aquí. —Brent me indica con un gesto que le siga al interior de la casa. Observo los colores discretos de la decoración, las líneas ordenadas y el leve olor a medicina que expele el aire acondicionado. Es la vivienda de una persona adulta, más bonita incluso que mi piso de Chicago, que solo parece limpio porque apenas tiene nada dentro—. Al fondo está Misha.

—¿Misha...?

—Sí. Ha sido una noche agitada. Estuvimos cuidando de Annie hasta las cuatro de la madrugada. Pero Misha tuvo que quedarse a dormir. —Al ver mi gesto de confusión, agrega—: Anoche, Annie estuvo a punto de ahogarse. ¿No te acuerdas?

—Tengo recuerdos confusos. —Menudo eufemismo.

El semblante de Brent se ensombrece. Casi nunca se pone tan serio, y durante una fracción de segundo parece una persona distinta.

—Se le metió en la cabeza que tenía que darse un baño. Pero estaba tan borracha que no pudo regresar a la orilla. Misha fue una heroína. Se metió en el agua sin pensárselo dos veces.

Annie. Misha. La chica que chillaba pidiendo socorro. Siento que me inunda una oleada de alivio. Estaba completamente equivocada: Misha no estaba intentando hacer daño a Annie, sino ayudarla.

—Necesita dejar de beber. Pero ya hemos intentado decírselo un millón de veces y...

Brent me lleva hasta la terraza acristalada. Allí, sentada en el sofá, vestida con un albornoz que le deja un hombro al descubierto, está Misha Jennings.

—Abby. Hola. —Tiene cara de cansancio, y aunque se recupera rápidamente, por un momento parece molesta de verme—. ¿Qué tal tu resaca?

—Mejor que la de Annie —respondo.

Misha lanza un suspiro.

—Brent acaba de llevarla a su casa. —A pesar de que ya deben de ser casi las seis, lleva puesto un albornoz y el cabello envuelto en una toalla. Debe de saber lo que estoy pensando: ella y Brent aquí juntos, los dos con el pelo húmedo, porque, inconscientemente, se ciñe un poco más el albornoz al cuerpo—. Por fin me he dado una ducha. Vuelvo a sentirme persona.

—Siéntate. —Sin embargo, él no se sienta. Con ademán de incomodidad, me instalo en una de las butacas, y al momento siguiente me arrepiento—. ¿Te apetece un refresco o algo? Te ofrecería una copa, pero he jurado no volver a tocar el alcohol.

—Un sedante, si tienes —respondo. Primero ríe Brent; después le sigue Misha. Me apresuro a añadir—: Es broma.

—Espero que no te hayamos asustado para siempre. —Misha se inclina hacia delante y me pone una mano en la rodilla. Enseguida me doy cuenta de que tiene dos uñas rotas—. Me alegro de que vinieras anoche. ¿Te divertiste?

—Hasta donde me acuerdo, sí —contesto con precaución, pero no sé por qué todavía me siento nerviosa—. Tengo entendido que tu marido está preocupado porque anoche no volviste a casa.

Misha mira fugazmente a Brent, y entre ambos se transmite un mensaje sin palabras. Me sorprende el sentimiento de envidia que me asalta. No es exactamente envidia de ellos, sino de esa cómoda intimidad, de la manera en que juegan a las casitas. Igual que Joe pasando una perezosa mañana de sábado con Raj. Por lo que parece, todo el mundo menos yo consigue una cómoda dinámica de relación con otra persona.

Por primera vez se me ocurre que quizá Barrens no esté podrido. Que tal vez el problema lo tenga yo. Que tal vez el problema lo haya tenido yo todo el tiempo.

—Peter y yo habíamos tenido antes una pelea, y... bueno, yo no estaba lo que se dice sobria —responde Misha con cautela—. Brent tuvo la amabilidad de ofrecerme su sofá. —Enfatiza muy ligeramente la última palabra—. A veces, Peter y yo nos peleamos como perros rabiosos. Seguramente es culpa mía...

—No es culpa tuya —la interrumpe Brent sin alzar la voz. Se sienta y

apoya una mano en la pierna de ella. Eso me molesta; me da vergüenza sentir tan poca compasión hacia Misha. Se la nota alterada... y mucho más joven sin maquillaje. Pero sigo teniendo la sensación de que está fingiendo.

—Debes de pensar que estoy hecha un asco —dice. No sé muy bien si me está hablando a mí o a Brent, pero él le aprieta la rodilla de nuevo.

A continuación, Brent se vuelve hacia mí.

—Ya le dije yo que no se casara con Peter —me explica, sin soltar la mano de su rodilla—. Pero nunca me hace caso.

Misha contiene una carcajada. Pero cuando vuelvo a fijarme en ella, veo que está secándose una lágrima con el dorso de la mano.

—Es mentira —dice con un jadeo, medio llorando y medio riendo—. Siempre te hago caso.

De repente descubro por qué me molesta tanto esta situación fingida: es porque ya la he visto en otro momento. En el último año del instituto sorprendí a Misha y a Brent sentados juntos entre unos árboles que había detrás del edificio de Administración, adonde yo iba a veces a comerme el almuerzo en vez de atreverme a entrar en la cafetería. La gente lo llamaba la Hondonada. Los fumadores iban allí entre una clase y otra a colocarse, y algunos alumnos incluso pusieron una mesa vieja y una silla entre las ramas caídas para que sirviera de mobiliario. Pero a las doce del mediodía solía estar desierto.

En cambio, aquel día no lo estaba. Recuerdo que me interné entre la maleza y descubrí a Misha y a Brent en aquella misma actitud, él con la mano en la rodilla de ella. Misha parecía estar a punto de echarse a llorar, pero en cuanto me vio su expresión se transformó al instante en un gesto de odio profundo.

—¿Nos estás espiando, pervertida? —escupió.

—Déjala en paz, Misha —le dijo Brent—. No ha oído nada.

Solo ahora se me ocurre pensar que lo que dijo Brent fue muy curioso.

—Lo siento —dice Misha. Una vez más, algo ha cambiado, una corriente invisible, una comunicación entre ellos que yo no he oído—. Dios, ya me estoy imaginando la opinión que debes de tener de nosotros. Debes de estar deseando regresar a Chicago.

—Me alegra saber que todos estáis bien. Anoche pensé que... —Dejo la frase sin terminar. No acabo de entender por qué estaba tan aterrorizada. De pronto me percaté de que tanto Misha como Brent me están mirando fijamente, esperando a que continúe—. Es que... no tengo por costumbre

emborracharme de esa manera. No es mi estilo. Cuando me desperté y me di cuenta de que me había llevado tus zapatos...

Esto consigue que Misha dibuje una sonrisa.

—Oh, gracias a Dios —dice—. Debimos de intercambiarlos. Creía que los había perdido cuando fui a por Annie.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Brent entrecerrando los ojos—. ¿Quieres agua o algo?

—No, estoy bien. —Pero me pongo de pie con demasiada precipitación, y siento un leve mareo que me nubla la vista—. La verdad es que sí quiero un poco de agua —reconozco—. No te levantes —digo al ver que hace ademán de ponerse de pie—, ya voy yo.

Entro en la cocina y me lavo las manos utilizando el jabón de Brent. Cuento las inspiraciones que hago, escuchando el murmullo de la conversación que llega desde el otro cuarto, pero lo que dicen se oye demasiado amortiguado para distinguirlo.

Aquí también está todo limpio, imaculado, casi sin usar. Brent ha instalado un purificador de agua en el grifo, pero el fregadero está totalmente seco, y me pregunto si alguna vez lo habrá utilizado. Llevada por la curiosidad, abro el frigorífico: las dos baldas superiores están atestadas de botellas de agua.

—Son restos de una merienda que tuvimos la semana pasada con la empresa. Deberías ver todo el Sprite que tengo almacenado en el garaje.

Me giro en redondo al oír su voz y cierro la puerta del frigorífico; no me había dado cuenta de que me había seguido hasta la cocina. Pero si se ha percatado de mi azoramiento, desde luego no se le nota.

—Si quieres hielo, hay en la puerta —dice con expresión radiante.

—Me vale solo con el agua —contesto.

Brent va hasta el armario, saca dos vasos y los llena con agua del grifo. Se bebe uno de ellos de un tirón. Luego me observa fijamente mientras bebo, como si mi reacción fuera a poner punto final a nuestra investigación. El agua tiene buen sabor.

La puerta del frigorífico de Brent está repleta de imanes, y antes de salir de la cocina me fijo en que uno de ellos lleva el nombre de Aaron Pulaski. Brent advierte que lo miro.

—Es un tipo de aquí —explica—. O lo más de aquí que se puede ser. Vive en Hanover. Hice algún trabajo para su campaña. —Lo dice en tono de naturalidad, pero estoy segura de que la tensión nueva que veo en su actitud

no son imaginaciones más—. Creí que iba a hacer algo bueno por el distrito, pero resulta que es igual de incompetente que los demás. —Se encoge de hombros—. En fin, todos nos equivocamos, ¿no?

—Desde luego que sí —respondo.

Cuando me da la espalda, agarro el imán y me lo guardo en el bolsillo. «Puntos débiles».

El lunes por la mañana, Joe y yo trazamos la estrategia que vamos a seguir. Tenemos una posibilidad entre un millar de que un juez acepte como pruebas nuestras chapuceras sospechas, pero lo único que necesitamos hacer es presentar la demanda y abrigar la esperanza de que Optimal se asuste lo suficiente como para suministrarnos pruebas verdaderas.

Por desgracia, no logramos una cita con el juez hasta el miércoles a media tarde. Por suerte, eso me da unos cuantos días para intentar formarme una imagen coherente y encontrar un fiscal que esté dispuesto a trabajar en el lado criminal de la investigación.

Flora y Portland se marchan para saludar a los técnicos del Laboratorio de Pruebas Medioambientales, que acaban de llegar para tomar muestras de agua del pantano y de la planta de filtrado a la que este abastece, y quiero tener la seguridad de que nadie los moleste mientras trabajan. A lo mejor es una psicosis mía, pero dados los largos tentáculos que posee Optimal, y dada la fuerza con que tiene agarrado a Barrens, ya me estoy imaginando a unos cuantos vecinos del pueblo intentando darles caza armados con horcas o, más probablemente, con armas de fuego del calibre 22.

Envío un mensaje a la oficina del fiscal en la que Aaron Pulaski ha estado trabajando hasta hace poco, y durante unas horas mato el tiempo investigando la bioacumulación de diversas clases de metales pesados y detallando las pruebas encontradas en plantas y semilleros; por lo menos sabemos que a las plantitas no se les puede pagar para que guarden silencio.

Justo antes de la hora de almorzar me suena el teléfono. La persona que llama es una mujer de voz alegre que de inmediato me sugiere la imagen de un traje pantalón, y que se presenta como Dani Briggs, ayudante del fiscal.

—He recibido su mensaje —me dice—. Pero me temo que no vamos a poder ayudarla. Después de que se marchara el señor Pulaski, ha habido una renovación completa de plantilla.

Una habilidad que he aprendido como abogada es la de convertir una negativa en una oportunidad.

—¿Y a qué se ha debido dicha renovación?

La mujer titubea solo una fracción de segundo.

—Cuando asumió el puesto el señor Agerwal, que es el nuevo fiscal del condado y miembro de la junta del Consejo de Fiscales de Indiana, prometió eliminar toda la política del ámbito judicial.

—¿Como qué? ¿El soborno? ¿La corrupción? Eso es política.

La mujer lanza una carcajada que resulta sorprendente: grave y profunda, y que a los pocos instantes se corta en seco.

—Puede ser. Pero esa no es la política que practicamos nosotros.

—Así que purgó a la vieja guardia.

—Yo no lo llamaría purga —replica la mujer—. A la vista de todo el escrutinio que estaba llevándose a cabo en los departamentos de policía y en las oficinas de fiscales de todo el país, decidió que esta necesitaba empezar desde cero.

Así es como confiesan los abogados: aproximándose tanto a la verdad que uno puede alcanzarla por sí mismo con solo dar un saltito en el aire.

—Verá usted, estoy investigando una donación a la campaña de Pulaski para acceder al Congreso de este estado, realizada por una empresa a la que él mismo había amenazado con llevar ante la ley por infracciones relativas a los trabajadores. ¿Le suena que eso pueda guardar alguna relación con su estilo de hacer política?

Otro momento de vacilación. Ahora comprendo que sus silencios son afirmaciones.

—La verdad es que no puedo decirle nada a ese respecto —me contesta—. Lo que hacen nuestros predecesores es, por desgracia, una especie de caja negra. —A lo mejor ha percibido mi titubeo al otro lado de la línea, porque agrega—: Deme sus datos de contacto. Voy a hablar con el señor Agerwal cuando regrese.

Apoyo la cabeza en la mesa, directamente sobre la fría madera, deseando que el ritmo de tantas ramas de información distintas adquiriera por fin una cadencia a la que pueda asirme. ¿Servirá algo de esto para ayudarme un poco más a entender lo que le sucedió a Kaycee? ¿Servirá algo de esto para ayudarme un poco más a hallar respuesta a la pregunta que me hizo marcharme de Barrens y huir a Chicago? Antes pensaba que si consiguiera demostrar que Optimal estaba haciendo enfermar a la gente, podría curar a Barrens de lo que lo había envenenado, y de ese modo Barrens me libraría de sus ataduras. Pero ahora ya no estoy tan segura.

—¿Señora Williams?

Me llevo un tremendo sobresalto. Portland ha regresado sin hacer ruido.

—Por Dios. Vamos a tener que ponerte una campanilla o algo así. —De repente advierto la extraña expresión que trae en la cara.

—Usted dijo que era todo fingido —me dice.

Pone una foto sobre la mesa y me la acerca. Me quedo estupefacta al reconocer a Kaycee, pintada con los colores del instituto. El día de su graduación.

Lo que primero me llama la atención son sus brazos. Están delgadísimos, como los de una niña. Podría ser un efecto de la pintura o quizá del ángulo, pero los pómulos se le ven planos, como dos ejes que se juntan en el centro de la cara. La clavícula emerge prominente de la línea del escote. Parece... enferma. Enferma de verdad.

Puede que esta sea la primera vez que experimento verdadera lástima por Kaycee Mitchell. Estoy a punto de alargar la mano para tocarle la cara, pero de pronto recuerdo que Portland me está mirando.

—¿De dónde has sacado esta foto? —le pregunto.

—He acudido al instituto —responde con tanta naturalidad que casi me provoca una mueca de dolor. No sé por qué, pero me pone nerviosa el hecho de imaginar a Portland caminando por esos pasillos tan familiares; otra prueba más de que están colisionando dos partes de mi vida—. Supuse que, como este pueblo es pequeño, seguramente la enfermera sería la misma de hace una década. Y no me equivocaba.

Ha sido una idea brillante. Las enfermeras de los institutos públicos no están obligadas por las leyes de confidencialidad.

—Bien pensado —le digo—. ¿Por qué diablos no se me habrá ocurrido a mí?

—Kaycee no mentía —dice Portland con sencillez.

—Las chicas lo admitieron —replico, pero hasta a mí misma me suena más a una pregunta.

—Lo admitieron las otras chicas —dice Portland con la misma cadencia suave, como si supiera que tiene una noticia de última hora que yo no deseo conocer—. Pero ella estaba enferma. Usted misma puede verlo. La enfermera también lo vio.

El hecho de oírlo dicho así es como sentir el embate de una ola que uno ha visto acercarse poco a poco. Por un momento me deja sin respiración. De inmediato comprendo que esto, esta fotografía que tengo delante, es el motivo por el que he vuelto. Es la razón por la que nunca he sido capaz de

superar todo lo sucedido.

En mi mente aflora una Kaycee distinta: la piel de nata, sin imperfecciones, la curva de la boca transformándose en una sonrisa lobuna... o en una mueca burlona. Perfecta. De pronto me doy cuenta de que, después de todo, no quiero que sea verdad. Si es verdad, significa que Kaycee es tan solo otra cosa más en la que yo estaba completamente equivocada. Kaycee no era una depredadora, sino una víctima.

Frank Mitchell renunció a la caravana en la que se crio Kaycee y ahora vive solo a siete manzanas de su tienda. Sabe Dios por qué habré sentido el impulso de traer conmigo a Portland, dado que es sumamente dudoso que a Mitchell le resulte tranquilizadora la presencia de un individuo con pinta de ser el vocalista de un grupo de rock *indie*. A lo mejor, la que necesita tranquilizarse soy yo.

La puerta del garaje del número 217 está entreabierta. Apuesto a que Frank es uno de esos tipos que beben desde las cinco hasta las doce de la noche. Solo es mediodía, lo cual quiere decir que quizá se encuentre lo bastante sobrio para mostrarse razonable, o lo bastante resacoso para mostrarse irritable.

Lo encontramos encorvado sobre una motocicleta. Su espalda se nota huesuda bajo una camiseta blanca llena de manchas.

—¿Señor Mitchell? —Cuando se vuelve, veo que ha envejecido considerablemente. Arrugas con manchas amarillentas que descienden hasta un bigote color sal y pimienta. En la camiseta lleva el dibujo de un rifle de caza y un eslogan que dice: «Las armas no matan a la gente, quien la mata soy yo»—. Espero no pillarlo en mal momento. Me llamo Abby Williams. Hemos hablado unos minutos por teléfono y...

—Sí, me acuerdo. Y también me acuerdo de usted de hace mucho tiempo. —Me mira de arriba abajo, luego posa la mirada en Portland, y por último vuelve a ocuparse de su motocicleta—. Creo haberle dicho que no tenía nada que decir.

Los años no le han suavizado la personalidad. Pero todavía no nos ha dicho que nos vayamos. Algo es algo.

—Sigo teniendo problemas para dar con Kaycee —digo—. Estoy convencida de que me sería de gran ayuda hablar con ella.

Internet no está resultando demasiado útil. Hasta el momento, lo único que

sé es que podría haberse establecido en Nueva York o San Francisco, o en cualquier lugar situado entre ambas ciudades.

—Como ya le he dicho por teléfono, está usted equivocándose de puerta. No he vuelto a hablar con ella desde que se largó, con quinientos dólares míos, además. —No levanta la vista, sigue trabajando con el trapo.

—Le gustan las Harleys, ¿eh, señor Mitchell? —le pregunta Portland a la vez que alarga la mano para tomar el casco de color negro mate que descansa sobre el banco de trabajo, al lado de una pila de pernos.

—Pues sí —responde el señor Mitchell—. ¿Entiendes de motos? —pregunta como si lo dudara mucho.

Hasta yo me sorprendo al oír la respuesta de Portland.

—Un poco —dice encogiéndose de hombros—. Mi padre me enseñó a conducir las de pequeño. Antes tenía una Ultra Classic de 2009, tuneada. Pero la vendí para poder pagarme una parte de la carrera de Derecho.

Lo cierto es que Frank Mitchell causa la decente impresión de ser un ser humano normal.

—Así que una Ultra Classic. —Me mira a mí—. Esas están diseñadas para los viajes largos, para aguantar nueve o diez horas seguidas. Seguro que tu padre tenía pensado atravesar el país.

Para mayor sorpresa mía, Portland afirma con la cabeza y baja la vista hacia el suelo en actitud tímida. Frank Mitchell suelta una carcajada.

—Ahí atrás estoy trabajando en una Fat Boy. Si quieres, te la enseño.

Tomo nota mentalmente de besar lo antes posible a Portland.

—¿Me permite pasar al cuarto de baño? —digo de forma impulsiva, con falsa urgencia—. Lo siento. Es que esta mañana ya llevo dos cafés y...

Mitchell apenas vuelve la vista hacia mí.

—Pasando la cocina, al fondo.

El porche trasero está abarrotado de repuestos antiguos. El piso de abajo es compacto y funcional, y contiene un dormitorio que desprende un fuerte olor a sudor y a alcohol, y que está cubierto por una superficie de ropa sucia e inundado por el resplandor de un televisor; la cocina, llena de moscas; un cuarto de baño mugriento en el que la taza del váter está tapada con una funda rosa de pelo largo que hace juego con la alfombrilla. Por un instante me pregunto quién la habrá escogido, y cuándo. Se oye hablar al señor Mitchell por una ventana parcialmente abierta: suena tenue pero nítido, como si fuera la voz de un radioaficionado. Portland sigue haciéndolo hablar.

La última habitación es una especie de despacho. Quizá la mejor forma de

describirla sea llamándola cuarto de la basura, porque, además de una mesa y un ordenador de sobremesa relativamente nuevo, el resto son muebles repartidos de cualquier manera, una maraña de luces de Navidad, aparatos electrónicos antiguos, una tostadora todavía dentro de la caja de embalaje, torres de revistas de caza viejas. Pero aquí no hay ni rastro de Kaycee.

Hojeo un enorme montón de correo antiguo que Frank Mitchell ha confinado en un gigantesco cesto de mimbre, pensando que, después de todo, a lo mejor Kaycee era de las personas que escriben cartas. Meto los dedos en el acordeón de sobres abiertos: ofertas promocionales de revistas de pesca, anuncios por palabras, páginas arrancadas con fotos de cebos y de otros aparejos, facturas, extractos de cuentas bancarias ya descoloridos, y también algo que parece una tarjeta de felicitación de un pariente, porque en el remite medio desgarrado aparece escrito el apellido «Mitchell». En el interior hay un mensaje de lo más frío: «Mis mejores deseos en este día tan especial». Sin firma. ¿Por qué conservará todas estas cosas? Anuncios que tienen varios años de antigüedad, facturas sin pagar, cupones promocionales que hace mucho que caducaron.

Es posible que, después de perder a su hija, no soporte desprenderse de nada.

Es posible que por esa razón odie a Kaycee. Porque ella no le permitía tenerla sujeta.

Tropiezo con un sobre suave que está sin abrir. En el remite se indica una empresa local de trasteros de alquiler, U-Pack. Con un dedo abro la solapa y extraigo una única hoja de papel, doblada en tres. Supone un consuelo cruzar esta línea. Fuera, algo metálico choca contra el hormigón... Imagino que habrá sido a propósito, un aviso proveniente de Portland.

Se oyen unas pisadas cruzando el porche. La puerta de rejilla se abre. Me empiezan a sudar las manos. Rápidamente busco la fecha, y al encontrarla se me encoge el corazón: la cuenta lleva activa exactamente diez años. Lo cual quiere decir que Frank Mitchell alquiló un trastero solo unas semanas después de que desapareciera Kaycee.

Me grabo en la memoria el número de socio y vuelvo a meter la factura doblada entre el montón. Justo en ese momento entra el señor Mitchell por la puerta.

—¿Se puede saber qué diablos está haciendo aquí dentro?

Me da la sensación de que se ha agrandado. O tal vez sea que yo me he encogido y me he convertido de nuevo en la niña que era cuando la sola

visión de este hombre me incitaba a cruzar al otro lado de la calle.

—Creo que me he perdido... —Siento que mi sonrisa se vuelve pegajosa, como si estuviera coagulándose por los bordes.

—Fuera de aquí —gruñe. Ahora, la frase de su camiseta parece una amenaza directa. «Las armas no matan a la gente, quien la mata soy yo»—. ¡Largo!

Me veo obligada a pasar por su lado y en un momento dado me bloquea el paso; en ese instante experimento un fogonazo de terror físico, el miedo de que no va a dejarme salir. Pero en el último segundo se gira para ponerse de costado y hacerme sitio para que pase.

Prácticamente echo a correr hacia la puerta. Solo cuando estoy ya en el porche, tragando aire a bocanadas, me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Como si estuviera a punto de atraparme un monstruo. Como si esta casa fuera un cementerio.

Como si tuviera miedo de despertar a los muertos.

Aún no he vuelto a saber nada del fiscal del condado, Dev Agerwal, de modo que dejo un mensaje en su oficina y, en mi desesperación, mando un correo de seguimiento a través de un formulario de contacto que encuentro en su página web. Pero no abrigo muchas esperanzas. Agerwal tiene motivos para proteger su oficina, incluso aunque decidiera empezar haciendo una limpieza general cuando asumió el cargo.

Salgo temprano de la oficina, aprovechando que Joe está al teléfono, para no tener que darle un parte detallado de la visita que hemos hecho al domicilio de Frank Mitchell. Sé que él opina que deberíamos centrarnos en buscar ahora personas que hayan tenido problemas con el agua y estén dispuestas a declararlo.

La capa de nubes se ha disuelto, y el cielo de últimas horas de la tarde se ha transformado en un conjunto de franjas doradas y cobrizas. En vez de girar a la derecha para tomar la carretera comarcal 12, que me lleva hasta más allá del supermercado Sunny Jay's, en el que trabaja Condor, al Elk's Club y finalmente a la peluquería que oculta detrás mi casa alquilada, doblo a la izquierda.

Necesito saber qué guardó Frank Mitchell, cuyo domicilio es casi el de una persona que sufre el síndrome de Diógenes, en un trastero de alquiler solo una semana después de que desapareciera su hija.

U-Pack es una deprimente hilera de edificios protegidos de manera poco eficaz por una combada valla metálica. Siempre he dicho que si hay una cosa que uno no toca en dos años, ello quiere decir que no la necesita. Pero es que siempre he odiado los trastos y el amontonamiento de cosas. No me gusta sentirme agobiada por objetos. Yo jamás necesitaría un trastero de alquiler; de hecho, cuando viene gente a mi piso de Chicago me pregunta si acabo de mudarme.

Cuando abro la puerta suena una alegre campanilla. El empleado, un individuo sesentón, levanta la mirada de una revista.

Desde donde estoy advierto que tiene las uñas manchadas de nicotina. Y también le huele el aliento a tabaco.

—¿En qué puedo servirla? —Consigue decirlo como si no tuviera muchas esperanzas de poder cumplirlo.

Dibuja una sonrisa.

—Hola, vengo de parte de un amigo, Frank Mitchell. —El empleado no parpadea, no muestra reacción alguna al oír el nombre—. Está que se lo comen los trastos, se lo comen de verdad. Es un auténtico obseso, no se atreve a tirar nada.

—Para eso estamos nosotros aquí —responde el empleado. No sé distinguir si está haciendo un chiste o no.

—Actualmente tiene la casa que ya ni sabe dónde está el sofá, y por supuesto ha perdido la llave del trastero. —Estoy yéndome por las ramas, y lo sé. Menos es más—. Así que me he ofrecido a venir aquí a que me den una copia, a ver si puedo retirar parte de toda esa chatarra que tiene en casa.

El empleado niega con la cabeza.

—No puedo dejar entrar a nadie que no sea el propietario. Va a tener que venir él mismo, facilitarnos su carné de identidad y su número de cuenta y solicitar una llave nueva.

—¡Eso es exactamente lo que le he dicho yo! —contesto haciendo un gran gesto teatral de asombro, como si ambos hubiéramos llegado juntos a la solución de un importante problema de física—. Me ha dado el número de cuenta y me ha dicho que pruebe de todos modos. También tengo su teléfono, por si quiere usted llamarle.

El empleado mira el teléfono que descansa sobre su mesa como si fuera un ratón muerto que aún no ha tirado a la basura. Contengo la respiración. Finalmente, vuelve a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—¿Dice que tiene el número de cuenta?

Se lo recito. Se gira hacia el viejo ordenador que tiene encima de la mesa y pasa varios minutos laboriosos intentando que el aparato haga lo que él necesita que haga. A continuación, exhalando un profundo suspiro, se levanta de la silla y desaparece en la trastienda, y unos segundos después regresa trayendo una llave. Pero antes de que yo pueda recogerla del mostrador, me acerca un grueso libro de registro encuadernado en cuero.

—Firma, fecha y nombre claro y en letras mayúsculas —me dice—. Y ponga también el nombre del propietario del trastero.

Hasta este momento no me había percatado de las cámaras que nos observan parpadeantes desde el techo. Y durante una fracción de segundo tengo la sensación de haberme despertado bruscamente de un sueño y estar

viendo el mundo real, que acude veloz a mi encuentro.

Pero lo que acude veloz a mi encuentro es la gravedad de lo que estoy haciendo. No recuerdo lo suficientemente bien el código de derecho penal para saber con exactitud qué delito estoy cometiendo —quizá fraude, o hurto mediante engaño, pero esto último es solo si me llevo alguna cosa— pero, sea como sea, una infracción de este calibre podría hacer que me expulsaran del Colegio de Abogados.

Estoy a punto de dejar la llave donde está. Estoy a punto de musitar una excusa, dar media vuelta y volver corriendo al coche.

Pero no lo hago. Firmo en el libro de registro con un nombre falso. La llave —una nueva— es muy pequeña y sumamente liviana. Llaves baratas de cerraduras baratas, para un lugar de almacenaje barato en el que guardar posesiones baratas. Posesiones guardadas en tierra de nadie, lo bastante desechables para quitarlas de en medio, pero demasiado queridas, o por lo menos demasiado familiares, para abandonarlas. Me gustaría saber cuántos trasteros se construyen con corazones rotos y relaciones rotas, con padres, hermanos y cónyuges que han muerto. Y también me gustaría saber cuántos de ellos son simplemente laboratorios de metanfetaminas.

De pie frente al trastero número 34, juraría que se oye un suave zumbido que circula por estos largos callejones. Y me pregunto si de hecho las llaves y las cerraduras están pensadas para mantener a salvo estos antiguos recuerdos y objetos rotos o si en realidad su finalidad es impedirles que salgan.

El trastero está lleno de arte.

Es un espacio de más o menos tres metros por seis, pero está tan abarrotado de lienzos y materiales de pintura que me cuesta trabajo ver el interior. Muchos de los cuadros están envueltos en lonas sujetas con cinta adhesiva y en bolsas de basura, y solo hay unos pocos sin proteger. No todos están terminados, aunque se hace difícil distinguirlo: hay una cara de mujer que da la sensación de ir a explotar y desaparecer en un espacio de color blanco, aunque su ropa está dibujada con todo detalle. La autora es Kaycee.

Algunos cuadros son mejores que otros, pero todos son buenos, eso sé distinguirlo sin necesidad de entender mucho de arte. Avanzo con todo el cuidado posible, temerosa de tocar o alterar nada. Miro dentro de las bolsas de basura transparentes tratando de entender las formas que captó ella con su pincel: campos de maíz, el estadio de fútbol, incluso el Donut Hole. Todos

son lugares conocidos y profundamente comunes, y sin embargo, en su frenesí de pinceladas y colores, todos se iluminan con una belleza extraña y aterradora. El estadio de fútbol se abre como las fauces de un tiburón para tragarse el cielo. El Donut Hole resplandece en contraste con la puesta de sol, y su letrero proyecta un halo fluorescente hacia las nubes, pero en el aparcamiento hay una figura acurrucada en posición fetal.

También hay retratos: en uno de ellos reconozco a Misha de más joven, con una sombra que le parte la cara en dos. El cuadro siguiente, distorsionado a causa del plástico, al principio parece una composición de formas aleatorias, pero luego encuentro un par de ojos enterrados entre la densa pintura, y luego otro, y otro más. Es como uno de esos trampantojos en los que se ve un jarrón escondido entre el cabello de una mujer: en el espacio de un milisegundo el rompecabezas de formas aleatorias se transforma en una serie de caras que me miran fijamente.

Unas miran con el ceño fruncido, otras parecen estar llorando. Todas ellas son Kaycee. Es un autorretrato, una explosión de ella —o de diferentes versiones de ella— plasmada una y otra vez en el lienzo. Una tiene el pelo de color sangre. En todas, las facciones están tapadas, cortadas o borradas, algunas incluso imaginadas en el espacio negativo.

Kaycee poseía este don ya cuando éramos pequeñas. Era capaz de estudiar algo que yo había visto todos los días, separarlo y convertirlo en algo nuevo. Mientras yo hacía infinitos esfuerzos para sacar un dibujo, ella llenaba la página entera de flores. Un día, pasó varias horas al sol dibujando la misma seta gigante, una y otra vez, hasta que quedó satisfecha con el resultado. Cuando me preguntó si me gustaba, yo le pedí que me enseñase la seta real que había estado mirando tanto tiempo, pero no había seta alguna, sino únicamente un montón de botellas de cerveza hechas añicos y desperdigadas por el suelo.

Me asombraba y me asustaba el hecho de que el mundo invisible que pintaba ella pudiera resultar más vivo y vibrante que el real. Hubo una época en la que yo adoraba la imaginación que tenía Kaycee y la seguía a todas partes. E incluso entonces, odiaba que Kaycee fuera capaz de obligarme a cuestionar cosas que eran obvias, cosas que yo estaba viendo con mis propios ojos.

De repente me siento mal. No debería estar aquí. Diga lo que diga actualmente el señor Mitchell respecto de su hija, antes la quería y ahora la sigue queriendo. ¿Por qué, si no, iba a haberse tomado tantas molestias en

preservar sus cuadros? Las pinturas de Kaycee parecen seres vivos, fragmentos de piel y hueso atrapados bajo una capa que los protege, pero todavía sangrando, invisiblemente, en toda su extensión. Incluso después de regresar a mi coche continuó imaginando el olor a pintura, y continuó mirándome los dedos y palpándome la ropa por si me hubiera quedado algún residuo. La Kaycee transmutada en la pintura al óleo parece distinta de la Kaycee que yo recuerdo, que era una persona más sola, más profunda, incluso desesperada. Me viene a la memoria lo que me dijo Kaycee aquel día, el día en que transformó unas botellas de cerveza en una seta que daba la impresión de salirse del papel. «Sabes, Abby, tu problema no es que no sepas dibujar —me dijo de improviso—. Tu problema es que no sabes ver».

Estoy empezando a pensar que llevaba razón.

El martes por la mañana, mi trasero apenas ha tocado la silla cuando ya me suena el teléfono. Una empleada con una voz de lo más optimista me anuncia que tengo en la línea a Dev Agerwal, el fiscal del condado.

Suelto la misma perorata que solté hace unos días cuando estuve hablando con Dani Briggs, la ayudante, y él escucha pacientemente, sin interrumpirme, y a continuación me dice en tono cortés que la señora Briggs ya le ha informado al respecto. Me agrada que haga esto, es de esas personas a las que les gusta conocer la historia desde diferentes ángulos, más periodistas que abogados.

—Pero no sé si voy a poder serle de alguna utilidad —me dice con cautela, y aunque eso es exactamente lo que yo esperaba que dijera, se me cae el alma a los pies—. Mi predecesor nunca anunció que fuera a iniciar una investigación formal respecto de las prácticas comerciales de Optimal.

—Pero sí que habló de ello en entrevistas —contraataco.

—De manera improvisada, desde luego. —Deja escapar un suspiro—. Mire, señora Williams, yo he construido mi carrera a base de procurar apartar a las grandes empresas y a los millonarios de la política local. Pero, por desgracia, se trata de una zona gris en su mayor parte. Optimal ha sabido borrar muy bien la línea de separación. Y la corrupción ha de ser demostrable.

—Solo si uno tiene la intención de llevar al corrupto ante la justicia —replico—. Necesitamos tan solo un motivo para abrir los libros. Enviar una citación judicial sería coser y cantar, pero en este momento usted es la persona que tiene más posibilidades de presentar un pleito.

Agerwal guarda silencio durante unos segundos. Luego, de manera brusca, dice:

—¿Se le ha ocurrido hablar con Lilian McMann?

Garabateo el nombre en la parte posterior del recibo de un café.

—No me suena de nada.

—Es posible que esa persona tenga algo que contarle acerca de Optimal, y también acerca de la relación de esa empresa con el... clima político. Antes

trabajaba en el Departamento de Gestión Medioambiental de Indiana. Estaba en la Oficina de Calidad del Agua.

Eso sí que me suena: ese departamento trabaja directamente tanto con los monitores locales como con los federales. Va a ser justo lo que ando buscando.

Dev Agerwal anota mi dirección de correo electrónico y después cuelga, pero no sin antes prometer que me enviará los datos de contacto de Lilian McMann. Y minutos más tarde cumple lo prometido.

De hecho, lo cumple con creces. El correo, enviado desde una dirección de correo electrónico personal —no desde el servidor del gobierno estatal—, incluye también varios documentos adjuntos y una nota breve y críptica.

«Espero que esto le resulte de utilidad».

Cuando abro los documentos adjuntos, casi me caigo de la silla. Ha incluido una copia del resguardo del cheque que firmó Associated Polymer, la empresa matriz de Optimal, a favor de la campaña de Pulaski, así como varios correos electrónicos que intercambiaron un empleado de Optimal y un ayudante de la campaña. Los correos están redactados muy cuidadosamente, pero el mensaje subliminal que contienen se ve muy claro. El más condenatorio de ellos, enviado desde una persona que se encuentra en Gifts, expresa la esperanza «de que nuestra ayuda sirva para comenzar una nueva era de cooperación y apoyo mutuo entre el nominado y una de las empresas de mayor éxito nacidas en Indiana».

El miércoles, Joe, el encantador de serpientes, obra su magia con el tribunal superior local. Por increíble que parezca, nuestra petición resulta aprobada y, tras alentar un poco a los asesores jurídicos de Optimal enseñándoles la amenaza de que tendrán que enfrentarse más adelante con un problema mucho más grande, obtenemos una lista no oficial de solicitudes de documentos. Ahora que hemos avanzado un poco y presentado una petición, no tardará en llegar una declaración. Después de ciertos balbuceos y vacilaciones, Optimal accede, por medio de un abogado con voz de anciano, a proporcionarnos los datos de los últimos cinco años referentes a pagos a terceros, antes de que acabe la semana.

No es lo ideal. Yo tenía la esperanza de haber llegado un poco más lejos, diez años, para abarcar las demandas que retiraron Mitchell, Allen, Baum y Dale, y también otras cosas, como inversiones, filiales, el paquete completo. Pero sé que no debo decírselo a Joe. Aun así, me lo nota él en la cara.

—En este momento deberías estar besándome los pies —me dice.

—Eso se lo voy a dejar a Raj —le replico, y me sonrío de una manera que no acaba de disimular un auténtico gesto de satisfacción. Siento una fuerte punzada de envidia, y seguidamente otra de asco. ¿Cuándo la felicidad de otras personas ha empezado a parecerme una agresión?

Pero la respuesta llega enseguida, y me trae un gusto amargo a la boca. Siempre. Nunca he dejado de sentirme excluida. Solo he empezado a convivir con ello y fingir que ha sido por decisión propia. Quizá sea por eso por lo que me sentí atraída por las leyes que tienen que ver con cosas envenenadas, personas perjudicadas y tierra cubierta por una costra de sustancias químicas. Quizá la palabra *tóxico* sea la única cosa que entiendo de verdad.

Más buena suerte: esta misma tarde, menos de veinticuatro horas después de que Agerwal me haya redirigido a Lilian McMann, esta me devuelve la llamada. Consigo saludar y presentarme a medias antes de que ella me interrumpa para sugerirme que nos veamos en persona.

Su oficina se encuentra a unos cuarenta y cinco minutos del pueblo. Los lugareños denominan a esto la «parte alta de Barrens» a pesar de que no tiene nada de «alto». Tiene lo que hay en todas partes: centros comerciales y tiendas de grandes cadenas, y este es el lugar al que yo venía de pequeña para ir al cine o entrar en el hipermercado cuando queríamos hacer una compra grande. Los escaparates han cambiado totalmente, pero la estructura es la misma.

Me pierdo y paso varias veces alrededor de la dirección que me ha dado Lilian, hasta que por fin me rindo y la llamo de nuevo.

—Aquí no hay nada más que una tienda de ropa deportiva y un restaurante chino —le digo—. He debido de tomar mal la dirección y...

—En absoluto. Estamos detrás del restaurante. Dé la vuelta hasta la parte de atrás y verá un cartel.

Ya dentro de su oficina, veo que ha hecho todo cuanto estaba en su mano para suavizar el aspecto cutre que tiene todo y convertirlo en un despacho elegante y profesional. Y casi lo ha conseguido.

Lilian sale a recibirme personalmente. La secretaria, si es que la hay, ha abandonado su puesto. No existe otra palabra para describirla: cuidadísima. Va prácticamente uniformada con una falda tubo de color tierra, una chaqueta y zapatos de medio tacón. Lleva el maquillaje inmaculado, aunque se ha pasado un poco con la sombra de ojos, las uñas hechas y el pelo liso a pesar

del fuerte olor a humedad que reina en la oficina, que combate el calor por medio de un ronroneante aparato de aire acondicionado colocado en la ventana.

Su despacho es pequeño pero muy ordenado. Toma asiento frente a mí mientras yo busco algo que elogiar: un hijo, un marido, un perro, pero no encuentro ningún detalle que sea personal. No hay nada.

—Gracias por recibirme —le digo—. Sé que debe de estar muy ocupada. —Esto resulta tan obviamente falso, para ambas, que de inmediato me siento violenta.

Pero ella no se inmuta.

—¿Está investigando a Optimal? —me dice con prudente cortesía. Entiendo que, con estas sencillas palabras, me está dando permiso para cortocircuitar por lo menos media hora de laboriosas explicaciones. A ella sí que le besaría los pies.

—Trabajo para el Centro para la Defensa del Medioambiente, que tiene su sede en Illinois —le digo, y explico el motivo que nos trajo al pueblo—. Antes de que Optimal se trasladase a Indiana, tuvo que llegar a un acuerdo para sellar una demanda relativa a vertidos químicos. Creemos que son varias las ocasiones en las que ha eludido a los tribunales a base de pagar dinero, y no solo para evitar las leyes medioambientales. —Lilian no parpadea—. La oficina del fiscal del condado retiró una investigación que tenía prevista, respecto de infracciones con los trabajadores, cuando Optimal le firmó un cheque. No me gusta la pauta que tiene el asunto.

Lilian continúa sin decir nada. Y tampoco se hace la sorprendida. No sé distinguir hasta dónde sabe.

Me aclaro la garganta.

—Usted era la directora de la sección de control del Departamento de Gestión Medioambiental, ¿es correcto?

—Codirectora —me corrige inmediatamente. Después sonrío. Incluso su sonrisa es prudente—. Éramos dos. Mi compañero era Colin Danner.

Me doy cuenta de que tiene más cosas que decir. Pero, una vez más, guarda silencio. Decido probar una táctica diferente.

—¿Qué la ha traído al sector privado? —le pregunto—. Supone un cambio importante, pasar de las políticas de actuación públicas a contratar para el sector privado.

—Quiere decir que supone bajar un peldaño —dice con calma, y aunque eso es exactamente lo que he querido decir, me invade otra oleada de

vergüenza—. No pasa nada —agrega—. Estoy bastante contenta. —Descruza las piernas y se inclina hacia delante, hasta el punto de que prácticamente proyecta el aliento hacia mí—. Verá, no me marché por decisión propia. Me obligaron. Así lo diré, y así lo dirán también ellos, aunque no por las mismas razones. Un día antes era codirectora, y al día siguiente no podía dar un solo paso sin cruzar alguna raya, o sin infringir alguna norma pública, o sin abusar de mi cargo. Me enterraron bajo una auditoría interna, y tuve que entregar duplicados de recibos de todos los gastos que había hecho mientras estuve trabajando con el departamento. Dijeron que era un control al azar. Mala suerte. —Sacude la cabeza en un gesto negativo y permite que aflore una expresión de rabia antes de reprimirla—. Me excluyeron de todos los proyectos importantes. Luego, cuando me excedí de unos plazos de entrega, unos plazos de entrega que yo desconocía que existieran, me amenazaron con poner fin a mi contrato. Así que me fui yo sola.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —pregunto.

—Que Colin me traicionó —responde sin alterarse lo más mínimo—. No sé con seguridad qué dijo, o qué quejas presentó, pero estoy segura de que fue él quien inició la auditoría.

—¿Y por qué razón lo hizo?

Esta vez Lilian me mira como si la respuesta fuera tan obvia que le molestase tener que explicármela.

—Por Optimal —contesta—. Naturalmente.

Me invade una emoción que me acelera el pulso.

—Casi desde el principio chocamos el uno contra el otro en cuanto a la forma y el momento en que se debería llevar a cabo la supervisión medioambiental. Yo pensaba que era lo normal en él. No le gustaba que hubieran nombrado a un codirector, y sobre todo no le gustaba que hubieran nombrado a uno que era mujer. —Esto último lo dice en un tono totalmente carente de inflexiones, sin ni siquiera una pizca de rabia, como si no tuviera nada que ver con ella. Es una auténtica profesional.

No pasa nada. Ya me pongo furiosa yo por ella.

—¿Así que la arrolló a usted?

—Eso fue lo que pensé al principio. Siempre estaba impugnando mis recomendaciones, cuestionando mis informes. Pero esto era distinto. Era como si no quisiera mirar en absoluto. —Desvía el rostro, y por un momento se queda mirando la pared con expresión perpleja—. Pero eso no tenía ninguna lógica. La sección de control de la Oficina de Calidad del Agua

había llevado a cabo una inspección varios años antes, antes de llegar yo. Realizar una inspección cada dos años es el procedimiento estándar, a no ser que haya problemas de permisos o de ampliaciones que hagan necesario repetirlo más a menudo. De modo que él, en principio, no se opuso. Pero cuando yo examiné el informe, supe que había algo que no encajaba. En la fabricación de plásticos se utilizan algunos de los productos químicos más tóxicos del mundo, y en gran cantidad. Pero no había ni una sola multa. Ni una sola advertencia, cero preocupaciones respecto de la seguridad. Absolutamente ninguna infracción. Eso no sucede nunca. —Su voz se queda ahí suspendida unos instantes, ascendiendo hacia una cima—. Siempre hay algo. Jamás en toda mi carrera he visto un informe tan limpio. No es posible.

Mi pulso se ha convertido en un grito de alegría. Sí, sí, sí.

—¿Cree que Colin estaba haciendo caso omiso de lo que fuera que encontró en las inspecciones? Desde su oficina solo se envió una inspección a ICIS¹ —le digo. He leído tantas veces el mismo fajo de informes que probablemente hasta podría darle las fechas exactas—. Las otras dos inspecciones fueron subcontratadas.

Lilian niega con la cabeza.

—Claro. Pero dependemos de un tercero que introduce los informes en el sistema. Un enlace que envía información estatal de vuelta al nivel federal.

—¿Está diciendo que aunque las inspecciones fueran originalmente legítimas, podrían haberse alterado después?

—Puede que sí. Puede que no. De hecho, los dos informes fueron entregados por la misma persona, un coordinador de la agencia llamado Michael Phillips. Actualmente vive en Indianápolis. —En sus ojos relampaguea una advertencia—. Pero en realidad es de las afueras de Barrens. Lo he investigado. Colin y él fueron juntos a la Universidad de Indiana.

Clic. Otra pieza que encaja. Pero no es suficiente, no lo es en absoluto. Todos los datos que voy recopilando hacen que la foto final sea más clara, pero también más grande, como si al salir de una zanja me encontrase con que estoy en el fondo del Gran Cañón.

—No entiendo por qué usted no informó de él.

—El hecho de que ambos coincidieran en la universidad no tiene por qué significar nada necesariamente —razona Lilian—. La universidad de Indiana es muy grande, y muy popular. Además, no era ningún secreto. Se hace obvio que nunca llamó la atención de nadie.

—Ya. Pero sumado a las inspecciones, resulta sospechoso. Es claramente sospechoso. Si las normas son tan estrictas como usted dice, tenía más que suficiente para haber pedido una auditoría.

Lilian vuelve a desviar la mirada. Permanece callada tanto tiempo que empiezo a sentirme incómoda. Luego, por fin, justo cuando ya estoy a punto de darle las gracias por su tiempo, sufre una sacudida que le recorre todo el cuerpo y rompe a reír. A borbotones, en pequeños hipos, como si se estuviera atragantando con la risa.

—A veces pienso que me volví loca —dice, y cuando por fin se gira de nuevo hacia mí veo que está llorando, y me quedo tan impresionada que no soy capaz de decirle nada—. ¿Tiene usted hijos, señora Williams?

Niego con la cabeza, aún demasiado sorprendida para hablar. Finalmente, Lilian recupera el dominio de sí misma, se levanta y va hacia su mesa. Vuelve con el teléfono en la mano y me lo da: en la pantalla principal se ve a una joven muy guapa, de unos dieciocho o diecinueve años, tan morena como su madre, con los mismos ojos grandes y la misma estructura ósea.

—Esa es Amy —me dice—. Este año está haciendo el penúltimo curso del instituto.

—Es muy guapa —afirmo tras echarle una breve mirada, y le devuelvo el teléfono a Lilian. Experimento un mudo resentimiento hacia ella, por haberse venido abajo delante de mí. Ese es el acuerdo que hacemos con los desconocidos: que tanto nosotros como ellos vamos a fingir, para luego poder separarnos con rapidez y sin sentimientos de culpa.

—Ahora le está yendo muy bien. —Se guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta—. Durante la auditoría estuve muy estresada. Trabajando todo el tiempo. Intentando mantener la cabeza fuera del agua. Ella estaba siempre sola. Su padre la tiene solo los fines de semana. —Cierra los ojos un instante y vuelve a abrirlos.

—Entiendo —le digo, aunque no sea verdad.

—Ella era una alumna de primer año —continúa diciendo Lilian—. Iba por ahí tonteando, bebiendo, nada exagerado, pero necesitaba atención y yo no estaba para ella. Pasaba mucho tiempo en Internet, hablando con personas a las que no había visto nunca. Yo no sabía nada de aquello, naturalmente. Lo descubrí... después.

—¿Después de qué?

—Después de que uno de los «amigos» que tenía en Internet... —Se le quiebra la voz, y toma aire—. Le pidió que le enviase fotos. Ellas se las

envió. Como le digo, necesitaba atención.

Vuelve a mí la imagen de una joven en el agua, pidiendo socorro, agitando los brazos, sus gritos casi eclipsados por las carcajadas.

—Al día siguiente, esas fotos ya estaban circulando por todo el instituto. Se enviaron a través de un correo electrónico masivo. Les llegaron hasta a los profesores. Incluso al director. Yo... —Se interrumpe, abrumada.

—Lo siento —le digo, y es de verdad—. Eso es terrible. Los adolescentes pueden ser terribles. Créame. —Intento inocular en estas palabras todo lo que sé, todo lo que he llevado conmigo—. Pero usted no puede sentirse culpable de ello. No fue culpa suya.

Lilian levanta el rostro bruscamente.

—Eso ya lo sé —responde—. Fue culpa de Colin.

—No lo está diciendo en serio.

—El hijo de Colin está estudiando en Crossville. Juegan todo el tiempo contra Barrens. Comparten amigos en Facebook.

—Eso difícilmente es una prueba de que... —Dejo la frase sin terminar, pues no sé qué es lo que cree ella exactamente. ¿Que Colin presionó a su hijo para que consiguiera fotos de la hija de Lilian? ¿Todo ello para impedir que Lilian investigase su conexión con Optimal?—. ¿De qué está hablando...? Eso constituye un delito grave. ¿Qué edad tenía ella en ese momento, quince o así?

—Catorce. Ya sé que parece una locura. Es que es una locura. Yo jamás habría establecido la relación. Pero claro... —De repente se levanta y vuelve a su mesa. Abre un cajón y manotea buscando algo que no se ve.

—En las fotos, Amy llevaba unos calcetines. Nada más. Eran de rombos, rosas y verdes. Siempre le compro por lo menos un par para Navidad.

Se incorpora, sale de detrás del escritorio y regresa. De pronto no deseo saberlo. Ojalá no hubiera preguntado, no hubiera venido, no hubiera oído hablar nunca de Lilian McMann.

Sin decir nada, extiende la mano y deja que los calcetines queden colgando de sus dedos, como si fueran un cadáver que aún pudiera volver a la vida. De rombos. Rosas y verdes. Sin estrenar, todavía con la etiqueta puesta.

—Me los dio Colin cuando me marché —me dice—. Los dejó encima de mi mesa junto con una nota: «Unos buenos calcetines hacen un buen traje. Espero que estos te den calor en las noches frías». Eso es lo que decía.

No sé por qué, pero estas palabras reavivan un recuerdo enterrado hace tiempo: Jake Erickson, uno de los amigos de Brent, empujándome con el

codo en el laboratorio, durante una clase de química del último curso. Siempre estaba metiéndose conmigo, cambiándose los productos químicos, volcándose los tubos de ensayo, apagándose el quemador para que yo nunca pudiera terminar a tiempo; sin embargo, aquel día estaba demasiado ocupado en alardear de que había estado metiéndole mano a una alumna de segundo año entre clases, detrás de los contenedores.

«Está totalmente pirada —decía, y yo sabía que se había percatado de que yo estaba oyéndole—. Las piradas son siempre las más fáciles. En cuanto las miras, se abren de piernas».

—Quería que yo lo supiese. —Esta vez su voz adquiere un tono de angustia—. Que supiese no solo que él había visto las fotos, sino que las había obtenido él mismo.

«Podemos hacer con ellas lo que nos dé la gana. —En mi cabeza reverbera la voz de Jake Erickson—. Porque ellas nos dejan. ¿Y por qué no? No van a quejarse después».

Me pongo de pie. De repente, me siento mareada.

—Disculpe —digo, sin saber muy bien por qué pido disculpas.

Por su hija, por su trabajo, por esa alumna de segundo año detrás de los contenedores, por los hombres que consiguen hacer lo que se les antoja y por las personas de las que se aprovecha la gente.

Porque ¿acaso no es a eso, en última instancia, a lo que se reduce todo este caso?

En el mundo están por un lado las personas que aprietan, y por el otro están las que se asfixian.

¹ ICIS es el acrónimo en inglés del Sistema Integrado de Información y Central de la Agencia de Protección de Medioambiente de E.E. U.U. (*N. de la T.*).

El bar más cercano no está lo bastante cerca. Ray's Tavern, un garito que comparte aparcamiento con un Fireworks Emporium, ya está medio lleno, pese a que todavía son las cuatro de la tarde. Algunos de los clientes dan la impresión de llevar pegados a la misma banqueta desde el principio de los tiempos. Se diría que han pasado a formar parte de la decoración, como percebes alcohólicos. No puedo dejar de frotarme las palmas de las manos con una servilleta, como si la historia que me ha contado Lilian McMann se me hubiera metido dentro de la piel.

No sé si puedo creerla, y no porque esté mintiendo, sino porque simplemente podría estar equivocada. El problema que tiene pasar la vida entera buscando pautas es que uno aprende a verlas por todas partes. Pero las coincidencias existen. Es posible que Colin Danner simplemente se enterase de lo de las fotos por su hijo y decidiera dar una última vuelta de tuerca a la situación antes de que Lilian se marchase. Con toda probabilidad, fue eso lo que sucedió.

Sin embargo, su relato me ha dejado una fina película de mal sabor, como si hubiera estado nadando en aguas aceitosas, y el lavabo del cuarto de baño está tan mugriento que al lavarme las manos me siento todavía más sucia. El primer whisky con soda no me resulta de mucha ayuda, y el segundo solo consigue ponerme triste. No puedo evitar acordarme de Becky Sarinelli y de aquella pobre foto revoloteadora que aterrizó a mi lado el día de la concentración: el blanco de su piel haciendo daño a la vista por efecto del flash de la cámara, su cuerpo desnudo. Y eso fue antes de que las fotos pudieran compartirse y enviarse al instante, como ocurre en la actualidad.

El hecho de acordarme de Becky Sarinelli me hace pensar otra vez en Condor y preguntarme por qué y cómo pudo hacerle aquello. Desearía creer que no fuera cierto.

Antiguos errores, me ha dicho él a propósito de la madre de su hija Hannah. Pero los antiguos errores nunca se hacen viejos. Los revivimos una y otra vez. Los repetimos, con la esperanza de que esta vez no sean errores.

A lo mejor yo no quiero que Condor sea un error.

A lo mejor es que no quiero estar sola. Estar en Barrens tiene el efecto de recordarme lo sola que estaba yo aquí. El efecto de recordarme que en realidad nunca he dejado de estar sola.

Eso fue lo que nos unió a Kaycee y a mí cuando éramos pequeñas: que las dos éramos las mejores amigas más solas de la historia. Mi padre estaba abstraído en su religión, y el padre de Kaycee estaba abstraído en el alcohol, en sus accesos de cólera, en su economía de mercado negro y en la gente que le compraba y le vendía. Mi madre estaba muriéndose, y la de ella era como si se hubiese muerto.

Pero ser la mejor amiga de Kaycee podía suponer estar tan sola como si una no tuviera ninguna amiga en absoluto. Kaycee era sumamente imprevisible, ya por aquel entonces. Podía mostrarse cruel y distante, explosiva. Podía golpearte y luego hacerte una caricia en el chichón, con la promesa de curártelo. De una manera o de otra yo ansiaba aquella atención. Recuerdo que construimos juntas fortificaciones en el bosque, y que yo siempre transformaba los troncos de árboles en grupos de amigos, en hermanos imaginarios que me consolaban y me animaban a continuar. Kaycee no se inventaba amigos, sino súbditos. De ese modo jamás la desobedecerían, afirmaba, cuando les ordenase que se quedaran con ella.

En ocasiones me acuerdo de mi perro Castaño, un descarriado como yo, flaco, desesperado y huidizo, hasta que yo conseguí convencerlo para que viniera conmigo ofreciéndole unas pocas sobras de pollo. Fue el único amigo de verdad que he tenido en toda mi vida.

Resulta enfermizo, pero tiene su lógica que Kaycee tuviera que matarlo.

Cuando empiezo a tomarme la tercera copa sé que llamar es una idea del todo desacertada, pero para cuando termino de bebérmela ya me da igual.

«Responde —pienso—. No respondas», pienso a continuación.

Responde al segundo timbrazo. Su voz suena limpia, incluso por el teléfono.

—Abby —dice Brent, y yo intento fingir que él es la persona a la que llevo queriendo llamar todo el tiempo—. Es increíble, justo en este momento me estaba acordando de ti. ¿Qué ocurre?

Desgarro lentamente la servilleta húmeda que tengo debajo del vaso, ya vacío, y vuelvo la vista hacia el reloj que hay encima de la barra. Las cuatro cuarenta y cinco.

—Acabo de salir de la oficina —le comunico—. ¿Te apetece tomar una copa?

—¿Cómo has dado con este sitio? —me pregunta mientras se acomoda en la banqueta de al lado. Con su camisa y su americana, parece estar fuera de lugar.

—Me lo ha recomendado un amigo —contesto. Nadie que esté en su sano juicio recomendaría un lugar como este.

—Me gusta. —Lo dice en tono convincente, pero yo, en vez de sentirme más tranquila, noto que se me acelera el pulso a causa de la ansiedad. Brent miente muy bien.

Pide un tequila y yo otro whisky con soda fingiendo que es el primero, y el camarero, que tiene el semblante curtido por los muchos años que lleva viviendo esto, no hace ningún comentario.

—Iba a llamarte —me dice Brent—. Como viste a Misha en mi casa..., no quería que te hicieras una idea equivocada.

—¿Qué idea?

—Misha siempre ha estado un poco enamorada de mí —responde impulsivamente. No sé por qué, pero el hecho de oírsele decir en voz alta representa un alivio. Porque, por supuesto, ahora que lo pienso, veo que tiene razón, que siempre fue algo obvio.

—Durante una temporada, después de que Kaycee desapareciera, eso nos empujó a... —Deja la frase sin terminar y menea la cabeza en un gesto negativo—. Pero yo nunca la he considerado así. —Y agrega bajando un poco la voz—: A mí me gustas tú. Mucho.

—Tú también me gustas a mí —le contesto. Pero en cuanto lo digo, me doy cuenta de que no es verdad. En el instituto, habría dicho que estaba enamorada de él. Soñaba con todos los sucesos improbables que podrían hacer que estuviéramos los dos juntos: un repentino incendio que nos obligase a quedarnos solos en una parte del edificio, esperando a que nos rescatasen los bomberos, un pinchazo en un neumático que me dejase a mí tirada a pocos metros de su calle. Pero ahora, por primera vez, me doy cuenta de que no sé con seguridad qué porción de dicho sentimiento se debía simplemente a que Brent era propiedad de Kaycee. A lo mejor es que siempre busqué la venganza. A lo mejor es que deseaba arrebatarme algo a Kaycee, como había hecho ella conmigo.

O a lo mejor, de manera retorcida, es que pensaba que si Brent podía quererme a mí, Kaycee tendría que quererme también.

—¿Por qué me besaste aquel día en el bosque? —le pregunto de improviso.

—Era el último día de clase —responde. Veo que le he sorprendido—. Supongo que... cuando te vi allí, en el bosque, como si acabaras de aparecerte... —Sonríe—. Sentí que era una señal.

Eso fue lo que dijo la otra noche, junto a la hoguera: que mi llegada había sido una señal.

—Tú fuiste el primer chico que me besó.

De inmediato me entran ganas de arrearle yo misma un puñetazo por haberle dicho esto. Se me está yendo la lengua. Dejo el vaso en la barra.

Brent dibuja una sonrisa. Cientos de vatios de luminosidad. Es la misma sonrisa que utilizaba para dejarme sin respiración en la cafetería.

—Sabes, en aquel entonces daba la sensación de que estábamos al final de algo. Todas aquellas chicas poniéndose enfermas, sin que nadie lograra explicarlo. Fue como si Kaycee hubiera transformado una mentira en una infección real. Como si existiera la posibilidad de que todos acabáramos contagiándonos. —Acerca la mano a mi cara, igual que hizo junto a la hoguera—. En cambio, tú no. Siempre supe que tú estabas solo empezando.

Me aparto de él. ¿Se lo creerá de verdad? ¿Se creerá de verdad que yo puedo creérmelo?

—Lo cierto es que nunca intentaste encontrarla, después de que desapareciera, ¿a que no?

Brent deja escapar un suspiro, como si yo lo hubiera decepcionado.

—Intenté llamarla, obviamente —me responde—. Pero nunca cogió el teléfono. Misha dijo que era porque no quería hablar con nadie. —Esto me llama la atención. Tal vez Misha estaba más en sintonía con su antigua mejor amiga de lo que afirma ahora. Brent se gira de nuevo hacia la barra y se pone a jugar con una servilleta mojada—. Lo más curioso es que Misha y yo ni siquiera éramos íntimos hasta que Kaycee huyó. —Bebe un largo trago de su copa—. Es lo que tienen las tragedias, supongo. Que unen a las personas. Me parece que ella abrigaba la esperanza de que aquella tragedia hiciera algo más que unirnos.

Me viene a la memoria el día en que sorprendí a Brent y a Misha juntos en la Hondonada. Brent estaba consolándola o suplicándole algo, no supe decir cuál de las dos cosas era. En aquel momento parecían tener una relación muy

estrecha. Pero incluso entonces tuve la impresión de que Kaycee estaba con ellos, de que estaba aguardando sin ser vista fuera del círculo que formaban los cuerpos de ambos, de que habían estado hablando de ella.

—¿Eso es lo que fue la desaparición de Kaycee? ¿Una tragedia? —Me cuesta creer que Brent lo considere así—. Cuando hablamos en la cafetería parecías estar contento de ello.

—Nunca dejas de ejercer de abogada, ¿verdad? —Lo dice en tono de broma, pero capto el tinte de reprimenda—. ¿Y no pueden ser las dos cosas? Estaba... contento de haberme librado de ella. Pero fue trágico que la cosa llegara a aquel punto. Kaycee era... destructiva. ¿Sabes lo que quiero decir?

Por un instante me imagino a Kaycee engatusando con regalitos a mi perro Castaño para que se fuera con ella. Imagino lo furiosa que debió de ponerse cuando Castaño empezó a ladrarle y a gruñirle. «Ese perro tiene algo que no es normal. Seguramente está rabioso. Habría que pegarle un tiro».

—Sí —respondo simplemente. Luego, sin pensar, agrego—: ¿Alguna vez la quisiste?

Brent guarda silencio durante unos segundos. Remueve su bebida y acto seguido se la termina de un solo trago. Finalmente, me mira.

—¿Y yo qué sé? Era joven. —Esta vez, su sonrisa ha dejado tras de sí un rastro de cansancio—. ¿Se puede querer a alguien que no es capaz de quererte a ti?

Paradójicamente, el que me viene a la mente es mi padre. «¿Los perros van al cielo?», le pregunté en una ocasión con la garganta dolorida de tanto haber llorado por la muerte de Castaño.

«No —me respondió él brevemente. Pero luego sacó una bolsa de basura del cobertizo de las herramientas, metió dentro el cadáver de Castaño y me dijo que cogiera la pala. Fuimos andando hasta la orilla del pantano, y en silencio cavó una fosa y metió a Castaño dentro de ella—. El cielo es para los pecadores redimidos —declaró al cabo de varias horas de silencio—. Los perros no lo necesitan. Ellos ya viven toda su vida en el cielo».

En aquel momento lo amé más de lo que nunca he amado a nadie.

—Oh, desde luego que sí —digo. Mi whisky sabe a laca para el pelo. Lo he dejado reposar demasiado tiempo—. En mi opinión, es la clase de amor más auténtica de todas.

Fuera el sol está empezando a ponerse, proyecta un resplandor dorado que se

posa sobre los automóviles estacionados.

—Escúchame, Abby —me dice Brent, agarrándome la mano. Al salir de repente a la luz me he apresurado a despedirme de él, avergonzada de haber dicho lo que he dicho y de haberlo llamado. Da un paso hacia mí, y por un segundo tengo la seguridad de que va a besarme—. Sé que has venido buscando sangre, ¿a que sí? Pero no vas a encontrar nada.

—No he venido buscando sangre, Brent. —Estamos tan cerca el uno del otro que alcanzo a distinguir las venillas de sus ojos, rebosantes de significados que no sé interpretar—. He venido buscando la verdad.

Arruga el ceño como si no me creyera.

—Ya sé que parece absurdo, pero este pueblo adora a Optimal. Yo mismo adoro a Optimal. —Está escudriñando mi rostro en busca de indicios de que le creo—. Optimal ha hecho mucho bien. Deberías ver el nuevo centro comunitario, deberías ver el auditorio que han construido, y el ala de bellas artes del instituto. Optimal ha insuflado vida en este pueblo.

Está hablando igual que hablan los conversos de la Iglesia.

Me zafo de su mano.

—Si Optimal no ha hecho nada malo, no tienes nada de qué preocuparte.

Brent niega con la cabeza.

—No me preocupo por Optimal. Me preocupo por ti. Es que... no quiero que cambie nada entre nosotros, ¿de acuerdo? —dice por fin, aunque estoy casi segura de que no es lo que pretendía en un principio—. Después de todos estos años... —Aspira una bocanada de aire—. Siempre he sentido el deseo de verte. Siempre he tenido la esperanza de verte otra vez.

Y a continuación me besa. Sus labios están fríos y saben a tequila barato. Y también un poco a algo metálico. Como si él fuera el que ha salido buscando sangre.

Mi casa alquilada está oscura y se oye el zumbido del aire acondicionado. Apago los aparatos de las ventanas y abro una ventana en la cocina y otra en mi dormitorio, aunque cuando me despierte sudando me arrepentiré. Pero el sonido del campo me relaja de inmediato. Es el sonido del vacío, puntuado por el canto de los grillos y el ululato de algún búho. Pasé dieciocho veranos quedándome dormida oyéndolo.

Me transporta directamente al pasado, a cuando bajaba con mi bicicleta — un artilugio rescatado de la basura que mi padre encontró detrás de una de las obras y le dio de martillazos hasta devolverle la forma— por el sendero salpicado de piedras que llevaba hasta el pantano. Me transporta a cuando Kaycee y yo nos quedábamos en ropa interior y nos bañábamos en el pantano, a cuando competíamos a ver cuánto tiempo aguantábamos la respiración bajo el agua, a cuando ella se quedaba flotando bocabajo, dejando que su melena se extendiera en abanico a su alrededor, fingiendo estar muerta.

Acabábamos de terminar sexto curso y era verano cuando encontré a Castaño... o, mejor dicho, me encontró él a mí. Kaycee pilló una fuerte gripe y estuve una semana entera sin verla. Pasaba horas enteras sola en el bosque. Estaba tumbada en el suelo, contando nubes, cuando de pronto oí un gemido a mi espalda. Me incorporé rápidamente, pensando que a lo mejor había un gato montés, o un oso, o vete a saber qué. En vez de eso, descubrí a un perro peludo y medio muerto de hambre que me miraba fijamente a través del follaje. Lloraba y agitaba la cola, las dos cosas al mismo tiempo.

Una de las pocas cosas que me molesté en sacar de la maleta fue un viejo joyero de madera que perteneció a mi madre y que muy a menudo, en mi imaginación, todavía desprende un poco de su olor. Apoyado sobre el forro de terciopelo lleno de manchas que ya se está despegando de la madera, hay un sencillo collar de perro rojo, descolorido por el paso del tiempo.

Castaño Williams, lleva escrito, y a continuación el número de teléfono de casa que todavía sigue utilizando mi padre.

Recuerdo cuánto tiempo tuve que rogar a mi padre que me llevara a la

tienda de mascotas para comprarlo. Me dijo que era una tontería intentar poner un collar a un perro extraviado, que Castaño solo buscaba un poco de comida gratis, que muy pronto se perdería de vista, que yo estaba malgastando el dinero en comprarle juguetes y un collar que no iba a ponerse nunca. Pero cuando le pasé el collar por la cabeza, empezó a agitar la cola con más energía que antes. Como si se sintiera orgulloso de pertenecer por fin a alguien. Mi padre opinaba que Castaño iba a suponer una carga para los dos. Sin embargo, no tardó en acceder a dejarlo dormir a los pies de mi cama.

A Kaycee le costó creer lo que se había perdido. Solo había pasado siete días con la gripe, afirmó, y yo ya la había sustituido por un animal miserable. Se enfurruñó, y yo creí que era broma. Le dije que le tomaría cariño a Castaño según lo fuera conociendo. Le conté que comía de mi mano, que agitaba una patita en el aire muy graciosamente cuando yo le rascaba la barriga. Le dije que Castaño podía ser el perro de las dos.

«Siempre he querido tener un perro», me confesó hablando en susurros.

Una vez que se hizo a la idea, ya no pudo dejar de hablar de Castaño y de lo mucho que íbamos a divertirnos juntos, y de que podíamos enseñarle a hacer cosas, y de que en Navidad podríamos vestirlo de reno y atarlo a un trineo.

No sé qué fue exactamente lo que se torció. Tal vez Castaño estaba enfermo. Tal vez lo asustamos nosotras. Tal vez simplemente olfateó a Kaycee y se dio cuenta de algo. Pero lo cierto es que empezó a gruñirle, a gruñirle en serio, arqueando el lomo y enseñando los dientes. Yo nunca lo había visto gruñir de aquella manera. Lo llamé por su nombre, intenté calmarlo, mientras Kaycee permanecía inmóvil, aterrorizada.

—Me odia —dijo, y aquella fue la primera vez que yo la vi llorar. Dos lagrimones, eso fue todo.

—No te odia. Lo único que ocurre es que está asustado porque no te conoce —respondí, aunque sabía que no era verdad.

Ocurrió en un instante. Castaño la atacó y le lanzó un bocado que por escasos centímetros no le alcanzó los dedos.

—¡Ha intentado morderme! —chilló Kaycee.

Yo jamás la había visto así. Era rabia, rabia pura, como la que había visto solo en mi padre, pero aún peor.

—¿Qué demonios le pasa a ese estúpido perro?

—No le pasa nada —salté por fin.

Kaycee me miró.

—Ah, ¿no? ¿Entonces consideras normal que intente arrancarle la mano a una persona de un bocado?

Como yo estaba enfadada, le contesté:

—A lo mejor, a quien le pasa algo es a ti.

Inmediatamente me arrepentí de decir aquello. Kaycee se quedó petrificada en el sitio. Una niña de doce años que fuera normal se habría puesto a llorar, o a gritar, o a insultarme. Pero ella, no. Ella permaneció allí sin más, muy quieta.

—Puede ser —dijo al fin. Dio media vuelta y después, casi como si se le acabara de ocurrir, agregó—: A los perros como ese hay que reducirlos.

Juego un momento con el collar en la mano y luego me dirijo al cubo de la basura sabiendo, naturalmente, que no voy a hacerlo. Durante años he fingido que lo guardo solo para acordarme de mi perro. Pero lo he guardado para acordarme de Kaycee y de lo que hizo.

No envenené a Castaño inmediatamente, no sé muy bien por qué. A lo mejor pensó que de esa forma saldría impune del acto.

Cuando yo la acusé, apenas pestañeó.

«Es tan tonto que probablemente se ha comido ese veneno para ratas él solo», comentó.

Excepto que ella había robado el collar. Para que yo supiera que no había sido un accidente. Incluso ya en aquella época, a Kaycee le gustaba darle la vuelta a la verdad para que pareciese una mentira, y viceversa, hasta que uno no lograba distinguir la diferencia.

Lo más demencial del asunto fue que de hecho ella me acusó a mí cuando le dije que no iba a volver a hablarle nunca más. De hecho, puso cara de sentirse dolida, como si no pudiera entender por qué yo me portaba tan mal con ella.

Durante los seis años siguientes, cuando Kaycee ya se había hecho mayor y ya había reunido alrededor de ella a todos los súbditos con que había soñado, jamás reconoció haberle puesto un dedo encima a Castaño.

Y de repente, el último día de clase, fui a mi taquilla para vaciarla y me encontré allí dentro el collar de Castaño colgado de un gancho.

Lo había guardado ella.

Durante todos aquellos años, lo había guardado ella.

Unas horas más tarde le pidió a Misha que la llevara en coche a

Indianápolis porque quería buscar un trabajo de camarera, y le dijo que ya volvería a casa ella sola en autobús. Pero no llegó a tomar dicho autobús. Jamás regresó a casa.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué fue esa la última cosa que hizo?

De nuevo deposito el collar dentro del joyero de mi madre y cierro el pestillo.

A veces creo que Kaycee, en su forma neurótica de hacer las cosas, me dejó el collar porque sabía que con ello iba a hacerme daño, y porque sabía que de ese modo yo nunca iba a olvidarla.

Otras veces pienso que simplemente se estaba despidiendo de mí.

Al día siguiente, jueves, me levanto a una hora que ni siquiera mi padre podría censurar.

Preparo un café tan fuerte que sabe a barro. Puede que haya dormido cuatro o cinco horas como máximo, y eso que para las ocho ya estaba en casa. He pasado la noche sudando alcohol barato, mirando al techo y retorciéndome entre diversos recuerdos e ideas a medio formar.

Me bebo el café con sabor a barro y contemplo cómo Barrens va sacudiéndose de la neblina de la noche. Intento ver Barrens como lo vería un desconocido, y bajo esta primera luz del día está precioso. A lo mejor Brent tenía razón. A lo mejor estoy inmersa en una especie de caza de brujas. A lo mejor quiero que Optimal haya incurrido en tácticas fraudulentas, para así tener algo, lo que sea, que enderezar.

A lo mejor mi obsesión es una fantasía.

O a lo mejor no. Pero esta mañana voy a seguir el consejo que me ha dado Brent: ha llegado el momento de visitar las buenas obras que ha hecho Optimal.

El Centro Comunitario de Barrens se encuentra situado a medio camino entre el instituto y las verjas que cierran el complejo de Optimal Plastics, justo enfrente de la tienda Westlink, que vende piensos y fertilizantes. El auditorio que mencionó Brent ya está terminado; es un edificio moderno, todo de acero y cristal, totalmente incongruente con las construcciones de ladrillo, cuadradas y achaparradas, que definen la arquitectura del pueblo. Ni siquiera son las nueve de la mañana y ya hay automóviles en el aparcamiento recién construido, y aunque las puertas están cerradas, cuando pego la cara al cristal distingo una mancha borrosa de movimiento en el interior. Me sorprende al ver a Misha en el vestíbulo, paseando arriba y abajo, con el teléfono encajado entre la mejilla y el hombro.

Al verme, pone fin a la llamada sin despedirse y se guarda el teléfono en un bolsillo. Duda una fracción de segundo antes de abrirme la puerta.

—Abby. —Hoy va vestida de vicedirectora, con un traje pantalón barato y una horrible blusa de color lila—. Te me apareces por todas partes, la verdad. Empiezo a pensar que me estás siguiendo.

—Este pueblo es pequeño. Tú misma lo dijiste: aquí no hay nada más que hacer que meter las narices en los asuntos de los demás. Y no todos los días construyen en Barrens un centro comunitario.

—Muy cierto. Pero la verdad es que aún no lo hemos abierto al público. ¿Puedo ayudarte en algo?

Anoche, Brent me dijo que cuando Kaycee desapareció, Misha le dijo que deseaba cortar por lo sano. Pero si Kaycee confesó su deseo de desaparecer, pudo haber confesado más cosas.

—Se suponía que debía reunirme con una persona de Optimal para realizar una visita guiada antes de la inauguración —miento, aprovechando la oportunidad para hablar con ella—. He concertado una cita, pero me temo que esa persona en realidad entendió que me refería a ayer. No me extraña que no me haya contestado al teléfono.

Misha duda de nuevo, luego empuja la puerta con la cadera para abrirla un poco más.

—Pasa —me dice—, aunque no hay gran cosa que ver. Solo está terminada la primera fase.

—Sentía mucha curiosidad. Qué proyecto tan ambicioso.

—Pues esto que ves no es ni la mitad. Acabaremos teniendo un salón para banquetes y un gimnasio para actividades deportivas extraescolares. Y también aulas para educación alternativa. —De modo que eso explica su presencia en este lugar.

El edificio es amplio, abierto, aireado, y el sol penetra por los tragaluces.

—Vaya. Es... —Es feo. Con la típica fealdad que solo puede obtenerse con una tonelada de dinero. Pero, como es natural, no pienso decirlo en voz alta—. Ambicioso. Aquí dentro no tiene uno la sensación de estar en Barrens, ¿verdad? Debe de haber costado una fortuna —exclamo.

Misha me sostiene la mirada fugazmente.

—Optimal está financiando la mayor parte del proyecto —me dice—. Y también tenemos subvenciones del gobierno. El resto se paga con los impuestos.

—Se te ve muy... apasionada. —Lo que quiero decir en realidad es que se la ve muy implicada.

—El señor Andrews, que es el director, y yo hemos presionado mucho

para que esto fuera una realidad. Antes, nuestros alumnos no tenían ningún sitio al que ir y nada que hacer después de clase —afirma—. Con frecuencia, su vida familiar supone una gran parte del problema. Cuando no hay otra cosa que hacer... La inactividad trae problemas. —Agarra una puerta que señala el camino al escenario del auditorio y de nuevo la sostiene para que yo pase.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que podría ser un problema el hecho de que tanta gente dependa de una única empresa? —Procuro emplear un tono de naturalidad, como si yo misma me estuviera haciendo esta pregunta.

Misha me sostiene un momento la mirada.

—¿Por qué iba a ser eso un problema?

—Optimal lleva años acosada con rumores de contaminación, de corrupción, de encubrimientos.

—Los rumores no son hechos, Abby. Gracias a Dios. De lo contrario, todos habríamos tenido problemas en el instituto. Sobre todo, tú.

Otro tanto para Misha. Sonríe tan amablemente como me es posible.

—Cierto. Y el humo no es fuego. Pero en ocasiones, donde hay lo uno, hay lo otro... Nadie quiere hacer a Optimal responsable de nada. De hecho, nadie quiere contemplar siquiera esa posibilidad.

—Aquí nos sentimos muy orgullosos de Optimal —afirma Misha con intención—. No veo por qué eso ha de ser un problema.

A continuación, escojo con cuidado mis palabras:

—Han comprado mucho cariño, eso es lo único que estoy diciendo.

Me preocupa que Misha pueda enfadarse. O tal vez es eso lo que quiero, ver aparecer una grieta en el barniz que la recubre. Pero esto solo parece divertirla.

—La última vez que lo comprobé, eso no era ningún delito.

—Bueno, eso depende de quién compre —replico.

—El problema es que la gente piensa en blanco y negro. Creen que pueden tener lo bueno y prescindir de lo malo. Pero todo lo que es bueno para una persona probablemente es malo para otra. La vida no es como dice la Biblia, no consiste en elegir entre el bien y el mal. Consiste en elegir los males que uno sea capaz de soportar.

—De modo que reconoces que Optimal es un mal.

Eso, por lo menos, le arranca una sonrisa.

—Lo único que digo es que si Optimal ha cometido errores, ¿unos cuantos sarpullidos aquí o allá son suficientes para que debemos cerrar la empresa

que más trabajo da en toda esta región?

—No estamos hablando solo de unos sarpullidos, y tú lo sabes. Estamos hablando de productos químicos que causan daños importantes. Las personas no son desechables. Las personas no deberían verse obligadas a sacrificar su vida y su salud para llevar comida a la mesa.

—Oh, Abby —suspira—. Te envidio. Debe de ser maravilloso saber que uno tiene razón todo el tiempo.

Siento un acceso de ira que me oprime el pecho.

—No sé si tengo la razón o no. Pero sé lo que está bien y lo que no.

—¿En serio? —Ladea la cabeza y me mira entornando los ojos—. Frank Mitchell, por ejemplo. Él se gana la vida vendiendo pornografía. —Recalca bien la última palabra.

—La pornografía no es ilegal —apunto yo.

Misha enarca una ceja.

—Ya. Vale. Pero digamos que tiene un cliente, un hombre normal, marido y padre, que tiene escondido un pequeño alijo de pornografía, nada grave. Y digamos que, en un momento dado, dice que lo que le gusta en realidad son las chicas jovencitas. Muy jovencitas. Y resulta que ese hombre tan respetable, con su respetable familia, tiene una fijación sexual con las colegialas. —Todo esto lo dice sin alterarse, con un inmenso autocontrol, como si todavía estuviéramos hablando de los planes que tiene para el auditorio. A mí se me eriza todo el vello de la nuca—. Ahora digamos que Frank Mitchell le vende una revista en la que las chicas parecen mucho más jóvenes de lo que son en realidad. Pero, naturalmente, son mayores de edad, profesionales que cobran. El hombre se va a su casa tan contento. Si Frank no le vendiera esa revista, ese cliente saldría por ahí a buscar una colegiala de carne y hueso.

Estoy tan estupefacta que me la quedo mirando de hito en hito.

Ella abre las manos en un gesto de inocencia.

—Como ves, habrá quien piense que Frank Mitchell ha hecho una cosa terrible al vender esa clase de revistas. Sin embargo, lo que ha hecho es precisamente lo que había que hacer.

—O... —respondo yo, haciendo un esfuerzo para que no me tiemble la voz — ... podría simplemente llamar a la policía.

—El cliente se limitaría a negarlo todo —replica Misha encogiéndose de hombros, como si su razonamiento estuviera tan claro que no hiciera falta ni decirlo—. ¿Continuamos con la visita?

Ya no deseo otra cosa que huir. Huir de Misha, huir de este gélido palacio construido con dinero de Optimal para salvar a los mismos críos a los que podría estar saturando de veneno, huir de la absurda economía de sacrificio en la que cree Misha. En cambio, voy detrás de ella sin decir nada y cruzo otra puerta más.

Misha enciende las luces, y el pasillo toma forma ante nosotros: paredes pintadas de color oscuro y dos hileras de fotografías de alumnos enmarcadas, una en cada lado, rodeadas por constelaciones de estrellas de los periódicos.

—Estas son nuestras Estrellas de Optimal —exclama con orgullo—. Los alumnos que han recibido la beca de Optimal. ¿Recuerdas que te he mencionado el programa de becas? Ya llevamos varios años trabajando con Optimal para conceder becas totales o parciales a un puñado de alumnos que tienen un prometedor futuro académico. La mayoría de ellos sufren dificultades en su vida familiar, otros acarrean problemas de disciplina. Pero el programa logra que experimenten un cambio radical. —Habla como si estuviera recitando el texto de un folleto publicitario. Y, que yo sepa, podría estar haciendo precisamente eso—. La primera alumna becada fue Mackenzie Brown, toda una artista de los bailes de salón. De esas no tenemos muchas por aquí.

A continuación, señala una chica que sonrío igual que una reina de la belleza. De hecho, todas las chicas sonrío como reinas de la belleza, y de los dieciocho alumnos becados solo dos son varones. Hay un retrato en particular que me llama la atención. La joven fotografiada guarda un inquietante parecido con Kaycee: melena rubia en cascada, ojos azules y muy separados. Según la placa de latón que indica el nombre, se llama Sophie Nantes.

—¿Cómo es que hay tantas chicas? —No puedo evitar preguntarlo.

—Bueno, tenemos que tomar en cuenta tanto el talento como lo necesitado que se encuentra el alumno —responde Misha—. Son muchísimas las universidades que ofrecen becas de deporte propias, pero la mayor parte del dinero va a parar a los equipos masculinos, y ya está. Y aquí existen más oportunidades profesionales para nuestros alumnos masculinos que no desean ir a la universidad. Están volviendo profesiones como agricultor o trabajador de la construcción, empleos básicos en Optimal. Ese tipo de cosas.

La puerta que hay al fondo del corredor nos conduce al auditorio.

—El año que viene montaremos nuestra primera producción musical —dice Misha. Su voz se pierde en el amplio espacio, lleno de filas y filas de butacas que van ascendiendo y desaparecen en la oscuridad—. Y ya tenemos

cuarenta alumnos que se han apuntado a un campamento de música de dos semanas que va a organizarse en agosto. La mitad de ellos tocarán con instrumentos donados. ¿Te lo imaginas? Durante muchos años la banda municipal tuvo que reunirse en el aparcamiento de atrás mientras el equipo de animadoras iba a la cafetería después de las clases. Ahora ensayarán aquí. — Abre los brazos hacia el silencioso escenario. Por primera vez se la ve feliz. No solo feliz, sino eufórica, llena de energía y de orgullo. Se vuelve hacia mí y me dice—: ¿Y sabes qué era lo que había antes en este lugar?

Niego con la cabeza.

—Nada. —En sus ojos brilla una siniestra satisfacción—. Lo que se dice absolutamente nada.

Joe se acerca a mí en cuanto me ve aparecer por la puerta.

—Llevo una hora llamándote —me dice—. ¿Dónde estabas?

Dejo mi bolso con calma, sin darme ninguna prisa.

—Buenos días para ti también. —Alargo la mano hacia mi ordenador, pero él es más rápido y me lo cierra.

—Ayer también te escaqueaste. —Me mira con expresión irónica—. ¿Necesitas unas clases de reciclaje respecto de lo que significa trabajar en equipo?

Tiene razón. Nunca he tenido problemas para contarle a Joe una estrategia. Pero, por extraño que resulte, me irrita que me pregunte. Optimal es mía: mi problema, mi misterio, mi caso.

Tiene que ser así. De lo contrario, no se obrará la magia, y el hecho de descubrir la verdad no me ayudará a olvidar lo sucedido. Pero Joe me está mirando fijamente, y no hay motivo para mentir.

—He hecho una visita guiada al centro comunitario —explico—. Cada vez parece estar más claro que Optimal está decidida a comprar el cariño de los habitantes de este pueblo.

—Y el nuestro —contesta Joe. Da media vuelta, se va a su mesa de trabajo y vuelve con varios archivadores tan abarrotados de papeles que podrían pasar por cachiporras. Cuando los deja caer encima de mi mesa, me veo obligada a sujetar mi bolso para que no se precipite al suelo.

—¿Qué es esto? —pregunto, pero nada más abrir uno de los archivadores, incluso antes de entender lo que significan los formularios para presentar declaraciones de pagos, ya lo sé—. Documentación entregada por Optimal.

—No la ha entregado —me corrige Joe—, la ha tirado. La mayor parte de ella sigue guardada en cajas, en el sótano del juzgado.

Lo miro fijamente.

—¿Es que hay más?

Cada archivador tiene quince centímetros de grosor y está atestado de datos. Nos va a llevar semanas hacernos una idea de los gastos, aun cuando el equipo entero se dedicara únicamente a esta tarea.

Del semblante de Joe ha desaparecido todo rastro de humor. Joe odia los errores, sobre todo los que comete él.

—Son en total ciento diecisiete archivadores. Y no van por orden, por lo que hemos podido ver.

—Nos han jodido.

—Han hecho lo que nosotros les hemos pedido que hicieran —responde Joe con los dientes apretados. Por fin consigue esbozar una sonrisa—. Pero sí, nos han jodido.

—Y no tenemos ni idea de por dónde empezar —agrega Flora.

Gracias, Flora.

A medida que hojeo páginas y páginas de informes y declaraciones de pagos y gastos, se va apoderando de mí un sentimiento de impotencia. Naturalmente, la culpa es nuestra. No sé qué era lo que esperaba. Grandes flechas de color rojo, unos cuantos prácticos post-it señalando pagos realizados a la Agencia de Protección del Medioambiente, tal vez unos pocos gastos amablemente clasificados bajo el epígrafe de «Sobornos».

Pasamos el día intentando ensamblar un millar de páginas para que formen una trama, o por lo menos el principio de algo. Hace demasiado calor para pensar —a las doce del mediodía fuera ya llegamos a los treinta y siete— y voy teniendo cada vez más la sensación de que la respuesta que busco no la voy a encontrar en los números.

A las seis, me rindo y empiezo a meter cajas de documentos en el maletero del coche, jurándome que los examinaré más adelante. He prometido a mi padre que iría a cenar, y aunque no se me ocurre nada que me apetezca menos en el mundo, se me han acabado las excusas para seguir dándole largas. Paso un momento por casa para darme una ducha lo más fría que pueda y enjabonarme a fondo, como si así pudiera eliminar parte de la frustración de esta jornada.

Al llegar, me sorprende al encontrarme abierta la puerta del garaje. Además, el coche de mi padre está en marcha, y eso que tiene abierta la portezuela del conductor. Casi alcanzo a oír el retumbar de mi corazón contra mi pecho.

—¿Papá? —Cuando penetro en la sombra del garaje, el miedo me atenaza igual que una mano que me apretara la garganta. Entro en el coche y apago el contacto—. ¿Papá? —lo llamo de nuevo, aunque es obvio que no está aquí.

La casa está abierta. Voy yendo de habitación en habitación, sin dejar de llamar a mi padre. Pero nada.

El sótano está a oscuras, y no se ve indicio alguno de que mi padre haya bajado aquí en mucho tiempo, porque la montaña de trastos está igual que siempre y no permite el paso.

Y entonces me viene a la memoria: el cobertizo de las herramientas.

Corro de nuevo escaleras arriba. Y antes de salir siquiera por la puerta, encuentro a mi padre: no junto al cobertizo, sino a una decena de metros de aquí, tumbado en la hierba, inmóvil.

—¡Papá! —Salgo disparada del porche. Me arrodillo y apoyo las manos en su pecho. Veo que mueve los párpados—. ¡Papá! ¿Me oyes? Papá...

Abre los ojos. Tiene la cara quemada por el sol y los labios despellejados. Debe de llevar varias horas aquí tumbado.

—¿Abby? —Parpadea una vez, dos, y finalmente sus ojos se enfocan.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Me da miedo tocarlo, moverlo... Recuerdo que dicen que a una persona que se ha caído no hay que moverla. O quizá sea a las personas que han sufrido un accidente. No puedo pensar con claridad, siento un pánico cervical que me paraliza el cerebro—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño?

Su mirada se posa en mí durante un instante y vuelve a descender.

—Me... Me parece que me he caído.

—¿Te parece?

—No me acuerdo. —Frunce el entrecejo—. Ha sido por las ardillas. Vuelve a haber ardillas en el desván. Se me ocurrió subir al tejado para arreglarlo y...

—Aquí no tienes desván, papá —le digo—. Eso era en la antigua casa, ¿no te acuerdas? —Cuando yo tenía cinco años, nos fuimos del otro lado de Plantation Road porque había problemas con el vecino: mi padre tenía el convencimiento de que nos espiaba, luego lo acusó de estar haciendo la obra del diablo, y finalmente fue él quien empezó a espiarlo para poder demostrar su teoría. Llevaba años sin acordarme de las ardillas.

—Las oigo moverse.

—Eso era en la otra casa, ¿no te acuerdas? Cuando aún vivía mamá.

Cierra los ojos. La piel de sus párpados es tan fina que se aprecia cómo mueve los ojos debajo.

—Sí me acuerdo —contesta con una voz apenas audible. Y añade un poco más fuerte—: Ha sido por culpa de la espalda. Por eso no he podido

levantarme. He debido de darme un buen golpe.

Lo sujeto por debajo de los hombros, pero apenas he conseguido incorporarlo unos instantes cuando vuelve a doblarse de dolor, gritando tanto que casi se me cae otra vez al suelo.

—Papá, por favor. —Mi voz suena débil. Desesperada. Joven. No hace ni una semana que volví aquí, y ya está emergiendo la antigua Abby de las sombras, igual que un espectro—. ¡Estoy intentando ayudarte!

Pero la segunda vez que intento levantarlo se diría que pesa más que antes. Me corre el sudor por debajo de los brazos. El dolor le ha dado a su piel el color de la cera, y cuando lo insto de nuevo me responde únicamente meneando la cabeza.

Cuando me incorporo siento que el suelo se inclina, como si quisiera hacerme caer. Veo una sombra que traza círculos en el cielo. Un búho, quizá, o un halcón. Malos presagios. Noto las piernas raras, como si fueran de madera, como las de una marioneta movida por hilos fantasmales.

Entro en la cocina. Encuentro mi bolso donde lo dejé y empiezo a hurgar en él en busca del teléfono. Estoy temblando de tal manera que me equivoco dos veces al marcar el código.

Condor contesta al primer timbrazo.

Estoy con mi padre, sosteniéndole la mano, intentando consolarlo. Llega Condor, sin hacer ruido y sin hacer comentarios. Entre los dos trasladamos lentamente a mi padre sosteniéndolo en medio de uno y otro, en dirección al coche.

Ni siquiera se me ocurre decirle a Condor que muchas gracias, que ya me ocupo yo de llevar a mi padre a la clínica de urgencias de Dougsville, que ya puede volverse a su casa. Él tampoco lo sugiere. En el interior del coche tampoco digo nada, aunque mi padre se reanima lo suficiente como para despotricar contra los médicos afirmando que son todos unos matasanos que solo quieren sacarnos el dinero. Estoy demasiado cansada hasta para avergonzarme de él.

Las radiografías revelan que probablemente se ha roto una costilla. Una lesión dolorosa, pero que tiene que curarse sola. El médico le extiende una receta de analgésicos y le dice con gesto serio que va a tener que tomarse las cosas con calma.

En privado, me pregunta cuándo fue la última vez que mi padre se hizo

análisis. Inmediatamente me entra un sofoco.

—No hace mucho —respondo, convencida de que el médico se da cuenta de que estoy mintiendo, de que no tengo ni idea, de que soy una mala hija—. Puede que uno o dos años.

—Tiene la tensión arterial bastante elevada —me dice—. Y varias de las preguntas que le he hecho lo han dejado un tanto confuso. ¿Se ha quejado últimamente de dolor de cabeza?

Me siento como si estuviera de nuevo en el instituto, frente a un examen para el que no he estudiado.

—No —contesto.

El médico frunce los labios formando una delgada línea.

—Pues sufre dolores de cabeza. —Y agrega—: Llévelo a su médico habitual para que le haga una revisión. Sin tardar.

Ya son casi las doce de la noche cuando volvemos a llevar a mi padre a casa. En cuanto intento pasarle un brazo por la cintura, protesta:

—Ya puedo yo solo, ya puedo yo solo.

Y acto seguido se apoya en el brazo de Condor. Yo continúo detrás de ellos. Condor levanta las cejas para cruzar la mirada conmigo, y su gesto es de comprensión. Tengo que tragar saliva para reprimir el impulso de echarme a llorar.

Finalmente, una vez que mi padre ya está durmiendo, una vez que he vuelto a sentarme al volante de mi coche, descubro que tan solo han transcurrido unas pocas horas desde que aparqué frente a la casa de mi padre.

Voy detrás de Condor hasta mi casa alquilada, dejándome guiar por las luces traseras de su automóvil. Avanzamos despacio, como si fuéramos en procesión. Condor se mete por el camino de entrada de su casa, pero al momento se apea, cruza el césped amarillento y viene hasta donde estoy yo para abrirme la portezuela de mi coche incluso antes de que yo haya apagado el motor. El canto de los grillos es tan estridente que suena igual que el mar.

—Gracias —le digo. Siento todo el cuerpo molido de cansancio. Se activa la luz del porche. Noto que Condor me escruta de arriba abajo.

—Menuda nocecita. —Procura mantener un tono ligero, pero no sonrío—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Me cuesta mucho estar tan cerca de él, hace que me duela el cuerpo por motivos totalmente distintos.

—¿Te apetece entrar a tomar una copa o algo? —me ofrece.

No quiero correr el riesgo de mirarlo. Si lo miro, contestaré que sí.

Condor respondió al teléfono al primer timbrado. Condor ha ayudado a mi padre renqueante a meterse en la cama. Y hace diez años, Condor tomó esas fotografías de la pobre Becky Sarinelli y se las pasó a todo el mundo como si fueran una broma.

¿Verdadero o falso? ¿Bueno o malo? Estoy empezando a pensar que Misha sabía algo. Es posible que, después de todo, la línea de separación no esté tan clara.

—Debería dormir un poco —le digo.

Pero en cuanto me doy la vuelta él me roza el hombro con una mano, y ese mínimo contacto me deja paralizada en el sitio.

—Escucha. —Se pasa la lengua por los labios. Me imagino a mí misma siguiendo la línea de sus dientes con la mía—. No es mi intención entrometerme...; a ver, es obvio que estás bregando con muchas cosas. Creo que te interpreté mal... —Su gesto es de inseguridad, y por un instante parece más joven—. ¿De verdad te interpreté mal?

Me arde el cuerpo entero de tenerlo tan cerca. Siento cómo me late el corazón en los oídos.

—Me dijiste que de joven cometiste muchos errores. ¿Becky Sarinelli fue uno de ellos?

El cambio que se produce es inmediato. Es como si detrás de su mirada se hubiera cerrado de golpe una verja metálica.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Con quién has estado hablando?

Incluso su voz suena distinta. Por un momento siento miedo de él. De su envergadura física. De la oscuridad. Del hecho de que no haya nadie alrededor que pueda ser testigo de lo que suceda a continuación.

Levanto la barbilla.

—Responde a la pregunta.

Condor deja pasar largos instantes sin moverse, mirándome fijamente. Esa mirada de odio se me agarra al estómago y me provoca sentimientos de arrepentimiento y de culpa.

Por fin rompe a reír, pero es una risa carente de humor.

—Sí —responde—. Sí, ahí me has pillado. Uno de esos errores fue el de Becky Sarinelli.

Me vuelvo, tropezando con la hierba, y corro hacia la puerta. No sé muy bien por qué, pero noto la garganta irritada, y de repente siento la certeza de que voy a ponerme enferma. Se me cae la llave al suelo del porche, la recojo otra vez y la introduzco con prisas en la cerradura.

—¿En realidad por qué me has llamado a mí esta noche, Abby? — exclama Condor, provocándome.

—No lo sé —le contesto.

Me meto en la casa, cierro la puerta y echo el pestillo.

Paso largo rato temerosa de mirar afuera, temerosa de encontrarlo a él ahí. Pero cuando por fin junto el valor necesario para echar un vistazo por la ventana, no veo nada más que la noche.

El teléfono me despierta de pronto, justo antes del amanecer. Deja de sonar antes de que pueda dar con él. Aún permanece enterrado a los pies de mi cama, debajo de un montón de calcetines y bragas, envoltorios de chicles y recibos arrugados. Está casi sin batería, por supuesto, pero inmediatamente empieza a sonar de nuevo.

Joe. Por el amor de Dios. Estoy a punto de pulsar la tecla de ignorar la llamada.

—No hay forma de que me dejes en paz hasta pasadas las nueve de la mañana —le digo.

—Ha estallado un incendio —me dice Joe. Nada más. Sin detalles. Sin pánico. Simplemente ha estallado un incendio.

Me levanto tan deprisa que me tambaleo un poco, mareada.

—¿Dónde? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—En la finca de Gallagher —contesta Joe—. Ven aquí. —Y cuelga.

Para cuando llego a la granja, los bomberos voluntarios han acordonado el incendio, y ahora están rociándolo con agua desde diferentes ángulos, como si fuera un animal monstruoso al que intentan reducir. Debido a la falta de lluvias, el campo es pura yesca que está esperando la oportunidad de prenderse.

El granero ha desaparecido. Quedan escasas pruebas de lo que haya podido suceder, tan solo una parte plana de los cimientos y un túnel de cenizas ardientes que ascienden en espiral hacia el cielo. También se ha quemado la casa de Gallagher, pero no tanto. Los daños se han limitado principalmente a la pintura, aunque una parte del costado que da al este ha sucumbido al fuego y se ha desmoronado, de modo que ahora se ve la cocina. Todo suena igual que alguien que está comiendo de forma salvaje, como si algo gigantesco estuviera devorándolo todo con sus mandíbulas. Los perros también se han vuelto histéricos, y durante unos segundos de angustia pienso en las vacas y el asno que tiene Gallagher.

Joe debe de haber adivinado lo que estoy pensando, porque lo primero que me dice es:

—Ninguno de los animales ha sufrido daño. —Y después, como si se le acabara de ocurrir, agrega—: A Gallagher tampoco le ha ocurrido nada. El objetivo era el granero.

Eso es todo lo que tiene que decir. Con independencia de quién sea el causante de esto, ha sido una acción estúpida, desesperada y torpe. A lo mejor la finalidad era ahuyentarnos a nosotros. A lo mejor ha sido alguien que está preocupado porque ahora tiene un empleo, un centro comunitario nuevecito y unos columpios de plástico en el parque.

Estando aquí de pie, en medio del humo, contemplando la silueta fantasmal de nuestra improvisada oficina, de la que ya no queda más que un montón de ceniza y escombros, me siento casi mareada a causa de la emoción. Este incendio demuestra que hemos acertado. Demuestra que estamos acercándonos al centro del laberinto. En la documentación de Optimal encontraremos respuestas, ahora estoy segura. Y dicha documentación está esperando en el maletero de mi coche. Absolutamente intacta.

Para las doce del mediodía el fuego ya se ha apagado del todo, y perdemos una hora en rebuscar entre los restos. Es por tener algo que hacer, una manera de poner un poco de orden en esta jornada mientras esperamos a que lleguen los de la oficina del sheriff a terminar de buscar. Como si fueran a encontrar una lata de gasolina con la dirección y la firma del autor. Joe responde unas cuantas preguntas, siempre de la misma forma: ¿Ha visto algo? No. ¿Sabe algo? No. ¿Alguien le ha estado dando problemas? No. Hasta que la conversación termina centrándose en Optimal.

Ahora quieren saber qué es lo que estamos haciendo nosotros, qué es lo que nos ha dicho la gente, qué ridículas historias nos ha estado contando Gallagher, y si estamos enterados de que en su día a Gallagher lo pillaron con un alijo de fuegos artificiales lo bastante importante como para hacer saltar por los aires el pueblo entero, y si sabemos que Optimal da empleo al sesenta por ciento de los habitantes de Barrens a jornada completa o a media jornada, sin contar los vecinos que llevan los bares, el supermercado y la oficina de correos, negocios que han vuelto a estar en funcionamiento después de que el pueblo estuviera a punto de morir; visto de esa manera, cuesta trabajo encontrar vecinos de Barrens que no estén en la nómina de Optimal de un modo u otro...

«Y si hay algo en el agua, está clarísimo que dicha agua no procede de Optimal».

«¿Y saben ustedes en dónde se están metiendo?».

«¿Saben lo que están haciendo?».

Por la tarde, reunimos al equipo entero en el minúsculo cuarto de estar de mi casa hasta que se nos ocurra una solución mejor. Nos dividimos veinte archivadores entre todos y nos ponemos a trabajar. Salvo por el siseo rítmico de las páginas que vamos pasando, trabajamos mayormente en silencio, y de forma inesperada experimento una sensación de comodidad que no experimentaba desde no sé cuándo.

Es Flora la primera en descubrir una discrepancia: no se trata de un dinero que falta, sino de una cantidad excesiva de dinero que se ha anotado. Optimal ha estado pagando a Clean Solutions Management, una empresa a la que subcontrataron para que se ocupara de la eliminación de los residuos químicos, ingentes sumas de dinero casi cada trimestre.

La página web de Clean Solutions Management es de baja tecnología y se halla repleta de jerga sin sentido.

Siempre merece la pena ir hacia donde va el dinero.

Me viene a la memoria lo que me contó Lilian McMann: lo de las evaluaciones demasiado limpias que su compañero entregaba al sistema federal en nombre de dicha empresa. Tuvo que haber un soborno en alguna parte.

—¿Podría ser que Optimal estuviera desviando dinero a través de una empresa como Clean Solutions?

Joe me mira entornando los ojos.

—¿Qué quieres decir con lo de «desviar»?

—No lo sé. Acuérdate de lo que hicieron por Aaron Pulaski. La empresa matriz de Optimal sobornó a Pulaski para que este no la demandara por infracciones cometidas con los trabajadores, ¿no es cierto? Pues tal vez uno de sus contratistas también esté firmando cheques.

—Eso supondría muchísimo esfuerzo.

—Bueno, puede que haya muchísimos bolsillos que llenar.

Los ojos de Joe parecen dos cuchillas. Noto cómo intentan abrirse paso hasta el fondo de mis pensamientos.

—¿Como los de quién?

Como los de Colin Danner, contesto para mis adentros. Y quizá como los de su amigo Michael Phillips, que fue quien limpió de polvo y paja los

informes que se presentaron a ICIS. Y quizá los de todo el pueblo.

—No lo sé —digo en cambio. No le he contado lo que me dijo Lilian McMann más que en términos generales—. Solo estoy haciendo suposiciones.

Joe no parece muy convencido. Me mira durante largos instantes.

—Por si se diera la remota posibilidad de que se te haya olvidado, estamos trabajando juntos en este caso —me dice.

—No se me ha olvidado —respondo—. Es que no tengo nada que nos sea de utilidad. —Se me acelera el corazón. En la habitación se ha hecho el silencio, y la sensación de comodidad que experimentaba antes se ha esfumado—. Mira, si supiéramos adónde se fue Kaycee Mitchell, si pudiéramos conocer su versión de la historia...

Pero Joe no me deja acabar.

—Si el argumento de Kaycee Mitchell fuera legítimo, si de verdad estaba enferma, ello solo confirmaría meras suposiciones. No podemos demostrar que sean ciertas porque no se lo podemos preguntar a ella, y no se lo podemos preguntar porque no sabemos dónde está, y no podemos buscarla porque no es a eso a lo que hemos venido. Abby, necesitamos centrarnos en lo que Optimal está haciendo ahora, no en lo que hizo hace diez años.

—No me digas cómo tengo que hacer mi trabajo —replico. Joe no entiende que en Barrens uno no puede separar el presente del pasado sin más. Es como pretender quitarse un chicle del pelo; cuanto más intenta uno desprenderlo, más se enreda.

—Esto no tiene que ver con Kaycee Mitchell —me dice bajando la voz—. Esto no tiene que ver con lo que ocurrió en aquella época. —Y luego agrega —: Es posible que logremos salvar a algunas personas, Abby, pero no a ella. Lo entiendes, ¿verdad?

A pesar de lo absurdo que resulta que tenga que irme, enfadada, de mi propia casa, antes de darme cuenta de que no tengo adónde ir ya estoy en la calle, a pleno sol.

Lo que hace que Joe sea un buen abogado es lo mismo que hace que sea un mal amigo: que casi todas las veces tiene la razón.

Se me han escapado cuatro llamadas de mi padre al contestador telefónico y media docena de mensajes de texto de TJ, un veterano de guerra de 33 años que vive un poco más allá, en la misma calle, y que pasa todo el tiempo yendo de casa en casa en busca de daños causados por los insectos en los árboles. TJ es lo más parecido a un amigo que tiene mi padre.

Sus mensajes rozan lo incoherente, con tantas abreviaturas y esa puntuación garrafal, pero capto con claridad lo que quiere decirme: que se me está haciendo tarde para recoger a mi padre y llevarlo a la cita con el médico.

Cuando llego, me encuentro a TJ todavía escarbando por el patio. Levanta una mano para saludarme y luego vuelve a concentrarse en su tarea de inspeccionar el follaje de uno de nuestros tristes arbolillos. Mientras trabaja, su brazo izquierdo no se mueve.

Al brazo de TJ no le sucede nada, excepto que, debido al estrés postraumático, TJ no sabe que lo tiene.

—Estos medicuchos son una pérdida de tiempo y una pérdida de dinero —masculla mi padre al tiempo que se instala en el asiento del copiloto—. Lo único que saben hacer es robarte y manejar un montón de chismes raros, y al final, ¿para qué? Te mandan para casa con una oración, una factura de quinientos dólares y un volante para que vayas a otro médico.

Cuando intento abrocharle el cinturón, me agarra la mano para impedírmelo.

—Ya sé hacerlo yo, maldita sea. Me caigo una vez, y me tratas como si fuera un lisiado.

Pero me percato de que necesita cuatro intentos para enganchar el cinturón. Le tiembla la mano.

Cuando yo era pequeña, no íbamos al médico. Mi padre afirmaba que lo único que necesitábamos era el amor de Dios, y cuando fui por primera vez —a los nueve años, con mi madre ya muy consumida por la enfermedad— la consulta del médico me pareció el lugar más limpio y luminoso en el que había estado nunca. Para entonces yo ya sabía que el hecho de no haber ido nunca al médico era una de las cosas que me convertían en un bicho raro, de

modo que aquella sala de espera se me antojó como el paraíso del que mi padre hablaba siempre, un lugar en el que no había nada más que una blancura serena y deslumbrante que barría todas las sombras. La recepcionista me regaló un chupa-chups, y mientras mis padres estaban con el médico, yo pasé el tiempo hojeando revistas y probándome muestras de perfume en la muñeca y en la blusa.

Después vino el ala de oncología de un hospital de Indianápolis, aunque para mí era otra consulta de médico, solo que más grande y todavía más milagrosa. Más revistas. Más aire frío con un leve aroma a chicle. Más gente vestida con bata blanca, como si fueran ángeles con las alas plegadas.

El doctor Aster pasa largo rato examinando a mi padre. Me da tiempo a hojear hasta la última de las revistas que hay en la sala de espera: números de *People* de dos meses atrás, un *Home & Garden* lleno de amas de casa sonrientes, varios ejemplares de *Outdoor* y de *Fishing*. Me gustaría saber cuántas personas hay aquí sentadas, en esta sala de espera, leyendo artículos que hablan de las lubinas, justo antes de recibir una noticia que les cambie la vida para siempre.

—¿Usted también es de Barrens?

Al levantar la vista veo que la única mujer que hay en la sala aparte de mí me está observando al tiempo que mece a un niño en brazos.

—Soy de Chicago —respondo con énfasis.

—Ah. Perdone. Es que me había parecido una cara conocida. —Si se ha dado cuenta de que su pregunta me ha molestado, desde luego no le presta mayor atención. Se encoge de hombros.

—Estudié en el instituto de Barrens —le digo, pero sin explayarme más y sin explicar que también fui a la escuela infantil y a la primaria en el mismo pueblo.

—¡Ya me parecía a mí! ¡Usted iba dos cursos por delante del mío! Me llamo Shariah Dobbs —me dice, y luego, indicando el niño que lleva en brazos, agrega—: Me levantaría, pero...

—No pasa nada. Yo me llamo Abby.

De repente me da vergüenza mi bolso, que descansa en el asiento de al lado —cuatrocientos dólares, adquirido en Neiman Marcus con el primer sueldo que cobré y mucho más caro de lo que puedo permitirme, pero bueno —, y de mis botas, mis vaqueros. Todas estas prendas fueron elegidas a modo de blindaje precisamente contra la primera pregunta que me ha hecho esta mujer: «¿Usted también es de Barrens?».

Pero al ver su rostro grande, joven y redondo, sus vaqueros baratos y sus deportivas de imitación, así como la naturalidad con que me mira —simpática y comprensiva al mismo tiempo, como si supiera exactamente lo que yo opino de ella pero no se sintiera resentida—, me provoca un agudo sentimiento de culpa. Tal vez por eso me levanto y me acerco a ella para hacerle cucamonas al pequeño, tan arropado que desde lejos parece una camisa doblada.

—¿Es niño o niña? ¿Qué tiempo tiene?

—Es niño y se llama Grayson. Tiene doce meses. —Empieza a retirar la manta que cubre la carita del pequeño, y de pronto, inesperadamente, le cambia el semblante—. Los médicos de la clínica han hecho todo lo que han podido. Al principio, todo el mundo me dijo que, conforme fuera creciendo, la cosa iría a peor...

Estoy a punto de preguntarle a qué refiere, pero en ese momento destapa al niño, y tengo que contener la respiración. Es un bebé pequeño, demasiado pequeño, y el cráneo se ve blando y mal formado. Apenas tiene frente. Es como si las cejas le tocaran con el nacimiento del pelo.

—Nadie sabe si llegará a hablar siquiera —me dice su madre en voz baja—. Supongo que hemos tenido mala suerte. Pero es muy bueno —se apresura a añadir—. Es mi pequeñín, y me da igual lo que digan los demás. Hice todo lo que me dijeron que tenía que hacer, dejé de fumar y hasta tomé aquellas vitaminas que me dieron... —De nuevo se cubre la cara y me mira de soslayo, como si esperase que yo fuera a acusarla de algo.

—¿Usted sigue viviendo en Barrens? —le pregunto, y ella asiente con la cabeza.

—En Creekside. —De pronto se sonroja. Creekside es un aparcamiento de autocaravanas situado directamente en la orilla del pantano, frente a la fábrica—. Aún vivo con mi madre. Mi hermana y su marido acaban de volver y viven al lado, así que ayudan mucho. —Se le relaja el semblante y sonrío—. Mi hermana también está embarazada. Así que dentro de poco Grayson tendrá un primito.

Antes de que yo pueda reaccionar, se abre la puerta y aparece por ella el doctor Aster llevando a mi padre del brazo. Mi padre camina con dificultad, clavando el bastón en la moqueta. Desde que he vuelto a casa, esta es la ocasión en que más me parece que vuelve a ser el mismo de siempre.

—Perdón por haber tardado tanto —dice el doctor Aster—. Nos ha llevado un buen rato, pero es que consideré que debíamos llevar a cabo un

examen concienzudo.

—Pruebas, pruebas y más pruebas —se queja mi padre—. Parece que no saben hacer otra cosa. —La mejor demostración de que mi padre se encuentra bien de salud es su mala educación.

—¿Está todo bien? —pregunto, olvidándome por unos momentos de Shariah.

La mirada del doctor Aster se desvía un instante.

—Lo sabremos dentro de unos días, cuando tengamos los resultados de todos los análisis —contesta—. Mientras tanto, debe tomarse las cosas con calma. Descansar. Con ibuprofeno y una manta eléctrica estará de maravilla.

Mi padre menea la cabeza en un gesto negativo y pone los ojos en blanco.

—Quinientos dólares —murmura— y una oración.

Cuando ya casi estoy saliendo por la puerta con mi padre, oigo que Shariah Dobbs se despide de mí:

—Encantada de verte, Abby. Cuídate.

—Tú también —le respondo. Pero no me atrevo a sostenerle la mirada. Me cuesta respirar por culpa del repentino miedo que me ha entrado al pensar en niños nacidos con el cráneo blando y con un cerebro que no va a crecer. «Puntos débiles».

Al llegar a casa, veo un elegante Lincoln Town Car estacionado junto al bordillo. Le he hecho esperar. Hay un cuervo picoteando en el suelo. No consigo olvidarme del pequeño Grayson, con sus cejas tupidas y el nacimiento del pelo demasiado bajo.

«Un cuervo indica pena».

Hannah está arrodillada en la acera, frente a la vivienda de Condor, dando sombra a una gigantesca flor dibujada con tiza que acompaña a un grupo de caras sonrientes, todas ellas pintadas en rosa o en verde. Solo le quedan dos trozos de tiza. Le hago un gesto de saludo con la mano, y ella se sienta sobre los talones, se abraza las piernas y se me queda mirando.

—¿Ese es tu coche? —me pregunta.

—Solo por esta noche. Es precioso, ¿a que sí?

Su mirada se posa en mí, luego en el conductor, luego en mí otra vez.

—¿Eres famosa?

Eso me hace reír.

—No, ni mucho menos.

—Yo voy a ser famosa algún día. —Regresa a su dibujo y continúa haciendo fuertes trazos con la tiza para trasladar el color a la acera.

—Ah, ¿sí? ¿Haciendo qué?

Se encoge de hombros.

—A lo mejor como bailarina —responde—. O como pintora. O a lo mejor por haber descubierto extraterrestres.

—Así que extraterrestres. —En el interior de la casa advierto la silueta de Condor recortada nítidamente en la ventana. Da la impresión de estar cantando al ritmo de algo que suena en la radio. Está desnudo de cintura para arriba y tiene el pelo echado hacia atrás, como recién salido de la ducha. Recuerdo el tacto de sus labios, la sensación que experimenté cuando sus manos se apoyaron en mi cintura—. Siempre que no me los acerques a mí.

—¡Tonta, si los extraterrestres no hacen daño a las personas! —exclama mirándome con serenidad—. A las personas solo les hacen daño otras personas.

Eso es lo que tienen los niños: que son más listos de lo que pensamos.

En los taxis, la gente hace y dice muchas locuras, y los servicios de transporte privado no son una excepción. La separación entre el asiento delantero y el trasero tiene algo que hace que los pasajeros creen que son invisibles. Y por ese motivo los conductores son auténticas minas de información. Prestige Limo aparece una y otra vez en los impuestos de Optimal. Es un disparo a ciegas, pero si Lilian McMann está en lo cierto, si Optimal está agasajando y sobornando a políticos a cambio de favores, ha de haber pruebas de ello en alguna parte, y es probable que los conductores hayan sido testigos, lo sepan o no.

El conductor es una mujer, cosa que no esperaba. Espero que ello la vuelva más predispuesta a hablar; sin embargo, durante la primera media hora no obtengo de ella otra cosa que monosílabos y respuestas estándar.

¿Tiene usted muchos clientes que van y vienen de Indianápolis? A veces. ¿Dónde vive usted? No lejos de aquí. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en esto? Cuatro años. ¿Y le gusta? Sí. Bien podría ser un robot programado para emitir solo una docena de respuestas.

Pruebo otra vez, con la esperanza de dar con algo, lo que sea, que la empuje a hablar.

—¿Trabaja para Prestige a jornada completa?

Con el tema de los horarios se anima enseguida.

—Hago cuarenta horas, en ocasiones más. Pero yo misma me organizo los horarios, eso es lo bueno. Tengo un hijo de cuatro años y otro de seis. Antes trabajaba en Target, pero el día en que tuve que dejar tirada a mi familia en Acción de Gracias para atender a los clientes fue el día en que me marché de allí.

—¿Y nunca se siente insegura al tener que conducir a altas horas de la noche?

—Oh, no —contesta rápidamente—. En Prestige no tenemos esa clase de clientes. Los nuestros son principalmente gente que repite, sobre todo en este trayecto, entre Optimal e Indianápolis. No me imagino a mí misma haciendo el mismo trayecto de ida y vuelta todos los días...

—Por lo menos dejarán buenas propinas.

Por fin he dado con algo, porque lanza un bufido.

—Casi ninguna. Son gente de empresa. ¿Usted nunca se ha fijado en que

cuanto más abultada es una billetera menos se abre?

—Oh, desde luego que sí. Antes trabajaba de camarera —digo para seguirle el juego, aunque esto es verdad en parte. En cierta ocasión estuve nada menos que dos meses trabajando de azafata en el bar de un hotel de Chicago antes de que me despidieran por irme a casa con uno de los clientes habituales. Eso no habría supuesto ningún problema, salvo por el hecho de que no quise irme a casa con el director.

—Pues entonces ya sabe a lo que me refiero. Algunos de esos tipos son peces gordos, ¿sabe? Hablo de Washington, de gente que corta el bacalao, personas que se consideran superiores a los demás.

De pronto se me acelera el pulso.

—¿Alguien famoso? —le pregunto procurando no parecer demasiado deseosa, pero me he pasado de la raya.

—No le sé decir. —Se contiene—. Yo hago mi trabajo como todo el mundo. Me subo al coche y conduzco.

Sé que ya no voy a sacarle nada más, así que me vuelvo hacia la ventana y me pongo a observar el paisaje. Los campos están dando paso a una geometría de carreteras, viviendas y centros comerciales que anuncia que nos encontramos ya en las afueras de Indianápolis. La mitad del mal que hay en el mundo, reflexiono, debe de ser culpa de alguien que simplemente hace su trabajo.

Puede que sea una paranoia mía, pero le digo a la conductora que me deje como a diez calles de mi destino y que me espere. Este vecindario es de lo más anodino, y está muy alejado del distrito financiero. Paso por delante de más de un puñado de almacenes cerrados y escaparates que lucen el cartel de «Se alquila». Veo una vagabunda hurgando en un cubo de basura.

La empresa Clean Solutions Management está encajada en el lúgubre segundo piso de un almacén de materiales de oficina, y al lado de unas oficinas vacías que dan la impresión de haber alojado anteriormente a un abogado especializado en divorcios. No tiene ningún logo, y tampoco hay letreros que anuncien su presencia, aparte de una pegatina medio despegada colocada encima de un timbre al que no responde nadie, por más veces que lo aprieto.

—Ahí nunca hay nadie.

Me vuelvo y veo a un tipo con perilla que está fumando en la puerta abierta de la oficina vacía. Por irónico que parezca, de la impresión de no haber estado nunca en el interior de ninguna oficina, porque se pueden contar

los trozos de piel en los que no lleva ningún tatuaje.

—¿Sabe usted a qué se dedican aquí? —le pregunto.

Se encoge de hombros y me recorre con la mirada todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, y otra vez a la cabeza, con parsimonia, como si pretendiera decir algo importante.

—Importación y exportación, o alguna chorrada de esas —contesta.

—Importación y exportación —repito tan mansamente como puedo—. ¿O alguna chorrada de esas? ¿Qué quiere decir con eso?

Deja el cigarrillo suspendido un momento a medio camino de la boca.

—Pues que será alguna chorrada de esas. —Sonríe como si hubiéramos compartido un chiste, luego da una profunda calada y expulsa el humo hacia un costado, como si me estuviera haciendo un favor—. Un tipo me dijo que era importación y exportación. Así que imagino que eso es lo que hacen.

—¿Un tipo?

Nuevamente se encoge de hombros.

—Un imbécil trajeado. —Vuelve a sonreír. Tiene una dentadura penosa—. ¿Es su ex, o algo así?

La mirada que le lanzo le corta la sonrisa.

—Vale. Mire, me dio su teléfono por si traían algo. Me dijo que le llamase cuando le llegara un paquete, ya sabe.

—¿Y alguna vez le llega algún paquete?

—Pues claro —responde—. Justo ahora tengo uno en el almacén. Todavía no lo he subido.

Al ver que me quedo de pie esperando, pone los ojos en blanco.

—Mierda. No será usted policía, ¿no?

—Peor —contesto, y le ofrezco mi mejor sonrisa femenina—. Soy abogada.

Es sábado después de las ocho, y Barrens está que echa chispas. Me incorporo en el asiento cuando pasamos por delante del Donut Hole: un puñado de huelguistas se ha congregado en el aparcamiento portando pancartas.

«¿Qué hay en el agua?».

«Venenos Optimal, S. A.».

Los dejamos atrás sin que apenas me haya dado tiempo de asimilar lo que acabo de ver, pero esto ha aumentado un poco mis esperanzas. Optimal no tiene comprado a todo el mundo, al menos todavía no.

Mel's y el bar de veteranos vuelcan clientes al aparcamiento y han dejado las puertas abiertas, de modo que sale la música y entra el humo. Una chica y su novio están montándose sobre el capó del automóvil. Ella, con los brazos en torno al cuello de su chico, lleva los vaqueros cortos un poco levantados, para que él pueda agarrarla. Ríe como loca mientras los amigos de ambos les arrojan tapones de botellas.

Si las cosas hubieran salido de otra manera, es posible que yo estuviese en el bar al lado de Kaycee Mitchell, despotricando del trabajo, los hijos y los maridos, trasegando un par de vodkas con naranja y fumándonos un pitillo a hurtadillas cuando ya estuviésemos lo bastante borrachas.

Me gustaría saber dónde está Kaycee ahora, y si alguna vez echará de menos Barrens, si se arrepentirá de algo de lo que dejó atrás. No sé, pero lo dudo. Estoy empezando a pensar que es posible que, después de todo, Kaycee Mitchell consiguiera lo que buscaba. A lo mejor estaba enferma de verdad. A lo mejor le pagaron para que desapareciese, y a su familia —y hasta a sus amigos— les pagaron para que mintiesen.

Una vez que dejo atrás el bar de veteranos, el silencio parece inundar el interior del automóvil igual que una marea negra. Son las ocho de la tarde de un sábado y no tengo ningún sitio al que ir, nada que hacer, nadie que me eche de menos, ni siquiera en Chicago.

En el camino de entrada para automóviles está el coche de Condor, y las luces de la casa están encendidas. Por un segundo siento la tentación de

llamar a la puerta y pedirle perdón...; pero ¿por qué? Además, no consigo olvidar la expresión de furia que se dibujó en sus facciones y el terror que sentí yo súbitamente en el pecho.

En la escalera de la entrada hay una cuerda de saltar a la comba, enrollada, y por alguna razón desconocida me invade el pánico al verla. Como si alguien hubiera secuestrado a Hannah mientras estaba jugando.

De pronto veo pasar a Condor por delante de la ventana de la cocina, y me apresuro a volverme. Me doy cuenta de que estaba fisgoneando.

Entro en mi casa, enciendo el aire acondicionado y escucho cómo cobra vida en la oscuridad.

En total, el viaje de ida y vuelta a Indianápolis me ha llevado tres horas, sin contar los quince o treinta minutos que pasé charlando con el tipo de la perilla. La factura de Prestige asciende a unos doscientos cincuenta dólares, casi el triple de lo que cobro semanalmente en concepto de gastos.

Y ha merecido la pena hasta el último centavo.

Saco la tarjeta que me ha dado el tipo de la perilla y hago una búsqueda del nombre de Byron Grafton.

En su perfil de LinkedIn aparece como consultor, y en su perfil de Facebook se menciona gestión de inversiones y propiedades inmobiliarias. En ningún sitio dice que guarde relación con Clean Solutions, o con Optimal, o con gestión de residuos.

Pero lo que casi hace que se me salga el corazón del pecho es la foto.

Byron Grafton es un individuo de pelo rizado, y en el puñado de fotos que me devuelve Google aparece vestido con el mismo traje barato y chillón que hizo que me fijara en la pequeña fotografía enmarcada que había en casa de Brent. Y ahora que me acuerdo... Brent me contó que tenía un primo, un tal Byron, que tenía un amigo en Optimal que lo acogió bajo su protección.

Encuentro una foto de Byron en el periódico de la Universidad de Indiana. Aunque ya hace mucho tiempo que finalizó los estudios, aún va vestido con los colores universitarios, y se reúne frente a su *alma mater* con un grupito de amigos de la fraternidad, que también van echando años. Cinco o diez kilos de sobrepeso, calvicie incipiente, barrigones y con dinero; podrían ser todos hermanos gemelos.

Excepto que a uno de ellos acabo de reconocerlo.

Marco el número de teléfono de Joe, olvidándome de la pelea que tuvimos esta mañana, y lanzo una maldición al ver que me salta el contestador.

—Llámame —digo—, me parece que tengo algo.

Justo cuando acabo de colgar vuelve a sonar el teléfono, y lo atiendo sin mirar el número que aparece en la pantalla.

—Espero no haberte estropeado la cita del sábado —digo.

Se oye una pausa.

—¿Es Abby Williams? —La persona que llama tiene la voz grave de un fumador empedernido.

De forma instintiva, endezco la espalda y cierro el portátil. Como si alguien pudiera estar mirándome por las ventanas.

—Al aparato. ¿Quién es?

—Soy el sheriff Kahn. Esta mañana estuve hablando con un tal Joe Pabon acerca del incendio, y me dio el nombre de usted como persona de contacto. —El sheriff Kahn vive aquí desde que yo era pequeña. Bigote de tío importante típico de los años setenta, uñas amarillentas, fundas en los dientes. Kahn es una de esas personas que uno espera ver con botas de vaquero y espuelas, pero, en vez de eso, recuerdo que calzaba unas immaculadas zapatillas deportivas Nike, blancas, de las que llegan hasta el tobillo—. Quería informarla de que hemos efectuado un arresto. Se trata de un chico del pueblo que ya ha causado problemas en otras ocasiones. Había amenazado a Gallagher en el último Halloween. Pero dudo que su intención fuera causar más daños de los que causó, ya sabe usted cómo son los críos.

—¿Cómo se llama? —Agarro un bolígrafo y el primer papel que veo: unos resguardos de cheques de Optimal, con los conceptos detallados. Tengo como dos mil, todos esparcidos por el suelo.

—Monty Devue —me contesta el sheriff. Me quedo petrificada en el sitio. Conozco a Monty. Le estuve haciendo de canguro cuando era un borrico inquieto, todo codos y rodillas, que de mayor quería ser operador de trenes de mercancías o Bill Gates. Era un buen chaval, amable y de buen corazón. Lento para aprender, pero curioso y tenaz.

—Tiene que haber un error —digo. Monty jamás provocaría un incendio en la finca de Gallagher en mitad de una sequía, aunque solo fuera por no perjudicar a los animales. A Monty siempre le encantaron los animales, rescataba a caracoles y a tortugas de la carretera.

—No hay error —replica Kahn, y seguidamente cuelga.

Permanezco largo rato sentada en el sitio. Monty. El incendio. Lilian McMann y su hija con aquellos calcetines de rombos, y Becky Sarinelli con la falda levantada hasta la cintura.

Abro de nuevo mi portátil. De la pantalla oscura emerge la página de

resultados.

Wallace Rush, el director financiero de Optimal, con Byron Grafton en un evento para los no iniciados de la fraternidad.

Wallace Rush y Byron Grafton antes de graduarse, descamisados y pintados los dos con el símbolo de la misma fraternidad.

Wallace Rush y Byron Grafton trajeados en una cena de antiguos alumnos para su fraternidad. Los acompaña Colin Danner.

Y, por último, una amonestación formal de Wallace Rush, Byron Grafton y Colin Danner emitida por la Universidad de Indiana por «abusar de la posición de poder que detentan como representantes de su fraternidad».

Las antiguas costumbres, parece ser, son difíciles de erradicar.

No voy a poder dormir, a no ser que beba, y si bebo sé que me sentiré tentada por la proximidad de la casa de Condor, con sus ventanas iluminadas en contraste con la oscuridad, como queriéndome decir algo.

Antes de que me quiera dar cuenta, estoy dentro de mi coche y dirigiéndome al trastero de alquiler de Frank Mitchell, como si me sintiera atraída hacia él de forma involuntaria, por la fuerza de la gravedad.

La seguridad es todavía más penosa que la vez anterior: la puerta secundaria está abierta de par en par, así que voy directamente hasta el trastero número 34 sin siquiera lanzar un beso al pasar junto al gerente de la oficina principal, que está encorvado sobre su teléfono. Todo esto es un rompecabezas de celdas cerradas, una ciudad postapocalíptica en miniatura en la que ya no quedan seres humanos.

Esta vez la cerradura se abre un poco más fácilmente. Abro la puerta con una mueca de disgusto por el ruido que hace, en medio de tanto silencio. Pero sigue sin acudir nadie, y me recuerdo a mí misma que mi presencia en este lugar es legítima, más o menos, que me han dado permiso para entrar legalmente, aunque es un permiso que he obtenido mediante una mentira. Las luces tardan un momento en encenderse. Vuelvo a bajar el portón, deseando una vez más que hubiera ventilación. Incluso después de todos estos años, en este espacio continúa flotando un débil olor a producto químico que me hormiguea en la nariz y me deja un regusto dulce en el fondo de la garganta. Al acercarme a los cuadros pintados por Kaycee no puedo evitar imaginar que las propias pinturas están exudando pintura acrílica, que su apariencia húmeda y brillante no es un espejismo causado por la iluminación sino una

prueba de que Kaycee ha estado aquí hace poco.

Estoy a solo unos pocos kilómetros de casa cuando un todoterreno se me pega al parachoques trasero y casi me deslumbra con las luces largas. Los faros rebotan en el parabrisas de mi coche e iluminan posesivamente la carretera por delante de mí. Saco una mano por la ventanilla para hacer una señal al conductor, pero este no capta la indirecta.

Frustrada, giro a la derecha para tomar un tramo asfaltado que me llevará hasta la carretera comarcal 12, al otro lado de la gasolinera.

Un segundo más tarde, el todoterreno gira también.

El corazón me late con más fuerza. Piso el acelerador, y el todoterreno también acelera, para mantenerse a mi altura. No puede ser una coincidencia.

Aquí no hay alumbrado, no hay otra cosa que campo, negro e infinito a ambos lados de la carretera. Ha sido una tontería tomar este desvío. El todoterreno se me acerca otro poco más. Apenas veo nada, el parabrisas se ha convertido en una mancha de luz cegadora. De improviso, los neumáticos tropiezan con una irregularidad del asfalto y el volante se me escapa de las manos antes de que pueda darme cuenta de que he perdido el control, pero doy un fuerte volantazo y consigo volver a la carretera.

De pronto giro bruscamente a la izquierda para entrar en un camino sin asfaltar, y disfruto de unos instantes de alivio: el todoterreno ha pasado de largo. Pero un segundo después veo que frena en seco, da marcha atrás a toda velocidad y se mete por el camino sin asfaltar. Esta vez viene a toda velocidad.

Diez metros. Seis. Siento deseos de chillar.

Justo en el momento en que giro el volante, salto a la cuneta y me meto de lleno en el maizal, el todoterreno cambia de dirección y me esquivo. Huye a noventa por hora, a cien. Demasiado deprisa para que yo logre distinguir quién va conduciendo. Piso a fondo los frenos, y al momento me llueve sobre el parabrisas una cascada de hojas de maíz arrancadas de cuajo al tiempo que el automóvil rebota sobre los rastrojos.

Por fin consigo regresar a la carretera. Para entonces, el todoterreno ya no es más que un par de luces rojas que se pierden en la oscuridad.

Cuando falleció Becky Sarinelli, el sheriff Kahn vino a dirigir unas palabras a los alumnos.

Recuerdo que nos juntamos todos en el gimnasio y que todas las ventanas estaban empañadas a causa de la condensación de tanto calor corporal. Fuera hacía un día de octubre frío. No sé por qué pidieron al sheriff Kahn que se encargara él de darnos la noticia, como si ninguno de nosotros se hubiera enterado ya.

—Hay determinadas tragedias que no tienen explicación —dijo. Lo recuerdo bien, por la obvia mentira que era. Todos sabíamos por qué se había suicidado Becky, no era inexplicable en absoluto. Fue todo por culpa de las fotos—. La señorita Sarinelli estaba sufriendo mucho. Y he venido a deciros que existen otras opciones. Si tenéis un problema, podéis hablarlo con vuestros padres. Podéis hablarlo con vuestros profesores. —Le habían puesto un micrófono, y recuerdo que resultaba impropio—. O podéis venir a Blyck Road y hablar conmigo.

Domingo por la mañana, ahí es exactamente donde me encuentro. Entonces, como ahora, el sheriff Kahn se me antojaba la última persona del mundo a la que alguien pensaría en acudir si tuviera un problema. La boca entera se le curva hacia abajo siguiendo la línea del bigote, y las profundas arrugas de su frente parecen una valla publicitaria cuyo texto dice: «Cierra el pico y aguántate». Está más bronceado de lo que yo recordaba, y también más cubierto de joyería ostentosa: además del enorme anillo de graduación, lleva una gargantilla de oro debajo del uniforme, y en la muñeca un grueso reloj de oro que consulta lo bastante a menudo para permitirme a mí deducir que represento una molestia para él.

—De verdad se lo digo —dice con un profundo suspiro, después de indicarme con un gesto que tome asiento frente a su escritorio—. Solo hace unos días que he vuelto a casa, y ojalá pudiera dar media vuelta y volver a marcharme de vacaciones.

—¿Dónde ha estado? —le pregunto.

—En Sarasota. Tengo un piso allí. En esta época del año es todo terreno

cenagoso, pero me gusta cuando termina la temporada turística. Además, lo único que hago es sentarme delante de una piscina. —También tiene los dientes más blancos de lo que yo recordaba. Me lo imagino en Sarasota, embadurnado de aceite y teñido de color caoba, con el vello del pecho impregnado de gotitas de bronceador—. Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—Vengo a preguntarle por Monty Devue. —Al menos esto es una verdad a medias.

—Ah, sí. —La expresión del sheriff se vuelve aún más agria—. Lo siento, pero en eso no voy a poder ayudarla. De ese asunto ha pasado a encargarse el fiscal del condado.

Me viene a la memoria Monty cuando tenía seis o siete años, encorvado para recoger un gusano del asfalto y ponerlo en su mano con sumo cuidado.

—¿Sabe si tienen pensado presentar cargos contra él?

Kahn se acomoda en su asiento y cruza las manos por encima del estómago para que su reloj lance destellos bajo la luz.

—Un incendio provocado constituye un delito grave, sobre todo en época de sequía.

Detrás de él hay un tablón de anuncios repleto de recuerdos, viejos avisos municipales, recortes de periódico de cinco años atrás que narran los últimos éxitos del departamento de policía, y un cartelito que anuncia la fecha de la barbacoa del Departamento de Policía del condado de Monroe. Un detalle que no me sorprende es que entre los patrocinadores figura Optimal.

En este despacho el aire está tan seco que tengo la sensación de estar respirando serrín.

—Él afirma que no lo hizo —señalo.

—¿Y qué esperaba que dijera?

—Todas las pruebas que tiene usted son circunstanciales.

—Estuvo alardeando de que pensaba vengarse. Además, ese chico es un pirómano. Tiene toda clase de problemas disciplinarios. —Kahn está perdiendo la paciencia. Se inclina de nuevo hacia delante—. Escuche, Abigail...

—Señorita Williams —lo corrijo, y él sonrío como si yo acabara de decirle cómo se llama mi muñeca en una merienda.

—Usted conoció a Monty de niño. Pero los niños cambian. Y ni sus propios padres ven la diferencia. —Se inclina otro poco más—. ¿Sabía usted que el pasado mes de septiembre Monty tuvo un problema por amenazar a una compañera de su clase?

Cuando ve que reacciono, dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No lo sabía? Pues fue Tatum Klauss. Animadora, alumna de sobresaliente. Una chica estupenda.

—¿De qué forma la amenazó? —pregunto.

—Se le acercaba constantemente, la seguía después de las clases, se presentaba sin que lo invitasen. —Es obvio que el sheriff Kahn está disfrutando—. En cierta ocasión la chica volvió a casa después de una fiesta y se encontró a Monty esperándola.

Quiero creer que no es verdad. Al mismo tiempo, conozco a Monty, y recuerdo que era muy obsesivo con las cosas. Una vez pasé cuarenta y cinco minutos intentando convencerlo para que soltase a una tortuga muerta que tenía en brazos. Insistía en abrazarla, en intentar reanimarla.

—En ningún momento he dicho que Monty no haya tenido problemas —digo—. Pero eso no significa que él provocara el incendio. Mire, usted mismo lo dijo: Monty lleva amenazando con vengarse de Gallagher desde el otoño. En cambio, las investigaciones que estamos haciendo nosotros con Optimal son muy recientes. ¿No le parece que es una tremenda coincidencia? Podríamos haber perdido documentación de gran importancia.

Si Kahn ha comprendido lo que estoy queriendo decir, desde luego no da muestras de ello, lo cual significa que es muy tonto o muy inteligente. Ni siquiera parpadea.

—De modo que precisamente usted debería apreciar lo grave que es esto.

Me siento tentada de contarle lo del todoterreno que me estuvo persiguiendo anoche, pero seguro que Kahn es de los que achacarían una historia así a mis hormonas femeninas.

Así que cambio de táctica.

—Usted ya era sheriff cuando yo estaba en el instituto —le digo—. Cuando desapareció Kaycee Mitchell.

Esta vez, Kahn no es lo bastante rápido para reprimir un ligero estremecimiento que transforma su expresión en un gesto de disgusto.

—Ah, sí. Fue el mayor escándalo que ha habido en este pueblo. Histeria. Un montón de chicas adolescentes volviéndose chifladas. —Esboza una tenue sonrisa—. Usted no estaba entre ellas, ¿verdad? No fue usted una de las que... —Levanta las dos manos en el aire y las agita para hacer una parodia de un ataque de nervios.

—No, no fui una de ellas. —Yo ya sabía cómo era estar enfermo de verdad. Sabía que por el mero hecho de estar enfermo uno no era especial.

Simplemente era un enfermo—. Solo quería saber si usted contempló alguna vez la posibilidad de que Kaycee Mitchell no se lo hubiera inventado todo.

—No —responde Kahn, tajante—. Todo lo hizo para llamar la atención. Lo sabe todo el mundo. Y después las otras chicas se declararon culpables de lo mismo.

—Ha mencionado usted la palabra *histeria*. La histeria se propaga por imitación, por emulación. Lo cual no significa que en ella haya algo de verdad.

Kahn vuelve a sonreír.

—Esto es típico de los abogados —dice—. Siempre intentan que lo sencillo parezca complicado. Kaycee mintió, y cuando todo salió a la luz se sintió avergonzada.

Todas y cada una de las personas que hablan de Kaycee mencionan que mintió. Pero si estaba realmente enferma, entonces era la única que no mentía. Por lo menos en ese punto.

—Que huyera porque no quería reconocer que lo había fingido todo parece una reacción bastante extrema. Sobre todo si era tan buena embustera como todo el mundo dice.

Kahn desecha este comentario haciendo un gesto con la mano.

—Sea como sea, ya es agua pasada. No entiendo por qué le interesa a usted.

De pronto me viene a la memoria un recuerdo: estábamos en segundo o tercer curso, me crucé con Misha y Kaycee en el pasillo y Misha empezó a ladrar. Fue la nueva crueldad que se le ocurrió: como yo era fea como un perro, me dijo, había decidido empezar a gruñirme cada vez que se cruzase conmigo.

Pero aquel día la acompañaba Kaycee. Kaycee se giró hacia ella y le propinó una bofetada, con fuerza, en la cara. Fue tan rápido y tan inesperado que casi no lo vi. Y por un instante las tres nos quedamos petrificadas, aturcidas. Kaycee, encendida por la rabia y por algo más, algo que no supe definir; Misha, conmocionada, fue ruborizándose lentamente.

«Odio los perros», fue todo lo que dijo Kaycee.

—¿Sabe usted dónde se encuentra ahora? —le pregunto.

—Ni idea. —Kahn me está mirando fijamente—. Unas semanas después de irse me llamó por teléfono y me dijo que estaba en Chicago. Pero de eso ya hace diez años.

—¿Lo llamó a usted? ¿Aquí? —Esto sí es una sorpresa—. ¿Por qué

motivo?

Kahn se encoge otra vez de hombros.

—Debió de enterarse de que yo la estaba buscando. Su amiga Misha habló unas cuantas veces con ella.

Me pregunto si existirá la posibilidad de que incluso ahora Misha esté encubriendo a Kaycee... y sepa exactamente dónde se encuentra.

—¿Qué dijo?

—Eso fue hace diez años, señorita Williams. —Su tono de voz se vuelve afilado—. Lo que está muerto y enterrado, es mejor dejarlo tal cual. —Sonríe dejando ver unos dientes largos—. Cuando se desentierra, no tiene muy buen aspecto.

Ya antes de que llegase Optimal a Barrens, había un lugar para el que nunca escatimábamos recursos. Los Tigres de Barrens llevan más de treinta años disputando partidos en un estadio, con capacidad para dos mil espectadores, donado por el tataranieta del fundador del pueblo. Barrens adora a su equipo de fútbol americano. Y es un equipo que siempre ha sido muy bueno, que se ha enfrentado a institutos más grandes y que ha puesto a Barrens en el mapa. En el fútbol y en el equipo se ha invertido más energía que en ninguna otra cosa. Visto desde lejos, el estadio parece una gigantesca nave espacial que ha aterrizado en medio de un sembrado. Empequeñece el instituto que tiene al lado, y cuando yo estudiaba a veces servía también de auditorio para asambleas.

Todo Barrens ha acudido a ver el partido PowerHouse de fin de curso, una tradición que mezcla los jugadores de primera y los de segunda y que hace que los equipos compitan entre sí, e incluye toda la fanfarronería, los insultos y los bailecitos en la zona de anotación que están prohibidos en los partidos de verdad. Los jugadores se pintan la cara y se ponen disfraces encima de la equipación. Un miembro de equipo, que suele ser el *quarterback*, va ataviado con unas raídas alas de hada madrina que van pasando de una clase a otra.

Cuando yo estaba en el instituto, habría matado por entrar en el PowerHouse acompañando a Brent O'Connell. Ahora, casi me siento violenta, es como si pretendiera ponerme una ropa que ya se me ha quedado pequeña.

Tengo las manos despellejadas y doloridas de habérmelas frotado con tanta fuerza antes de salir de casa.

Desde que llegué a Barrens, no consigo quitarme la sensación de tener suciedad incrustada bajo las uñas. Y el hecho de manipular documentos de Optimal no hace sino empeorarlo. Es como si las tuviera cubiertas de una película química que me las deja irritadas y hormigueantes.

Cuando Brent intenta tomarme de la mano, finjo no darme cuenta y meto los puños en los bolsillos.

Quinientas personas, todas conducidas hacia las gradas, golpean el suelo

con los pies siguiendo el ritmo de la banda de música, pero lo demencial es que enseguida descubro a Misha, o ella nos descubre a nosotros, una de dos. Exactamente en el mismo segundo en que mis ojos la detectan entre el gentío, ella levanta una mano para saludar: un rápido espasmo que podría ser tanto una invitación como un deseo de ahuyentarnos. Solo cuando veo a Annie Baum junto a ella me doy cuenta de que está sentada exactamente en el mismo sitio de siempre, en la cuarta fila, al lado del pasillo. Incluso hay un pequeño hueco, un espacio entre la gente, justo a su costado, como si una invisible Kaycee estuviera todavía ocupando su asiento. En el sitio de Cora Allen se ha sentado una persona desconocida.

Durante unos segundos, las dos nos sostenemos la mirada. A continuación ella esboza una media sonrisa, extraña.

Temo que Brent quiera ir a sentarse con ellas —Misha está transformando su saludo en un amplio ademán con las dos manos que nos invita a acompañarla—, pero se limita a saludar con la mano y después, empujándome suavemente en la espalda, me lleva hacia una sección de las gradas totalmente distinta. Siento una oleada de alivio.

Comienza el partido. En el terreno de juego colisionan los jugadores, vestidos unos de blanco y otros de verde, que forman una mancha borrosa. Distingo a Monty, pero al instante vuelvo a perderlo entre un batiburrillo de jugadores. Entiendo poco de fútbol americano, excepto lo que he absorbido gracias a los años que llevo viviendo en Indiana y viendo la serie *Friday Night Lights*, pero me da la impresión de que Monty es un jugador más que decente, aunque después de fallar un pase del *quarterback* su entrenador lo manda un rato al banquillo. Las animadoras del instituto se contonean con sus pompones, y cada vez que dan un salto o una voltereta parecen quedar momentáneamente suspendidas en el aire, colgadas como adornos de Navidad en contraste con el oscuro telón de fondo que forma el cielo. Siempre pienso en lo que sucederá si en sus giros se equivocan de dirección solo unos pocos centímetros. Las imagino cayendo al suelo de cabeza y rompiéndose igual que si fueran muñecas de porcelana.

—Cuando nosotros estábamos en el instituto no éramos tan pequeños, ¿no? —me dice Brent inclinándose hacia mí para hacerse oír por encima del fragor de la multitud y de los golpes que da la gente en el suelo con los pies—. ¿A ti no te parece que están encogiéndose? Yo no tengo la menor duda de que están encogiéndose.

Ese comentario me hace reír. No sabía yo que Brent fuera gracioso, pero

lo es. Me cuenta que cuando él jugaba al fútbol inventó una técnica para no ponerse nervioso: escogía al azar un ángel de la guarda de entre el público, un desconocido, cuanto más raro mejor, y le adjudicaba un nombre. Si en algún momento se ponía nervioso, buscaba al Ángel de las Gorras de los Perdidos Años Noventa o al Santo Patrón de los Bigotes en Punta y elevaba una breve plegaria.

—¿Y funcionaba? —le pregunto.

Brent me guiña un ojo.

—Durante todo mi último curso no conocimos la derrota.

Por extraño que parezca, descubro que casi me estoy divirtiendo. Con Brent. En un partido de fútbol americano. En Barrens.

Allá abajo, en el infierno, los demonios deben de estar calzándose los patines de hielo.

Tengo que recordarme a mí misma una y otra vez que he venido aquí a recabar información. Aun así, el primer cuarto de partido pasa deprisa, y después el segundo, y después el tercero, y aunque hemos hablado casi constantemente, lo más cerca que hemos estado de comentar la investigación es cuando hemos debatido sobre cuál es la mejor comida basura para aguantar una noche entera trabajando. Brent apuesta por los caramelos bañados en chocolate; yo voto por los cacahuetses M&M's. Proteína más cafeína, esa mezcla no hay quien la supere.

La conversación pasa a centrarse en nuestras familias cuando comienza el último cuarto, y entonces veo una grieta por la que colarme. Para entonces, ya casi me he arrepentido de utilizarla.

—Me dijiste que tenías un primo en Optimal, ¿verdad? —pregunto en el tono más natural que puedo—. ¿Un tal Byron Grafton?

—Eres buena, abogada. —Brent me mira con admiración o con exasperación, o quizá con un poco de ambas cosas—. Sin embargo, Byron no es un empleado de Optimal, sino un subcontratado. Pero supongo que eso ya lo sabes. Byron es el que me presentó al director financiero, Wally Rush. Los dos fueron juntos a la universidad.

Por supuesto, esto también lo sé.

—Byron es buena persona en el fondo. Tuvo algunos problemas cuando bebía. Se casó, se divorció, volvió a casarse, tuvo un hijo, tomó algunas decisiones equivocadas en lo profesional. Castillos en el aire, exceso de ambición y poco sentido común. Wally lo ayudó a reencauzarse.

Y le prometió un jugoso contrato de servicios de eliminación de residuos

que, por lo que veo, no llegó a materializarse. Un acuerdo de lo más cómodo.

—Así que Optimal es una verdadera empresa familiar, ¿eh?

Brent no me responde de inmediato, y percibo cómo trabaja la maquinaria de su cerebro. De pronto se inclina hacia mí.

—Estoy empezando a pensar —me dice— que llevas razón respecto de Optimal. No respecto de los vertidos. Sin embargo, en la contabilidad está ocurriendo algo raro. Prométeme que guardarás la confidencialidad...

—Por supuesto —le aseguro.

—Optimal ha estado estudiando la posibilidad de convertirse en una empresa pública. Podría ser importante. Confío en ti.

—Gracias —respondo, y lo digo en serio.

Si Optimal pasa a ser una empresa pública, ¿para qué arriesgarse a infringir las leyes de cumplimiento de las normas, para qué arriesgarse a ser investigada y censurada? Tiene que haber algo más importante en juego. Cada vez estoy más convencida de que Optimal ha estado utilizando su poder y sus contactos para acosar, silenciar y persuadir... y también para que todo aquel que pudiera investigarla mire hacia otro lado.

El fragor de los vítores y las patadas sacude el estadio y produce una vibración que me rebota en el pecho. Es el final de otro curso escolar, y el comienzo de un verano largo y tostado. De repente, Brent se vuelve y me besa sin previo aviso. Hoy sus labios están tibios, y su pecho también, y huele a jabón y a hierba recién cortada. Un olor limpio y cargado de esperanzas. Intento buscar en mi interior algún sentimiento de placer, pero el griterío de los espectadores es demasiado fuerte.

Una vez finalizado el partido, pierdo diez minutos con Brent inventando una excusa para no ir a tomar algo. Él vuelve a besarme, pero esta vez me toca con su boca en la comisura de los labios, como si quisiera que yo piense que a lo mejor ha sido algo accidental. A estas alturas los jugadores ya han desaparecido y hay un atasco de automóviles que intentan salir todos a la vez del aparcamiento.

Vuelvo hacia el gimnasio, pero me entretengo unos instantes para hacer tiempo al lado de una mesa de merendero repleta de pintadas que han ido acumulándose a lo largo de varias décadas. Los chavales no tienen prisa para marcharse a casa; se ve a decenas de ellos pululando en manadas, como animales salvajes, visibles únicamente gracias al resplandor que emiten las

pantallas de los teléfonos móviles en la oscuridad. No muy lejos de donde estoy yo sentada hay un grupo de chicas acucilladas en la hierba y otro grupo de chicos que no las dejan mucho tiempo en paz, porque enseguida se les acercan, encienden un porro y empiezan a pasar de mano en mano una botella de agua que debe de contener otra cosa. Finalmente, la riada de tráfico de la carretera comarcal 12 disminuye hasta transformarse en un reguerillo y el aparcamiento se despeja. Sin embargo, los chicos no se van, se quedan rompiendo el silencio con un código morse de gritos y risas de adolescentes.

Los jugadores de fútbol, ya duchados y cambiados, emergen del vestuario en parejas, cargando con sus petates. En cambio, Monty sale en solitario. Me veo obligada a llamarlo a voces tres o cuatro veces para que levante la vista, ya con el ceño fruncido, como si todavía estuviera en el campo de juego y esperase recibir un golpe. Pero entonces su gesto se relaja y dibuja exactamente la misma sonrisa que yo recuerdo de cuando era pequeño.

—Hola, Abby —me dice con timidez, que es como solía saludarme de niño. Es como si durante todos esos años hubiera estado aguardando a que yo apareciese por aquí.

Se me hace raro abrazarlo, a este gigante a medio crecer, y recuerdo que de todas formas a él no le gustaba nada, así que en vez de darle un abrazo le empujo con el codo.

—Veo que has crecido mucho —le digo.

Él se encoge de hombros, pero se le ve complacido.

—Es por el fútbol. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a verte jugar a ti. —Al ver cómo se le extiende la sonrisa por toda la cara, siento el deseo de que ojalá fuera cierto—. Has estado estupendo.

—Pues deberías haber estado aquí en la temporada de verdad —contesta. De repente adopta un gesto sombrío—. Últimamente ya no juego tanto, desde lo de... —Sea lo que sea lo que iba a decir, lo reprime.

—Has tenido problemas, ¿verdad? ¿Con Walter Gallagher?

—¿Estás enterada de eso? —Me mira de soslayo y luego, al ver mi expresión, añade—: ¿Has estado hablando con mi madre?

—La he llamado, sí —respondo. Monty cambia de postura—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Durante largos instantes, Monty se queda con la mirada fija en el hueco que queda entre sus raídas zapatillas, y de pronto vuelve a transformarse en un niño.

—El Halloween pasado fui con unos amigos a la finca de Gallagher. — Levanta la vista y me mira a través de sus oscuras pestañas, largas tratándose de un chico—. Mi amigo Hayes quería robar uno de los quads que tiene Gallagher. No íbamos a llevárnoslo de verdad —se apresura a explicar—, era una manera de hablar. Solo estábamos haciendo como que íbamos a robarlo, ¿me entiendes? —Cuando me ve afirmar con la cabeza, parece relajarse un poco—. Es que era tradición hacer rabiar a Gallagher por Halloween, nosotros no éramos los primeros.

—Y os pillaron —le digo.

Monty asiente con tristeza.

—Nos soltó a los perros. A Hayes casi le arrancan una pierna. Pero solo estábamos haciendo el tonto.

—Y tú te enfadaste —le digo yo, y él afirma—. Dijiste cosas acerca de Gallagher, lo amenazaste con tomarte la revancha.

Monty asiente otra vez. Se le ve tan abatido que parece un perrito sacado de un dibujo animado.

—Pero no lo dije en serio —se defiende.

—¿Provocaste tú el incendio de su granero? —le pregunto lo más delicadamente que puedo.

—¡No! —me responde Monty de inmediato—. Claro que no.

Yo le creo.

—El sheriff Kahn la tiene tomada conmigo —dice Monty. Ya está lanzado, resoplando de furia—. Nunca le he caído bien, desde que en sexto curso me pilló pintando con un aerosol una pared vieja que hay detrás de la fábrica. Y eso que por allí nunca va nadie.

Respiro hondo.

—Mira, Monty, tengo que preguntarte una cosa y necesito que seas sincero, ¿de acuerdo? —Afirma con la cabeza. A pesar de que mide como mínimo un metro noventa y de que es ancho como un tablón, su rostro es el de un bebé—. ¿Qué sucedió entre Tatum Klauss y tú?

—No sucedió nada —responde. Le cuesta trabajo decirlo—. ¿Cómo te has enterado de lo de Tatum?

No le respondo, pero tampoco dejo que se pierda el hilo. Uno de mis profesores de la Facultad de Derecho me dijo en cierta ocasión que uno puede defender a cualquier mentiroso del planeta siempre que no te mienta a ti.

—¿La amenazaste con hacerle daño?

—Yo jamás haría daño a Tatum —se apresura a replicar al tiempo que

hace un gesto de dolor, como si ya la sola idea le resultara insufrible.

—El sheriff Kahn afirma que Tatum presentó una queja contra ti —le digo. Pobre Monty—. Según Tatum, no la dejabas en paz.

—Sí, bueno, es que intentaba que me hiciera caso.

De repente se oyen unas risotadas procedentes del grupo de adolescentes, y Monty se sobresalta.

Conozco esa clase de risotadas: son como la que lanza un halcón al avistar un ratón de campo. Afiladas. Depredadoras.

—¿En qué tenía que hacerte caso?

Monty desvía el rostro. En su mandíbula se marca la sombra de un músculo que primero se tensa y después se relaja.

—No era nada. Un estúpido juego al que jugaba con sus amigas. Pero no son amigas tuyas. Tatum les importa una mierda.

Así que el *Juego*. Noto una sensación desagradable que me hormiguea la nuca. Puede que solo sea una coincidencia, pero así y todo.

—¿Qué juego era ese?

Monty percibe que la corriente ha cambiado. A pesar de su tamaño físico, a pesar de su camiseta de fútbol, en Barrens él no es el halcón sino el ratón. Y, como les ocurre a todas las presas en todas partes, sabe cuándo hay un peligro flotando en el aire. La mancha negra de adolescentes está inquieta, revoltosa, súbitamente se la vuelve a oír—. Mira —me dice, y esta vez advierto que está impaciente—, no era más que un estúpido juego que jugaban con varios alumnos mayores, unos imbéciles lameculos. Pero el sheriff Kahn no los interrogó a ellos, ¿a que no? Claro, porque llevaban cochazos de relumbrón y usaban calzoncillos apretaditos. —Sacude la cabeza en un gesto negativo—. Solo intentaba ayudarla. Solo intentaba...

De repente se interrumpe. El grupo de chicos ha empezado a repetir una palabra en dirección a nosotros: «pirado, pirado, pirado».

—Son amigos de Tatum —dice Monty con voz ahogada—. Tengo que irme.

Echa a andar al trote en dirección al aparcamiento, arrimándose lo más posible al gimnasio, con la cabeza agachada, como si pretendiera hacerse invisible. Pero no es tan fácil. Ni por lo más remoto. Alguien le lanza una botella de agua que no le acierta en la cabeza por escasos centímetros, después le sigue una lata de cerveza vacía que se estrella contra la pared lateral del gimnasio justo cuando él desaparece doblando la esquina.

—Debería tener cuidado, señorita.

No sé muy bien quién lo ha dicho. Me vuelvo, y por un segundo ni siquiera sé con seguridad que este comentario vaya dirigido a mí, pero luego veo que se me acerca una sombra. Es una chica. Posee la calma que tienen todas las chicas guapas, como si el mundo acudiera a ellas y por lo tanto no tuvieran que hacer nada más que quedarse sentadas esperando.

—Debería tener cuidado —me repite.

—¿De qué hablas? —le pregunto.

Sigue una pausa. La chica camina por la hierba despacio, tambaleándose ligeramente; está bebida, o a lo mejor es solamente que le cuesta trabajo ver dónde pisa en la oscuridad. Cuando todavía está a unos buenos cinco o seis metros de mí, hace un alto y se sitúa bajo el resplandor de la farola.

Reconozco ese pelo largo y rubio cayendo en cascada. Ojos azules y muy separados entre sí. Un rostro asombrosamente parecido al de Kaycee.

—Le digo que debería tener cuidado —dice otra vez—. Ese tipo podría matarla. Podría quemarla viva. —Al ver que no respondo nada, agrega—: Lleva bombas en la mochila. Actúa con normalidad, pero está como un cencerro.

—¿Quién? —pregunto de forma automática.

—Luego no diga que no la he avisado —es todo cuanto dice, y a continuación da media vuelta.

—Sophie. —Frena en seco cuando la llamo por su nombre—. Eres Sophie Nantes, ¿verdad?

No se vuelve hacia mí, pero advierto que se pone en tensión. Trago saliva.

—Enhorabuena por la beca de Optimal.

Esta vez sí que se vuelve hacia mí, solo un instante. Lo suficiente para que yo vea que lo que acabo de decirle ha transformado su semblante y lo ha convertido en una expresión de intenso odio.

En mi época, el Juego era un secreto a voces, una tradición que conocía todo

el mundo, hasta los profesores. Pero durante mi último año en el instituto el Juego adquirió una dimensión nueva: los alumnos de último curso, en lugar de centrarse únicamente en las chicas más guapas y más sexis, empezaron a acosar a las raras, a las solitarias y a las que eran menos populares.

Pero para entonces la cosa ya no se limitaba solo a las fotos. Ahora lo importante era la extorsión que venía después: dinero, mamadas y masturbaciones detrás del estadio, todo ello exigido como pago para que las fotos no fueran a parar a los padres, las hermanas, los profesores.

Eso fue lo que le ocurrió a Becky Sarinelli. Y si las fotos las hizo Condor, también debió de ser él quien las distribuyó.

Lo cual quiere decir que Becky fue una de las pocas chicas que no pagaron.

No me sorprende del todo haber descubierto que el Juego sigue practicándose en la actualidad. Estas cosas se perpetúan en el tiempo, van mutando de generación en generación igual que hacen los virus, se vuelven más fuertes y rebasan sus fronteras para ir a contagiar a los institutos de todo el mundo.

Sin embargo, Monty ha mencionado jugadores adinerados y que conducían cochazos de relumbrón, y no veo que con ello se haya referido a ninguno de los chicos del pueblo. En Barrens, hasta los más ricos aún tienen suerte si heredan el viejo Ford de su padre al cumplir los dieciséis.

Entonces, ¿a qué tipo de jugadores atrae el Juego hoy día?

No debería importar. Joe tiene razón: debería centrarme en lo que Optimal está haciendo actualmente. Monty y sus problemas con las chicas no tienen en absoluto nada que ver con el asunto que me ocupa.

Salvo por el detalle de que no consigo quitarme de la cabeza que sí tienen algo que ver.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a pasar por entre los cuadros pintados por Kaycee y me detengo frente al más grande de todos: una joven apenas perfilada en color claro, una boca que emite un grito y unos ojos muy abiertos, como los de un caballo que es presa del pánico; y a su alrededor, un grupo de hombres altos y estrechos como lápidas. Dientes blancos, ángulos bien dibujados. De relumbrón.

El lunes por la mañana, viene Flora a saludarme en la oficina que acabamos de estrenar, detrás del Sunny Jay's, el supermercado en el que trabaja Condor. Ahora no solo tengo a Condor enfrente de mi casa, sino también al lado del trabajo. Flora agita los brazos por encima de la cabeza como si fuera un técnico de señales aéreas empeñado en que yo aparque en el lugar exacto.

—El Laboratorio de Pruebas Medioambientales ha enviado los resultados —me informa antes de que yo haya rebasado siquiera la puerta—. Hemos estado llamando.

—¿Ya? —le pregunto. Normalmente, obtener resultados de este laboratorio es como esperar a que los extraterrestres vengan a la Tierra trayendo regalos.

—Plomo —dice impulsivamente antes de que yo pueda preguntar—. Plomo en cantidades cinco veces superiores a las permitidas por la ley.

—¿Es verdad? —me vuelvo hacia Joe.

Joe me responde pasándome el informe sin decir nada: investigación preliminar del contenido en sustancias químicas y metales pesados del suministro de agua de Barrens, Indiana. Se trata de un documento breve y conciso: el pantano está sucio, no solo está contaminado con plomo, sino también con trazas de mercurio y hasta con productos industriales de nombre impronunciable. Por supuesto, el informe no menciona el origen de dicha contaminación —nos corresponderá a nosotros relacionarlo con Optimal—, pero esto nos proporciona datos más que suficientes para presentar una demanda formal ante el juez.

Entonces, ¿por qué no siento ninguna gana de celebrarlo?

Estas pruebas bastan para cerrar el garito y regresar a Chicago. Fácilmente podríamos terminar el resto del trabajo desde allí, desde nuestra propia casa y nuestra propia cama. Podría largarme de aquí cagando leches. Y sin embargo...

Lo único en lo que pienso es en Kaycee. Escupiendo sangre. Los episodios de mareos, el desmayo.

—¿A quién has tenido que hacer la pelota para obtener estos resultados

tan deprisa? —pregunto. Por un lado, está la verdad abstracta: documentos, números y teorías. Y por otro lado está la verdad auténtica: Gallagher con los cultivos arruinados, los ahorros de toda su vida volatilizados; el pequeño Grayson con un cráneo blando y un cerebro mal formado; Carolina Dawes y los sarpullidos de su hijo.

—Lo cierto es que esta vez el mérito no es mío —tercia Joe—. Tu amigo el fiscal Agerwal ha presionado un poco. Resulta que hablaba en serio cuando dijo que iba a eliminar la corrupción del condado de Monroe.

—Un político honesto. Quién lo iba a decir. —Todos me observan fijamente, están esperando a que ponga cara de alegrarme. Pero yo continúo hojeando los papeles del informe, examinando textos y gráficos—. Decidme otra vez cuáles son los síntomas del envenenamiento por plomo.

—Irritaciones en la piel, para empezar. Sarpullidos como los que han denunciado algunas personas. —Joe los va enumerando con los dedos—. Una exposición prolongada puede dar lugar a malformaciones congénitas y a desórdenes cognitivos importantes.

—Y las quejas que ha presentado Gallagher respecto de la baja producción de sus cultivos concuerdan con los efectos en la agricultura —aporta Flora—. Todo encaja.

—Encaja con lo que la gente está denunciando en la actualidad —interviene Portland. Menos mal que no soy yo la única que ha de decirlo—. Pero no encaja con lo que le ocurrió a Kaycee Mitchell.

Joe frunce el entrecejo.

—Ni a ti —dice dirigiéndose a Portland. Luego añade—: Chicos, esto va a ser coser y cantar. El Centro para la Defensa del Medioambiente proporcionará más fondos para que se lleven a cabo otra serie de análisis. Entretanto, nosotros podemos largarnos de aquí. Ya estoy más que harto de maizales y escopetas.

—Esnob.

Intento dar la impresión de decirlo en tono de broma, pero ni siquiera me sale una sonrisa. Tengo la boca seca. Mi lengua parece un calcetín. Debería sentirme eufórica, pero es que hay demasiadas cosas que me retienen en Barrens: el terrible incendio del granero y Monty, estoy segura de ello, injustamente acusado. Mi padre desmoronándose a ojos vista. Brent besándome todo el tiempo como si fuera mi novio o algo. Misha, Condor y su hija Hannah con el hula-hoop.

Shariah y la cabeza deforme de su bebé. La hija de Lilian McMann,

completamente desnuda salvo por los calcetines.

Los sobornos.

El Juego.

—¿Y qué me decís de un caso de corrupción? —digo en un impulso.

Joe me mira con cara de no entender.

—¿Por qué consideras que Agerwal puede tener algún interés en todo esto? Ya lo tiene superado. Esta mañana he hablado con él y le he pasado tus apuntes acerca de Pulaski y la relación existente entre Optimal y Clean Solutions. Clean Solutions tiene toda la pinta de ser una empresa hacia la que desviar dinero, como tú dijiste. Con suerte, estaremos en Chicago justo a tiempo para la Hora Feliz de las Ostras en el restaurante Smith and Wollensky.

Comprendo lo emocionado que se siente Joe ante la idea de regresar a casa y a su vida en Chicago, una ciudad en la que un negro gay puede pasar inadvertido, en la que puede ir rotando siete novios simultáneamente y dejarse ver con cualquiera de ellos en público. Regresar a la perfección de su apartamento de ciudad, tan distinto del mío, repleto de fabulosas excentricidades, un equipo de sonido de lo más moderno que hay en el mercado, copas de vino a juego y un peculiar «aplique de agua» que esencialmente no es otra cosa que una fuente.

Es otro recordatorio de cuán diferentes somos Joe y yo en realidad. En mi caso, la perspectiva de volver a mi piso nuevecito, impecablemente limpio, moderno y prácticamente vacío, me provoca auténtico pavor.

Ahora sé que dentro de mí hay un hueco vacío. Un hueco que no se puede tapar con un parche ni llenar con expedientes, papeleo, casos judiciales, ropa nueva, kilómetros de distancia, ofertas en la hora feliz ni camareros de bares.

Esto nunca ha tenido nada que ver con el agua. Ni siquiera ha tenido que ver con Kaycee. La verdad es que no.

Esto tiene que ver conmigo misma.

—Esto es exactamente lo que hemos venido a hacer, Abby —agrega Joe, ya en tono más suave.

Pero ahí es donde se equivoca.

Cuando yo era pequeña, el pantano era la superficie de agua más grande que había visto en toda mi vida, y constituía el centro del mundo. La orilla buena siempre era la del lado sur, la zona en la que vivía gente cuyos padres eran

electricistas, teleoperadores y, más adelante, empleados de Optimal. En el lado oeste hay bosques salvajes. El lado este es donde fue erigiéndose poco a poco el esqueleto de Optimal, como un barco naufragado pero al revés.

Y en el norte hay un antiguo poblacho de viviendas destartadas, muchas de ellas vacías, entre las que crecen gruesos árboles. Se encuentra a poco más de un kilómetro a pie de la casa de mi padre. Poco más de un kilómetro de bosque en el que yo jugaba de pequeña: cuando supe que mi madre se estaba muriendo, me sentaba con la espalda apoyada contra una piedra, rodeada de árboles, e imaginaba que podía vivir allí para siempre, igual que un hada. Allí jugaba al escondite con Kaycee, y allí enterramos a Castaño.

En vez de atravesar el bosque tomo las carreteras sin asfaltar, carreteras achicharradas por el calor e invadidas de moscas que revolotean alrededor de algo muerto, y allá, entre los árboles, veo cómo reluce el agua del pantano.

Al apearme del coche, me siento un poco como si estuviera al otro lado de un microscopio. Aquí también los residentes descargan sus aguas fecales directamente hacia los árboles, cuesta abajo. Conectar una traída de aguas nueva puede costar cuatro de los grandes, y por aquí nadie tiene tanto dinero. Deben de estar llenando los grifos y las duchas con agua del pantano, como hacen todas las familias más pobres. No me extraña que el hijo de Shariah haya nacido desfigurado.

Shariah Dobbs vive en el número 12 de Tillsdale Road, que resulta difícil de encontrar porque estas carreteras son más bien senderos y ninguno de ellos está señalizado. Shariah no está en casa, así que le escribo una nota en un papel que saco de mi bolso y meto en el buzón, junto con mi tarjeta de visita.

Al regresar al coche, mi mirada se topa con una vivienda de una sola planta que se alza al otro lado de un patio sembrado de piezas de automóvil. En el buzón inclinado que hay frente a la puerta dice «Allen». Es un apellido bastante común, lo sé, pero dudo unos momentos mientras jugueteo con las llaves del coche en la mano.

Cora Allen era una de las mejores amigas de Kaycee y de Misha. Misha me ha contado que no le está yendo muy bien, que ya no mantienen el contacto. Es increíble lo mal que les han ido las cosas a las cuatro chicas doradas del instituto de Barrens. ¿Será una coincidencia? ¿O sucedió algo que provocó y precipitó su caída? Tengo que saberlo.

Meto otra vez las llaves en el bolso y atravieso el césped lleno de malas hierbas.

El aspecto de la casa hace ostensible lo vieja que es y lo descuidada que

está: pintura desconchada, incluso un cristal rajado y sujeto con tablones. Pensaría que está abandonada si no fuera por la camioneta que hay debajo de una marquesina de plástico.

Antes de que pueda llegar siquiera hasta la puerta, esta se abre de improviso, y aparece ella. Cora Allen. O más bien una versión degradada de ella, con la piel llena de costras y un color de cutis dentro de la escala de grises. Lo único que conserva igual son los ojos: grandes, castaños y de mirada profunda.

—Abby Williams —dice incluso antes de que yo le tienda la mano—. Ya me habían dicho que estabas de vuelta. —Introduce una mano por debajo de la camiseta para rascarse el estómago—. Y ya sabía que vendrías a verme.

—Hola, Cora.

De pronto se da media vuelta y desaparece de nuevo en el interior de la casa, y por un segundo me quedo donde estoy, perpleja y sin saber si eso quiere decir que debo seguirla o no. Pero al momento siguiente ella se asoma por la puerta y me invita a entrar con un gesto.

—Vamos, pasa. Acabemos de una vez con esto.

La sigo al interior de la vivienda, donde aún hay una nube de humo de tabaco flotando en el aire. El mostrador de la cocina está atestado de botellas de cerveza vacías. Antes de sentarse, Cora saca una nueva del frigorífico. Esto no es beber durante el día por diversión, esto es algo mucho más sórdido. Echo un vistazo rápido al interior de la nevera: agua, cerveza, zumo de naranja y un trozo de queso cheddar rancio.

Nos sentamos en la habitación principal, y Cora apaga el televisor. A continuación, abre la botella de cerveza golpeándola contra el borde de la mesita de centro, que está llena de marcas de cervezas anteriores. Además, no deja de rascarse. Misha no mentía: es una drogadicta. Se ve a la legua.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres saber?

Me siento más confusa a cada minuto que pasa.

—Por lo visto, eres tú la que tiene algo que contarme.

—Has estado haciendo preguntas por ahí sobre Kaycee Mitchell, ¿verdad?

—Bebe un trago de cerveza—. ¿Qué te han contado todos los demás?

—Nada. Y todos exactamente lo mismo. Que llevan años sin tener noticias de ella. Que mintió. Que se alegraron de que se marchara. —Cora se encoge ligeramente, solo un segundo—. ¿Y tú?

Cora deja pasar unos segundos sin responder. Las dos nos miramos la una a la otra, hasta que yo desvío el rostro.

—No. A veces me daba miedo, pero no. —Bebe un largo trago de cerveza —. La dejamos tirada, todos nosotros. Estaba enferma —prosigue. Luego, en respuesta a mi gesto de sorpresa, agrega—: Enferma de la cabeza. Su padre era demasiado cariñoso con ella, no sé si me entiendes.

De pronto me da un vuelco el estómago. Recuerdo a Kaycee en cuarto curso, exhibiendo con orgullo los tubos de máscara de pestañas y pintalabios que llevaba escondidos al fondo de la mochila. «Me los ha regalado mi padre por mi cumpleaños —me dijo—. Dice que ya soy una mujer, así que ¿por qué no?».

La recuerdo encendiendo un mechero Zippo plateado y provocándome un leve calambre en la piel con la quemazón del acero. «Una sabe que es amor porque empieza a doler». Yo era demasiado joven para entenderlo.

Este ambiente resulta sofocante, el olor a cerveza rancia lo impregna todo. Tengo la sensación de que me cuesta respirar.

—Intentó contárnoslo. ¿Qué hace uno frente a algo así? Misha la acusó de reclamar atención. Misha estaba siempre acusando a todo el mundo de reclamar atención.

Emito un carraspeo.

—Eso se denomina proyectar —le digo, y ella lanza una carcajada profunda y sorprendente, de tan plena.

—Supongo. —De repente se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas. Sus ojos se esfuerzan por enfocar con nitidez—. En mi opinión, cuando se puso enferma fue por ese motivo. ¿Sabías que puede ocurrir eso? ¿Que la mente puede hacer que uno se sienta enfermo sin estarlo en realidad?

—Sí, claro —contesto con prudencia—. Pero yo pensaba que Kaycee estaba fingiendo sin más.

Cora vuelve a reclinarsse en su asiento. De pronto se la ve profundamente agotada.

—No —dice en voz baja—. No era fingimiento. Estaba enferma de verdad. Igual que todas nosotras. No fue culpa de nadie, más que nuestra. — Al hablar se dirige a su cerveza, como si constituyera la prueba de lo que está diciendo.

Misha siempre dijo que lo que sucedió en el último curso fue una broma que fue creciendo y terminó desmadrándose. A medida que iban enfermado más chicas, nadie supo ya distinguir lo que era fingido de lo que era auténtico. Lo que piensa Cora es que el hecho de enfermar fue una especie de castigo.

Pero ¿un castigo de qué?

Esquiva mi mirada y fija la vista en su botella de cerveza, que va vaciándose con cada trago, como si intentara averiguar qué le está ocurriendo. Ya no merece la pena que me lo siga guardando.

—¿Fue por el Juego?

Bingo. Cora levanta bruscamente la cabeza y me perfora con la mirada.

—Eso fue una mierda, un juego morboso. Me acuerdo de cuando encontraron muerta a Becky Sarinelli. Estuve a punto de vomitar.

—Yo también.

—Fue idea de Kaycee, ¿sabes? No el Juego en sí, porque los chicos mayores ya llevaban años compitiendo por hacerse con fotos de chicas desnudas. Sino por lo del dinero.

La nube de tabaco me está provocando náuseas.

—Típico de Kaycee —comenta Cora—, siempre andaba maquinando alguna maldad. —Le doy la razón a Cora. Kaycee estaba siempre tramando alguna estrategia para conseguir dinero, incluso cuando éramos pequeñas. Su familia salió peor parada que la mía, incluso que la de Cora—. Robaba cada vez que podía. Lo hacíamos todos: cerveza, papel de liar porros, chicles y tonterías así. Pero ella decía que no podía evitarlo. —Menea la cabeza en un gesto negativo—. De modo que se le ocurrió la idea de que podíamos pedir un rescate por las fotos que tomáramos. Las chicas debían pagar, o de lo contrario... Yo no quería participar en aquello, pero ya sabes cómo era Kaycee... —Deja la frase sin terminar y se encoge de hombros.

No es necesario que la termine, ya sé lo que iba a decir: que a Kaycee resultaba imposible decirle que no. Era capaz de convencerla a una de cualquier cosa.

«A los perros como ese hay que reducirlos».

—¿Qué hacía con las fotos después de que la gente pagase? —le pregunto—. ¿Las devolvía, efectivamente?

Cora arruga el ceño.

—¿Qué crees tú? —Se inclina hacia delante y agrega—: Se las quedaba.

Esa tarde, mientras voy de camino a casa de Monty, recibo dos llamadas que tienen el mismo prefijo. Imagino que Shariah ha encontrado mi nota. En mi mente veo aparecer la cara de Joe como si fuera un dibujo animado que me dice: «Concéntrate, estamos aquí por lo que está sucediendo en la actualidad», pero en vez de atender las llamadas conecto el contestador.

Los resultados de los análisis del agua nos han hecho ganar muchísimo tiempo. Ahora, lo que tenemos es tiempo: años de litigios, de trabajo repetitivo y aburrido, descontaminación, búsqueda de culpables y trámites burocráticos. Pero ya dejé escapar a Kaycee una vez, y ahora que estoy más cerca que nunca de descubrir la verdad no quiero dejarla escapar de nuevo.

Lo que ha dicho Cora no deja de dar vueltas en mi cerebro.

«Su padre era demasiado cariñoso con ella, no sé si me entiendes».

«Siempre andaba maquinando alguna maldad».

Lleva razón en parte. Ya de pequeña Kaycee robaba cosas, cosas pequeñas, algún objeto de la casa de otra persona, o de las taquillas de otros niños del colegio. Y nunca pedía perdón. Recuerdo que Morgan Crawley estuvo llorando como una descosida hasta que se le cayeron los mocos por unos guantes que le había hecho su abuela, guantes que el día anterior Kaycee me había mostrado a mí, toda ufana, escondidos en el fondo de su mochila.

—Pues que no hubiera sido tan descuidada con ellos —me replicó Kaycee cuando la interpelé—. Cuando se le tiene cariño a algo, hay que cuidarlo y protegerlo. —Se enfadó tanto conmigo que agarró los guantes y los tiró por una alcantarilla, y jamás se me olvidará cómo se los quedó mirando, allí de pie, en la calle, mientras la corriente de agua se los llevaba hacia la boca del colector—. Mira, ahora ya no los ha robado nadie. No los tiene nadie. —Lo dijo como si durante todo el tiempo aquello hubiera sido culpa mía.

Nada era nunca culpa de ella. Ella era inmune al sentimiento de culpa, y su memoria funcionaba como uno de esos antiguos cedazos para buscar oro que eliminan toda la tierra, todo lo malo, y solo dejaba intactas las cosas que ella quería recordar, las cosas que la hacían parecer buena.

Por eso siempre me ha tenido perpleja lo que hizo con el collar de mi perro Castaño. ¿Por qué motivo conservó el collar y después, muchos años más tarde, me lo devolvió? ¿Por qué era tan importante para ella? Era como si la muerte de Castaño no fuera una prueba de una acción terrible que ella había cometido, sino una prueba de una acción terrible que habían cometido contra ella.

Pero ¿cuál? Aquello no tenía sentido.

«Sabes, Abby, tu problema no es que no sepas dibujar. Tu problema es que no sabes ver».

Sigo al autobús escolar hasta el domicilio de Monty esperando verlo apearse por la puerta con su metro noventa de estatura. Pero la única persona que se apea es una chica que, casi doblada por la cintura bajo el peso de una mochila enorme, echa a andar hacia el patio cubierto de césped marrón de una casa vecina.

A lo mejor Monty ha regresado a casa en automóvil, con su madre, que trabaja en la cafetería del instituto y también está empleada a media jornada en la cabina de peaje de la interestatal 70, que discurre entre Columbus y San Luis. En cierta ocasión me contó que le gustaba usar la redecilla para el pelo también allí, que procuraba vestirse de manera discreta y tan sencilla como pudiera, para que los conductores que pasaban por el peaje a altas horas de la noche no se sintieran tentados a hacerle una caricia en la mano cuando les entregaba el cambio o a susurrarle alguna guarrería.

Monty vive en una curiosa casa hecha a base de parches, que parece constar de dos ranchos que un día chocaron entre sí y ya no pudieron separarse nunca. Encima de la puerta cuelga una bandera estadounidense.

El interior está a oscuras. Pero la madre de Monty, que se llama May, acude a la puerta nada más llamar yo, todavía con la redecilla puesta.

—Abigail —me dice al tiempo que me da un fuerte abrazo. Huele a ambientador con aroma de canela. Siempre he pensado que May era como una colcha muy querida, colorida y reconfortante, blandita al tacto y a la vista. La mujer maternal que hace que uno se sienta al momento como si estuviera en su casa. Mi madre era exactamente igual.

—Me alegro de verte —me dice agarrándome las mejillas con las dos manos—. El otro día fui a hacer una visita a tu padre, pero me dijo que habías alquilado una casa para ti sola...

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, detrás de la peluquería —le digo. Como de repente me siento como si me estuvieran censurando, agrego—: Es que no quería incomodar a mi padre. Además, al vivir en Chicago, ya me he acostumbrado a la intimidad.

—Demasiada soledad —contesta May, y no sé muy bien si lo dice en tono de crítica. Pero al momento siguiente me sonrío—. Pasa, pasa. —Me conduce hasta un estrecho espacio ocupado por un sofá y abarrotado de trofeos deportivos que se sostienen en precario equilibrio y de fotografías familiares enmarcadas. Desde la última vez que estuve aquí, hace años y años, ha debido de triplicar la colección—. Siéntate. Como si estuvieras en tu casa. ¿Te traigo algo de beber? ¿Agua? ¿Un refresco? ¡Tengo mi té especial ecológico!

—Sí, un té, estupendo —respondo, y al instante sale disparada en dirección a la cocina. Tomo asiento al lado de un santuario erigido en honor de Monty, en el que se ve cómo ha ido creciendo desde el niño sonriente y de dientes separados que era de pequeño hasta el joven enorme y musculoso que es en la actualidad.

May regresa al cabo de un momento trayendo un vaso alto lleno de té con cubitos de hielo.

—Monty me ha dicho que te vio anoche después del partido. —Deposita un posavasos en la mesa y se sienta frente a mí. Deja escapar un suspiro al descansar los pies—. Sabes, hoy la mitad de los chicos se han presentado oliendo todavía a cerveza. Conque zona libre de alcohol, vaya patraña. Además, estamos en la última semana del curso. Algunos de ellos ni siquiera se molestan en llevar ya los libros a clase.

—¿Usted no fue al partido?

May niega con la cabeza.

—Fútbol y más fútbol. Parece ser que eso es lo único en lo que todo el mundo se pone de acuerdo.

—¿Está Monty en casa? —pregunto. Pero antes de que su madre pueda responderme, se oye un ruido procedente del fondo de la casa, algo que se estrella con fuerza contra el suelo.

—Dame un segundo —me dice un poco tensa, y acto seguido se levanta del sofá.

La pierdo de vista, y poco después oigo un diálogo de voces amortiguadas, el precipitado tira y afloja típico de la tozudez de la adolescencia. May no regresa con cara de enfado, sino solo de cansancio.

—Nada, que no está de humor para hablar con nadie —me dice en voz baja—. Hoy he tenido que sacarlo de clase antes de la hora. Volcó el pupitre y se puso a discutir a gritos con el director. —Por unos instantes da la sensación de ir a perder los nervios—. Estoy que no puedo más con él. Pero ¿qué esperaban, después de soltar una noticia así en la asamblea?

—¿Qué noticia? —pregunto, y May se me queda mirando.

—Oh, Dios, pensaba que habías venido por eso. —Se echa un poco para delante en el sofá y baja la voz al tiempo que lanza una mirada nerviosa hacia la habitación de Monty, como si este pudiera oírnos—. Una cosa terrible, verdaderamente terrible. Pero conseguirá salir de esta. Así y todo, es una chica tan joven, y tan buena estudiante...

—¿Qué chica? ¿Qué ha ocurrido?

—Tatum Klauss —dice May. Se me detiene el corazón. La chica que acusó a Monty de andar siguiéndola, según el sheriff Kahn—. Monty lleva muchos años encaprichado de ella, desde que los dos estaban en primer curso y tomaban el mismo autobús, antes de que se divorciaran sus padres. Es una niña verdaderamente encantadora, y muy educada cuando me ve desde la fila. No es como otras chicas, que te miran como si fueras basura. Y además es muy buena estudiante.

Conversar con May siempre ha sido como intentar separar hebras de espagueti que se han quedado frías. Cada idea lleva a otras diez ideas más.

—¿Qué le ha sucedido a Tatum?

—Anoche, mientras todo el mundo estaba en el partido, agarró un puñado de las pastillas para el déficit de atención que toma su hermano y se las tragó todas de golpe. —Se santigua—. Gracias a Dios, su madre no se sentía bien y volvió temprano a casa. Se la encontró vomitando sin parar y casi inconsciente, así que la llevó de inmediato a la clínica de urgencias de Dougsville. —Es la misma clínica a la que llevé yo a mi padre cuando se cayó—. Dicen que se pondrá bien. ¿Te lo imaginas? Y eso que es una alumna de sobresaliente. Le dieron una de esas becas de Optimal. Se suponía que en el otoño iría a la universidad... —May pronuncia la palabra *universidad* del mismo modo que otra persona pronunciaría «paraíso». Y, en cierto modo, no es de sorprender; por esta parte del país ambos son lugares en los que cuesta mucho entrar.

Bebo un largo sorbo de té con la esperanza de eliminar el súbito sabor amargo que noto en la boca.

—¿Saben a qué se ha debido?

May niega con la cabeza.

—El sheriff Kahn ha estado en la asamblea, y es lo único que ha dicho.

Me viene una imagen a la mente: cientos de manos pasando fotografías por las gradas. Y Becky Sarinelli bajando de ellas a toda prisa, intentando escapar, pero no lo bastante rápido. En absoluto lo bastante rápido.

«Hay determinadas tragedias que no tienen explicación», comentó el sheriff Kahn aquel día. Al parecer, hay muchas cosas que él no ha sido capaz de explicar.

—No se le ocurrirá echarle la culpa de lo de las pastillas a Monty, ¿no? — agrega May con repentina ferocidad—. Aunque es capaz de intentarlo. Si mañana el sol se volviera de color verde, seguro que diría que ha sido culpa de Monty.

—¿Le ha dicho el sheriff Kahn si Gallagher piensa presentar cargos?

—No será Gallagher — replica May—. Hasta ese viejo chiflado tiene más sentido común. ¡El sheriff Kahn no deja de decir que tienen que darle a mi hijo un castigo ejemplar!

—Volveré a hablar con el sheriff. —Lo digo de manera automática, aunque sé que se trata de una promesa vacua. Si Gallagher no piensa presentar cargos, no hay motivos para detener a Monty. A menos que Kahn esté intentando encubrir a otra persona.

—Mi hijo no quiere comer — asegura May—. El instituto dice que podrían impedirle salir en público en la graduación. Si es que se gradúa. —Se le llenan los ojos de lágrimas, y se los seca con el dorso de la mano—. Ya ves cómo estoy, llorando por algo que ya no tiene solución. No dejo de acordarme de la madre de Tatum...

—¿Le importa decirle a Monty que he venido a verle? —De repente siento la necesidad de salir de aquí. Un centenar de Montys me sonrían desde un centenar de pasados distintos, un centenar de sonrisas tontas, en la beatífica ignorancia de lo que va a venir después—. Dígale que me llame, si le apetece. Tome.

Sujeta mi tarjeta de visita por los bordes, como si tuviera miedo de mancharla. Cuando levanta la vista, advierto una expresión de incertidumbre que le cruza desde la frente hasta la barbilla.

—Si no era por lo de Tatum, ¿para qué has venido, entonces?

—No tenía un motivo concreto. —Me pongo de pie, alarmada por una nube negra que por un instante me enturbia la visión. Me apoyo en la pared para no perder el equilibrio—. Para saludar, nada más.

May hace un gesto afirmativo, pero se le nota que no se ha quedado convencida.

Estoy ya en el coche cuando vuelve a asomar la cabeza para decirme algo.

—Da recuerdos a tu padre de mi parte, ¿quieres? —exclama.

Da la impresión de que dice algo más, pero su voz se la traga el motor del coche.

Chicas, juegos, venenos. El pasado se repite y forma ondas expansivas, igual que el agua del pantano.

He perdido otra llamada, esta vez proveniente de un número local. Detengo el coche en una de las carreteras sin asfaltar que no tienen nombre, tan estrecha que en los espejos retrovisores solo se ve campo. Apago el motor y me quedo escuchando una leve brisa que agita las ramas. Vista desde aquí, la carretera simplemente desaparece entre los maizales, y me da por imaginar que si continúo conduciendo también desapareceré yo, un abrir y cerrar de ojos y quedaré fuera del mundo. Igual que hizo Kaycee.

El primer mensaje del contestador es de Shariah. Se la nota insegura, y al fondo se oye llorar a un niño pequeño.

«Hola, señorita Williams. He leído su nota. Y... bueno, he decidido llamarla, como usted me dijo. Puede encontrarme a cualquier hora en este número. Y si no contesto, lo más seguro es que esté acostando a Grayson. Bien. Adiós».

El siguiente mensaje es de un hombre al que no conozco. Con una voz tan calmada que resulta inquietante, explica que desea hablar con Abby Williams.

«Soy el doctor Chun y llamo desde el Lincoln Memorial de Indianápolis. —De manera inconsciente me incorporo un poco y miro el espejo retrovisor, como si pudiera acercarse algo por detrás—. El doctor Aster me ha enviado los resultados de la prueba efectuada a su padre y me ha indicado que usted es la persona de contacto. Tenga la bondad de llamarme lo antes que pueda».

Es curioso lo rápido que puede encogerse el mundo hasta reducirse al interior de un automóvil, al espacio contenido entre dos timbres de teléfono. Contemplo unos cuervos que cruzan el limpio azul del cielo. Son seis. Detrás viene un séptimo, un poco retrasado.

Estrujo el teléfono hasta que le traspaso el calor de mi mano.

*Un cuervo indica pena,
dos son diversión,
tres son una niña,
cuatro es un varón,
cinco son la plata,
seis el oro son,
siete es un secreto
oculto en un rincón.*

Me contesta una recepcionista. Posiblemente es la misma recepcionista que hay en las consultas de todos los médicos, todas las compañías de alquiler de automóviles y todas las oficinas de agencias de seguros a las que he llamado a lo largo de mi vida. Posiblemente hay una sola en todo el mundo, y va rotando con su tono monocorde de un teléfono a otro, como un Santa Claus que no deja otro regalo que el de mostrarse totalmente indiferente. Me informa de que el doctor Chun me devolverá la llamada cuando pueda, de un modo que sugiere que tendré suerte si me llama antes de que sea Navidad.

Sin embargo, efectivamente me llama, y casi de inmediato.

—¿Abby? Soy el doctor Chun, del ala de neurología del Lincoln Memorial. Gracias por devolverme la llamada. El doctor Aster me ha enviado los resultados del escáner para que les eche un vistazo —me dice.

Por fin recupero la voz.

—Disculpe. ¿De qué especialidad es usted?

—De neurología. —Esta respuesta casi, solo casi, me relaja. Los neurólogos examinan los escáneres cerebrales. Todo normal. Pero luego continúa—: De hecho, mi especialidad es la neurología patológica. Y la oncología —añade casi como pidiendo perdón.

Cierro los ojos y recuerdo todas las veces que he deseado que mi padre se muera. Cuando vuelvo a abrir los ojos, el mundo sigue estando donde estaba. Por mi lado pasa una camioneta abierta, abarrotada de adolescentes quemados por el sol. Lleva consigo un recuerdo que debí de enterrar hace mucho tiempo: Kaycee y yo, puede que en tercer curso de primaria, cuando mi madre aún vivía, la primera y única vez que me permitieron ir al Festival del Terror de Halloween.

Me quise morir de miedo en la Casa Encantada. No por todos los monstruos que iban apareciendo cubiertos con máscaras y armados con sierras mecánicas, sino porque Kaycee se había adelantado, con la idea de

que sería divertido fingir que desaparecía. Yo fui corriendo de una habitación a otra, aterrorizada, buscándola. Había ataúdes por todas partes, y sangre falsa, y hasta un maniquí con melena rubia que colgaba del lazo de una soga con el cuello retorcido. Ni siquiera tenía rostro, solo le habían dibujado unos ojos y le habían hecho una boca con pintalabios, pero yo, presa del pánico y en aquella oscuridad, creí que era Kaycee.

Después de eso fuimos a dar un paseo subidas en un carro de heno. Estábamos allí las dos solas, esperando, porque el padre de ella se había marchado a sacar otra cerveza del coche. Kaycee estaba enfurruñada porque yo no le había visto la gracia a la broma que me había gastado.

«Te he asustado, ¿a que sí? —me repetía una y otra vez—. Es que es una Casa Encantada. ¿No lo entiendes? Por eso te he asustado».

Y de repente nos vimos en medio del bosque, rodeadas del silencio del follaje, fantasmas de papel clavados en los troncos de los árboles. Kaycee se volvió hacia mí y me dijo: «A mí no me da miedo morir. Ningún miedo en absoluto. ¿Y a ti?».

Yo nunca lo había pensado siquiera. Mi madre estaba muriéndose, y con aquello ya tenía bastante en que pensar.

«No», mentí.

Kaycee me tomó de las manos.

«Cuando me muera, me convertiré en un ángel para poder cuidar de ti todo el tiempo. —Y a continuación me apretó las manos con tanta fuerza que empezó a hacerme daño—. Pero antes me vengaré de todo el que se lo merezca. Los iré matando a todos de miedo, uno por uno».

Un segundo, dos segundos, tres. Abro los ojos, y el mundo sigue estando donde estaba. Aún estoy sujetando el teléfono contra mi mejilla sudorosa. Kaycee continúa sin aparecer.

—¿Podría traer aquí a su padre, para que yo lo examine? —dice el doctor Chun.

—¿Cuándo? —La voz me sale como un graznido. Rezo para que me diga que cuando pueda. Rezo para que me diga que no hay prisa. Rezo para que me diga que pasadas unas semanas.

—Hoy voy a estar aquí hasta las siete —es lo que dice, en cambio.

Obviamente, el doctor Chun tiene una larga experiencia en hacer que una mala noticia parezca la noticia que uno estaba esperando oír. Es un hombre tranquilo y paciente, cálido y directo. No tartamudea. Nos mira a los ojos sin pestañear. Y me transmite la convicción de que su interés es sincero.

Me pregunta si mi padre ha sufrido cambios de humor, si ha tenido dificultades para dormir, si ha tenido pérdidas de memoria. También si se ha caído recientemente o ha tenido problemas de equilibrio.

Nos explica que en las personas mayores los síntomas del glioblastoma multiforme se confunden con otros indicios de deterioro mental, como la enfermedad de Alzheimer.

Nos explica que posiblemente el tumor lleve ya un tiempo aumentando de tamaño.

Nos dice que la media de supervivencia es de unos quince meses. Pero también nos dice, con delicadeza, que él calcula que, dado el tamaño y la ubicación del tumor, a mi padre le queda menos tiempo.

Nos dice que en este momento debemos centrarnos en su calidad de vida, durante el poco tiempo que le queda, y yo sé en lo más hondo de mí que ya está muerto.

Regresamos a casa casi todo el tiempo en silencio. A mí me inunda una terrible quemazón, un deseo frenético de hacer explotar algo.

«Un mes. Seis meses. Resulta difícil saberlo. Pero a partir de ahí será rápido».

Mi padre no puede estar muriéndose. Mi padre es indestructible. Él es quien manda. Él es la ley.

Él es lo único que tengo.

Se queda adormecido con la cabeza apoyada en la ventanilla. El aliento le huele a viejo. Tiene algo blanco incrustado en la comisura del labio.

El tiempo está cambiando. Una cobertura de nubes negras va extendiéndose por el cielo, pero todavía hace un calor crepitante, eléctrico, y el aire que entra en el coche por el sistema de ventilación huele a goma chamuscada.

Cuando me suena el teléfono —otra vez Joe— mi padre se despierta con un sobresalto. Pongo el móvil en silencio. Luego, tras una pausa, lo apago del todo.

—¿Quién era? —me pregunta mi padre. Al ver el nombre que aparece en la pantalla, añade—: ¿Joe? ¿Ese es tu novio?

—No tengo novio, papá —le contesto por enésima vez. Desde que he vuelto al pueblo, mi padre no ha dejado de buscar maneras creativas para sacar a colación mi vida amorosa en casi todas las conversaciones. «¿A tu novio no le importa que trabajes tanto? ¿Por qué no le pides a tu novio que te ayude con ese problema del coche?». No sé distinguir si lo hace deliberadamente, o si me está lanzando una pulla, o si de verdad se le ha olvidado, una vez tras otra, que no tengo novio. Lo más parecido a una relación funcional que tengo en este momento es Joe, pero es gay y las más de las veces está enfadado conmigo.

—Una chica necesita tener novio —murmura al tiempo que se gira de nuevo hacia la ventanilla.

Me viene a la memoria lo que ha dicho el doctor Chun, e imagino el tumor de mi padre como un pedazo de metal duro, un residuo de vertidos tóxicos.

—¿Te he contado alguna vez cómo conocí a tu madre? —dice con el rostro vuelto hacia el cristal.

—Sí, papá. Por lo menos cien veces.

—Fue en 1980, en la era de Reagan.

—Ya lo sé —le digo. Otra vez la misma cantinela—. Ella estaba atendiendo la fila de borrachos del comedor para indigentes, y tú la viste desde el otro lado de la calle. —Fin.

—No. Estábamos en pleno invierno. Ella estaba en el comedor, removiendo la sopa. Llevaba la melena suelta, y yo le pregunté qué pasaría si se cayera algún pelo en la comida. Ella se echó a reír y me dijo que los dos teníamos problemas más importantes que aquel.

Esto no me lo había contado nunca. Dejo pasar unos instantes esperando a que se corrija. La historia era que mi padre vio que un alcohólico hecho polvo, al que le temblaban las manos de tal manera que a duras penas era capaz de sostener la taza, se acercó a mi madre en el refugio y le hizo un cumplido acerca del pelo. Mi padre vio que ella era una santa y acudió presto a rescatarla.

Sin embargo, continúa con esta versión nueva del relato.

—Tu madre debió de ver algo en mí, porque puso su mano en la mía y me dijo que no iba a ocurrirme nada.

Esto está contado al revés. Fue mi padre el que, empujado por un mensaje que le envió Dios directo al corazón, cruzó la calle para ir hacia mi madre.

Pero de repente caigo en la cuenta de que esta es la historia verdadera. La otra, la que llevo oyendo toda la vida, es la contraria. El alcohólico del relato era él. El que necesitaba que lo rescatasen era él.

—¿Sabes que después de que ella pusiera su mano sobre la mía no volví a tocar una gota de alcohol? Eso también fue un mensaje de Dios, lo vi claro. Fue como si su mano pesara cincuenta toneladas pero no pesara ni lo que una pluma.

En mi cabeza surgen un centenar de preguntas distintas, y voy probándolas una por una en el intento de dar con la que tiene más sentido. Estoy helada y al mismo tiempo estoy sudando, es como si tampoco mi cuerpo supiera qué es lo auténtico.

Mi padre es el borracho desconocido y hecho polvo de la historia que contaba.

No sé qué es exactamente lo que ha cambiado, y al mismo tiempo todo parece distinto. Me siento igual que me sentí la primera vez que descubrí que

cada vez que jugábamos al corro de la patata estábamos rememorando la epidemia de peste e imitando cómo las personas se ahogaban en su propia sangre y cantaban al olor de sus cenizas. He sentido hacia mi padre miedo y odio, y, solo recientemente, he empezado a tenerle lástima. Pero nunca, hasta este momento, había sentido compasión por él.

Me parece que ha vuelto a dormirse. Tiene los ojos cerrados y la cabeza le rebota con el movimiento del coche. Pero de improviso vuelve a hablar.

—No me da miedo la muerte, ¿sabes?

Me recuerda a Kaycee.

—Y no me digas que no me estoy muriendo —agrega antes de que yo pueda decir nada—. Ya he oído lo que ha dicho el médico.

—La muerte no existe —le digo—. Tan solo existe Dios. —Es una frase que a menudo me ha dicho él.

Pero no responde nada, sigue con los ojos cerrados. Como si estuviera escuchando una música que yo no puedo oír.

—Hace dos años, en septiembre, encontré una gata en el cobertizo. Estaba tan preñada que parecía que iba a reventar. Se encontraba muy mal. La tapé con una manta y le di agua y un poco de leche. Llegaron los gatitos, seis, las cositas más pequeñas que he visto nunca. Varios de ellos, si no fuera por el pelaje, parecerían insectos. —Mueve la cabeza en un gesto de negación, pero continúa con los ojos fuertemente cerrados—. Les construí un nido con unos cuantos cartones y unas mantas viejas.

Espero que termine de contarme la historia, pero de pronto guarda silencio. Ya estamos entrando en Barrens. Incluso desde aquí, el otro extremo del pueblo, ya se ve el humo que sale de las chimeneas de Optimal, como dedos que van formando un gesto, pero no sabría decir qué significa.

—¿Y qué fue de ellos? —pregunto finalmente.

Abre los ojos.

—Vino una tormenta tremenda. De la noche a la mañana la temperatura bajó más de diez grados. No hubo ningún aviso, en las noticias no dijeron nada. El viento cambió y la helada dejó a todos los árboles sin hojas, fue como si de repente hubiera llegado el invierno. —Acerca una mano a la ventanilla, la aprieta un momento contra el cristal y luego la retira y contempla cómo desaparece poco a poco la huella que ha dejado—. A la mañana siguiente aparecieron todos muertos, todos, los seis gatitos recién nacidos y también la madre.

—Lo siento —le digo, y soy sincera. Pero también me siento perpleja: en

este lugar uno se acostumbra a que todo se muera. Hay granjas invadidas de moscas, vacas, cerdos y gallinas que se sacrifican para llenar los congeladores. Ciervos que se cazan en el invierno, gatos que acaban atropellados en la carretera y pájaros que se caen del cielo.

—No sé si existe un dios —me dice. Seguimos moviéndonos, avanzando por en medio de un enorme cuadro colgado en la pared, yendo hacia ninguna parte—. Antes creía que había un plan, y que incluso las cosas malas que sucedían, como que tu madre se pusiera enferma, o que a un niño lo atropellara un cortacésped, formaban parte de dicho plan. Pero ¿qué plan puede haber para que unos gatitos mueran congelados? No significaban nada para nadie. ¿Qué dios iba a hacer algo así? ¿Por qué les permitió nacer, de entrada? —Durante unos segundos su expresión es de rabia, y en ese momento vuelve a ser el hombre que yo recuerdo—. En este mundo existe el mal, Abby. Acuérdate de eso. Búscalo. Búscalo para que él no pueda buscarte a ti.

El mundo exhala un suspiro. Este es el padre que yo conozco. El humo se deshilacha al tocar las nubes.

—Me acordaré.

Vuelve a recostarse en el asiento, satisfecho. Cuando pasamos por delante de la hilera de tiendas de neumáticos, comida rápida y restaurantes nuevos, de nuevo aparece Optimal acechando a lo lejos, una forma desagradable entre los árboles.

—Fíjate —me dice mi padre—. Todo ese humo. Sustancias químicas. Qué asco. —Menea la cabeza en un gesto negativo—. La mataron ellos, ¿sabes? —sigue diciendo—. Sí, ya sé que todo el mundo dice que no. Pero es que sí. La mataron ellos con todas sus porquerías. Veneno y codicia, y nada más.

Mi madre falleció justo antes de que terminara de construirse Optimal. El día que la enterramos fue el día en que salió la primera columna de humo por las chimeneas, y recuerdo que al principio pensé que se trataba de una especie de celebración.

—No la mataron ellos, papá —replico, aunque no sé muy bien qué importancia puede tener—. Mamá contrajo el cáncer antes.

—No estoy hablando de tu madre. —Se recuesta en el asiento y vuelve a cerrar los ojos—. Estoy hablando de aquella chica, la que siempre andaba causando tanto revuelo. Kaycee Mitchell.

Solo al ver que se hace de día caigo en la cuenta de que debe de haber pasado una noche. Recuerdo que estuve bebiendo. En mis pesadillas he visto montones de cuerpos de vivos colores. Con variados tonos de azul, anaranjado y rojo. También había fuego. Y olor a pintura.

En mi cuarto de estar hay una chica deformada por el terror apoyada contra la butaca, chillando. De repente me despierto y comprendo que la que chillaba era yo. La chica es Kaycee, embalsamada en óleo en uno de sus lienzos. Un autorretrato.

Miro a mi alrededor. Sobre la mesa descansan otros dos lienzos, el uno encima del otro, una botella semivacia de Jim Beam y varias colillas flotando en un líquido sucio.

No he vuelto a fumar desde la universidad. Sin embargo, siento el sabor a tabaco en la boca.

Hago un esfuerzo para bucear en mi memoria, pero todas las imágenes son como globos que se escapan de mi mano. No recuerdo haber vuelto al trastero de alquiler de Frank Mitchell, pero he debido de hacerlo. No recuerdo para qué he vuelto, y tampoco si me ha visto alguien, si he tenido cuidado. No sé qué demonios ha podido incitarme a robar los cuadros y traérmelos a casa. Me mueve un deseo desesperado, urgentísimo, de esconderlos, de quemarlos, de hacerlos desaparecer. Pero estos me miran fijamente y se niegan a mover un dedo.

Me dejo caer en el sofá.

Diez años, y mi padre jamás me dijo una sola palabra acerca de la desaparición de Kaycee. He intentado presionarlo para que me dé más información, pero tiene poca cosa que ofrecer. Tan solo he conseguido sacarle que se encontró por casualidad la mochila de Kaycee junto al pantano, semiescondida entre la abundante vegetación, y pensó que su dueña debió de dejársela olvidada después de una fogata. Esperaba que volviera por allí a recogerla, pero se enteró de que todo el mundo andaba diciendo que se había fugado.

¿Quién va a fugarse sin llevarse el billetero, el teléfono móvil y el carné de

conducir?

Le he preguntado por qué no acudió a la policía, y se ha limitado a encogerse de hombros. «No era asunto nuestro —me ha respondido—. De todas formas, esa chica no daba más que problemas».

Casi no recuerdo el trayecto en coche hasta mi casa y después hasta la improvisada oficina. De nuevo el tiempo avanza a intervalos bruscos. El resto del equipo ya se halla reunido cuando yo irrumpo por la puerta, y lo suelto impulsivamente, sin pensar:

—Kaycee está muerta.

Joe se queda muy quieto en su silla, igual que hacen las presas pequeñas cuando se aproxima un depredador.

—¿De qué estás hablando?

—De Kaycee Mitchell. No desapareció, no se marchó del pueblo. Murió —repito, y en el momento mismo de decirlo tengo la seguridad de que es cierto. Experimento una sensación de bienestar al decirlo. Es como si me estuviera arrancando un trozo de metralla del pecho—. Y creo que murió aquí mismo, en Barrens. Porque estaba de verdad enferma. —Como el rostro de Joe no ha cambiado de expresión, sigo hablando—. Creo que a su familia le dieron dinero para que mintiera al respecto. Puede que a Misha también. Puede que incluso también a su novio, Brent.

—¿Has dormido esta noche? —me pregunta Joe en un tono que no me gusta.

—Estoy bien —le respondo, porque así es, así lo considero, y todos mis recuerdos parecen sueños, de modo que deben de ser sueños. A continuación, le explico lo que me ha contado mi padre: que él encontró la mochila de Kaycee al lado del pantano.

—Abby, tu padre se encuentra enfermo —me dice Joe muy despacio, como si estuviera sujetando una caña de pescar y me pidiera a mí que no pierda de vista el anzuelo—. No podemos tener la seguridad de que esté hablando de hechos reales. ¿No es cierto que sufre alzhéimer?

Este no es el momento de corregir a Joe, así que no lo hago. Los síntomas son los mismos, pero mi padre no ha perdido conciencia del pasado; es el presente el que le resulta escurridizo.

—Kaycee y sus amigas jugaron a un juego espantoso en el instituto —le digo, haciendo caso omiso de su comentario—. Ellas no fueron las primeras en jugarlo, pero fue a Kaycee a la que se le ocurrió una manera de ganar dinero con él. —Brevemente le refiero, a él y a todos los presentes, lo que me

contó Cora Allen—. Chantaje —termino, ya sin resuello. Por primera vez me doy cuenta de la sensación tan extraña que estoy notando. Pero no quiero sentarme; si me siento, sería como reconocer que Joe tiene razón, que los becarios que intercambian miradas nerviosas tienen razón, que en lugar de intentar explicar que por fin he visto la verdad, estoy aquí de pie diciendo tonterías.

—Perdona. —Joe se frota la frente—. ¿Qué tiene esto que ver con lo de Optimal?

—Chantaje —repito—. ¿No lo ves? Era la pauta típica de Kaycee. Ya le había tomado el gusto cuando se dio cuenta de que podía servirse del Juego para sacarles el dinero a personas aterrorizadas de que sus fotos fueran de dominio público. Pero ¿cuánto dinero pudo llegar a ganar? ¿Cuarenta pavos, sesenta, por cada foto? —Voy llenando lagunas sobre la marcha—. Kaycee debió de enterarse de la indemnización que había pagado Optimal en Tennessee antes de trasladarse a Barrens, y apuntó más alto. De modo que se le ocurrió el pequeño timo de fingir estar enferma, puede que incluso persuadiera a sus amigas para que hicieran lo mismo, pensando que podrían exigir una indemnización a Optimal. Pero no comprendió que las cosas iban a tornarse mucho más graves. Optimal tenía en marcha otras estafas propias, infringía las normas medioambientales, reducía costes, ocultaba dinero, sobornaba a personas con cargos importantes para que mirasen hacia otro lado. No podía permitir que aquello saliera a la luz. No podía permitir que se llevara a cabo un escrutinio.

—Así que la mataron —dice Joe con gesto inexpresivo.

En este momento, bajo la dolorosa intensidad de estas luces, al lado de las cajas de carpetas y suministros de oficina, de pronto me invade la sensación de estar ahogándome. Suena demencial, por supuesto que sí. Pero estoy en lo cierto. Tengo que estar en lo cierto.

—O bien contrataron a alguien para que la matara. Que yo sepa, compraron incluso a su padre. Pero encaja.

Se hace el silencio por espacio de unos instantes. Noto cómo me golpea el corazón en el pecho.

Es Portland el que decide hablar, muy despacio:

—Pero la enfermera del instituto dijo que Kaycee estaba enferma de verdad —dice—. Así lo demuestran las fotos.

—Las fotos demuestran que era muy buena actriz —replico, aunque una vez más me viene a la memoria la imagen de Kaycee en el suelo del cuarto de

baño con la taza del váter manchada de sangre. De improvisto surge otra imagen de Kaycee en el pasado, esta vez de cuando las dos éramos pequeñas. Ella, con el gesto cerrado como una puerta, cuando la interpele acerca de lo ocurrido con mi perro Castaño. «No he sido yo —me respondió con toda calma, recortando cada palabra para que sonase a fanfarronería—. Debes de estar muy mal de la cabeza, Abby, para pensar siquiera que pueda haber sido yo»—. Era una mentirosa. Siempre fue una mentirosa. Puede que incluso se provocara ella misma la enfermedad.

Ninguno de los presentes quiere mirarme. Noto cómo se va acumulando la cólera en mi interior. Me están entrando ganas de ahogarlos a todos en ella.

—Os digo que vosotros no la conocíais. Yo era amiga suya de pequeña. Kaycee estaba muy loca, mató a mi perro con matarratas.

Por fin, esto sí que incita a Joe a decir algo.

—¿Cómo has dicho?

—Mantuvo la mentira durante varios años y me torturó a mí porque me negué a perdonárselo, y antes de morir, o antes de que la asesinaran, me dejó una prueba para que ya no me quedara ninguna duda.

Joe se levanta y retira su silla de la mesa. Yo, sin aire en los pulmones, permanezco de pie donde estoy, sudando y jadeando, y me doy cuenta de que estoy a punto de echarme a llorar.

—¿Podemos hablar en privado? —Me lo dice con el tono de cortesía que emplearía un desconocido. No me queda más remedio que seguirlo, igual que una niña.

Cuando salimos a la calle, al instante siento una bofetada de calor y de sol en la cara. La puerta se cierra detrás de nosotros con un fuerte chasquido. El Sunny Jay's, ubicado al otro extremo del aparcamiento, ya está abierto. Me gustaría saber si está Condor dentro, y si está, espero que no salga y me vea así.

—Oye. —Respiro hondo—. Ya sé lo que me vas a decir, ¿vale?

—No creo que lo sepas. —Joe parece preocupado. Retuerce la boca como si tuviera ardor de estómago—. Has estado trabajando demasiado.

Se me cae el alma a los pies. Así que no me cree. Ni siquiera un poco.

—Joe, esto es importante. —Tengo tal nudo en la garganta que apenas puedo articular—. Kaycee Mitchell murió. Y todo el mundo ha mentido al respecto. Durante años.

Pero Joe no me está escuchando. Tiene la mirada perdida a lo lejos.

—Hace ya tiempo que te conozco, Abby. Eres amiga mía. Eso lo sabes,

¿verdad? Desde el primer día en que te vi en el CDM y te dije que llevabas unos zapatos horribles, ¿te acuerdas?

Ya no puedo seguir reprimiendo las lágrimas, y tampoco lo intento. Me quedo sin hacer nada, humillada, agotada y furiosa, con la sensación de que Joe, con unas pocas palabras, me ha arrancado la piel y me ha dejado en carne viva a merced del viento abrasador. Mi padre se está muriendo, y Joe no quiere hacerme caso; he vuelto a Barrens para enterrar el pasado, y en cambio el pasado me está enterrando a mí.

—Me tienes preocupado —me dice Joe—. Necesitas un descanso. ¿Cuándo tomaste vacaciones por última vez?

—¡No necesito vacaciones! ¡Necesito que me escuches!

—No estás bien, Abby. —Su tono de voz se endurece un poco—. No quiero que se repita lo que sucedió en nuestro primer año.

A pesar del sol, de pronto siento que me recorre un escalofrío.

—Eso no es justo.

—Ah, ¿no? —Cuando se vuelve hacia mí advierto que sus ojos se han oscurecido—. Dejaste de dormir. Empezaste a beber demasiado. Dabas bandazos en todas direcciones. ¡Pero si hasta pensaste que Bromley había codificado mensajes dentro de las facturas, por Dios!

—Llevaba setenta y dos horas sin dormir. —Se me quiebra la voz—. Mira, ya sé que se me fue la cabeza. Estaba hasta arriba de anfetaminas. Estaba hecha polvo, ¿vale? Lo reconozco. Ya lo reconocí en aquel momento. —«Y tú, cabrón, me prometiste que nunca lo volverías contra mí»—. Pero esto es diferente.

—No estoy negociando. —El semblante de Joe se transforma en el de un desconocido, un desconocido de lengua afilada y expresión cruel—. Ya he hablado de ello con Estelle. Te vuelves a casa. A Chicago. —Hace énfasis en esto último, como si se me hubiera olvidado dónde vivo—. Nos vamos todos a casa. Yo proseguiré con la investigación desde allí. Van a traernos a Casey Scheiner como refuerzo.

Es como si me hubiera arreado un puñetazo. Al instante se me escapa todo el aire que tengo en los pulmones.

—Que te jodan —es lo único que acierto a responder.

Joe deja escapar un suspiro. Ni siquiera se enfada. Lo cual, en cierto modo, no hace sino empeorar las cosas.

—No vas a tener ningún problema —me dice, como si fuera eso lo que me preocupase—. Conservarás tu trabajo. Pero vas a volver a casa, y vas a

ponerte bien y a olvidarte de la maldita Kaycee Mitchell. —Echa a andar en dirección a la puerta, pero de repente se gira de nuevo hacia mí—. Ah, eso me recuerda una cosa. Te ha llamado Kaycee. Por lo visto, ahora vive en Florida. —Su sonrisa es fría y cerrada, oscura como un bloque de hielo—. Te ha dejado un número de teléfono, por si quieres devolverle la llamada.

Estoy sentada dentro del coche, contemplando cómo se refleja el sol en la cristalera del Sunny Jay's. Las manos me tiemblan de tal modo que me equivoco dos veces al marcar el número de teléfono que me ha dado Joe: primero contesta un salón de rayos UVA de Florida, y luego me sale un tipo que me lanza un torrente de palabras en español y después me cuelga. Tengo la garganta como la lija. Ojalá llevara conmigo algo de beber, una cerveza, alcohol más fuerte, lo que fuera; pero beber alcohol en este momento significaría que estoy derrumbándome, lo cual no es verdad.

No pienso derrumbarme.

No puedo derrumbarme.

A la tercera va la vencida. Cierro los ojos y noto el corazón en la garganta. Cuento los timbrazos: uno, dos, tres, cuatro. Kaycee atiende el teléfono al cuarto, y al momento siento una opresión en el pecho.

—Diga.

Su voz suena más grave y rasposa de lo que yo la recuerdo. Es una voz que uno espera oír susurrando guarradas en una línea erótica. Aun así, solo con oírla el corazón empieza a latirme más deprisa. No puedo decir que no sea ella. Pensé que iba a ser capaz de distinguirlo al instante.

—¿Hablo con Kaycee Mitchell? —pregunto, y acto seguido contengo la respiración, esperando a que conteste.

—La misma. ¿Quién es?

Guardo silencio, mareada de pronto.

—Hum... Soy Abby Williams —digo. Ella rompe a reír, y yo nuevamente aguanto la respiración, intentando relacionar esa risa con la que yo recuerdo.

—Abby. Vaya. Se te nota distinta. —O es la verdad, o es alguna forma perversa de inteligencia. O las dos cosas.

—¿Dónde estás? —le pregunto, y aunque el prefijo es del sur de Florida, por un segundo de pánico rezo para que me sorprenda y me diga que ha vuelto al pueblo, como yo. De improviso, desde algún lugar oscuro de mi ser surge la necesidad imperiosa de verla, no para demostrar nada, sino porque puedo demostrarlo todo, y se convierte en una obsesión.

—Cerca de Sarasota. Ya llevo aquí un par de años. Después de marcharme de Barrens estuve viviendo en muchos sitios.

Sarasota. Experimento una sensación de *déjà vu* que me nubla la vista. El sheriff Kahn acababa de regresar de Sarasota. ¿Será una coincidencia?

—¿Por qué te marchaste? —le pregunto impulsivamente.

—¿Y por qué no iba a marcharme? —replica Kaycee riendo otra vez—. Siempre quise irme. ¿No te acuerdas? Era típico que la señora Danforth me pillase intentando escapar furtivamente por las ventanas cuando utilizaba el permiso para ir al baño. Ya en tercer curso intentaba huir de allí.

Me había olvidado de la señora Danforth y de que Kaycee intentaba escabullirse, durante el tiempo de clase, por las ventanas que había junto al gimnasio, ya que en las puertas había siempre un vigilante de pasillo que iba rotando. Y hubo ocasiones en las que lo consiguió.

Manoteo para bajar la ventanilla del coche, pero aun así me falta aire para respirar. Es ella. Tiene que ser ella. Kaycee huyó, como me ha dicho todo el mundo, y yo estoy equivocada, y probablemente me he vuelto loca. Kaycee está viva, bronceada, aún bella; Kaycee está tomando el sol en una terraza o sentada al borde de una piscina, en algún lugar próximo a Sarasota. No hay nada más que rebuscar. Se marchó, y ya está. Se sacudió Barrens de encima como quien se sacude una capa de polvo. Y nunca miró atrás.

También en esto ha demostrado ser mejor que yo.

—¿Quién te ha dicho que yo estaba buscándote? —le pregunto luchando contra la sensación que me oprime el pecho.

—Misha —me responde tras una pausa.

—A mí me ha dicho que jamás habló contigo —apunto.

—Yo le pedí que mintiera. —Lo dice sencillamente, con naturalidad, como si tuviera que ser obvio—. No quería que mi padre supiera dónde estoy, ni que la presionara a ella para que me entregara mensajes, ni que me pidiera dinero, ni nada parecido.

Una respuesta bien tonta, de tan fácil, que nunca se me ha ocurrido a mí. Por supuesto, Kaycee no habría querido que su padre tuviera forma alguna de seguirle la pista: él era en parte la razón de que ella huyera.

Matemáticas elementales. Entonces, ¿por qué tengo la impresión, súbita y certera, de que es ella la que está mintiendo?

—Bueno, ¿querías preguntarme algo? —me dice Kaycee.

—Solo quería entender por qué —le contesto—. Por qué mentiste en lo de tu enfermedad. Por qué te marchaste sin decir nada.

Kaycee lanza un suspiro. Al fondo se oye débilmente una voz de hombre. La imagino retirando un momento la cabeza del teléfono para ver qué quiere decirle su marido o su novio.

O acaso para recibir nuevas instrucciones.

Es una idea que se me ocurre de pronto, y que ya no puedo quitarme de la cabeza.

—Oye. —Kaycee acerca la boca al auricular—. Ya no me acuerdo de por qué hice todo aquello, ¿vale? Esa es la verdad. Ha pasado mucho tiempo. Yo estaba muy mal, buscaba atención. A lo mejor creí que existía la posibilidad de ganar dinero.

Bien podría estar leyendo esto en un libro titulado: *Todas las razones por las que Kaycee Mitchell pudo huir*.

—Lo siento —me dice bajando un poco el tono de voz, y por un instante el mundo entero se vuelve blanco—. Lo siento por todas las personas a las que hice daño y por todas las personas que perdieron el tiempo buscándome. Lo siento por ti, Abby.

—No lo sientas. —Ya a duras penas consigo sostener el teléfono. Dentro de mi cerebro se han disparado un millón de alarmas.

Kaycee Mitchell, pidiendo perdón.

Kaycee Mitchell nunca pide perdón. Nunca. Jamás en su vida pronunció esa palabra.

Prefirió que la castigaran sin recreo una semana entera antes que pedir perdón a Matt Granger por haberle robado los lápices de colores. No era capaz de pedir perdón. Eso no estaba en su naturaleza.

Kaycee Mitchell era inmune al sentimiento de culpa.

No sé quién será la persona que está al otro lado de la línea, pero no es Kaycee Mitchell.

—En fin, ahora ya sabes dónde encontrarme —me dice.

—Solo una cosa más. —El corazón me retumba de tal manera que apenas me deja respirar—. Supongo que es una tontería, pero es que siempre he sentido curiosidad. —Un latido, dos, tres. El sol atraviesa el parabrisas e incide en mí. Me viene a la memoria el calor del cuerpo de mi perro Castaño hecho un ovillo a mi lado, en el porche delantero de la casa—. ¿Qué le sucedió en realidad a Castaño?

Se hace el silencio durante largos instantes.

Esta vez, el tono de voz de Kaycee, o de quienquiera que sea la que está fingiendo ser Kaycee, suena teñido de incomodidad:

—Eso fue hace mucho tiempo...

—¿Quieres decir que no lo recuerdas? —Al otro lado del parabrisas el mundo continúa.

Kaycee emite una risa entrecortada.

—Refréscame la memoria.

—Era mi perro —contesto, tajante—. El que tú mataste.

Se hace otro breve silencio.

—Tengo que colgar —dice Kaycee bruscamente—. Siento no haber podido ser de más ayuda —añade. Otra vez pide perdón.

—No te preocupes —le respondo—, ya has hecho bastante.

Alguien está esforzándose mucho en demostrar que Kaycee está viva. Lo cual quiere decir, casi con seguridad, que no lo está. La pregunta es quién, y por qué.

La persona que ha fingido ser Kaycee, quienquiera que sea, ha dicho que sabía que yo la buscaba porque se lo había comunicado Misha. Y estoy dispuesta a apostar que por lo menos eso es verdad. Alguien ha tenido que pasarle la información. Y los mejores embusteros se acercan a la verdad todo lo que pueden.

Además, el ejemplo que puso Misha cuando me la encontré en el centro comunitario para demostrar su teoría sobre la complejidad de lo que estaba bien y lo que estaba mal no pudo ser aleatorio. Misha se hace la tonta, pero no lo es en absoluto. «Digamos que Frank Mitchell tiene un cliente, un hombre normal. Y digamos que lo que le gusta en realidad son las chicas jovencitas». Dijo que las fotos impedían que los clientes salieran por ahí a buscar jovencitas de verdad.

Pero ¿realmente estaba hablando solo de Frank Mitchell? ¿O de hecho estaba defendiéndose a sí misma, también? A lo mejor era una especie de confesión. Decididamente, fue una insinuación.

En la época en que el Juego estaba animándose, Kaycee se guardaba las fotografías, incluso después de que las víctimas hubieran pagado ya el dinero. A lo mejor Frank Mitchell halló la manera de sacarles más rendimiento. Desde luego, ello explicaría que tenga esa casa nueva tan bonita. Y también explicaría por qué está tan deseoso de decirle a todo el que le pregunte que Kaycee se largó ella solita.

¿Y qué tiene que ver Misha con ello?

Me viene a la memoria la secretaria que se asomó a su despacho el día en que fui a verla al instituto. Misha requisó los teléfonos móviles de los alumnos... con el fin de impedir el acoso escolar, dijo.

Pero ¿podría ser que en realidad estuviera buscando nuevas víctimas?

Todo vuelve a confluír en el Juego.

Solo se me ocurre una persona que podría arrojar un poco de luz: Tatum Klauss. Monty mencionó que ella y sus amigas estaban involucradas en el Juego. Necesito saber si han cambiado las reglas, quiénes son los otros jugadores y quién va anotando los tantos.

Pongo rumbo hacia Dougsville y hacia la clínica a la que May me ha dicho que llevaron a Tatum. Me siento un poco mejor, un poco más controlada. Ya no necesito a Joe, ya no necesito a nadie. Lo único que necesito es descubrir la verdad. Aun así, mi visión periférica continúa distorsionándose con el calor, formando espejismos. Es la falta de sueño, nada más.

Dougsville está a veinte kilómetros de Barrens, y a ella únicamente se puede acceder por carreteras comarcales de esas que hacen que el límite de velocidad parezca un chiste. A un lado y al otro no hay más que maizales infinitos, con sus tallos dorados estirados hacia el cielo. Me acuerdo de mi sueño, si es que fue un sueño, en el que aparecían fuego y calor. Me acuerdo de los retratos de Kaycee desperdigados por mi casa de alquiler.

Mi teléfono suena casi de manera constante. Primero es una llamada de Joe, luego un número que lleva el prefijo local, luego Joe de nuevo. Seguramente se estará preguntando adónde me he ido. Pongo el altavoz en silencio.

Cuando yo era pequeña, los críos de Dougsville nos parecían muy estirados. Suyo era el primer Walmart que se abrió en todo el condado, y a continuación llegaron la clínica y una fábrica de cerveza, por no mencionar que su equipo de fútbol americano era siempre el número uno. La verdad es que Dougsville es poco más que una franja alargada, toda llena de concesionarios de automóviles, instalaciones para piscinas desmontables e iglesias. La clínica comparte el aparcamiento con una gran tienda de artículos de caza y pesca que tiene en el escaparate un cartel en el que dirige a los clientes a la parte posterior del local, donde se vende munición y se expiden licencias.

Me dirijo al Walmart para comprar un ramo de flores envuelto en plástico y una tarjeta de las que se envían para desear mejoría a un enfermo. Las

flores son bonitas, pero desprenden olor a mohó, y por un segundo me digo a mí misma que así es como me siento yo, como un objeto marchito y envuelto con un lazo y buenas intenciones. Debería dar media vuelta. Debería dejar en paz a Tatum. Debería dejar que se recuperase.

Pero no lo hago.

La clínica es pequeña, luminosa y limpia. En el mostrador hay una recepcionista que, cuando le digo que deseo ver a Tatum, me pregunta amablemente si soy algún familiar suyo.

—Soy abogada —respondo. La palabra *abogada* es como la palabra *policía*: el equivalente verbal de una bomba. Nadie quiere que lo sorprendan con el paquete en las manos—. ¿Se encuentra aquí la señora Klauss?

La recepcionista niega con la cabeza. Sus ojos se ha agrandado tanto que parece la caricatura de un gesto de alarma.

—Pero pase —me dice—, estoy segura de que no habrá problema.

Así que rodeo el mostrador y atravieso la puerta doble.

Esta clínica solo cuenta con unas pocas salas de observación, y la de Tatum es la última por la izquierda. Se ha transformado en un invernadero de claveles y tarjetas de amistad. La enferma, tendida en una cama de hospital y unida a un gotero intravenoso, parece muy joven y muy menuda. Y también muy guapa. Me parece que debe de estar dormida, pero en cuanto entro y cierro la puerta, abre los ojos. Tiene unos ojos increíbles, de un sorprendente color verde.

—¿Quién es usted? —me pregunta. Pero no es una acusación; es curiosidad auténtica.

—Me llamo Abby —le digo, al tiempo que levanto el ramo para que pueda verlo—. Te he traído unas flores, pero veo que no te hacen falta.

Tatum cierra los ojos y se encoge de hombros. Despejo un poco de espacio en la mesilla para colocar mi ofrenda.

—No la conozco —me dice como si estuviera observando la escena desde lejos. Me pregunto si la habrán sedado.

—No, no me conoces. —Me quedo donde estoy, no demasiado cerca, a fin de dejarle espacio abundante y permitirle que me mire de arriba abajo—. Oye, Tatum, no pretendo saber mejor que tú por lo que estás pasando.

Por lo menos este comentario provoca en Tatum la expresión, normal en los adolescentes, de poner los ojos en blanco.

—Ojalá todo el mundo dejara de hacer una montaña de esto.

—Te has tragado un buen puñado de pastillas.

—Fue una idea estúpida. No pretendía suicidarme, simplemente... me dolía la cabeza. —Cuando por fin se gira hacia mí, su expresión es de desconfianza. Es como si me estuviera viendo por primera vez—. ¿Quién es usted? ¿Y qué hace aquí?

—Yo también soy de Barrens. He estado fuera una temporada, pero ahora he vuelto. —Odio que esta frase suene tan categórica. Pero ¿acaso no es esa la verdad? Mi piso de Chicago me resulta tan lejano como un sueño—. Soy abogada. He venido a Barrens a averiguar lo que le ocurrió a una chica hace diez años. Desapareció.

—¿Kaycee Mitchell? —dice Tatum, y, por supuesto, caigo en la cuenta de que tiene que estar enterada de lo de Kaycee. Imagino lo mucho que se habrá comentado, y la transformación que habrán sufrido las historias que tengan que ver con ella—. Fingió estar enferma, y acto seguido todos los demás lo fingieron también. ¿Y qué? ¿Piensa que yo también estoy fingiendo?

—En absoluto —contesto. Respiro hondo—. Lo que pienso es que Kaycee tenía problemas. Y que tú también los tienes. —Esto capta su atención. Se queda aún más quieta, más alerta, como si estuviera oyendo una música que alguien toca a lo lejos—. Sé lo del Juego, Tatum.

De pronto la veo abrir la boca y pienso que va a chillar, o que va a llamar a una enfermera. Pero al momento siguiente vuelve a cerrarla.

—¿Quién se lo ha dicho? —me pregunta.

—Monty Devue. —Este comentario consigue que vuelva a poner los ojos en blanco.

—Monty lleva obsesionado conmigo desde, no sé, desde séptimo. —Pero no se ve que Monty le dé miedo, únicamente la fastidia. Permanece largo rato en silencio; se hace obvio que está intentando decidir si debe decir algo más o no. De repente se incorpora en la cama y dice—: No se lo habrá contado a mi madre, ¿no? Porque no puede saberlo. ¡No puede contárselo!

—No he dicho una sola palabra.

Vuelve a recostarse contra la almohada. Pasa unos segundos mirándose las manos, entrelazándolas y soltándolas de nuevo.

—Me siento idiota.

—¿Por eso has hecho lo que has hecho?

—Me entró miedo. —Su tono de voz se convierte en un susurro.

—¿Por qué? ¿Alguien te está amenazando?

Tatum descarta esa idea con un gesto de la mano.

—No, no es nada de eso. —Lo dice como si ella, Tatum Klauss, fuera

inmune a las amenazas—. Pero es que empezó a preocuparme que todos se enterasen de...

Me la juego otra vez:

—¿Fue por las fotografías?

Esta vez Tatum levanta la vista. Sus ojos reflejan una expresión de miedo.

—¿Cómo...?

—El Juego lleva mucho tiempo practicándose —le digo. Ella hace el gesto de morderse el labio inferior, como los niños pequeños—. Cuéntame qué es lo que ha pasado.

Tatum se encoge de hombros.

—Me enteré de lo de las fiestas en el primer año de instituto...

—¿Qué fiestas? —le pregunto. Ella retuerce la sábana entre las manos, y prácticamente veo cómo intenta retractarse de lo que acaba de decir—. Puedes confiar en mí —le digo en tono más suave—, ¿de acuerdo? No quiero crearte problemas. Quiero ayudarte.

Cuento unos segundos que se me hacen muy largos. En el silencio, oigo a lo lejos el pitido de algún aparato mecánico.

Por fin Tatum exhala un profundo suspiro, y veo que ha tomado una decisión.

—Se suponía que se asistía a ellas únicamente mediante invitación —explica—: Eran fiestas especiales, sabe, para las chicas becasadas.

—¿Y los chicos? —pregunto—. ¿A ellos no los invitaban?

—Solo a las chicas —me responde en un tono de voz tan tenue que a duras penas consigo oírla.

—¿Quién organizaba esas fiestas? ¿Qué finalidad tenían? ¿A quién más invitaban?

Enseguida me doy cuenta de que la estoy presionando demasiado, porque vuelve a cerrarse como una ostra.

—No quiero crear problemas a nadie —se apresura a decirme—. Nosotras queríamos ir, nadie nos obligaba.

—Vale. Lo entiendo. —Respiro hondo y, con movimientos lentos, acerco una silla a la cama. Al ver que ella no reacciona, tomo asiento muy despacio. Ahora está obligada a mirarme—. A ver, Tatum, lo cierto es que sí que tienes problemas, ¿verdad? ¿No es ese el motivo de que estés aquí?

De repente se le llenan los ojos de lágrimas. Qué pequeña se la ve, ahogándose entre esas sábanas blancas. Susurra algo que no logro entender. Me inclino hacia delante y contengo la respiración.

—¿Cómo dices? —Tatum ya está llorando, y cuando intenta hablar solo le salen sollozos—. Respira hondo, ¿de acuerdo?

Finalmente logra articular algo:

—Yo solo quería tener un teléfono nuevo. —Y al instante lanza otro sollozo—. El mío estaba ya muy viejo, pero mi madre...; mi madre decía que iba a tener que comprármelo yo... Y pensé que... —Pero el resto resulta inaudible.

—Tatum. —Apoyo una mano en la cama. Ojalá pudiera darle un abrazo a esta pobre chiquilla—. Háblame de esas fiestas.

Pero de improviso Tatum lanza una exclamación ahogada y se queda muy callada. Escuchando. Entonces llega hasta mí un coro de voces agudas que se acerca por el pasillo, hacia nosotras.

—Tatum. —Me están entrando ganas de zarandearla—. Tatum, por favor.

Pero es demasiado tarde. De pronto se abre la puerta. Reconozco a dos de las chicas que irrumpen en la habitación con expresión radiante y ancha sonrisa, como Estrellas de Optimal que son. Una de ellas es Sophie Nantes.

—Te hemos traído donuts —dice Sophie, pero frena en seco al verme a mí. Resulta increíble que una chica tan guapa pueda volverse tan fea en un instante—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? —Luego, con gesto feroz, se vuelve hacia Tatum—. ¿Qué está haciendo esta aquí?

Tatum se limpia la cara con el antebrazo.

—Ha venido a traerme flores —dice, como si eso fuera una explicación.

Sophie deja caer la bolsita de los donuts sobre la mesilla y luego se apoya contra esta. Hasta yo percibo su presencia y el modo en que obstruye toda la luz, igual que un eclipse. Las otras chicas se pelean por situarse a su lado.

—Ella también estuvo en el partido PowerHouse, hablando con Monty —dice Sophie dirigiéndose directamente a Tatum—. Supongo que tu club de perseguidores está creciendo.

Tatum desvía la mirada. Yo me levanto de la silla, contenta de contar con una pequeña ventaja: les saco una cabeza a todas ellas y voy mejor vestida. Aun así, Sophie me recorre con los ojos como si yo fuera un insecto que anda revoloteando demasiado cerca de su bocadillo.

—Tatum y yo estábamos hablando del Juego —le digo. Mi tono de voz suena demasiado fuerte. Me imagino mentalmente aplastándolas con ella.

Varias de las chicas se miran unas a otras. Pero Sophie, no; ella es demasiado lista.

—No sé de qué hablas —me dice en tono gélido. Acto seguido, se separa

de la mesilla y se sienta en la cama de Tatum. A continuación, suavemente, aprieta con la mano el gotero intravenoso que está perfundiendo líquido en el torrente sanguíneo de Tatum.

Se me queda la boca seca.

—Pobre Tatum —dice en tono de arrullo—. Estás llorando.

—Estoy bien —responde Tatum mecánicamente.

Sophie menea la cabeza en un gesto negativo.

—Oh, querida, a mí no puedes mentirme. Yo soy tu mejor amiga, ¿no te acuerdas? A Tatum se le da fatal mentir —dice mirándome a mí—. Pero no por eso deja de intentarlo. Es algo... patológico. —A continuación, se vuelve otra vez hacia Tatum—. Pero te queremos de todos modos, haz lo que hazas. —Se inclina hacia delante para susurrarle algo, pero sabiendo de sobra que yo voy a oírla—. Aunque seas una puta.

—Apártate de ella. —Tengo que cerrar las manos en dos puños para no arrearle un golpe a Sophie en el cuello.

Sophie se vuelve y me mira fijamente.

—Tú eres la que no debería estar aquí.

—Tatum, por favor. —Me giro de nuevo hacia ella, le suplico que me escuche, que me mire—. Yo puedo ayudarte. Si me dices la verdad...

—Le he dicho que se vaya, que no tengo nada que decirle.

Las manos de Tatum recorren la sábana en dirección a Sophie, como animales ciegos. Sophie deja de apretar el tubo del gotero y se inclina sobre ella para tocarle la cara. El cuerpo entero de Tatum sufre un estremecimiento, como si el contacto de Sophie le hubiera transmitido una descarga eléctrica. Cuando vuelve a abrir los ojos, su semblante refleja una expresión distinta. De alivio, y también totalmente vacía.

Y antes de que empiece a chillar, sé que la he perdido.

—¡Socorro! —grita a todo lo que le da la voz de sí—. ¡Socorro!

—Tatum... —le digo, haciendo un último intento de recuperarla. Pero cuando me acerco mínimamente en dirección a la cama, Sophie me corta el paso. Por espacio de largos instantes las dos nos sostenemos la mirada. Y es en este momento cuando caigo en la cuenta de quién es esta chica, de lo que es esta chica. Es la actual Kaycee.

Sophie dibuja una sonrisa y respira hondo. Por un segundo, da la impresión de querer pedir perdón. Pero luego suma su voz a la de Tatum y sonrío de oreja a oreja:

—¡Socorro! ¡Socorro! —La tengo a escasos centímetros de mi cara. El

aliento le huele a café.

Las otras chicas, como muñecas que cobrasen vida al oír su voz, empiezan a chillar lo mismo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Salgo disparada por la puerta. Tropezco al echar a correr por el pasillo. Me abro camino entre un grupo de enfermeras que vienen hacia mí, paso como una flecha junto al mostrador de recepción y me dirijo a la carrera hacia la salida.

«Socorro, socorro, socorro».

Esta palabra no deja de rebotar por mi cerebro, aun cuando ya he dejado muy atrás la clínica.

El sol está enorme, rojo, terrible: semejante a una boca que se abre para tragarse el horizonte.

Un gigantesco camión que viene tronando hacia mí me toca el claxon insistentemente para avisarme de que estoy circulando por su carril. Doy un volantazo y clavo los frenos, y el sonido del claxon se pierde a lo lejos.

Me detengo unos instantes, solo para dar tiempo a mi corazón para que se recupere del susto.

«Socorro, socorro, socorro».

En el fondo de mi bolso está sonando el teléfono. He perdido otra llamada. Con los dedos temblorosos, llamo al buzón de voz.

«Señora Williams, soy el sheriff Kahn. Quería saber si podía usted pasarse por la oficina hoy mismo, o llamarme por teléfono. Acaba de llegarme una denuncia del vigilante nocturno de la empresa de alquiler de trasteros U-Pack. Dice que ha habido un pequeño altercado y que usted ha desobedecido la orden de detener su vehículo. Las fotografías de la valla están bastante claras, y también cuenta con el vídeo de seguridad. Me gustaría escuchar su versión de lo sucedido».

Condor acude a abrir la puerta antes de que yo llegue a llamar.

—¡Por el amor de Dios! Vamos, entra antes de que me tires la puerta abajo.

A lo mejor sí que he llamado. Porque tengo los nudillos enrojecidos y doloridos. Noto la garganta hinchada, como si hubiera estado gritando, y la boca me sabe a medicina. A vodka. O a whisky.

Recuerdo un bar, vagamente, pero no consigo enfocar la imagen.

Las horas van cayendo gota a gota y se vierten en la oscuridad.

Recuerdo dos llamadas de TJ, el amigo de mi padre. Recuerdo haber dejado el teléfono sonar y sonar, haber dejado que su timbre quedase ahogado bajo el ruido del bar.

—¿Qué te ha ocurrido? —me pregunta Condor.

«¿Qué me está ocurriendo?».

—Me mentiste —le digo. Por mi habla gangosa, calculo las copas que debo de haber tomado. Cuatro, o puede que cinco, o puede que seis.

—Siéntate. Necesitas un poco de agua. Vamos, siéntate.

Me conduce hasta una butaca, y noto que la habitación ya va girando más despacio, igual que un tiovivo que está llegando al final de su ciclo. El cuarto de estar, caldeado y cómodo, con un estilo vulgar disimulado a base de detalles por todas partes —fotografías de Hannah, retratos enmarcados que recargan las paredes, libros viejos apilados en las estanterías—, me provoca un súbito sentimiento de timidez. El cuarto de estar de Condor es como si fuera la cubierta de un barco maltratado por la intemperie y yo fuera un náufrago rescatado del mar.

Me llama poderosamente la atención una vitrina llena de plumas adornadas: plateadas, doradas, moradas, azules; casi podrían pasar por pendientes de mujer. Cuando Condor regresa con un vaso de agua y observa cómo me lo bebo de un tirón, se fija en que estoy mirando las plumas.

—Son cebos de pesca. Siempre se tiene más suerte con los que fabrica uno mismo.

El agua me ha despejado la cabeza, solo un poco.

—Gracias. ¿Dónde está Hannah?

—Esta semana la pasa con sus abuelos. —Alarga la mano en dirección al vaso—. Dame, voy a traerte otro poco más.

Ahora me acuerdo de que, después de marcharme de Dougsville, de camino a casa estuve buscando un bar. Recuerdo la primera copa, pero las demás no. El estómago me da un vuelco. Me vienen a la mente los zapatos rosas de Misha, que después de la hoguera del bosque acabaron a los pies de mi cama, en el suelo. Empieza a invadirme una sensación desagradable, como si todo estuviera inclinándose.

—Dame algo más fuerte —le digo a Condor—. Lo que tengas.

—Yo creo que no lo necesitas.

—Pues yo te digo que sí. —Estoy haciendo un esfuerzo para pronunciar con nitidez—. Vamos, Condor. Estoy bien. Soy capaz de escupir y alcanzar el porche de mi casa.

Condor me hace beber primero otro vaso de agua, luego abre una botella de vino y sirve un poco en un viejo frasco de mermelada. Acto seguido se sienta enfrente de mí. Se mueve como si le doliera el cuerpo.

—Bueno, ¿por qué brindamos?

No se me ocurre nada de nada.

—Por Optimal —digo, pretendiendo hacer un chiste. Pero se me quiebra la voz—. Por esos cabrones.

—Por esos cabrones —repite Condor en tono solemne, y antes de beber choca su vaso contra el mío.

Pasamos unos minutos en silencio, viendo cómo la noche va recorriendo la habitación y cómo se iluminan de tanto en tanto las ventanas con los faros de algún vehículo que pasa por la carretera principal.

—Mi padre se está muriendo —digo impulsivamente al cabo de un rato. Ni siquiera tenía intención de decirlo, no he venido aquí a hacer confesiones. Claro que tampoco sé muy bien a qué he venido.

Durante un instante, su mano se tensa en torno al vaso que sostiene.

—Joder, Abby. Yo... —Deja la frase sin terminar, y cuando desvía el rostro veo que le vibra un músculo de la mandíbula—. Llevas un par de días horribles.

Bajo la vista, porque al mirarlo solo consigo que me entren ganas de llorar, y las ganas de llorar me provocan el deseo de desaparecer.

—Ahora debería estar con mi padre —digo—. Pero no puedo. No soy capaz.

A lo mejor sí que he venido aquí a hacer confesiones, porque de repente siento un deseo irresistible de ser comprendida.

—Yo odiaba a mi padre. Todo el tiempo deseaba que se muriera. Rezaba por ello. Él me hacía pasar horas rezando en mi habitación. A veces me encerraba en un armario, porque sabía que yo odiaba la oscuridad, y me decía que los pecadores viven en la oscuridad eternamente. Yo rezaba por que cayera muerto de un infarto, o por que se precipitara desde el tejado y se matara.

—No es culpa tuya, Abby —me dice Condor.

—¿Cómo lo sabes? —Bebo un sorbo para no soltar un sollozo—. A lo mejor sí que existe Dios. A lo mejor mis oraciones han funcionado.

—Dios no atiende esa clase de oraciones. No es eso lo que escucha él —replica Condor en voz baja.

—¿Y qué es lo que escucha, entonces?

Titubea unos instantes con el vaso junto a los labios, mirándome por encima del borde.

—Escucha a la niña que se siente sola y tiene miedo de la oscuridad.

Es lo bastante amable como para desviar la mirada y fingir que no se ha dado cuenta de que yo estoy a punto de romper a llorar. Se queda callado, mirando su vaso, las paredes y el techo, mientras yo lucho por reprimir el impulso de llorar como la niña que era en aquella época.

Finalmente, logro dominarme. Pero no me arriesgo a mirar a Condor. En vez de eso, me centro en el cuadrado de alfombra que queda entre mis pies.

—Optimal ha estado enriqueciéndose a base de verter sustancias químicas en el suministro de agua —digo—. Es probable que lleve años haciéndolo. Las pruebas que hemos realizado lo confirman.

Condor me mira fijamente.

—Todos dijeron que el agua no entrañaba ningún peligro.

—Todos mintieron. —Recuerdo que en cierta ocasión Kaycee y yo encontramos un nido de abejas abandonado, tirado entre la vegetación. Ella lo pinchó con un palo hasta romperlo. Comentó que la abeja reina abandona la colmena después de poner los huevos, y que sus hijos se matan entre sí. Esta vez no ha ganado nadie—. Es un nido. Está todo corrupto. Optimal, los organismos locales y también algunas de las autoridades federales. Están todos implicados.

—¿Por dinero? —pregunta Condor.

—¿Por qué otra cosa, si no? —replico. Pero no puedo quitarme de la

cabeza lo de Lilian McMann y su hija posando desnuda con aquellos horribles calcetines. Esas chicas gritando al unísono: «Socorro, socorro, socorro». Esa palabra rezumando de sus bonitos labios.

—Regresamos a Chicago —digo—. El resto del trabajo lo haremos desde allí. Ahora que tenemos pruebas, obtendremos ayuda de otros bufetes, otros organismos, más dinero.

—Eso parece una buena noticia —dice Condor.

—¡Es una mala noticia! —replico, prácticamente gritando. Condor se reclina en su asiento y me mira con gesto inexpresivo. De pronto aflora otro recuerdo, el del despacho del director del instituto y la voz de Kaycee saliendo por la puerta entreabierta. «No estoy mintiendo. No me lo estoy inventando. ¿Por qué no quiere creerme?»—. Hay más. Sé que hay más. Ojalá pudiéramos continuar escarbando.

—Y después, ¿qué? —Condor sacude la cabeza en un gesto de negación—. Tu trabajo no consiste en enderezar todos los males. Ya has hecho tu trabajo.

—El mundo está lleno de gente que se limita a hacer su trabajo —contraataco—. Y ya ves el resultado.

—Ya —responde Condor sin alterarse—. Y si todos nosotros nos pusiéramos a escarbar, ¿sabes lo que ocurriría? Que acabaríamos todos metidos en un hoyo.

Tiene razón. Pero lo que él no sabe es que yo ya estoy metida en el hoyo. Yo no estoy intentando excavar más, lo que estoy intentando es salir de esto.

—¿Por qué me mentiste? —le pregunto, y él levanta la cabeza y me mira, sorprendido en el acto de rellenarme la copa—. ¿Por qué me dijiste que habías sido tú el que hizo aquellas fotos a Becky?

Condor termina de servir el vino con cuidado, y luego recoge la última gota de la botella con el dedo.

—Yo no te dije eso —replica—. Me lo dijiste tú.

—Dejaste que me lo creyera. Dejaste que lo creyeran todos.

Pasamos largo rato en silencio, mientras la casa respira como respiran las casas, con sus ruidos, sus chasquidos y sus quejidos.

—La propia Becky me pidió que mintiera —dice Condor por fin. No sé qué es lo que esperaba yo que dijese, pero esta respuesta, tan simple, me deja sin aliento—. Éramos amigos. Su madre y la mía habían trabajado juntas en la prisión antes de que esta se cerrase. Y seguían manteniendo un estrecho contacto. —Examina su vaso, como si pudiera encontrar algo distinto en su

interior, y luego bebe un buen trago de él—. Al llegar al instituto le perdí un poco la pista. Yo tenía mis propios problemas. Pero la llevaba en coche de vez en cuando, salía con ella a dar una vuelta cuando venía su madre a charlar. —Se encoge de hombros.

—¿Por qué quiso que mintieras?

Condor deja escapar un suspiro largo y profundo, como si la verdad fuera un objeto pesado que ha estado llevando a cuestas.

—Cuando se enteró de lo de las fotos, le entró el pánico. La preocupó que lo descubriera su madre, de modo que decidió pagar y terminar con ello de una vez. —Cruza su mirada con la mía—. Yo fui la persona que le quitó esa idea de la cabeza —continúa—. Le dije que hablara con su madre, que le explicara lo que estaba sucediendo. Ambos coincidimos en que sus padres se tomarían el asunto con más calma si creían que el responsable había sido yo, si creían que su hija y yo habíamos quedado para vernos, nos habíamos ido por ahí, nos habíamos emborrachado, y yo le había hecho aquellas fotos a modo de broma, para mostrárselas más adelante. Ahora parece una estupidez. —Condor desvía la mirada—. Cuando resultó que las fotos eran de una fiesta, con toda aquella gente alrededor... Simplemente, Becky no pudo con ello.

Imagino a todos en círculo, riendo a carcajadas y con la cara enrojecida por efecto del alcohol. Mentalmente lo que veo son los cuadros pintados por Kaycee, las sonrisas depredadoras, una joven acurrucada en el suelo en posición fetal.

—Jamás pensé que llegasen a hacer circular las fotos —dice Condor, y tengo el convencimiento de que es la primera vez que hace esta confesión en voz alta—. Pensé que todo era un farol. Ahí lo tienes, ese es mi sucio secreto.

—No es tan sucio, después de todo.

—Lo bastante. Porque Becky murió.

—Pero no fue culpa tuya —le digo, repitiendo inconscientemente sus propias palabras, como un loro.

Condor esboza una leve sonrisa.

—Gracias. Pero yo siento que sí lo fue. —Apura su vaso. La botella está vacía, y se levanta para ir a buscar otra. Cuando regresa con ella, dice—: A la mierda, ¿no?

—Kaycee Mitchell está muerta. —No he podido aguantarme más—. Estoy segura.

Condor deja pasar largo rato sin decir nada.

—Kaycee Mitchell se fugó —contesta brevemente.

—No. Por eso ya no consigo encontrarla en ninguna parte. Es porque no llegó a irse.

—¿De modo que todo Barrens está mintiendo? —El tono de voz de Condor resulta curioso, de tan calmado. Es como si esta pregunta no la hubiera formulado él. Se sirve otro vino y a continuación me acerca la botella.

—Únicamente las personas que cuentan. Todas las demás se creen lo que les han contado. —Ya me está dando vueltas la cabeza—. A Kaycee la asesinaron.

Ya está. Ya lo he dicho.

En cambio, Condor no parece turbarse. Solo se le ve cansado.

—No me digas. ¿Y quién la asesinó, entonces?

Me doy cuenta de que no me cree, y se lo digo. Él suspira y después se frota los ojos con los puños.

—¿Por qué iba nadie a asesinar a Kaycee?

—No... No estoy segura todavía —reconozco—. Pero sé que tuvo algo que ver con Optimal. Y también con el Juego.

—¿Piensas que a Kaycee la asesinaron a causa de algún asunto de acoso escolar?

—No. Era un asunto más grave. Creo que su padre vendía las fotos que Kaycee y sus amigas iban recopilando. Creo que encontró un mercado nuevo. Y creo que cuando ella le amenazó con contarlo, él la asesinó.

—Eso es repugnante —dice Condor.

—Solía maltratarla. —Casi inmediatamente me avergüenzo de haber dicho esto. Es como si hubiera revelado un secreto que Kaycee me hubiera jurado no desvelar.

—No lo dudo —responde Condor, ya en un tono más suave—. Pero te digo que es imposible. Frank Mitchell de ningún modo pudo matar a su hija.

—Así que ahora eres capaz de leer el pensamiento. —Me da igual cómo ha sonado esto. Ya estoy harta de que duden de mí, de que no me crean, de que me hagan pensar que estoy imaginando cosas—. ¿Has tenido que ir a la universidad para titularte?

La hostilidad de mi pregunta queda flotando entre ambos. Condor no tiene ningún título universitario, y él sabe que yo lo sé.

—Mira, después de que Kaycee desapareciera, estuve viendo a Frank todos los días, durante varios meses. Todas las mañanas acudía a comprar un

paquete de seis cervezas y una botella de vodka. Durante una temporada fueron dos paquetes en vez de uno. Era como ver a una persona suicidarse a cámara lenta. Un día ya no pude aguantarme más y le dije que beber no iba a ayudarlo a olvidarse de su hija. —Enlaza las manos y las aprieta con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. Me miró como si me hubiera vuelto loco. ¿Sabes lo que me dijo? Que no bebía para olvidar, sino para creer. Al principio no entendí a qué se refería, y le pregunté qué era lo que quería creer. «Quiero creer que Kaycee ha huido, que está en alguna parte y que le van bien las cosas». —Condor guarda silencio durante unos instantes—. ¿No lo entiendes? Frank dijo que su hija había huido porque así quería creerlo él. Necesitaba creerlo. Pero no lo sabía, y le aterrorizaba no saberlo.

Me levanto de repente. Siento el cuerpo como si fuera el de otra persona.

—Olvidalo. —No debería haber venido. No sé por qué lo he hecho. Allá donde miro, todo se derrumba—. Olvida todo lo que te he dicho.

Condor también se pone de pie.

—Estoy intentando ayudarte...

Lo interrumpo antes de que pueda terminar la frase.

—Es posible que esté equivocada respecto de Frank Mitchell, pero no respecto de Kaycee. Quisieron quitarla de en medio porque sabían que podía delatarlos...

—¿A quiénes te refieres, Abby? —Condor me mira como si tuviera miedo de mí—. ¿A Optimal? —En su voz puedo oír cómo suena. En sus ojos soy una imagen reflejada encogida, desesperada e insignificante—. ¿Y el sheriff Kahn? ¿Y Misha? ¿Y todas las amigas de Kaycee? ¿Y Brent? —Escupe este último nombre como una palabrota.

—No lo entiendes. Tú no lo sabes... Optimal es la dueña de todo lo que hay en este pueblo, está en todas partes...

—¡La que no lo entiende eres tú! —exclama con la voz rota al final, en una nota dolorida que toca una fibra sensible en mi interior. De pronto me doy cuenta de que su irritación es únicamente dolor, preocupación, miedo—. ¡A la mierda Kaycee Mitchell! Me da igual que esté viva, muerta o ardiendo en el infierno. A la mierda. Lo echó todo a perder. No dejes que también te destruya a ti. No dejes...

Le beso. Le arranco las palabras de la lengua por la fuerza bruta. Volcamos una pila de libros que había encima de la mesa, caemos contra la silla y luego contra el suelo. Empujamos una lámpara que se rompe en mil pedazos, y la habitación queda a oscuras.

—Puedes utilizarme a mí para curarte —me dice al tiempo que se desabrocha el cinturón—. Lo sabes, ¿verdad?

—No he venido aquí a curarme —le contesto a la vez que lo acerco a mí. Porque es posible que no pueda curarme con nada.

Unos golpes en la puerta. Hay alguien en la entrada, llamando una y otra vez.

Estoy en mi cama, pero aún noto el olor de Condor presente en todas partes, también en todo mi cuerpo.

Más golpes.

Como mi teléfono está sin batería, tengo que buscar el microondas para ver qué hora es. Las ocho y doce. Solo una mala noticia puede llegar tan temprano.

Abro una rendija en la persiana con los dedos y se me detiene el corazón. Es el sheriff Kahn, mirando mi puerta con cara de pocos amigos, como si esta le hubiera hablado. A juzgar por su postura, deduzco que lleva aquí un rato... y que no tiene intención de marcharse.

Aún tengo los cuadros en mi cuarto de estar. Cada uno de ellos parece representar algo arrancado de un cuerpo, semejante a un secreto horrible.

Kahn empieza a aporrear de nuevo la puerta justo cuando acabo de esconder uno de ellos bajo el sofá.

—Un minuto. —El sudor me pega el pelo a la frente. Llevo puesta la misma camisa que llevaba ayer, pero del revés—. ¡Un minuto! —Meto los otros dos cuadros debajo de mi cama.

Busco una mentira, una excusa, algo que decir, pero no encuentro nada. En cierta ocasión perdí el control del coche en Lake Shore Drive, y tras unos segundos de pánico durante los cuales el automóvil estuvo girando sobre sí mismo en el hielo, en dirección a la cuneta, hallé un instante de paz igual que este. La colisión era inevitable. Lo único que tenía que hacer era esperarla. Supuso casi un alivio.

—Abby. —El sheriff Kahn trae la cara de un asistente a un funeral del que en realidad se alegra en secreto: como esforzándose demasiado. «Hay determinadas tragedias que no tienen explicación. La gente se fuga. Constantemente hay chicas que se fugan»—. Lamento molestarla a estas horas.

La luz matinal me sienta igual que la llegada de un huésped terrible al que no he invitado. Me quedo aquí de pie, pestañeando y sudando, mientras el

sheriff Kahn refracta la luz con sus hombros.

—No creo que lo lamente tanto como yo —le contesto, y al instante me arrepiento. Pruebo otra vez—: ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo una mala noticia. —Advierto que hace un esfuerzo para mirarme directamente a los ojos.

—Vi su llamada. —Hago una pausa para estudiar su expresión, pero no sé interpretarla—. Y, sinceramente, no tengo ni idea de lo que me habla.

Kahn se estremece y agita una mano como si quisiera espantar una mosca.

—No he venido por eso.

La pausa es lo bastante prolongada para que el mundo entero se contraiga en un único latido. Que no haya venido por eso significa que ha venido por otra cosa, y de repente empiezo a barajar posibilidades que ni siquiera sabía que tuviera que tomar en cuenta. Durante un segundo de pánico me digo que seguramente ha venido por Kaycee Mitchell, o por la persona que la ha estado suplantando.

—Tengo malas noticias respecto de su padre.

Lo curioso es que de repente tengo la sensación de que esperaba oírle decir eso.

—¿Me permite entrar un momento? —solicita con voz más baja.

Es increíble que existan tantas formas distintas de asfixiarse. Uno puede asfixiarse ahogándose con la poca agua que hay en un charco. Uno puede asfixiarse si le tapan la nariz y la boca, o si lo estrangulan. Uno puede asfixiarse incluso respirando, siempre que respire el aire que no debe.

Quien lo ha encontrado ha sido TJ. Fue a verlo unas horas después de que volviéramos de la consulta del doctor Chun. Formaba parte de su rutina. Normalmente, va los lunes para inspeccionar los árboles, por supuesto, y también para tomarse un *ginger-ale*. Me parece importante informar de esto al sheriff Kahn, hacerle saber que era algo rutinario. Me parece importante demostrar que yo conocía dicha rutina, por lo menos una pequeña parte de ella.

No sé por qué siento la necesidad de dar la impresión de conocer la vida diaria de mi padre mejor de lo que la conozco en realidad, como cuando, en la conversación que tuve con la madre de Monty, justifiqué mi decisión de alquilar una casa para mí. Los desconocidos nos hacen pensar que la familia es lo más importante. La familia tira mucho, y tal. ¿Cómo ha de actuar uno

cuando no es así?

El relato de TJ es breve. Dice que mi padre estaba un tanto deprimido y confuso, y que hablaba mucho de mi madre. Despotricaba del cáncer y del gobierno, afirmaba que el cáncer lo inventó un laboratorio estadounidense en los años cincuenta con la finalidad de que la gente abandonase la Seguridad Social.

Le regaló a él su sierra para metales, una de sus herramientas favoritas.

Luego TJ me llamó dos veces, y no respondí. El sheriff Kahn no menciona esa parte. Dudo que la conozca.

Tengo la cabeza llena de timbres de teléfono, voces que no distingo, alguien que grita intentando respirar.

El sheriff Kahn me dice que TJ ha llorado en su oficina. Que se siente culpable por haber aceptado la sierra.

Cuando TJ encontró a mi padre esta mañana, el coche estaba en el garaje, todavía con el motor en marcha, escupiendo los últimos gases que le quedaban.

El sheriff Kahn me dice que seguramente mi padre ha tenido una muerte indolora. Que es una manera apacible de morir. Que parece que estuviera dormido.

Por un instante no recuerdo si le di un abrazo al despedirme de él.

Pero sé que no lo hice.

No duermo. Tampoco como gran cosa. Pero sin darme cuenta va pasando el día, y después el día siguiente.

Ya hace dos días que se suicidó mi padre. Se asfixió respirando el humo del tubo de escape de su coche. Quizá se debió a la confusión, quizá tenía demasiado amor propio para someterse y quedarse en casa, o quizá su pérdida de fe le resultó ya insoportable.

El sheriff Kahn tiene la amabilidad de concederme estos dos días antes de regresar para detenerme. Por allanamiento de morada. Por vandalismo. Quizá le sabe mal detenerme, porque se salta el paso de ponerme las esposas y simplemente me lee una declaración jurada que ha hecho el vigilante nocturno de U-Pack. Yo, como un zombi, observo cómo mueve los labios mientras me explica lo que he hecho. Que no detuve el automóvil para mostrar mi documentación al vigilante. Que cuando este intentó cerrar la verja, de todas maneras yo la atravesé a toda velocidad. Por lo visto, no saben nada de los cuadros de Kaycee ni de que me los llevé en secreto. Al parecer, las cámaras de seguridad son bastante malas.

Los cuadros siguen metidos debajo de mi sofá y de mi cama, casi me parece olerlos. No me atrevo a confesar que los tengo ni tampoco a devolverlos. Hasta me da miedo verlos otra vez, no vaya a ser que, igual que sucede con los cadáveres, hayan empezado a pudrirse.

—Para serle sincero, lo que persiguen es dinero. Claro que lo de Frank Mitchell es otra historia. Es un tipo imprevisible. Sé que no tengo por qué decirle eso a usted. Pero Mitchell podría presentar cargos.

Recuerdo las muchas ocasiones en las que jugué a las cartas con Kaycee en mi porche, las dos sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. La que había ganado la partida anterior tenía que escoger una carta comodín, y Kaycee siempre escogía el rey de corazones. El «rey suicida», lo llamaba ella, a causa del cuchillo que le atravesaba la cabeza.

—¿Qué estaba haciendo usted allí? —me pregunta el sheriff Kahn.

Estoy demasiado agotada para mentir.

—Frank Mitchell alquiló ese trastero justo después de que Kaycee

supuestamente se fugara.

—Así que supuestamente, ¿eh? —El sheriff Kahn se levanta y empieza a dar vueltas a su sombrero entre las manos—. Creía que ya había logrado dar con su paradero.

—¿Quién le ha dicho eso? —contesto, sintiendo una chispa de interés, la primera en varios días, como un cigarrillo que se enciende en medio de un aparcamiento a oscuras.

—Su compañero. El tipo de las... las camisas. Me ha dicho que Kaycee la llamó a usted cuando se enteró de que la estaba buscando. —Vuelve a colocarse el sombrero en su sitio con una sola mano, igual que un vaquero de una vieja película del oeste.

—Joe ya no es compañero mío —le informo—. Estoy suspendida.

—Lo lamento mucho —dice el sheriff Kahn con cautela—. ¿No la advertí de que no debía hurgar en asuntos del pasado? A un perro que está dormido hay que dejarlo en paz. Eso es lo que decía siempre mi abuela. No se levante —agrega, aunque yo no he hecho el menor amago—. Conozco la salida.

Antes de que salga por la puerta, le digo impulsivamente:

—¿No quiere saber dónde está?

Kahn se detiene, se vuelve y me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién?

—Kaycee Mitchell. —Me obligo a mí misma a mirarlo—. ¿Ni siquiera siente curiosidad por saber dónde ha acabado?

—La verdad es que no —responde con una leve sonrisa—. No es asunto mío.

—En Florida —le digo, y por un segundo se queda petrificado. Otra chispa que reluce en la oscuridad—. En Sarasota. Usted tiene allí una propiedad compartida, ¿no es así? ¿O es que algún amigo le presta su casa?

—Cúidese, Abigail —me dice el sheriff Kahn al tiempo que abre la puerta —, y procure dormir un poco. No tiene buena cara.

He estado evitando las llamadas de Condor, como las de todo el mundo, y escondiéndome cada vez que lo veía acercarse, por más tiempo que lo viera aguardando de pie en el porche. Ahora que ya han pasado tres días de la muerte de mi padre, se rinde por fin. Pero de pronto percibo un murmullo y, tras asegurarme de que se ha ido, abro la puerta al aire de la noche. Detrás de la puerta de rejilla encuentro un sobre marcado con mi nombre. Dentro,

envuelto en una bolita de algodón, hay un precioso anzuelo de pesca y un cebo artesanal, todo ello adornado con plumas y abalorios con franjas de colores dorado y azul; un trabajo que a mi padre le habría parecido impresionante.

Lleva una nota al lado: «Espero que pesques a tu pez gordo. Dave».

Al ver su nombre de pila, un nombre que casi nunca utiliza, siento que algo se remueve en mi interior. De improviso me entran ganas de llorar, me invade el recuerdo de su boca sobre la mía, de su urgencia, su rabia, su preocupación.

Con sumo cuidado envuelvo otra vez el anzuelo en el algodón y lo meto en el bolsillo del mono de trabajo más viejo que tenía mi padre. Todavía huele un poco a lo que olía él: a aceite de motor, a colonia Old Spice y a serrín.

La nota, también. No me atrevo a tirarla.

«Dave».

El equipo regresa a Chicago, y yo entierro a mi padre teniendo como única compañía a TJ, bajo un cielo gris que anuncia una tormenta que no acaba de estallar. Aunque ha habido algunas personas más que han expresado interés por estar presentes en el funeral, entre ellas la madre de Monty, Condor y Brent, sé que no voy a poder soportar su compasión, una compasión que no merezco. Además, parece apropiado que el entierro de mi padre sea tan brutal y solitario como ha sido su muerte.

Al acabar, hago un alto en la gasolinera para comprar dos paquetes de cervezas y unas cuantas cosas más que para mi padre habrían sido chucherías propias de una fiesta: palitos de *mozzarella* congelados, bollitos de chocolate, salsa de queso para nachos y patatas fritas. En su casa hace calor y huele mal. Todavía no he tenido ánimos para ponerme a limpiar, y en el fregadero hay platos sucios desde hace una semana que atraen a un enjambre de moscas.

Prefiero sentarme en el porche trasero, el que da al bosque. TJ trae una botella de Jim Beam, y nos vamos turnando en beber directamente del morro, con los pies apoyados en la barandilla, columpiándonos en las mecedoras que construyó mi padre para mi madre cuando yo acababa de nacer. El desorden de mi padre también afecta al porche: pilas de baldas de madera de contrachapado, viejas rejillas del aire acondicionado, tuberías recuperadas y aparatos electrónicos que llevan décadas sin funcionar. El paisaje apenas ha

cambiado desde que yo era pequeña, tan solo se ha vuelto un poco más agreste, un poco más frondoso. Aun así, se distingue el reflejo del sol en el agua el pantano. Bueno, no es exactamente el agua, sino unas pequeñas llamaradas solares, como si detrás de los árboles estuviera incendiándose algo.

Si respiro hondo, me parece percibir el olor del humo residual de una hoguera.

Únicamente el presente es sólido. El pasado es humo.

—Si necesitas ayuda para ordenar las cosas de tu padre, dímelo —me ofrece TJ al tiempo que se retuerce para agarrar la botella de whisky con su mano «buena». Pasamos un rato bebiendo en silencio.

—¿Qué fue lo que te ocurrió en el brazo, TJ? —le pregunto cuando ya estoy lo bastante borracha para pensar que es buena idea. He oído hablar de las denominadas «extremidades fantasma», por supuesto, de personas que sienten punzadas de sensibilidad en dedos que les faltan y hormigueos en piernas amputadas. Pero nunca he oído hablar de nadie que tuviera el problema contrario.

—Me herí con un artefacto explosivo improvisado —me responde—. En Irak, en 2004. Hizo volar por los aires la mitad de nuestra unidad. Yo tuve suerte. —Y agrega—: A mi amigo Walt le arrancó la cabeza. Siempre me hacía jurar que llevaría su anillo de casado a su esposa, pero no pude recuperarlo. Había demasiados cadáveres y gente que nos disparaba desde todas partes. Al final tuvimos que replegarnos.

Afirmo con la cabeza, aunque su historia no responde a mi pregunta. Quizá sea que el pasado no tiene por qué explicarlo todo. Quizá sea que no puede.

No me lleva mucho tiempo recoger todas las cosas de mi casa. Lo más difícil es intentar meter los cuadros de Kaycee en mis maletas. Y no puedo llevarlos en la mano, a la vista de todo el mundo. Así que decido envolverlos y atarlos todos juntos, pero ahora pesan una barbaridad. Ya me veo transportándolos a todas partes en un carrito, para siempre.

Hannah, la hija de Condor, ha vuelto de la casa de sus abuelos con un juguete nuevo: una tableta de plástico que lleva todo el rato pegada a la nariz. Pero cuando, sentada en la escalera del porche, me ve aparecer con la maleta en dirección a mi coche, levanta el rostro y me mira.

—¿Te marchas? —me pregunta con gesto muy solemne, y cuando le respondo con un gesto afirmativo, arruga la cara—. ¿Regresas a Chicago? —Pronuncia «Chicago» como si fuera la luna.

—No.

Aún tengo que deshacerme de las cosas de mi padre, poner en orden su casa, ver qué tiro de todos los trastos que hay. Pero mi contrato de alquiler en Barrens solo llegaba hasta el 1 de julio, y ya hay un nuevo inquilino esperando para instalarse.

Tal vez haya sido esto lo que me tenía preparado el futuro todo el tiempo, lo que me he empeñado tanto en eludir y lo que, en última instancia, es ineludible. Tal vez el tiempo no sea una raya, sino un sacacorchos, y cuanto más fuerte he empujado más he ido metiéndome en el pasado.

—Me voy a casa.

TJ toma prestado un contenedor industrial a un amigo que tiene un negocio de revestimientos para tejados, y a la mañana siguiente empiezo con la tarea de seleccionar y tirar a la basura. Principalmente, tirar a la basura.

Las pertenencias de mi padre no me producen nostalgia alguna, ningún sentimiento aparte de estremecimientos y malos recuerdos. Cubiertos de plástico que no hacen juego unos con otros, tazas con adornos navideños, camisas de franela raídas, toallas llenas de lamparones, un sillón reclinable, una estantería para libros con tres patas; esta es toda mi herencia. Tiro todo lo que hay dentro de la nevera, rocío la cocina entera con desinfectante y hago salir los insectos por las ventanas con nubes de aerosol.

Si pudiera levantarla en vilo, tiraría la nevera entera.

Me siento más sola que nunca en toda mi vida. Mi bandeja de entrada se llena de correos electrónicos en los días que siguen a la muerte de mi padre—hasta Portland me ha enviado una nota, con el macabro título de «Escarbando», que no me molesto en abrir—, y a partir de ahí empieza a disminuir el flujo de las comunicaciones, como era previsible. Brent, tozudo, sigue llamando todos los días, y todas las veces deja una versión del mismo mensaje: «Hola, soy Brent. Estoy preocupado, por favor llámame». Llega un centro de flores, una corona de lirios adecuada para un enorme servicio religioso. Va directa a la basura.

No quiero ver a nadie. No puedo.

Por irónico que parezca, nunca ha habido tanta gente en Barrens. Primero llegan los canales locales de noticias para especular acerca de un creciente escándalo de corrupción. Empiezan a congregarse manifestantes frente a las puertas de Optimal preconizando la importancia de contar con un agua limpia, y su campamento aumenta de tamaño de día en día. A continuación, llegan abogados especializados en buscar daños personales y miembros de grupos de presión esgrimiendo sus temas de debate y sus motivaciones políticas.

Todo ello me resulta lejano, como si estuviera sucediendo en otro lugar. Las pocas veces que enciendo la televisión para ver las noticias locales me

sorprendo al encontrarme con el rostro de Joe conectando desde Chicago para proporcionar información de última hora, y hasta imágenes en las que aparece el equipo entero trabajando afanosamente en la oficina de Chicago, todos con caras serias y concentradas. Ningún miembro del equipo menciona siquiera mi nombre.

La única excepción es el fiscal del condado, Dev Agerwal, que súbitamente se ha convertido en el niño mimado de los informativos de Indiana: en ningún momento deja de mencionar que una mujer de aquí, una tal Abby Williams, lo puso sobre aviso de la corrupción que llevaba tiempo manchando el cargo de su predecesor y lo inspiró para embarcarse en su actual cruzada para poner fin a la influencia de Optimal en la política tanto local como estatal. Incluso hay un emprendedor reportero de la WABC que me ha seguido la pista y se presenta en casa de mi padre. Cuando me ve abrir la puerta cargada con una bolsa de basura repleta de trastos procedentes de los armarios del baño, da un paso atrás y casi se cae del porche. Le digo que yo no soy la Abby Williams que está buscando.

Estos días estoy todo el tiempo dolorida y acalorada. Llevo puesto el mono de trabajo de mi padre, duermo en el sofá en la hondonada que ha ido formando él con su peso, hago limpieza de sus pertenencias, preparo en la vieja cafetera un café que sabe a grano molido chamuscado. Tengo la sensación de estar resbalando poco a poco hacia lo que era mi padre, de estar transformándome en él, de estar devolviéndolo a la vida.

Mi única compañía, aparte de TJ, es el cartero, que llama a la puerta para decirme que ya no puede meter nada en el buzón porque este lleva dos semanas sin vaciarse. No hay nada más que decir, pero de todos modos hago un intento por retenerlo, para que no se vaya.

—¿Qué es lo más raro que ha tenido que entregar usted? —le pregunto.

Él ni siquiera se inmuta.

—Yo no abro el correo, señora. Eso constituye un delito federal.

—Pero debe de tener alguna idea —persisto—. Un corazón ensangrentado envuelto en papel de regalo para un ex, sobres llenos de purpurina que explota, cosas así.

El cartero se queda mirando la cerveza que sostengo en la mano.

—Olvídelo —le digo—. Ha sido una pregunta tonta.

—No, es que estoy pensando —me responde—. A ver si me acuerdo... Todas las Navidades, algunos de los niños envían cartas al Polo Norte. Y también me encuentro con alguna dirigida al Ratoncito Pérez.

Ojalá no le hubiese preguntado nada. La soledad deja de ser un dolor leve para transformarse en un puñetazo en el estómago. Me vienen a la memoria todos esos niños de mejillas sonrosadas, todas esas familias sentadas a la mesa del comedor escribiendo listas de deseos: retazos de normalidad.

El cartero se levanta la gorra y se pasa la mano por la frente para secarse el sudor.

—En cierta ocasión conocí a un viudo que continuaba mandando cartas a su esposa —relata—. Empezó a escribirlas unos meses después del funeral. Me entregaba una cada día, sin dirección, solo con el nombre y la ciudad de destino: Roma. Se había convencido a sí mismo de que su mujer se había fugado con otro hombre. Me dijo que ella siempre había querido ir a Roma. —Sacude la cabeza en un gesto de negación al tiempo que se toca los botones del uniforme con unos dedos manchados de nicotina—. Le estuvo escribiendo cartas todos los días, suplicándole que volviera, hasta que falleció. Curioso, ¿no le parece? Prefirió pensar que su mujer tenía una aventura. Quería que siguiera estando viva, aunque ello significara que se había portado mal con él. —Sacude la cabeza otra vez.

—Sí, curioso —coincido.

El cartero se despide con un gesto y regresa a su camioneta.

Me quedo aquí de pie unos momentos, con la mirada perdida, dejando marcas de sudor en el correo, pensando en ese anciano que escribía cartas a su esposa ya fallecida, pensando en Misha y en Frank Mitchell, y en que todo el mundo insiste en que Kaycee se fugó. A lo mejor Condor está en lo cierto, a lo mejor no fue una mentira sino un deseo. A lo mejor solo querían creer que Kaycee se había escapado.

Querían creer que ellos le habían permitido escapar.

El correo de mi padre son todo cupones y basura, además de un folleto, obviamente reciente, que pide a los residentes que acudan a una reunión para hablar de la crisis del agua. Estoy punto de tirarlo todo cuando de pronto veo un sobre de papel manila que asoma entre un montón de publicidad y cae al suelo.

No lleva dirección, sino únicamente un nombre escrito con letra clara: Abigail Williams.

Al agacharme a recogerlo, siento que todo mi cuerpo se proyecta en mi brazo y en mis dedos para retirar la cinta adhesiva con que lo han cerrado. Intuición. Premonición.

Dentro no hay ninguna nota, tan solo una docena de fotos Polaroid, todas

de chicas del instituto. Chicas del instituto desnudas de cintura para arriba, posando y lanzando besos a la cámara a pesar de la mirada turbia que se les aprecia en los ojos, obviamente por efecto del alcohol. Chicas del instituto yaciendo inconscientes en un sofá, con las piernas abiertas y dejando ver las bragas. Una chica completamente desnuda, con el rostro borrado por el destello del flash.

En una de las fotos aparece Sophie Nantes, con la falda levantada hasta la cintura, el cabello manchado de pintalabios, los párpados entrecerrados por el alcohol. Voy pasando las fotografías con cuidado, más de una vez, aunque verlas me revuelve el estómago.

Aparte de Sophie Nantes y de una chica que identifiqué como una de las amigas que acudieron con ella a ver a Tatum a la clínica, reconozco otras tres caras más.

Todas ellas tienen su fotografía colgada en el nuevo centro comunitario.

Son cinco, todas son estrellas del programa de becas para jóvenes de Optimal, escogidas personalmente por la vicedirectora del instituto de Barrens.

Lilian McMann parece sorprendida de verme, y eso que la he llamado para decirle que venía. O a lo mejor es que simplemente le sorprende la mala cara que tengo. Me veo sin querer en el espejo que hay detrás del mostrador de la recepción y no me reconozco: una chica con los ojos hundidos y la piel azulada. Una desconocida que tan solo guarda un remoto parecido con la persona que yo recuerdo.

Seguramente no me ayuda el hecho de que voy vestida con unos vaqueros salpicados de pintura y el chaleco que se ponía mi padre para trabajar.

Pero Lilian se recupera rápidamente.

—Pase —me dice—. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un agua? ¿Un té?

Acepto un agua. Todavía estoy un poco achispada por culpa de la cerveza, y necesito despejarme la cabeza y centrarme. En cuanto veo que se sienta otra vez, voy directa al grano.

—Me gustaría hablar con su hija acerca de lo que le sucedió antes de que usted dejara el Departamento de Gestión Medioambiental —le digo. Ella se queda inmóvil, con la botella de agua suspendida en el aire—. Necesito preguntarle por los mensajes que recibió, y si sabe de alguien más, alguna otra chica, que fuera objeto de intimidaciones.

Lilian baja la botella sin beber. Durante unos instantes permanece sin decir nada, y me preocupa que pueda responderme que no. Pero simplemente contesta:

—Entonces, ¿usted me cree? ¿Usted cree que la acosaron a propósito?

—Lo que creo es que Optimal viene utilizando a chicas. Creo que las ha estado utilizando por diversión. Para sobornar. Ha estado comerciando con fotografías, desde luego; pero también ha llegado a mis oídos que se organizaban ciertas fiestas a las que asistían varias de esas chicas, como parte del programa de becas. —No quiero ni pensar lo que debía de ocurrirles cuando la cámara dejaba de enfocarlas—. Así es como conseguía Optimal tantos protectores. No era solo a cambio de dinero, sino también a causa de las chicas. Todo el mundo estaba implicado por igual. No era soborno — trago saliva—: era chantaje.

Lilian guarda silencio durante largo rato, y se limita a apretar con fuerza la botella de agua. Ahora, en este silencio, oigo cómo me retumba el corazón. Me preocupa que Lilian siga sin creerme.

—¿Cómo? —me pregunta al fin.

—Me parece que Misha Jennings, la actual vicedirectora, tomó la idea de Kaycee, hace diez años —continúo—. Fue un juego que practicaban ella y sus amigas cuando estaban en el instituto, un juego muy morboso que se inventaron. Sus víctimas eran chicas más jóvenes, alumnas de cursos inferiores, personas que deseaban formar parte de algún grupo. Las invitaban a fiestas, las emborrachaban y las convencían de que posaran. Acto seguido, les pedían un rescate por las fotos o las amenazaban con darlas a conocer.

Me cuesta un gran esfuerzo sostenerle la mirada a Lilian. Su gesto es duro y glacial, de furia, y no puedo evitar la sensación de que me recrimina algo: que le haya traído esta noticia, que no haya podido impedir esto.

—Pero las fotos nunca se devolvían. Comprendo que esto puede parecer demencial, pero creo que, a través del padre de Kaycee, encontraron una vía para obtener ingresos, y la explotaron. Algunos ejecutivos de Optimal andaban por ahí buscando chicas jóvenes.

Si Misha propuso vender las fotos a través de la tienda de Mitchell, es posible que Kaycee se opusiera a ello. No por motivos de moralidad, sino porque ella era así: una persona que cambiaba de opinión, que un día se le antojaba una cosa y en cuanto le daban la razón dejaba de antojársele. Además, Kaycee odiaba a su padre; a lo mejor vio aquello como una oportunidad de hacerle frente. O simplemente tuvo miedo de que la pillaran. Sin embargo, no recuerdo haber visto nunca a Kaycee con miedo de algo.

Y si Condor está en lo cierto respecto de Frank Mitchell, la única persona que quedaba con un motivo lo bastante fuerte para matarla era Misha. Misha, que siempre estuvo encaprichada por el novio de Kaycee; Misha, igual que su mejor amiga pero en una versión más cruel, más tosca y más fea; Misha, que le mintió a Brent diciéndole que había hablado con Kaycee por teléfono; Misha, que intentó que yo centrara la atención en el padre de Kaycee lanzándome pistas en el centro comunitario; Misha, que solo se hace la tonta.

Misha, que quizá sea la más inteligente de todos nosotros.

Me gustaría saber si Annie Baum y Cora Allen sospecharon lo que estaba ocurriendo o si incluso contribuyeron a ello. Así se explicaría que hayan pasado estos diez años drogándose o entregándose al alcohol para olvidar.

Y también queda preguntarse si lo sabía Brent. Pero me cuesta creerlo.

Con independencia de lo que diga ahora, en aquel entonces debía de estar enamorado de Kaycee. Ha intentado ayudarme, aunque ello debe de dolerle. Y también ha intentado ayudar a Misha, y me cuesta trabajo creer que quisiera ayudarla a ella si supiera que es un monstruo.

—Me parece que Misha ha seguido con el Juego durante todo este tiempo —sigo diciendo—, ha modificado las reglas, se ha servido del dinero de las becas como incentivo... y como póliza de seguros.

Me viene a la memoria que, el día en que fui a verla, su secretaria estaba recogiendo los teléfonos de los alumnos y entregándoselos a ella como castigo por mandar mensajes durante la clase. Posibles víctimas para un negocio mucho más grande.

De repente Lilian se levanta y se va hacia la ventana. No hay ningún paisaje que apreciar: tan solo el aparcamiento semivacío.

—Después de lo que ocurrió, trasladamos a Amy a un colegio privado —dice—. Ella no sabe nada.

—Puede que sepa más de lo que usted imagina.

—Dejó todo aquello atrás. —A Lilian se le quiebra la voz—. Estuvo a punto de acabar con ella. Por fin es feliz...

—Esto abarca mucho más que a Amy —le recuerdo, con tanta delicadeza como puedo.

Lilian, para mérito suyo, no rompe a llorar. Veo la tensión que le recorre el cuerpo, que le contrae la espalda y los hombros. Pero cuando vuelve a hablar, su tono de voz es tranquilo.

—¿La llamamos las dos juntas? —me dice—. ¿O prefiere hablar con ella usted a solas?

Al final opto por no hablar con Amy por teléfono. El internado Culver, en el que Amy ha pasado un curso de verano intensivo en Humanidades, se encuentra a dos horas al norte de Indianápolis. Cuando llego ya es la última hora de la tarde, y aunque no he dormido nada me siento más despierta que en todas estas semanas atrás.

Me lleva quince minutos localizar el centro de alumnos en el que Amy ha accedido a encontrarse conmigo para tomar un café. Me preocupa que en el tiempo que he tardado en venir hasta aquí se le hayan pasado las ganas.

Pero aquí está. Se levanta y me estrecha la mano con firmeza, para transmitirme la impresión de que ella es la adulta y yo soy la niña que

simplemente ha venido a hacerle una entrevista. Incluso aunque me esfuerzo en explicarle por qué he venido, me toma la delantera:

—Mi madre me ha dicho que quería hablar de lo que sucedió cuando yo estaba en segundo curso del instituto.

—No exactamente —le digo—. He venido por lo de las fotos. No solo las tuyas, también las de otras chicas de tu misma edad. Anduvieron circulando. Incluso se vendieron.

Amy desvía la mirada.

—Ninguna de mis amigas hizo nada de eso.

—Pero ¿oíste hablar de ello? —le pregunto—. ¿Supiste de otras chicas que sí lo hicieron?

—La gente cuenta muchas cosas —dice Amy despacio—, pero yo no hago caso. La mitad de lo que dicen es mentira, y a veces todo el mundo prefiere creerse la mentira. ¿Cómo puede ser que si un chico practica el sexo es un héroe pero si lo hace una chica todo el mundo dice que es una puta? No es justo.

—En efecto, no lo es —replico, con la esperanza de provocarla. Pero Amy se limita a pellizcar la esquina de la mesa con la uña y evita mirarme—. ¿De modo que nunca llegó a tus oídos lo que llamaban el Juego?

Amy levanta la vista.

—Claro que sí —responde. Se la nota confusa de verdad—. Pero eso no tenía nada que ver con las fotos.

La miro fijamente.

—El Juego tenía que ver con las becas —aclara, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Qué quieres decir?

—La señora Jennings es la que recomienda alumnos para las becas. —Misha—. Pero todo el mundo sabía que la cosa no siempre funcionaba así. —Se la nota un tanto avergonzada—. Había... fiestas. Eventos para las chicas que deseaban ser tenidas en cuenta.

Me viene a la memoria lo que dijo Tatum Klauss en la clínica: que las fiestas eran solo para chicas.

—Allí había siempre gente de Optimal. Ya sabe, gente mayor. —Sus ojos se cruzan brevemente con los míos.

—Hombres mayores —le digo yo, y ella afirma con la cabeza.

—Y en eso consistía el Juego —termina, sin dejar de arañar el borde de la mesa con la uña—. En ir allí a intentar que te seleccionasen.

—¿De qué manera? —Tengo la garganta tan seca que apenas puedo articular las palabras—. ¿Qué tenían que hacer las chicas para resultar seleccionadas?

—Yo no fui nunca —dice Amy—. No era lo bastante guapa. —Por su semblante cruza brevemente una sonrisa de tristeza—. Supongo que, por eso, cuando pasó todo lo de Internet me sentí halagada.

—De modo que las becas de Optimal no tienen nada que ver con el rendimiento escolar —concluyo, procurando mantener un tono de voz neutro. Esto suscita en Amy una carcajada.

—¿Está de broma? La mitad de las chicas que consiguen una beca apenas aprueban, a no ser que reciban clases de refuerzo a lo largo del programa.

Ahora lo veo más claro: Misha y el desfile de chicas con problemas, chicas que ven esto como la única oportunidad que les queda. Cierro los ojos, me aferro a la silla, y por fin lo entiendo: Misha las controla, se sirve de errores que han cometido para manipularlas e intimidarlas.

—Además, ¿usted la ha visto? Siempre son las más guapas del instituto. —Amy menea la cabeza en un gesto negativo—. ¿Sabe cómo llaman a las chicas becas, a las Estrellas de Optimal? Algunos chicos del instituto tenían un nombre distinto para ellas.

—¿Cuál? —pregunto, aunque una parte de mí desea que me tape los oídos, que le suplique que ya no diga nada más.

—Las Putitas de Optimal —dice Amy con una sonrisa triste.

En el camino de vuelta a casa, noto que la carretera se me vuelve borrosa. Tengo la cabeza tan confusa a causa del asco que siento que me veo obligada a detenerme un instante.

Ahora estoy convencida de que Misha sabe con exactitud dónde se encuentra Kaycee. Puede que incluso el sheriff Kahn esté metido en el ajo, o que por lo menos Optimal lo haya persuadido de que mire hacia otro lado.

Es terrible, pero todo ello encaja: el Juego de Kaycee y la posibilidad de ganar dinero en serio. Probablemente todo empezó con un único comprador, uno de los jefazos de Optimal debió de decirle a Mitchell lo que estaba buscando. Un comprador se convirtió en dos, y luego en tres, y luego en muchos más. Debió de llegar un momento en el que la demanda desarrolló su propia cultura, su propia economía. Los ejecutivos de Optimal utilizaban determinados servicios sexuales especiales —muy prohibidos, muy ilegales, lo cual representaba un doble atractivo para determinado tipo de personas— para tener contentos a los organismos regulatorios y a los peces gordos del gobierno mientras ellos hacían lo que les daba la gana.

Pero, con independencia de cómo comenzara todo, está claro que es Misha —y los contactos que posee dentro de Optimal— quien actualmente dirige el cotarro. La beca de Optimal es simplemente un cebo. Así es como capturan a sus presas.

¿Qué podría hacer alguien como Misha, la vicedirectora, la persona encargada de conseguir becas para los alumnos que se encuentran en peligro de perder los estudios, para convencer a las chicas? ¿Resultaría fácil que confundieran lo que estaba ocurriendo con amistad, atención, igual que le ocurrió a Amy en Internet?

No se me ocurre nada. No quiero pensar en nada.

Supone un leve consuelo pensar que Kaycee murió —sin duda murió— porque se negó a continuar participando.

No puedo llamar a Joe, porque lo achacará a que aún estoy de duelo o dirá que se me ha ido la cabeza del todo. No puedo acudir a la policía, porque el sheriff Kahn está en la nómina de Optimal, tiene que estar. A saber cuánto

tiempo lleva encubriéndolos, o cuántas personas más del departamento del sheriff están también involucradas. De Condor sí me fío, pero no sé si él se fiará de mí. Se quedó estupefacto cuando le sugerí que Kaycee no había llegado a salir de Barrens, y prácticamente me acusó de ser una aficionada a las teorías de la conspiración, así que ¿qué pensará si le digo que he descubierto una conspiración de verdad?

Aun así, marco el número de Condor antes de que me lo piense mejor. El teléfono suena seis veces y después salta el contestador. Cuelgo, y al momento me arrepiento. Vuelvo a marcar, pero cuelgo de nuevo al cabo de un solo timbrado, porque me doy cuenta de que él pensará que quiero verlo.

En vez de llamar otra vez, le envío un mensaje de texto. Decido atenerme a la verdad, o a algo que se le acerque mucho. Ya hay suficientes mentiras en este pueblo.

«Me dijiste que perseguía conspiraciones. Pues he dado con una. No sé con qué otra persona hablar. Llámame». Después agrego un «por favor», pero enseguida lo borro. Suena demasiado desesperado.

Pulso la tecla de enviar.

¿Es posible que Kaycee fingiese estar enferma porque intentaba transmitir un mensaje acerca de Optimal? Más que fingir, ¿no estaría enviando una señal? ¿Era una manera de convertir a Optimal en el foco de atención sin implicarse ella directamente?

En cuanto lo pienso, llego a la conclusión de que debe ser verdad. Encaja. A Kaycee la encantaba todo eso, los mensajes secretos, las formas crípticas de comunicarse. El verano de quinto curso intentó inventarse un lenguaje nuevo que solo entenderíamos ella y yo, y se frustró mucho cuando vio que yo no era capaz de aprenderlo tan deprisa, hasta el punto de que me amenazó con dejar de ser mi amiga y únicamente cedió cuando yo me eché a llorar. Siempre andaba con truquitos, claves y pistas. Era la típica niña a la que uno tenía que acercarse del mismo modo que se acercaría a un animal en medio de la naturaleza, sin establecer contacto visual, para que no huyera de ti.

Pero, por muy jodida que estuviera, por suya que fuera la culpa de haber iniciado el Juego, lo cierto es que se arrepintió. Tal vez por primera vez en su vida, intentó hacer lo correcto.

Y por ese motivo murió.

De pronto suena mi teléfono.

Lo atrapo en el último timbrado, y ni siquiera me da tiempo de mirar el nombre que aparece en la pantalla.

—¿Condor? —digo con la voz todavía ronca.

Se produce una ligera pausa.

—Soy Brent —dice Brent. No se molesta en disimular que le ha dolido—. Lamento desilusionarte.

—Brent. Hola. Perdona. —De repente siento una opresión en el pecho. ¿Se habrá enterado? ¿Es posible que lo sepa? Me viene a la memoria lo que me dijo en el partido: «Estoy empezando a pensar que llevas razón respecto de Optimal. En la contabilidad está ocurriendo algo raro».

—Te he llamado todos los días. Estaba preocupado por ti.

—Ya lo sé. Es que he estado... ocupada. —Una mentira evidente. A estas alturas, Brent ya debe de saber que me han dejado fuera del caso Optimal—. Pero estoy bien.

—Pues por tu voz no lo parece —replica Brent escuetamente—. Es como si hubieras estado llorando.

Dudo unos momentos. Brent trabaja para Optimal. Es amigo de Misha. Estuvo saliendo varios años con Kaycee. Y, sin embargo, me besó a mí.

Por otra parte, él nunca me ha reprochado ni castigado por investigar a Optimal, ni tampoco ha intentado ahuyentarme con advertencias. Él ha reconocido que Misha siempre estuvo encaprichada con él. Misha es una experta en mentir; ¿por qué no iba a mentir a Brent?

—¿Abby? —La voz de Brent suena como si estuviera hablando con la boca apretada contra el teléfono, en el afán de introducirse por él—. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí —le respondo. ¿Puedo fiarme de él? Sí o no. Cara o cruz.

Cuento siete cuervos posados en un cable telefónico. «Siete es un secreto, oculto en un rincón».

—Háblame —me dice. Afectuoso. Preocupado.

—Tienes razón, no estoy bien. —Luego, antes de que pueda arrepentirme, agrego—: ¿Cuánto sabes tú de las becas de Optimal?

—¿Las...? —Esta vez se le nota desconcertado. Resulta obvio que no esperaba que yo le preguntara esto.

—Las becas —repito—. ¿Qué sabes de ellas?

Brent emite un carraspeo.

—No mucho, la verdad. Sé que el programa lo dirige Misha y que nuestro director financiero supervisa la financiación. Pero ¿por qué diablos...?

Ahora tengo la seguridad de que su desconcierto no es fingido. No puede serlo.

—Necesito saber si puedo confiar en ti. —Siento cómo se me calienta el teléfono en la mano—. Necesito que me lo prometas.

—¿Qué tengo que prometerte? ¿De qué va esto, Abby?

Por fin no puedo reprimirme más, no puedo seguir soportando este peso yo sola.

—Brent, están utilizando a las chicas. —Se me quiebra la voz—. Se están sirviendo de ellas como... como avales. Como moneda. Sobornos. Llevan años haciendo esto. Creo... Creo que Kaycee lo sabía. Creo que la asesinaron. Creo que la asesinaron precisamente por eso.

Sigue un largo silencio.

—Lo que estás diciendo —dice Brent al fin— no tiene ningún sentido. Es... —Toma aire—. Me cuesta trabajo creerlo.

Es la primera vez que siento lástima por él. Vuelvo a acordarme de la ocasión en que lo sorprendí con Misha en el bosque, detrás del instituto. ¿Qué mentiras le estaría contando ella en aquel entonces?

—Lo siento —le digo—, pero es verdad.

Más silencio. Cuando vuelve a hablar, a duras penas es capaz de articular un susurro:

—Siempre he querido creer que... —Se le rompe la voz—. Siempre he querido pensar que Kaycee estaba bien. —Carraspea otra vez—. Joder. ¿Podemos vernos? ¿Podemos hablar en persona?

Brent no cree que me haya vuelto loca.

—De acuerdo —contesto—. Estoy en casa de mi padre. —La cual supongo que ahora es mi casa.

—Iré lo antes que pueda. No... no se lo digas a nadie más, ¿vale? Si estás en lo cierto... —De nuevo se le quiebra la voz—. No podemos fiarnos de nadie.

Esta palabra, *podemos* es como una súbita luz que me ilumina por dentro. Ya no estoy sola. Tengo a Brent de mi parte.

—Descuida —le contesto, y seguidamente cuelgo.

La casa de mi padre está fría y silenciosa. Huele a detergente y a ambientador. Y casi he limpiado totalmente el pasado.

He guardado el joyero de mi madre en lo alto del armario de mi padre, detrás de las pocas cosas suyas que hace tan solo unos días tenía intención de conservar. Ahora no veo que merezca la pena. No encuentro ningún

significado en su cinturón, en su corbata ni en el billete de dos dólares que tenía en la cartera, de igual modo que el espíritu de mi madre no ha dejado ninguna impronta en su bisutería, de igual modo que Kaycee no puede volver a la vida gracias a las huellas que dejaron sus dedos en el collar de mi perro Castaño.

Extraigo el collar de entre la maraña de bisutería barata, todo chatarra. El pasado es un truco de la mente. Es un relato que entendemos mal, una y otra vez.

Busco una pala en el cobertizo de las herramientas y echo a andar hacia el pantano con el collar de Castaño enrollado en la muñeca. Hace años emprendí el mismo camino con la intención de enterrarlo, pero entonces dejé que Brent me besara, y a partir de aquel momento, sin saberlo, he permanecido atascada en el mismo sitio.

Recuerdo que a Castaño lo enterramos cerca de la orilla. Yo insistí en ese detalle, porque a mi perro le encantaba el agua, y mi padre señaló la tumba con un montón de piedras que recogió de debajo de la vegetación. Pero ya no soy capaz de situarla. Las piedras deben de haberse movido. A lo mejor las ha utilizado alguien para encender una fogata, o quizá han pasado a formar parte del mundo imaginario de otro niño.

Al final me limito a escoger un punto que me parece bonito, un sitio en el que la tierra no ha sido sustituida por el barro, y empiezo a cavar. Bastaría con un hoyo pequeño; sin embargo, continúo cavando hasta que empiezan a dolerme los brazos y se me forman ampollas en las manos, y de pronto caigo en la cuenta de que el sol ya está muy bajo, cerca del perfil de los árboles.

Me ha quedado un hoyo absurdo, de tan grande. Tiene el tamaño de una tumba. Y es que no voy a enterrar únicamente el collar de mi perro, sino también a Kaycee.

Dejo caer el collar de Castaño al hoyo y a continuación lo cubro y apisono bien la tierra, para que no se note que ha sido removida.

Justo acabo de regresar a la casa cuando oigo a lo lejos el ruido de unos neumáticos subiendo por el sendero sin asfaltar. Es Brent. Me da el tiempo justo para guardar otra vez la pala en el cobertizo y salir a recibirlo. Parece fuera de lugar con su traje de trabajo y sus lustrosos zapatos manchados de barro y hierba.

—Abby. Gracias a Dios. —Prácticamente viene corriendo a abrazarme—. Estaba llamando a la puerta de la calle, pero no estabas en casa, no me contestaba nadie, y pensé que... —No tiene por qué decirme lo que pensó.

—Estoy bien. —Esta vez lo digo en serio—. Es que he ido a hacer una cosa que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Después de tu llamada... me cuesta mucho pensar con claridad —dice, meneando la cabeza.

—Vamos adentro —le digo. Hace un gesto afirmativo y me acompaña.

El cuarto de estar se halla vacío en su mayor parte, ahora que lo he despojado de todo salvo de los muebles que pesaban demasiado para que pudiera trasladarlos hasta el contenedor. Brent espera mientras yo me echo un poco de agua en la cara. Me sorprende la imagen que veo reflejada en el espejo. Estoy pálida y desaliñada, con los ojos hundidos de tanto beber y poco dormir.

Cuando regreso al cuarto de estar, veo que Brent ha servido whisky en dos vasos altos.

—Macallan —dice señalando la botella—. La tenía en mi mesa. Me la regalaron el año pasado por Navidad. La estaba reservando para una ocasión especial... —Lanza una carcajada, pero totalmente carente de humor—. En fin, esto es una ocasión.

No me apetece beber, pero de todos modos tomo unos cuantos sorbos.

—Cuéntame —me dice Brent—, cuéntamelo todo.

Y se lo cuento. Le cuento lo de Tatum Klauss y lo de Sophie Nantes, y también lo que he averiguado tras hablar con Amy McMann. Le cuento lo de las Estrellas de Optimal y lo de las fiestas en las que eran cuidadosamente seleccionadas, le cuento que Misha acogía bajo su ala a algunas de las chicas que tenían más problemas. Le repito la historia que me contó Misha acerca de Frank Mitchell y el ejemplo que me puso de un supuestamente hipotético cliente que buscaba chicas más jóvenes. Para cuando llego a la mitad de mi exposición, y a la mitad de mi copa, Brent ya va por el tercer whisky. Tiene los ojos enrojecidos y la camisa empapada en sudor.

Cuando llego a Kaycee y al modo en que encaja todo, Brent ya no aguanta más y se pone en pie.

—Necesito un minuto —dice con la voz entrecortada—. Dame un minuto.

Sale disparado por la puerta de rejilla. Lo oigo pasear arriba y abajo, vomitar contra la hierba para calmar las náuseas que lo invaden. Sé exactamente cómo se siente.

Se ha hecho de noche sin que me diera cuenta. Hemos estado sentados en la penumbra, y cuando me levanto casi no acierto a ver lo bastante para encender la luz. Brent sigue fuera, ya no está en el porche, sino de pie junto a

su coche, inmóvil, con la mirada fija en la nada.

Un repentino mareo me obliga a sentarme de nuevo. Noto la boca seca como si masticase tiza. El whisky no me lo soluciona. Alargo la mano para coger mi bolso y la botella de agua que hay dentro. ¿Cuándo fue la última vez que comí algo? No lo recuerdo.

No debería haber bebido, necesito mantener la concentración. Tenemos que trazar un plan.

Mis manos encuentran el teléfono, que está indicando con destellos luminosos que tiene mensajes nuevos. Tres llamadas perdidas de Condor. He debido de ponerlo en silencio. También me ha enviado un mensaje de texto, con una puntuación horrible; no sé por qué, pero me lleva unos instantes colocar cada palabra en su sitio para dejar de verlas borrosas. Condor quiere saber si estoy bien.

Justo cuando estoy a punto de dejar el teléfono, llega un correo electrónico. Es otra vez Portland, entregándome su último mensaje, el que lleva por título «Escarbando». Lo abro medio por accidente y, entornando los ojos para combatir mi creciente ofuscación mental, intento leer la cuadrícula de párrafos.

«Quería asegurarme de que vieras esto. Podría ser importante».

Debajo de esto sigue el mensaje original. Hay palabras que me resultan refractarias a la vista: Kaycee, envenenamiento, síntomas.

Las letras revolotean trazando círculos, y tengo que hacer el esfuerzo de mirarlas fijamente para sujetarlas en el sitio, una por una.

He estado pensando un poco más sobre lo que dijiste de los síntomas de Kaycee. Tienes razón. Sus síntomas no se correspondían con los de la contaminación por plomo. Pero son idénticos a los del envenenamiento por mercurio. A saber:

Temblores.

Confusión.

Afasia (pérdida de la memoria a corto plazo).

Problemas de equilibrio, movimientos incontrolados.

Náuseas, vómitos.

Y continúa:

No sé con seguridad de qué forma se produjo el envenenamiento ni si ella fue la única persona afectada. Pero he estado indagando un poco y he descubierto que hace algunas décadas el mercurio se utilizaba como componente de la pintura. ¿No dijiste que Kaycee pintaba?

Tengo que releer esta frase, una y otra vez, para encontrarle el significado. Más bien... tengo que releerla una y otra vez con la esperanza de que deje de tener significado.

De improviso Kaycee cobra vida de nuevo, como siempre he esperado a medias que sucediera. Está en todas partes, asustada, urgente, respirando contra mi pelo, susurrándome al oído, aferrándome los hombros con manos sudorosas, instándome a que comprenda, a que escuche, a que vea.

«Tu problema no es que no sepas dibujar. Tu problema es que no sabes ver».

«Mira, mira, mira».

«Y ve».

Veo a Kaycee trabajando sola, pintando un lienzo, mareada por el olor.

Veo a Kaycee pintada de la cabeza a los pies para la graduación con los colores del instituto.

Veo a Misha y a Brent, veo cómo él le apretaba la rodilla con una mano, cómo le hablaba. Tranquilizándola.

Al mando de la situación.

Veo a Brent viniendo entre los árboles con el cabello mojado y la camisa empapada, como si hubiera estado nadando.

Veo la manera en que se acercó a mí y me dio un beso.

Veo chispas de luz detrás de los párpados. Como si fueran luciérnagas, pero más intensas.

Luces. Destellos luminosos. Personas en el agua.

No.

Una persona en el agua.

«Tenemos que asegurarnos...».

La escena de la hoguera debió de reavivar antiguos recuerdos, las voces amortiguadas, un grito, rápidamente sofocado, todo ello viene flotando hacia mí como si estuviera soñando, en ráfagas de viento...

«Tenemos que asegurarnos de que no respira».

Veo la manera en que me vi después en el espejo, recorriendo con la mano los lugares en los que él me tocó, intentando averiguar si todo fue real,

preguntándome si me habrá dejado alguna marca en el cuerpo.

Preguntándome si todavía huelo como le olían a él los dedos.

A playa.

A pintura.

La puerta de rejilla se abre con un crujido. Es una advertencia, pero llega demasiado tarde.

Las pisadas de Brent son fuertes. Lentas. Deliberadas.

—¿Abby? —Pronuncia mi nombre con naturalidad, ya despojado de toda su falsa conmoción y su falsa rabia. No sé cómo, pero he logrado llegar hasta mi antiguo dormitorio, y estoy agarrada a la puerta, intentando mantenerme en pie. Pero el suelo no es un suelo; es agua, y está resquebrajándose debajo de mí.

«¡Huye!». Pienso la palabra. La pienso y echo a correr. Atravieso velozmente la casa, salgo por la puerta como una flecha, despliego las alas y remonto el vuelo. Estoy corriendo, estoy segura de que estoy corriendo, y, sin embargo, cuando Brent se me acerca lentamente por el pasillo y me ve aquí tambaleándome, me doy cuenta de que todavía estoy aferrada a las paredes, todavía estoy aprisionada aquí dentro.

—Aún estás despierta —me dice.

«Que te jodan», intento responder. Pero estas palabras se vuelven de piedra. Cuando caen al suelo, mi cuerpo se desmorona.

Ni siquiera siento nada cuando mi cabeza choca contra los tablones del suelo. Tan solo tengo conciencia del polvo que remueve mi respiración y de los zapatos de Brent viniendo hacia mí.

—Vas a tener una resaca descomunal —comenta.

Me ha drogado la bebida.

Estoy hundida en un océano todo negro.

Estoy en el suelo.

Me gustaría saber de dónde ha sacado Brent esa cuerda de escalar, y cómo es que no tengo sensibilidad en los brazos.

Luego dejo de sentir la cuerda, y los brazos, y el cuerpo entero; y me precipito en una sima tan profunda que me traga por completo.

Despierto sintiendo la salpicadura del agua y la vibración continua de un

motor. Estoy a bordo de una embarcación.

El cielo está cuajado de estrellas. Allá en lo alto, a través del manto de nubes, brilla la luna.

Brent pilota despacio, probablemente con la intención de no hacer demasiado ruido, y la lancha va dejando una estela de gases del tubo de escape de olor desagradable.

Va canturreando algo.

Me invade una oleada de pánico, pero no puedo moverme. Siento un violento dolor de cabeza y el escozor del vómito en la garganta. Tengo la ropa empapada y las muñecas despellejadas por el cordel de nailon que las sujeta. Brent también me ha atado los tobillos, y después me ha encajado a presión entre los asientos.

A lo lejos se oye el retumbar de una música, y llega hasta mí un olor a madera quemada. Alguien está haciendo una hoguera.

Necesito salir de esta lancha, pero de ninguna manera podré nadar estando maniatada. Ni siquiera estoy segura de que fuera capaz de mantenerme a flote, aunque consiguiera liberarme, porque me pesa el cuerpo igual que un saco de arena.

Aun así, tengo que intentarlo.

Brent apaga el motor y se vuelve hacia mí. No me da tiempo a alcanzar el costado de la embarcación para intentar saltar por la borda. Intento lanzarle una débil patada con las dos piernas, y fallo por completo. El esfuerzo me nubla la vista. El golpeteo de la música, incluso desde lejos, me retumba en la cabeza.

—Esto habría sido mucho más fácil si te hubieras terminado el whisky — me dice Brent.

—Por favor... —Mi voz me resulta ajena. Ni siquiera sé con seguridad qué es lo que estoy suplicando—. Por favor, no me hagas daño.

He sido una idiota. He tenido la respuesta ante mí todo el tiempo, Kaycee me la proporcionó. Me la dejó en mi taquilla.

El collar de Castaño, el pobre Castaño, el perro al que ella envenenó. No se estaba regodeando. No pretendía hacerme daño. Estaba pidiéndome ayuda. Era una clave.

Alguien la estaba envenenando, y no sabía quién era ni por qué, y no podía fiarse de ninguna de las personas que tenía cerca. Así que decidí confiar en mí, porque yo no tenía amigas, porque yo era inocente, porque creyó que yo podría ayudarla si le sucedía algo.

Brent menea la cabeza en un gesto negativo, displicente, de fastidio.

—No tenías necesidad de regresar a Barrens —me dice—. Podrías haber dejado el asunto en paz. Podrías haberte olvidado de todo esto. ¿Por qué no lo hiciste?

—Kaycee había sido amiga mía. —La voz me sale en forma de graznido.

Brent permanece ahí de pie, mirándome desde las alturas.

—Eres una idiota. Ella no habría movido un solo dedo para salvarte a ti. Lo sabes perfectamente. —Se ve obligado a levantar un poco el tono de voz para hacerse oír por encima del estruendo del motor, y por un instante yo, estúpidamente, abrigo la esperanza de que nos oigan los de la hoguera.

¿Por qué él no parece estar preocupado de que puedan oírnos?

Inmediatamente lo sé: ha debido de ser él quien ha encendido la hoguera y ha conectado la fuerte música. No está preocupado porque allí no hay nadie que pueda oírnos.

Se gira de nuevo hacia el timón de la lancha. Siento que me invade el pánico, acompañado de una intensa oleada de náuseas. Sea cual sea la droga que me ha administrado, era fuerte. Necesito tiempo... para hablar con él, para convencerlo de que me suelte, para buscar una forma de escapar, para eliminar la droga de mi organismo.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Ya sabes por qué —me contesta—. Tú misma me lo has explicado esta noche. Pero estás equivocada en los detalles. Mitchell nunca tuvo nada que ver.

Así que, después de todo, Condor tenía razón. Debería haberle hecho caso.

—Tú fuiste el que propuso vender las fotos a Optimal, ¿verdad?

—Vuelves a equivocarte. Fueron ellos los que me lo propusieron a mí. —Dibuja una sonrisa, pero no está tan tranquilo como aparenta; cuando inclina el rostro hacia el resplandor de la luna, se ve a las claras que rezuma tensión—. Todo el mundo estaba enterado de que yo me codeaba con las chicas más atractivas del instituto. Así que cuando puse en marcha lo de las becas, algunos de los mayores acudieron a mí buscando un poco de acción. A todo el mundo le gusta ir por ahí con chicas guapas, y cuanto más las emborrachas, más divertidas son. Siempre he defendido la idea de que hay que compartir.

Me cuesta creer que lo haya besado. Me cuesta creer que lo haya encontrado atractivo siquiera. Me gustaría saber cuánto le ha pagado Optimal, cuánto le ha prometido a cambio de contar con su lealtad continua, cuál ha

sido el cómputo final de promociones, gratificaciones y prebendas que ha pesado más que todo el mal que ha hecho.

Y mientras pienso esto, me doy cuenta de otra pieza que encaja en el rompecabezas. Debió de ser Kaycee la que amenazó con acudir a la policía. No porque sintiera remordimientos. No porque estuviera empezando a arrepentirse. Ese es otro detalle que he interpretado mal.

—Kaycee quería un pedazo más grande del pastel, ¿verdad? Quienes estaban corriendo todos los riesgos eran ella y Misha, en cambio tú eras el único que recibía los beneficios.

La sonrisa de Brent es semejante a la de un depredador: reluciente en la oscuridad, toda dientes afilados y ansias de devorar.

—Siempre fue una zorrita codiciosa —dice—. Por eso me gustaba tanto.

Trago saliva con sabor a vómito.

—¿La mataste tú, o fue Misha? —le pregunto, aunque ya creo conocer la respuesta. Apuesto a que en estos diez últimos años Misha apenas ha pestañeado una sola vez sin preocuparse por lo que Brent pudiera desvelar.

Y ahora recuerdo que Kayla, la hija de Misha, me sorprendió por lo rubia que era. Casi tan rubia, se me ocurre, como Brent.

¿De verdad pensaba Misha que podría conquistar el amor de Brent haciendo todo lo que él dijera, proporcionándole chicas para un morboso programa en el que sufren malos tratos y pasan de un hombre a otro, encubriéndolo una y otra vez? ¿Lo cree siquiera capaz de sentir amor por alguien?

—Fue idea de Misha poner mercurio en las pinturas de Kaycee —dice con toda calma—. Le pareció que sería gracioso convencerla de que estaba volviéndose loca. Y, como ya te dije, Misha siempre estuvo enamorada de mí.

No me extraña que haya estado tan enferma. Los cuadros pintados por Kaycee han estado destilando mercurio durante todo este tiempo, y yo lo he estado inhalando.

—Pero en aquel momento no teníamos la intención de matarla. —El tono de voz de Brent es de aburrimiento—. Lo único que pretendíamos era que pareciera una lunática, impedir que acudiera a la policía y cerciorarnos de que, si acudía, no le hicieran caso.

Cada vez que aparta la mirada, yo aprovecho para mover las muñecas adelante y atrás, a fin de aflojar las ataduras. Solo con que consiga liberarme las manos ya podré saltar, y de los tobillos ya me ocuparé una vez que esté en

el agua.

Casi consigo soltar una mano. Lo único que necesito es otro minuto más.

—Entonces, ¿para qué matarla, si estabais convencidos de que nadie iba a hacerle caso?

—Por tu culpa —me dice, y a mí casi se me olvida dónde estamos y lo que Brent ha venido a hacer—. ¿Recuerdas lo que ocurrió el último día de clase? Que Kaycee metió ese estúpido collar de perro dentro de tu taquilla.

Dejo de moverme. Nunca pensé que Brent estuviera enterado de eso.

Me mira como si yo estuviera en el otro extremo de un telescopio.

—Tú le dijiste a Misha que Kaycee te había dejado aquel collar como pista.

—No le dije tal cosa —susurro.

Pero, por supuesto, sí que lo hice. Ahora recuerdo que me lancé contra Misha con la intención de pegarle, de desahogar la furia que sentía contra Kaycee en la cara de su mejor amiga. «¿Se puede saber cuál es tu puto problema? —le grité. En el pasillo se formó un corrillo de alumnos que se nos quedaron mirando. Misha me empujó hasta la pared. Yo no tenía suficiente fuerza para pelearme con ella—. ¿Estás mal de la cabeza?».

Yo le chillé, a escasos centímetros de su cara, intentando meterle mis gritos en el cerebro, que se le clavaran como un cuchillo. «¿No se ha conformado con envenenar a mi maldito perro? ¿Ha tenido que dejarme una pista, por si acaso se me olvidaba?».

Recuerdo la expresión de Misha, de puro asombro, y recuerdo que por un instante pensé que finalmente había podido con ella.

Brent tiene razón: soy una idiota.

Cierro los ojos. La lancha se balancea al paso de una ola y luego vuelve a quedarse quieta. Sube y baja. En efecto, Kaycee me dejó el collar como pista, pero no para demostrarme que había matado a Castaño. Ahora comprendo que era una especie de seguro. Si sucediera algo malo, ella podía estar segura de que yo me preguntaría qué significaba lo del collar y por qué lo había dejado en mi taquilla. Kaycee abrigó la esperanza de que yo estableciera la relación. El factor común que había entre mi perro y ella: que ambos habían sido envenenados.

Pero aquel día, en el pasillo del instituto, yo, sin querer, le revelé a Misha que Kaycee había empezado a sospechar que alguien estaba intentando asesinarla a ella igual que había asesinado a mi perro: con veneno. A Misha debió de entrarle el pánico. Si Kaycee me había dejado una pista a mí, una

perdedora con la que no se hablaba desde hacía varios años, ¿a quién más se lo habría contado, y qué era lo que sabía exactamente?

—Aquella noche en el bosque —digo con voz ahogada—, cuando me besaste...

—Lo hice porque no podía permitir que te acercases demasiado al agua —me responde sin emoción—. Ella estaba haciendo mucho ruido al ahogarse. Habría jurado que ya estaba muerta cuando la subimos al bote, pero supongo que tenía un poco de prisa.

«Sigue moviéndose».

«Tenemos que asegurarnos de que no respira».

Ahora lo recuerdo. ¿Cómo es que no me he acordado antes? Me había convencido a mí misma de que mis recuerdos eran meras conjeturas. Me había convencido a mí misma de que debía ignorar la terrible sospecha de que aquella noche, en el bosque, había sucedido algo terrible.

Brent viene hacia mí. Cuando se inclina, percibo que su aliento despide un olor acre. Durante un segundo de horror temo que vaya a besarme de nuevo. Y ahora ya es demasiado tarde, demasiado tarde para soltarme las ataduras, demasiado tarde para escapar, para sobrevivir.

—En cambio, siempre me pareciste encantadora. En un sentido patético.

De pronto me aferra de las muñecas. Yo lanzo un grito, de manera instintiva, inútil.

Demasiado tarde veo que está empuñando una navaja.

—Supongo que siempre me han gustado las chicas derrotadas.

Y a continuación, acerca la navaja a mis ataduras y, con un tajo limpio, me deja libre.

Intento darle un puñetazo, pero él aparta mi mano con facilidad, casi divertido. Me examina las muñecas sin soltármelas, con tanta fuerza que se me saltan las lágrimas.

—Bien —dice—. No han quedado marcas.

Vuelve a soltarme y se incorpora, pliega la navaja y se la guarda otra vez en el bolsillo. Consigo sentarme erguida, pero no tengo tiempo para arrojarme al agua, porque casi de inmediato se me sienta encima a horcajadas, apoyando todo su peso sobre mi torso. Al ver que yo intento empujarlo, me agarra otra vez por las muñecas.

—Es importante que no queden marcas. —Casi da la impresión de estar recitando la frase. Me está aplastando con su peso y apenas puedo respirar—. Es importante que te ahogues.

Le escupo directamente a la cara. Se echa hacia atrás, solo unos centímetros, y justo en ese momento el viento cambia ligeramente a mi favor y provoca otra ola que recorre el pantano. La lancha cabecea, y Brent se tambalea con ella. Para no perder el equilibrio, me suelta y se afianza contra la cubierta. Durante un segundo se ve obligado a cambiar el peso del cuerpo hacia delante y erguirse sobre las rodillas, lo cual me da espacio para moverme.

Un segundo es todo lo que necesito. De improviso le lanzo un rodillazo en la entrepierna con todas mis fuerzas, y ese impulso es suficiente para hacerle perder el equilibrio. Se dobla sobre sí mismo en una reacción instintiva, lo cual aprovecho yo para escabullirme e intentar llegar hasta la borda. Pero en el preciso instante en que consigo asirme a la borda con un brazo, se abalanza contra mí, me agarra por los tobillos y tira de mí hacia atrás. Me golpeo la barbilla contra la cubierta y noto un sabor a sangre en la boca.

—¡Zorra!

Me vuelve de espaldas y de nuevo me estampa contra el suelo. Una oleada de dolor me recorre todo el cuerpo. Durante un segundo todo se vuelve blanco, todo se difumina, y ve viene a la mente un extraño recuerdo de mi madre. Ocurrió el invierno anterior a su muerte, aún estaba lo bastante bien

para moverse, y mi padre había construido en el patio de atrás un foso para fogatas despejando un poco de nieve, para que ella pudiera hacer galletas en su cumpleaños.

Al principio, las llamas eran tan violentas que no podíamos acercarnos. Permanecemos apartados, esperando a que se moderaran un poco, mientras mi padre iba separando los troncos con un tubo de metal.

«Es increíble —comentó mi madre señalando el centro mismo del fuego, en donde era de color azul—. Arde de esa manera solo porque quiere respirar».

En mi recuerdo, mi madre tiene la mano muy fría, y entiendo con toda claridad lo que está diciendo realmente: que si no peleo, moriré.

El dolor va remitiendo. Brent tiene un trapo en una mano. Percibo un olor a producto químico. Debe de ser cloroformo, o gasolina.

Giro la cabeza hacia un lado, intentando respirar aire limpio, al tiempo que manoteo buscando algo, lo que sea, que pueda utilizar como arma. No dejo de lanzar golpes con los puños y con las piernas, me retuerzo y forcejeo sobre la cubierta mojada.

Brent intenta meterme el trapo en la boca, pero yo lo escupo. Intento escapar de él, pero estoy demasiado cansada y él es demasiado fuerte. Soy un pez que consume sus últimos momentos dando coletazos, atrapado en el anzuelo.

¡El anzuelo!

Me había olvidado del anzuelo y el cebo que me ha regalado Condor. Todavía los llevo guardados en el bolsillo.

Abro la cremallera al mismo tiempo que Brent me aprieta el trapo empapado de producto químico contra la cara. Me ciega durante unos instantes. Ese olor acre se apodera de mí, me provoca náuseas, me asfixia.

Y justo antes de perder el conocimiento, acierto a lanzar un manotazo con el anzuelo sujeto entre los dedos.

Brent suelta un chillido y se echa hacia atrás. En mis pulmones vuelve a penetrar el oxígeno, la oscuridad se disipa y el mundo recupera la nitidez. Siento algo tibio que me cae en la cara. Sangre. He herido a Brent justo debajo del ojo, y le he hecho un corte profundo y desigual.

Retrocedo rápidamente, y al hacerlo se me escapa el anzuelo de la mano. Antes de que pueda recuperarlo, Brent me agarra del cuello con las dos manos; se acabó lo de procurar no dejar marcas. Me está aplastando la tráquea.

Busco a tientas entre la sangre y el vómito que lo cubre todo, hasta que el anzuelo, solícito, me pincha con la punta.

Esta vez apunto con más cuidado.

El ojo de Brent emite un leve chasquido, como el de una uva al reventar, cuando lo perforo con el anzuelo metálico.

Me arrastro hasta la borda de la lancha, salto al agua y me sumerjo por debajo de la superficie. Incluso así continúo oyendo sus alaridos. Todavía tengo los tobillos atados, y la ropa me pesa tanto que casi no puedo asomarme a respirar. Me quito el chaleco de trabajo de mi padre y lo dejo caer. Pero los tobillos no puedo desatarlos, teniendo los dedos medio entumecidos y el cuerpo aún hasta arriba de droga.

Cuando alcanzo la superficie, veo la hoguera ardiendo a lo lejos; sin embargo, no hay ni una sola persona mirando. Tal como imaginaba. No merece la pena gritar. En el estéreo está sonando *Sweet Caroline* a todo volumen. Siempre he odiado esa canción.

Brent ha dejado de chillar. Ya no le veo. La lancha se balancea en el agua agitada por el viento, su silueta se recorta oscura contra el reflejo satinado de la luna en la superficie.

Me sumerjo otra vez, y vuelvo a subir tosiendo. Intento desembarazarme de los zapatos, pero eso hace que vuelva a hundirme. Cada vez me cuesta más trabajo ascender para aspirar oxígeno, de modo que me rindo.

Empiezo a nadar hacia la costa. De repente me parece ver una luz que parpadea entre los árboles, pero en cuanto intento enfocar la vista en ella se apaga y no vuelve a encenderse.

Tengo la sensación de que también mi corazón está lleno de agua. Meter la cabeza, sacar la cabeza. Es como si la orilla estuviera cada vez más lejos, no más cerca. Jadeo en el esfuerzo de respirar, me ahoga el miedo, deseo cosas que no había deseado nunca: que mi madre estuviera aquí para abrazarme, que mi padre no hubiera muerto, que Dios me salve, que aparezca alguien.

Me hundo en el agua, y una vez más lucho por alcanzar la superficie. Me hundo de nuevo. Arriba y abajo, todo el tiempo. Apenas hago progresos. Si consigo llegar, puedo esconderme en el bosque. Brent no me encontrará. Conozco este bosque mejor que él, mejor que nadie.

Pero de pronto una enorme cantidad de luz se extiende por la superficie del pantano, e ilumina incluso los troncos que flotan en las zonas en que hay

poca profundidad, a unos treinta metros de donde estoy yo.

Me vuelvo, y al instante me deslumbran los focos. Los ha encendido Brent para alumbrar el espacio que hay entre él y yo, y ahora señalan un camino despejado. Con un rugido del motor, da media vuelta a la lancha.

Y enfila recto hacia mí.

—¡Socorro! —Ya sé que no sirve de nada que grite, pero lo hago de todas formas, aunque me cuesta otro trago de agua—. ¡Socorro!

La lancha se acerca tan rápidamente que va generando una profunda estela tras de sí. Ya está a diez metros. Cinco.

No voy a conseguirlo. Ya no me quedan fuerzas para seguir nadando.

Es de lo más demencial: juraría que justo antes de sumergirme, antes de permitir que me engulla el agua, he visto a Kaycee Mitchell saliendo de entre los árboles, casi exactamente en el mismo lugar en que mi padre enterró a Castaño. No es la Kaycee de la última vez que la vi, sino Kaycee de niña, Kaycee mi mejor amiga, delgada y de piernas largas, una ráfaga luminosa de melena rubia y un mensaje fuerte y urgente que me envía a través de la superficie del agua:

«Sigue nadando».

La lancha de Brent provoca una gran ola que acude a mi encuentro y me hunde bajo su peso con un revolcón. El casco me roza el hombro y esquiva mi cabeza por escasos centímetros.

Debajo del agua el sonido se transforma en una vibración: una sacudida, una explosión lejana que hace que el pantano entero se estremezca. Abro los ojos. Los focos han cambiado de dirección y ahora se dirigen hacia las profundidades. Es un lugar apacible en que morir. Alfombrado de vegetación verde. Frondoso y silencioso. Hay unas letras incrustadas en el fango, unas letras grandes y de color blanco, un jeroglífico que entiendo de manera intuitiva, un mensaje que me llena de una extraña euforia.

Porque he aprendido a ver.

—Abby. Abby. ¿Me oyes? Abby.

Un remolino de luces y colores. Fuegos artificiales. Explosiones de sonido.

—Tú aguanta, ¿vale? Vas a ponerte bien. Estoy aquí, contigo.

Una maraña de ramas por encima de mí.

Vuelvo a ser una niña, me envuelve una sábana blanca, me estoy

meciendo.

—No interrumpas el oxígeno.

—Llama para que vengan por Pike Road, es más rápido.

Siento la boca como si fuera de plástico. Mi aliento forma una neblina dentro de ella.

—Está intentando decir algo. Está intentando hablar.

Una desconocida me toca la cara. Me libera la boca de su jaula de plástico.

—No te preocupes, cielo —dice la desconocida—, vas a ponerte bien. — Tiene una sonrisa que me recuerda a la de mi madre.

Me lleva unos momentos comprender lo que es mi lengua, y cómo moverla en la dirección adecuada.

—La he encontrado —susurro.

—¿Qué ha dicho? —Conozco esa voz. Es la de Condor—. Abby, ¿qué ocurre?

La desconocida frunce el ceño.

—¿A quién has encontrado, cielo?

—A Kaycee. —Cierro los ojos de nuevo. Veo las letras escritas en el fondo del pantano: el blanco de sus huesos se ve tan limpio, tan claro, que casi resplandece—. Estaba esperando a que la encontráramos. Nos ha estado esperando en el pantano.

Epílogo

El mes de septiembre llega antes de que yo meta en mi coche, por fin, la maleta, el joyero de mi madre y una caja de cartón en la que he guardado las pertenencias de mi padre que, después de todo, he decidido conservar.

¿Por qué no? El pasado es solamente un relato que narramos. Y todos los relatos dependen de la manera en que acaban.

Y por primera vez en mi vida creo firmemente que este va a acabar bien.

Hannah me regala un fajo de dibujos encuadernados en una carpeta de tres anillas: una superheroína llamada Astrid ataviada con una capa de color morado y botas de cuero, que se dedica a rescatar a niños que están ahogándose en las olas del océano o que han quedado aislados en el tejado de su casa debido a una inundación.

—He intentado que se pareciera a ti —me dice con timidez, y a continuación me da un fuerte abrazo y se va corriendo.

—No te has despedido —le dice Condor siguiéndola con la voz, pero la pequeña ya ha desaparecido en el interior de la casa.

—No pasa nada —le digo yo—. A mí tampoco me gustan las despedidas.

Hace un día luminoso, lleno de los colores clásicos de Indiana: verde, dorado y azul. El mes de agosto parecía empeñado en compensar la sequía, como si se hubiera estado acumulando la lluvia de doce meses, a la espera de estropearle a todo el mundo lo que quedaba de verano. Pero una vez que pasaron las tormentas, dejaron los campos verdes y exuberantes. El agua del pantano está acercándose de nuevo a los niveles normales, aunque todavía está arrojando una elevada concentración de plomo y de otros contaminantes en las pruebas, y los habitantes de Barrens todavía utilizan para beber y para lavar el agua embotellada que les llevan en camión tanto el estado de Indiana como diversas organizaciones sin ánimo de lucro. Los manifestantes incluso han acampado en el lugar de esparcimiento que, por irónico que parezca, continúa dando la bienvenida a los visitantes con un letrero que dice: «Optimal te cuida». (Aunque, tras una pintada reciente, ahora dice: «Optimal te descuida»).

No he llegado a averiguar quién me envió el sobre lleno de fotografías que

finalmente me puso en el camino de comprender la verdad. Pero sospecho que quizá Misha tuvo algo que ver en ello, del mismo modo que sospecho que fue Misha la que intentó sacarme de la carretera, aunque dudo que llegue a saber algún día si es que por fin se hartó de encubrir a Brent, si simplemente se dio cuenta de que Brent jamás iba a amarla como ella esperaba, o si simplemente pensó que podía quitarme de en medio, aunque ello significara implicarse ella misma. Lo único que sé es que ha estado cooperando con una investigación federal que estudia en qué consisten las becas de Optimal y el abuso perpetuado en nombre de ellas. Tal vez esté cooperando en el intento de redimirse. Tal vez esté intentando reducir su condena, aunque, dado el número de chicas afectadas, es improbable que salga de la cárcel en toda su vida.

Y además, por supuesto, está el asesinato de Kaycee y los cargos relacionados con él. Ahora que Brent ha muerto, Misha comparecerá en solitario ante la justicia.

Casi —solo casi— siento lástima de ella.

Se hace un silencio incómodo entre Condor y yo, algo poco característico, dado que hemos pasado semanas hablando, cenando juntos casi todas las noches, unidos por la extraña y repentina burbuja de publicidad que nos ha convertido en una improvisada familia. Es curioso: a lo largo de toda esta peripecia hemos entrado en una cómoda confianza mutua, una amistad de esas que yo siempre había anhelado y que tan solo había tenido de manera intermitente con Joe.

No siento deseos de dejarlo atrás, ni tampoco a Hannah, ni siquiera Barrens.

Pero tengo que dejarlos.

Los dos sabemos que Barrens no es mi sitio. Condor tiene aquí toda su vida; yo tengo mi aséptico pisito esperándome en Chicago. Quién sabe, a lo mejor cuelgo una foto o dos. A lo mejor le digo a Joe que me invite a la Hora Feliz de las Ostras. A lo mejor le dejo que me invite durante un año entero, ostras acompañadas de un montón de excusas; me ha prometido que ha contraído conmigo una deuda eterna.

Puede que por fin lea los correos de mi bandeja de entrada, todas las nuevas demandas, los informes medioambientales y los potenciales nuevos casos que están esperando que yo los examine. Si uno quiere un mundo más limpio, alguien tendrá que filtrar la mierda.

Menos mal que ya estoy acostumbrada a tener las manos sucias.

—Se la nota mucho mejor —digo tras un carraspeo.

Condor sonrío, y al hacerlo se le forman unas arruguitas en los ojos.

—Los niños son asombrosos, ¿a que sí? Se recuperan de cualquier cosa.

Hojeo una vez más la carpeta con los dibujos. La verdad es que Hannah dibuja muy bien, posee un talento que me recuerda al de Kaycee cuando tenía su edad.

—Ni una sola gota de sangre —observo.

—Ni tampoco extremidades amputadas —replica Condor en tono irónico. Después de aquella noche en el pantano, Hannah no dejaba de dibujar las cosas terribles que había visto: sangre, llamaradas, un cuerpo destrozado en la cubierta de una lancha que se iba a pique.

La niña que vi en el bosque era Hannah. En mi agotamiento y mi pánico, la confundí con una Kaycee que había retornado a la infancia. El crujido que oí justo antes de sumergirme fue el disparo de un arma de fuego: un único disparo de una escopeta que alguien que se encontraba en la orilla, a treinta metros de distancia, apuntó hacia un blanco que se movía a toda velocidad a bordo de una embarcación.

Condor nació y se crio en Barrens, y Barrens enseñó a sus muchachos a jugar al fútbol americano y a disparar un arma. Solo hizo falta un disparo, nada más.

Me contó la historia completa al día siguiente, en el hospital: dijo que después de ver mis llamadas empezó a sentirse cada vez más preocupado, sobre todo al ver que yo no cogía el teléfono; que al cabo de varias horas estaba ya tan inquieto que decidió acercarse hasta la casa de mi padre para asegurarse de que me encontraba bien; que no tenía previsto llevarse consigo a Hannah, pero luego se acordó de que la pequeña tenía el sueño ligero y solía sufrir pesadillas, y le preocupó que pudiera despertarse y descubrir que su padre no estaba, de modo que la sacó de la cama y la metió en el asiento trasero del coche.

—Sabía que estaba poniéndome paranoico —me dijo—. Imaginé que seguramente te encontraría acostada, me daría media vuelta y me iría a casa.

—Entonces, ¿por qué te llevaste la escopeta? —le pregunté yo.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—¿Tú has ido alguna vez de acampada sin llevar una linterna? —Sacudí la cabeza en un gesto de negación—. Pues yo tampoco —dijo sonriendo.

Más tarde, oí la misma historia repetida en canales de noticias, en páginas de Internet, en blogs y en programas de noche. Todo el mundo se sentía

cautivado al escuchar cómo me salvé de la muerte por los pelos en el pantano, y más que un poco enamorado de Condor, el padre soltero de gesto adusto que desempeñó el papel de héroe.

La historia fue embellecida, modificada y exagerada, pero los detalles fundamentales permanecieron inalterados: Condor llegó a la casa de mi padre, encontró el automóvil de Brent y el mío, pero la puerta estaba abierta y había unas huellas que partían del porche trasero y se perdían en la hierba, lo cual sugería que algo o alguien había sido arrastrado hacia el interior del bosque.

Ordenó a Hannah que no se bajara del coche. Raras veces le daba una orden directa, y la niña nunca la desobedecía.

Pero esa noche, la desobedeció.

Cuando salí del hospital, intenté regresar a la casa de mi padre, que a aquellas alturas ya no tenía la cinta policial que había restringido el acceso durante varios días. Sin embargo, ya estaban empezando a llegar turistas movidos por la curiosidad; en mitad de la noche me despertaba el destello de un flash, y al ver a un desconocido en la ventana me entraba un pánico que me hacía recordar una y otra vez todo lo ocurrido.

Cuando Condor me sugirió que me alojase en su casa, accedí de inmediato. Por la mañana yo preparaba el café mientras él hacía los huevos. Yo dormía en su cama, él se acomodó en el sofá desplegable. Cuando a Hannah y a mí nos despertaba una pesadilla por la noche, nos tomábamos juntas un vaso de leche templada. Me sentaba con Condor en el sofá a ver episodios viejos de comedias sin prestarles mucha atención, después de haber pasado horas ofreciendo pruebas y entrevistas, atendiendo a una marea incesante de investigadores y fiscales federales, defensores de personas que han sobrevivido a una agresión sexual, vigilantes de empresa. Fue como si lo de sacar a la luz Optimal y su negocio de adolescentes explotadas como diversión, y casi perder la vida en el intento, hubiera formado parte de un plan magistral para obtener mis quince minutos de fama. De pronto, Barrens y sus sucios y no tan pequeños secretos estaban en todas partes. El hundimiento de una empresa multimillonaria, la explotación, la corrupción, las chicas, el asesinato cometido diez años atrás; todo ello obtuvo el premio gordo de los índices de audiencia.

Pero toda esa atención iría disminuyendo —ya había empezado a atenuarse—, y con ella lo que quiera que hubo entre Condor y yo. En ningún momento estaba destinado a durar, al menos de aquella forma. Condor y yo

ya nos habíamos construido una vida en lugares distintos. Eso es lo curioso que tiene el hogar: que uno sabe que ha llegado a él cuando deja de mirar la brújula.

—Voy a echarte de menos —me dice Condor ahora, torciendo los labios, como hace siempre que tiene que decir algo serio.

Le doy un rápido abrazo. Apenas un apretón; si fuera algo más prolongado, algo más, mi mente se internaría por derroteros demasiado turbios y solitarios para entenderlos.

Levanta una mano. Con su figura enmarcada por el inmenso cielo de Indiana, está realmente guapo. Siempre recordaré este momento, me digo, pero ya sé que no va a ser así.

Antes de llegar a la puerta, se vuelve hacia mí justo cuando estoy entrando en el coche.

—Procura no acercarte a las lanchas —me dice.

—Y tú procura no disparar a nadie —le respondo. Y me lanza un beso.

Acciono el contacto.

Antes de salir del pueblo, tomo el conocido desvío que lleva a la casa de mi padre. Al acercarme a ella diviso la vivienda, ligeramente torcida y con sus dos alturas, y también el camino de entrada para coches; en cambio, el césped, que antes estaba seco y demasiado crecido, ahora se ve limpio de malas hierbas. La casa, con la ayuda de TJ, resplandece gracias a una mano de pintura azul claro.

Apenas la reconozco.

Esto ya no es mi hogar.

En el césped recién cortado han puesto un letrero de «Se vende» que se yergue un poco torcido, quizá absurdo de tan optimista.

Con el tiempo, una familia vendrá a vivir a esta casa; otra niña correteará por sus pasillos, contemplará el perfil de los árboles del bosque desde su dormitorio, bajará en bicicleta por el sendero que lleva hasta el pantano, recogerá pequeños objetos que para ella serán importantes, y tal vez se sentará a cenar enlazando las manos con las de sus padres al bendecir la mesa.

O puede que en esa casa no vuelva a haber nunca nada que bendecir.

Bajo la ventanilla y aspiro el aire que trae el olor del pantano a través del bosque. Sé que esta vez va a ser la última.

Por el cielo cruza una bandada de cuervos en formación apoyados en corrientes invisibles. Juntos forman una flecha que señala el norte.

Doy vuelta al coche para seguirlos.

En mi espejo retrovisor Barrens va volviéndose cada vez más pequeño, hasta que finalmente termina por desaparecer.

Agradecimientos

Tengo muchas personas a las que dar las gracias por haberme ayudado y apoyado durante el proceso de escribir este libro. Gracias a Lauren Oliver por haber trabajado conmigo de forma incansable en *La hoguera*, desde que se concibió hasta que se terminó. Gracias por tus increíbles ideas y por tus conversaciones motivacionales a altas horas de la noche; jamás podría haber hecho esto sin ti. También quiero dar las gracias a Lexa Hillyer y a todo el equipo de Glasstown Entertainment, así como a Stephen Barbara de Inkwel. Gracias a Molly Stern, Jen Schuster y a todos los de Crown por haber creído en mí y por haberme brindado esta gran oportunidad. Gracias a Dave Feldman y al resto de mi equipo por haberme apoyado en mi sueño, sobre todo a Kyle Luker y a Steve Caserta, que debieron de leer diecisiete borradores del libro, a medida que iba evolucionando. También quiero dar las gracias a mi querida amiga Gren Wells por sus notas y sus opiniones, y por haberme dado ánimos todo el tiempo. Gracias a mi adorable hermana Bailey por haberme hecho la foto del autor. Gracias a mi gran amiga Lauren Bratman por haberme vitoreado cada vez que alcanzaba una meta. Gracias a Rachael Taylor por haber recomendado el libro de manera tan increíble. Y, por último, gracias a Adam y a Mikey por todo el amor en casa.

Título original: *Bonfire*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2017 by Krysten Ritter
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-915-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com